DAVID MONJE GALISTEO



INTRIGAS EN ALONIA

RETORNO A NELA-SHUR LIBRO 2

Intrigas en Alonia

Retorno a Nela-Shur – Libro 2

David Monje Galisteo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: **David Monje Galisteo**

X: **@dmgalisteo**

Facebook: **davidmonjegalisteo**

Threads: **@davidmonjegalisteo**

Instagram: **@davidmonjegalisteo**

TikTok: **@david.mg70**

Bluesky: **@dmgalisteo.bsky.social**

Mail: **davidmonjegalisteo@gmail.com**



Copyright © 2025 David Monje Galisteo
Todos los derechos reservados

Ilustración portada por Ljiljana Romanovic (**fantasybookdesing.com**)

Edición de Susana Rodríguez Lezaun (**susanarodriguezlezaun.com**)

Corrección por Tanya Velasco

Contenido

«A mi mujer.»
El brillo de la conquista
El último adiós
¡Por la liberación de Alonia!
Camino hacia la libertad
El cilindro de Rozar
La travesía
Saldando deudas
La Gran Torre de Alonia
Nombramiento secreto
Tentación
Los Jardines Laberinto
A la deriva
Estupefactos
¡Sí, mi capitán!
Embajadores en el Templo
Agradecimientos y decisiones
Encuentros
La isla
Bajo las calles
Revelaciones
El trono subterráneo
La celebración
Los zíngaros dorados
La cueva
La red de Zarhel
Traición
Confidencias y sueños

Voraces llamas
La despedida
Calor humano
Venganza
El ejército de la muerte
Entre libros
El despertar
La aventura continua en:
Caminos de Sangre y Fuego (Retorno a Nela-Shur, Libro 3)
Agradecimientos
Caminos de Sangre y Fuego (Retorno a Nela-Shur, Libro 3)

«A mi mujer.»

1
El brillo de la conquista

—¡Soldados! —la voz del general Arkan Valnor resonó como un trueno. A su alrededor se habían congregado capitanes, oficiales superiores y soldados de infantería que aguardaban expectantes las palabras de su líder.

Todos esperábamos impacientes el momento para atacar la capital de los alonios. Yo era uno de los soldados del tercer batallón jersa de lanceros, y sabía que había llegado la hora de demostrar para qué me habían adiestrado durante toda mi vida.

Arkan, el general encargado de coordinar la primera unidad en la toma de Alonia, era el brazo ejecutor del rey Rozar II. Su mirada firme nos recorrió uno a uno, infundiendo coraje en nuestras almas.

—Ha llegado el momento que tanto hemos esperado —continuó —. La capital de Alonia, el corazón de su imperio, se encuentra ante nosotros; nuestra misión es tomarla y lo haremos sin compasión. Recordad, somos el ejército jersa, el más valiente y disciplinado de todo el Mundo Antiguo. Hoy, con nuestra victoria, escribiremos una página de la historia.

Arkan se erguía poderoso sobre su caballo de guerra, el majestuoso Vorágine. Su alta estatura y su complexión robusta infundían respeto y temor. Su cabello, oscuro y corto, enmarcaba un rostro afilado, realzado por una espesa barba bien cuidada. Sus penetrantes ojos reflejaban una audacia inquebrantable y una astucia estratégica que inspiraba seguridad.

—Encontraremos una resistencia feroz, pero les demostraremos de qué pasta estamos hechos. Nuestra fuerza supera con creces a la suya. No permitáis que el miedo os paralice, y no olvidéis que contamos con el respaldo de nuestro amado rey Rozar, cuyo poder nos guiará en esta batalla.

Arkan irradiaba una imponente presencia con su armadura jersa, decorada con sutiles detalles dorados que revelaban su posición. Su coraza relucía bajo las antorchas. Una capa carmesí ondeaba majestuosa a su espalda.

—Luchad con honor. Cada paso que avancemos debe ser firme. No habrá clemencia para aquellos que se opongan a nosotros. Debemos demostrarles a los alonios que su imperio está condenado a desaparecer, y que Jersia prevalecerá por siempre jamás.

Su voz resonaba en el campo de batalla con autoridad. Era tan respetado como temido, tanto por sus enemigos como por sus propios hombres.

—Recordad que no estamos solos. Contamos con el apoyo de los esclavos belurios, quienes desde dentro se han unido a nuestra causa. Su conocimiento experto de los puntos débiles y los secretos de Alonia nos brindarán una clara ventaja estratégica.

La reputación del general Arkan se había forjado a través de innumerables batallas y conquistas, en las que había demostrado una tenacidad implacable y un valor inquebrantable. Él personificaba el espíritu indomable y el orgullo jersa, siendo un líder astuto que no se detendría ante nada para cumplir con la misión encomendada por su rey, el único elegido por los dioses.

—Hoy escribiremos un nuevo capítulo en la gloriosa historia de Jersia. Nuestro nombre resonará en todo el reino y nuestro imperio se fortalecerá con esta victoria. Que vuestros corazones estén llenos de valor y vuestras espadas afiladas, porque, esta noche, Alonia caerá ante nosotros. ¡Adelante, soldados de Jersia! ¡Hacia la gloria y la conquista!

Vorágine avanzaba al frente, salpicando barro a su paso. Sus cascos golpeaban el suelo empapado como martillos, marcando el

ritmo a las tropas que lo seguían. El general Arkan Valnor, erguido sobre la montura, parecía una estatua esculpida en acero. Cada gota de lluvia que golpeaba su armadura añadía un brillo cruel, reflejo de la valentía que ardía en su interior.

—¡Adelante! —gritó, cortando con su voz el estruendo de la tormenta.

Los soldados respondimos con un rugido al tiempo que alzamos nuestras espadas y lanzas al cielo. Algunos intercambiaron miradas rápidas, buscando el valor en los ojos de sus camaradas. El sonido de los tambores de guerra reverberaba en el aire, mezclándose con los truenos, mientras las máquinas de asedio se alineaban detrás de ellos.

A un lado del camino, un capitán levantó su visor, dejando al descubierto un rostro endurecido por cicatrices y años de batalla.

—General, las puertas están abiertas —anunció con temor.

Arkan giró lentamente la cabeza hacia las monumentales murallas de Alonia. En efecto, las enormes puertas de madera y hierro, que deberían estar cerradas y defendidas con uñas y dientes, se encontraban entreabiertas. Una luz mortecina emanaba desde el interior, pero no se veía movimiento más allá.

—Esto es una trampa —murmuró uno de los capitanes más jóvenes, apenas audible sobre la lluvia.

Arkan desmontó. El agua hacía que su capa carmesí se pegara a su espalda, pero no mostraba incomodidad. Caminó hacia el frente y se detuvo delante de las puertas abiertas.

—No hay trampa que pueda detener a Jersia —sentenció con voz firme antes de volverse hacia el ejército. —¡Preparad los arietes y las catapultas! Que las puertas abiertas no os engañen, esta ciudad caerá porque nosotros la doblegaremos, no como un regalo de sus cobardes guardianes.

Las órdenes se transmitieron de inmediato. Los soldados comenzaron a mover los arietes, cuyas enormes cabezas metálicas

reflejaban los relámpagos que iluminaban el cielo. Las catapultas se tensaron y las cuerdas crujieron con una promesa de destrucción.

Arkan se acercó al capitán más próximo y, con una mirada calculadora, le dio una instrucción al oído.

—Envía exploradores. Que entren rápido y regresen con un informe. Quiero saber qué hay al otro lado antes de mover las máquinas.

El capitán asintió y seleccionó a tres de sus mejores hombres. Vestidos con armaduras ligeras, desaparecieron entre las sombras de la entrada. Un silencio tenso cayó sobre las tropas mientras esperaban su regreso.

Mientras tanto, el general inspeccionó las murallas. Las banderas de Alonia ondeaban como heridas abiertas en lo alto de las torres. Las piedras talladas y las almenas, aún majestuosas, mostraban signos de desgaste: pequeños derrumbes y grietas que hablaban de un pasado glorioso pero distante.

Uno de los exploradores regresó corriendo, su rostro atónito bajo la capucha empapada.

—General, no hay nadie en la entrada. Los guardias están muertos.

Arkan frunció el ceño y colocó una mano sobre el pomo de su espada.

—Demasiado fácil.

—Ni un alma viva en la puerta principal. Solo las llamas de las antorchas y… cadáveres, señor. Parece que solo quedaron los muertos para recibirnos.

Un murmullo inquieto recorrió las filas de soldados. Un joven capitán dio un paso al frente.

—General, ¿y si han sido los belurios? —Arkan lo miró pensativo —. ¿Y si es una emboscada? —insistió el capitán, nervioso.

—Toda batalla tiene sus riesgos. Si quieren emboscarnos, que lo intenten. Pero que lo hagan sabiendo que lucharán contra el acero jersa.

Luego se volvió hacia sus hombres y alzó su espada. La hoja brilló bajo la tormenta.

—¡Avanzad! Esta noche, Alonia caerá. ¡Que los dioses sean testigos de cómo escribimos la historia con fuego y sangre!

Los tambores resonaron con más fuerza, impulsando al ejército hacia las puertas abiertas, donde la oscuridad aguardaba.

—¡Adelante, maldita sea! ¡Formad filas! —rugió el capitán, con su voz como un trueno más en medio de la tormenta.

Las botas resbalaban en el empedrado mojado, pero no nos deteníamos. Mi lanza temblaba en mi mano, pero no por el frío, sino por la tensión. El aire olía a hierro y a lluvia, y las antorchas que aún resistían iluminaban los rostros de mis compañeros, cada uno con la misma mezcla de miedo y furia.

El sonido de un cuerno resonó desde las torres más altas. Los alonios sabían que estábamos dentro.

—¡Belurios, traidores! —escupió un soldado a mi lado, mirando hacia las murallas abiertas.

—Si no fuera por ellos, aún estaríamos golpeando esas puertas —dije, apretando los dientes mientras nos internábamos en la ciudad.

La primera emboscada llegó con rapidez. Desde un callejón estrecho surgieron varias sombras alonias. Sus espadas relucieron bajo un relámpago, y el primer choque de acero se sintió como una flecha directa al pecho.

—¡En formación, escudos arriba! —gritó el capitán, pero los alonios no nos dieron tiempo.

Un hombre cayó a mi izquierda con la garganta abierta por una hoja bien dirigida. La sangre caliente manchó mis botas y el pánico se apoderó de mis piernas. Pero luego sentí en el hombro la mano firme de Varyn, mi compañero más cercano.

—¡Céntrate, Levan! ¡A la derecha! —me gritó justo cuando un enemigo se precipitaba contra mí.

Sin pensarlo, mi lanza se clavó en su abdomen. El hombre cayó sobre el arma y su peso casi me arrancó el asta de las manos. Su sangre corrió por mis dedos.

—¡Levan, no te detengas! —Varyn me empujó para que me espabilara.

Seguimos avanzando, golpeando y retrocediendo; el sonido de las armas al chocar inundaba mis oídos. Uno de los alonios intentó pasar por el flanco izquierdo, pero Varyn lo interceptó con su espada, hundiéndosela en el costado antes de girarla con una brutalidad que no reconocí en mi tranquilo amigo.

—¿Dónde aprendiste eso? —le pregunté mientras seguíamos avanzando.

—La guerra enseña rápido. Tú sigue vivo y lo descubrirás —respondió con una sonrisa amarga.

Las calles de Alonia se convirtieron en un caos. Los alonios no cedían terreno con facilidad, pero tampoco parecían tener un plan claro. Luchaban en pequeñas bandas, sin la cohesión de nuestro ejército.

—¡Capitán! —llamó un mensajero, empapado hasta los huesos—. El general Valnor ha ordenado que sigamos avanzando hacia la plaza central. Los belurios aseguran que ahí está la resistencia más fuerte.

El capitán maldijo por lo bajo antes de darnos la orden de continuar.

—¡Agrupaos! ¡No dejéis a nadie atrás! —ladró.

El sonido de los tambores seguía marcando nuestro paso, pero ahora se mezclaba con los gritos de los heridos y el eco de las flechas golpeando los escudos.

Llegamos a una calle ancha donde había lo que parecía un mercado. El escenario era dantesco. Los cadáveres de los soldados alonios yacían por doquier, mezclados con los de los belurios que habían pagado el precio de su traición. Las antorchas iluminaban una gran pira en el centro, donde los últimos defensores alonios

formaban un círculo alrededor de su estandarte, protegiéndolo con desesperación.

—Es aquí donde los dioses nos observan, muchachos —dijo el capitán, levantando su espada hacia nosotros—. ¡A por ellos!

Corrí junto a mis hermanos de armas, sintiendo el barro salpicarme mientras avanzábamos. Los alonios nos recibieron con gritos feroces y una lluvia de lanzas. Una de ellas pasó tan cerca de mi cabeza que sentí el silbido en mi oído.

Varyn me salvó la vida una vez más, desviando un golpe que habría partido mi casco.

—¡Concéntrate, Levan! ¡La victoria está al alcance de nuestra mano!

—¡Estoy concentrado, maldita sea! —respondí, bloqueando el ataque de un defensor antes de clavar mi lanza en su costado.

La calle se llenó de gritos y del sonido metálico del acero. Era difícil distinguir amigo de enemigo en medio de la lluvia y la sangre, pero avanzábamos.

—¡El estandarte! ¡Derribadlo! —gritó el capitán.

Y así lo hicimos. Mientras mis compañeros luchaban contra las últimas fuerzas de los alonios, Varyn y yo llegamos al estandarte. Trepé por el asta, con las manos resbalando en la madera mojada, y con un último esfuerzo lo arranqué.

La tela cayó al suelo, empapada y cubierta de barro. La batalla no había terminado, pero en ese momento sentí que habíamos conquistado algo más que una ciudad. Habíamos roto el espíritu de Alonia.

De repente, una lanza certera perforó el cuello de Varyn, arrancándole la vida en un instante. Su cuerpo se desplomó a mis pies mientras el resto de nosotros seguíamos avanzando a toda prisa. El cuerpo de mi compañero yacía en algún lugar detrás de mí, perdido bajo el avance implacable de nuestras tropas. No podía mirar hacia atrás, aunque la imagen de su rostro, congelado en esa última expresión de asombro y dolor, no abandonaba mi mente. En

ese momento me di cuenta de que la batalla no deja tiempo para el duelo. La guerra reclamaba todo de nosotros, incluso a los muertos.

—¡Levan, adelante! ¡No te detengas! —la voz de Orel, otro de mis compañeros, me sacudió como una bofetada.

Apreté los dientes y, con un nudo en la garganta, sujeté la lanza con más fuerza y seguí avanzando. Mis botas resbalaban en el lodo mezclado con sangre. Cada paso era una lucha por mantenerme en pie, tanto física como mentalmente.

Las calles de Alonia se habían convertido en un laberinto infernal. Los edificios ardían, sus fachadas iluminaban el caos con un resplandor naranja que hacía que las sombras de los combatientes se alargaran y retorcieran como si fueran espectros de otro mundo. Las llamas rugían al igual que nosotros, engulléndolo todo a su paso.

—¡Escudos arriba! —gritó Orel de nuevo, a tiempo para repeler el aluvión de flechas que llovió sobre nosotros.

La madera de los escudos crujió al recibir el impacto y un soldado cayó a mi derecha con una flecha atravesándole la pierna. Su grito se mezcló con el estruendo de la batalla, pero no podía detenerme. Nadie lo hacía.

Giré hacia una calle más estrecha, apenas iluminada por las llamas lejanas. Dos alonios emergieron de la penumbra. Uno llevaba una espada curva que destellaba bajo la luz intermitente de un relámpago.

—¡Por Alonia! —gritó, cargando contra mí con una fuerza que me hizo tambalear al bloquear su golpe con mi lanza.

El impacto casi me arrancó el arma de las manos. Con un movimiento instintivo, giré el asta y barrí sus pies. Cayó al suelo con un grito ahogado, y antes de que pudiera levantarse, hundí la punta de la lanza en su pecho. La madera tembló en mis manos cuando su cuerpo se sacudió por última vez.

—¡Cuidado! —gritó Orel detrás de mí.

Me giré justo a tiempo para ver al segundo alonio alzando su espada. Levanté mi lanza para bloquearlo, pero su golpe fue

demasiado fuerte. El asta se partió en dos y la fuerza del impacto me hizo retroceder, tropezando y cayendo sobre el barro.

—¡Levan! —Orel corrió hacia mí y empujó al enemigo hacia una pared cercana. Su espada se hundió en el costado del hombre, que soltó un alarido antes de desplomarse.

—¿Estás bien? —me preguntó, ofreciéndome su mano.

Asentí y me levanté, aunque mis piernas temblaban tanto que apenas podía mantenerme en pie.

—Gracias —murmuré, jadeando.

Orel me dio una palmada en el hombro. Su rostro estaba cubierto de sudor y hollín.

—No te me mueras todavía. Necesito a alguien que me invite a una cerveza después de esto.

No pude evitar soltar una risa amarga. Incluso en medio de todo aquello, Orel encontraba un momento para bromear.

Nos reagrupamos en la plaza central, donde la resistencia alonia era más feroz. Las tropas enemigas se habían atrincherado detrás de barricadas improvisadas, usando muebles, escombros y cualquier cosa que pudieran encontrar. Desde detrás de los parapetos, disparaban flechas y lanzaban piedras mientras algunos cargaban desesperadamente contra nosotros.

—¡Traed los arietes! —ordenó un capitán. Al instante, los soldados comenzaron a mover una de nuestras máquinas hacia las barricadas.

El estruendo del ariete golpeando la madera resonó como un tambor de guerra. Cada impacto sacudía el aire, acercándonos más al enfrentamiento final.

Uno de los alonios saltó por encima de la barricada, gritando como un loco, con una espada en cada mano. Corrí hacia él, esquivé su primer golpe y contraataqué con la punta rota de mi lanza. No era un arma ideal, pero bastó para abrirle una herida en el costado.

—¡Malditos jersas! ¡No tomaréis Alonia! —rugió, a pesar de la sangre que manchaba sus labios.

—Ya es nuestra, solo que aún no lo sabes —respondí, antes de terminar con él de un golpe certero.

Por fin, las barricadas cedieron y nuestra marea de soldados se desbordó hacia las líneas alonias. La plaza se convirtió en un hervidero de gritos, acero y fuego. Los alonios luchaban con la angustia de los condenados, pero era evidente que estaban perdiendo terreno.

Mientras avanzábamos hacia el alma de la resistencia, mis ojos se posaron en un edificio más grande que los demás cuya fachada lucía el emblema de Alonia.

El barro se hundía bajo mis botas, haciéndome sentir que el suelo intentaba tragarme. Avanzábamos como podíamos, en una formación improvisada de hombres extenuados sin un líder claro a la vista. El general Arkan había desaparecido en la vorágine del combate y, si seguía con vida, no lo veíamos.

—¡Levan, no te quedes atrás! —gritó Orel desde mi izquierda.

Apreté los dientes y me incliné hacia adelante para contrarrestar la fuerza del viento. El peso de mi lanza rota y el escudo era un recordatorio constante de mi vulnerabilidad. Cada relámpago iluminaba por un instante el caos: cuerpos esparcidos, sangre mezclada con la lluvia, y sombras que se movían frenéticas, incapaces de distinguir entre amigo y enemigo hasta que era demasiado tarde.

Un alonio surgió de la esquina con una espada larga, su rostro retorcido en una mueca de desesperanza. Apenas tuve tiempo de reaccionar antes de que su hoja descendiera hacia mí. Alcé el escudo de madera y sentí el impacto resonar por mi brazo.

—¡Atrás! —gruñí, empujándolo con todas mis fuerzas mientras retrocedía un paso.

Orel intervino desde el lado. Su espada cortó limpiamente la armadura del alonio, que cayó de rodillas con un grito gutural antes de desplomarse por completo. Al instante, su sangre oscureció aún más el suelo embarrado.

—¿Estás bien? —preguntó Orel, sin siquiera tomarse un momento para recuperar el aliento.

—Sigo respirando —respondí entre jadeos, levantando lo que quedaba de mi lanza.

—Entonces, mantente así. —Me dio una palmada en el hombro antes de avanzar hacia la siguiente esquina, donde otro grupo de soldados jersas se reunía en torno a un estandarte destrozado.

Uno de los hombres que lideraba la improvisada formación estaba cubierto de sangre, su rostro casi irreconocible bajo la mezcla de barro y heridas.

—¡Tenemos que llegar a la Casa de los Ancianos! —urgió, señalando hacia una calle más adelante.

—¿Cómo demonios lo lograremos con los arqueros todavía arriba? —preguntó otro, señalando a las figuras que se movían entre las ruinas de los edificios cercanos. Cada pocos segundos, una flecha atravesaba el aire y se cobraba la vida de uno de los nuestros.

—Yo me encargo —dijo Orel.

Me arrancó la lanza rota de las manos y la examinó con rapidez. Con un movimiento ágil, envolvió un trapo empapado en aceite alrededor de la punta y lo encendió con una chispa del pedernal que llevaba en su cinturón. La llama danzaba bajo la lluvia, chisporroteando pero firme.

—¿Qué demonios haces? —le pregunté, tratando de seguirle el paso mientras avanzaba hacia un edificio cercano.

—¿Quieres quitarte a esos arqueros de encima o no? —replicó con una sonrisa torcida antes de lanzar la lanza improvisada hacia una ventana del segundo piso. Al instante se produjo una explosión de fuego; el aceite prendió las cortinas y, en segundos, el humo comenzó a salir por las rendijas.

—¡Bien hecho! —exclamé, con un breve destello de esperanza.

—Eso debería mantenerlos ocupados. —Orel regresó junto a mí con una sonrisa en la cara, la misma maldita sonrisa que siempre mostraba, incluso cuando no teníamos motivos para ello.

Nos reagruparon rápidamente en dos líneas, una para cubrir a los heridos y otra para avanzar. Sabíamos que no todos saldríamos vivos de allí. Pero también sabíamos que retroceder no era una opción.

—¡Por aquí! —gritó el soldado ensangrentado, liderando el avance.

Cuando giramos la última esquina, el corazón me dio un vuelco. La Casa de los Ancianos se alzaba frente a nosotros, una admirable estructura que parecía desafiar la tormenta misma. Pero estaba defendido. Los alonios habían erigido una última barricada, y desde detrás de ella lanzaban flechas, jabalinas y gritos de desafío.

—¡Cubrid al ariete! —ordenó alguien. Un grupo de soldados jersas empujó una máquina improvisada hacia la barricada mientras los escudos formaban un muro protector a su alrededor.

—Levan, conmigo. —Orel me dio un tirón en la capa y me condujo hacia un flanco más despejado—. Si podemos flanquearlos por ese callejón, quizá logremos desarmar su defensa desde dentro.

—¿Quizá? —pregunté, arqueando una ceja.

—¿Tienes algo mejor que hacer? —respondió, y su sonrisa de siempre reapareció antes de que avanzara sin esperar respuesta.

Tragué saliva y lo seguí. Las sombras del callejón nos envolvieron, el sonido del combate principal fue amortiguado por las paredes de piedra. Tropecé con un cadáver que tenía una lanza. La cogí sin importarme de quién era. Mi corazón latía tan fuerte que temía que los alonios pudieran oírlo.

Cuando emergimos al otro lado, vimos la retaguardia de la barricada. Solo había unos pocos defensores, todos enfocados en el frente. Orel me miró y levantó tres dedos antes de contarlos hacia abajo. Tres… dos… uno.

Cargamos al unísono para coger a los alonios desprevenidos. Mi nueva lanza se hundió en el costado de uno de ellos mientras Orel abatía a otro con un rápido corte de su espada. Antes de que el tercero pudiera reaccionar, lo desarmé con un golpe directo a su muñeca y lo dejé inconsciente con la base de mi lanza.

—¡Ahora!, ¡romped la barricada! —gritó Orel hacia nuestros hombres al otro lado. La brecha que habíamos abierto era suficiente para que un grupo pequeño de jersas se abriera paso.

La última línea de resistencia alonia empezaba a tambalearse. Sabíamos que el final estaba cerca, pero también que aún quedaba sangre por derramar antes de que pudiéramos reclamar la victoria definitiva.

La lluvia persistía, cada gota pesaba como una piedra que golpeaba mi casco y escurría por mi cuello. La lanza que había arrojado seguía allí, clavada en el cuerpo inerte del enemigo. Me quedé mirando un instante demasiado largo. Orel me empujó el hombro con brusquedad, arrancándome del trance.

—Levan, mueve los pies. —Su voz era baja pero firme, un tono que no admitía discusión.

Tragué saliva y asentí. Recuperé otra lanza de un enemigo caído cercano. No era tan equilibrada como la mía, pero serviría. Seguí avanzando junto a los demás, los ojos siempre atentos a las sombras que se movían entre la lluvia. Las figuras a las que habíamos atacado momentos antes estaban dispersas o muertas, pero no podíamos bajar la guardia.

—¿Quiénes eran esos? —preguntó uno de los nuestros, un hombre de rostro joven que aún no había aprendido a ocultar el miedo en su voz.

Orel no respondió de inmediato. Observaba el camino más adelante, donde las sombras de los edificios se cerraban sobre nosotros, un laberinto en el que no teníamos ninguna ventaja.

—Exploradores, probablemente —dijo por fin—. O tal vez refuerzos. Sea como sea, no debemos quedarnos aquí.

Un trueno retumbó sobre nosotros, seguido por un relámpago que iluminó el callejón. Por un instante, vi las marcas en las paredes: símbolos alonios pintados con carbón y barro. Eran advertencias, o quizá señales para los suyos. No éramos los únicos que se movían por esas calles.

—Levan, a la retaguardia. Asegúrate de que nadie nos sigue. —Orel me miró con la determinación que nos mantenía a todos en marcha.

—Entendido. —Giré sobre mis talones y avancé unos pasos hacia atrás para cubrir al grupo. El joven que había hablado antes me siguió con la mirada.

El silencio volvió a imponerse, roto solo por el chapoteo de nuestras botas en los charcos. Mis músculos estaban tensos, cada fibra de mi cuerpo preparada para reaccionar al menor sonido fuera de lugar. Entonces oí un crujido apenas perceptible, como el de una bota resbalando en piedra mojada.

—¡Alto! —susurré con urgencia, levantando una mano.

Orel se detuvo al instante y el resto de los hombres lo imitaron. Nos quedamos inmóviles, escuchando. Otro sonido, esta vez más claro, de pasos acercándose, sigilosos pero apresurados.

—¿Cuántos? —preguntó mi compañero en un murmullo.

—No lo sé, pero están cerca —respondió tenso.

Orel hizo un gesto con la mano para ordenar que nos reagrupáramos en un círculo cerrado. Los que tenían arcos tensaron las cuerdas de inmediato y apuntaron hacia las sombras de las que procedían los ruidos. Yo me coloqué en un flanco, con la lanza y el escudo listos.

—Si son alonios, que se acerquen. Si no lo son… —No hizo falta que Orel terminara la frase. Nadie vendría por detrás en este caos si no era con malas intenciones.

La espera fue insoportable. La lluvia hacía difícil discernir formas claras, y la tormenta cubría cualquier pista auditiva. Por fin, una figura emergió de las sombras.

Observé con atención cómo uno de mis compañeros preparaba su arco, tensaba una flecha y, con la mirada firme, esperaba el momento oportuno para disparar. El coraje se contagió en el grupo y, uno a uno, los demás emularon su acción y cargaron sus armas.

Uno de mis compañeros disparó la primera flecha y el resto siguieron su ejemplo sin vacilar. Los blancos eran difíciles de alcanzar en estas condiciones, pero eso no importaba. Parecíamos estar conectados por un hilo invisible, actuábamos con precisión.

Como yo no tenía arco, decidí confiar en mi destreza con la lanza. Con un movimiento ágil y coordinado, la volteé en el aire y la dirigí hacia uno de los enemigos. Firme y concentrado, comencé a correr hacia mi objetivo, arrojando la lanza con todas mis fuerzas a través de la lluvia. El arma voló por el aire, atravesó la cortina de agua y encontró su objetivo con una precisión letal. Mi corazón se aceleró mientras veía cómo mi lanza se clavaba en el pecho del enemigo, lo atravesaba y acababa con su vida.

Otra vida segada, una más que no despertaba ya ninguna emoción en mí. Me sentía satisfecho por haber cumplido con mi deber como soldado, pero también me atenazaba una opresión en el pecho por la dura realidad de la guerra y la violencia que implicaba arrebatar una vida. Sin embargo, en ese momento sentí una conexión profunda con mis compañeros, con los que compartía el sacrificio necesario para enfrentarme a lo que tuviera que venir.

Continuamos corriendo hacia nuestros enemigos con las espadas en la mano, listas para derramar su sangre. Pero justo cuando creíamos estar un paso más cerca de la victoria, la muerte se presentó entre la lluvia con la forma de un poderoso guerrero que emergió entre la cortina de agua.

Mientras avanzábamos a través del chaparrón, un escalofrío recorrió mi espalda. Los ojos del sombrío guerrero brillaban con una ferocidad salvaje bajo el aguacero. Sin previo aviso, se abalanzó sobre nosotros con una velocidad impresionante. Parecía poseído.

Mis compañeros se convirtieron en blancos fáciles para su espada, que se movía con una precisión letal. El estruendo metálico de las armas chocando y los gritos de agonía llenaban el aire mientras el guerrero cortaba y apuñalaba sin piedad. El caos y la sangre se adueñaron de todo y el miedo me dominó. ¡Nos estaba aniquilando!

Traté de defenderme, de luchar con todas mis fuerzas, pero aquel enemigo era implacable. Sus movimientos eran rápidos y certeros, esquivaba mis golpes y encontraba todos mis puntos vulnerables. Vi caer a mis compañeros uno tras otro. Mientras los veía morir, hice todo lo posible por mantenerme en pie y estar a la altura.

La lluvia mezclaba en mi rostro el sudor y las lágrimas de angustia. Apenas podía ver, pero podía sentir la presencia avasalladora del mortal guerrero aproximándose. Mi respiración se aceleró. Sabía que me enfrentaba a una lucha desigual, pero no quería rendirme, ninguno de mis hermanos muertos lo había hecho.

Grité y me lancé hacia él en busca de una oportunidad para contraatacar. Alcé la espada en el aire e intenté herirlo, pero cada movimiento que hacía era anticipado y bloqueado, dejándome vulnerable y expuesto a su cólera desatada.

El guerrero se acercó muy despacio; su mirada era despiadada. El terror se apoderó de todo mi cuerpo mientras observaba el devastador resultado de la reyerta a mi alrededor: mis hermanos de armas yacían sin vida en el suelo. El deseo desesperado de sobrevivir me invadió, mi espíritu se negaba a quebrantarse. Sin pensarlo dos veces, di media vuelta y eché a correr en una desesperada huida.

Sentía a mi adversario pisándome los talones, como un lobo al acecho de su presa. La urgencia me consumía, pero también era consciente de que todos mis compañeros habían caído. El miedo me embargó. No deseaba compartir su destino, ¡no quería morir!

Me costaba respirar y las fuerzas comenzaron a abandonarme mientras el implacable guerrero me alcanzaba. Me desarmó con una fuerza abrumadora y mi arma cayó al suelo con un estruendo. El tiempo transcurrió más lento, y sentí unas manos poderosas aferrándome y elevándome por el aire antes de ser arrojado con violencia al suelo. Todo se volvió negro a mi alrededor, pero la lluvia persistía, implacable, diluyendo mi sangre y mis lágrimas en un río de desdicha.

En medio del silencio abrumador, el tiempo pareció detenerse. El final se acercaba, y mientras me aferraba a mi último suspiro de vida, una voz temblorosa atravesó el velo de la lluvia.

—¡Shuraz! ¡Shuraz, no lo hagas!

Era la voz angustiada de una joven que rompía el silencio de la muerte al acecho. A pesar de mi estado agonizante, su llamada me estremeció, evocando recuerdos y lazos que creía haber perdido. En ese breve instante, una chispa de esperanza se encendió en mi interior, pero era demasiado tarde. Mi vida se desvaneció entre las gotas de lluvia, y en esos últimos momentos pensé en el aroma de mi madre, lo que me brindó un momento de paz antes de desaparecer para siempre en brazos de la muerte.

El aire frío del cementerio rozaba los rostros de Rayhem y Jarben mientras el primero se inclinaba frente al espectro translúcido de un soldado jersa. La tenue luz del amanecer bañaba la escena con un resplandor pálido, acentuando las sombras de las lápidas. El espíritu, un hombre alto con la armadura rota y el rostro marcado por cicatrices de vida y muerte, permanecía inmóvil, aguardando en silencio la orden de Rayhem.

—Gracias, Levan. Tu información ha sido muy útil —dijo Rayhem, con voz grave pero cargada de compasión.

El fantasma asintió lentamente, su mirada vacía cargaba de un cansancio eterno. Con un destello de luz espectral, comenzó a desvanecerse, hasta que no quedó rastro de su presencia.

Jarben, que observaba a una distancia prudente, soltó un suspiro profundo y se arrodilló para comenzar a cavar la tumba del soldado. Con movimientos firmes, clavaba la pala en la tierra húmeda, mientras el sonido del metal cortaba el suelo llenando el aire silencioso.

—Es curioso —murmuró sin mirar a Rayhem—. A pesar de estar muerto, parecía más vivo que muchos de los que aún respiramos.

Rayhem, con el rostro fatigado, se acercó y se cruzó de brazos mientras observaba la labor de su amigo. Había hablado con los muertos muchas veces, pero esta conversación había sido distinta. Por primera vez había intentado algo más allá de escuchar. Había buscado respuestas y le había ordenado que se las diera, y así fue. La débil mente del espíritu sucumbió ante la orden del sacerdote.

—Levan era solo un soldado atrapado en la vorágine de la guerra —dijo al final—. No tenía nada personal contra Mushan. Ni siquiera sabía quién era. En pocas palabras, nuestro amigo estaba en el lugar y el momento equivocados.

Jarben detuvo la pala, la clavó en el suelo y levantó la cabeza para mirar a Rayhem. Sus ojos rosados, rodeados de oscuras ojeras, brillaban con tristeza.

—¿Eso es todo? —preguntó. Había un reproche en su voz—. ¿Una excusa vacía? ¿Estaba en el lugar equivocado? Eso no le devuelve la vida. No hace que todo esto tenga sentido.

Rayhem sostuvo la mirada de Jarben con serenidad, aunque su postura reflejaba el peso de las palabras. Caminó hasta la tumba abierta y, agachándose, recogió un puñado de tierra entre los dedos.

—No buscamos sentido a la muerte, Jarben. Solo a lo que hacemos con ella —dijo, dejando caer la tierra sobre el féretro improvisado del soldado—. Mushan no volverá, pero entender por qué murió puede ayudarnos a evitar más pérdidas como la suya.

Jarben apretó los puños y, al final, se puso de pie apoyándose en la pala como si fuera un bastón.

—¿Y qué hacemos con esto, Rayhem? —preguntó con la voz temblorosa—. ¿Levantamos monumentos? ¿Escribimos canciones? ¿O seguimos enterrando a los muertos mientras intentamos convencernos de que servirá de algo?

Rayhem dio un paso hacia él y colocó una mano en su hombro. Sus ojos brillaban con la intensidad de alguien que había visto demasiada muerte, pero que aún se aferraba a la esperanza.

—Seguimos adelante, Jarben. Porque, si no lo hacemos, la muerte habrá ganado dos veces.

Por un momento, el silencio volvió a dominar el cementerio. Solo el crujir de las hojas bajo el viento y el lejano canto de un cuervo rompían la quietud. Por fin, Jarben asintió y retomó su labor, cavando en silencio mientras Rayhem permanecía junto a él, inmóvil como una estatua.

Cuando la tumba estuvo lista, Jarben se limpió el sudor de la frente y clavó la pala en el suelo. Juntos, depositaron el cuerpo del soldado en la tierra y lo cubrieron poco a poco con el peso del olvido.

—Descansa en paz, Levan —murmuró Jarben.

Rayhem observó la tumba y luego levantó la mirada hacia el horizonte, donde el sol asomaba con timidez entre las nubes grises.

—Esto no termina aquí —dijo, más para sí mismo que para su amigo.

Jarben lo escuchó y, aunque no respondió, comprendió el significado de esas palabras. Ambos sabían que el camino que les esperaba sería largo y lleno de sombras.

2
El último adiós

El cementerio de Jarben se alzaba en la penumbra, rodeado de muros altos y cubierto por la fría luz de la luna. Los pasos sobre el empedrado eran el único sonido que acompañaba al pequeño grupo mientras se adentraban en el corazón de aquel lugar, donde las lápidas y los monumentos se alzaban como sombras antiguas. La niebla, arremolinada entre las tumbas, les rozaba los pies.

Jarben caminaba a la cabeza, su silueta delgada y alta destacaba contra el resplandor plateado de la luna. Alargó una mano temblorosa para iluminar el sendero con un farol. La luz oscilante arrancó destellos de las estatuas de piedra, que parecían observarlos desde su eterna vigilancia. Detrás de él, Anara extendió la mano y deslizó sus dedos con suavidad sobre una lápida.

—Es aquí —murmuró Jarben, deteniéndose frente a una tumba recién excavada. Su voz, aunque firme, vaciló un poco; temía que el suelo sagrado rechazara al difunto.

Rayhem dio un paso adelante. Su figura estaba envuelta en un hábito negro que parecía fundirse con la oscuridad circundante. Con movimientos calculados, colocó una vela sobre la lápida. La llama titilante iluminó su rostro tranquilo. Su voz resonó como una hipnótica melodía cuando comenzó la ceremonia.

—Bel-Hur, guardián de las almas, recibe a Mushan en tu reino. Que su espíritu encuentre el descanso que el mundo le negó.

Edoz apretó los puños a su lado. La capa roja que llevaba ondeó con suavidad al compás del viento, pero él permaneció inmóvil, clavando la mirada en el suelo. Su mandíbula se tensaba con cada palabra de Rayhem. Cuando el silencio volvió a imponerse, dio un paso adelante y se dirigió a la tumba.

—No debiste irte —susurró. Clavó la mirada en el montículo de tierra, sus ojos oscuros brillaban con lágrimas no derramadas. Luego se volvió hacia los demás—. Mushan murió por nosotros, y no veo justicia en esto. Su sacrificio no puede quedar en vano.

—Nadie aquí lo permitirá —respondió Shuraz con una voz grave como el trueno. Estaba de pie al borde del grupo, con los brazos cruzados sobre su coraza negra. Su presencia imponía respeto—. Pero ahora no es el momento de promesas de venganza, sino el de honrar su memoria.

Edoz lanzó una mirada furiosa hacia el guerrero, pero no respondió. En cambio, se arrodilló frente a la tumba y apoyó las manos en el suelo húmedo. Su cuerpo temblaba, pero no por el frío, sino por la intensidad de su dolor.

Anara se acercó a él y colocó una mano ligera sobre su hombro. Su mirada, a través del velo negro que cubría su rostro, era un bálsamo de consuelo.

—Tu dolor es nuestro, Edoz —dijo, con un tono que calmó el ambiente—. Estamos aquí para cargarlo contigo. Mushan no está solo, y tampoco tú.

Zarhel, que había permanecido en las sombras hasta entonces, avanzó con un suspiro pesado. Sacó una pequeña daga ceremonial de su cinturón, la dejó con cuidado sobre la tumba y se apartó. Era un gesto sencillo, pero significativo.

Rayhem alzó ambas manos hacia el cielo y cerró los ojos. Murmuró una oración en un idioma antiguo y su voz llenó el espacio con una resonancia que pareció atravesar la niebla y llegar a las estrellas.

Cuando terminó, la llama de la vela vaciló y se apagó, sumiendo al grupo en la oscuridad. El viento sopló con más fuerza y las ramas

de los árboles crujieron evocando los suspiros del propio Mushan.

Edoz se levantó con movimientos lentos, como si el peso del mundo descansara sobre sus hombros. Se volvió hacia el grupo y, por un instante, pareció que iba a decir algo más, pero en lugar de palabras, inclinó la cabeza en señal de gratitud.

—Queridos amigos —dijo Rayhem, alzando ligeramente el rostro hacia las estrellas—, hoy nos reunimos para honrar la vida y el sacrificio de nuestro valiente compañero Mushan. —Hizo una pausa para permitir que sus palabras calaran hondo. El viento se llevó su voz hacia los árboles, cuyos troncos retorcidos parecían inclinarse para escuchar. El farol que sostenía Jarben proyectó sombras largas sobre las lápidas cercanas—. Sus pasos aún resuenan en nuestros corazones y su espíritu nos acompañará por siempre. Conocí a Mushan como un hábil explorador en nuestra comitiva —siguió—, pero pronto vi mucho más en él. Su lealtad era inquebrantable y su sabiduría, un faro en la oscuridad. Mushan no necesitaba imponer su liderazgo; lo seguíamos porque nos inspiraba, porque sabíamos que, pasara lo que pasase, él siempre estaría ahí.

Rayhem hizo una pausa y cerró los ojos para evocar las imágenes de su amigo. Un breve destello de emoción se reflejó en sus labios tensos antes de continuar.

—Durante nuestra travesía por Jersia, Mushan mostró un coraje que pocos podrían igualar. En los momentos más desesperados, cuando todos temíamos dar el siguiente paso, él se adelantaba, no para liderar, sino para protegernos.

Edoz, inmóvil, apartó la vista de la tumba. Su capa roja ondeó cuando el viento la atrapó, y su puño se cerró con fuerza al escuchar las palabras.

—Que Bel-Hur lo guíe en su travesía hacia el más allá —prosiguió Rayhem, alzando una mano hacia el cielo estrellado—. Que encuentre la paz que el mundo le negó y el descanso que merece después de tanto sufrimiento.

La voz del sacerdote se quebró y por un momento nadie se movió. Rayhem respiró hondo y bajó la mirada hacia la tumba. Su

expresión recuperó la serenidad mientras decía:

—Si alguien desea despedirse, este es el momento.

El grupo permaneció en silencio. El viento jugueteó entre las ramas desnudas, susurrando secretos antiguos. Al final, Anara dio un paso adelante. Su vestido negro ondeó como un murmullo y su mirada de ojos verdes, velada por las lágrimas a duras penas contenidas, buscó la fuerza en los rostros de sus compañeros.

Se arrodilló frente a la tumba y susurró:

—Mushan… —Su voz se quebró, pero cerró los ojos con fuerza, inspiró profundamente y prosiguió—: Tu valentía nos dio fuerzas en los momentos más oscuros. Siempre estuviste ahí, liderando no con palabras, sino con tus actos. Incluso cuando el peligro parecía insuperable, tu sonrisa… —su voz se apagó, temblorosa— nos hacía creer que podíamos enfrentarlo todo.

Con un suspiro profundo, Anara retrocedió para unirse de nuevo al círculo de amigos, mientras el viento susurraba entre las lápidas y se llevaba sus palabras hacia el infinito. El silencio envolvió el cementerio mientras todos reflexionaban y rezaban alrededor de la tumba de su amigo, quien, a pesar del poco tiempo que compartieron juntos, había dejado una huella imborrable en sus vidas.

Shuraz, siempre vigilante, se mantenía en su posición, protegiendo a su familia incluso en un momento de dolor tan profundo. Sus ojos, por lo general afilados y atentos, ahora se perdían en la lejanía, buscando las palabras que le permitieran despedirse de su compañero. Por fuera, su postura firme y decidida inspiraba respeto, pero por dentro, un torbellino de emociones lo desgarraba. Mushan había sido un verdadero valiente y su ausencia dejaría un vacío imposible de llenar. Sin embargo, Shuraz, pese a su fortaleza, se encontraba sin palabras, atrapado en el nudo de su propio dolor. Cuando Anara habló, sintió que ella había expresado todo lo que él mismo sentía. Shuraz se acercó a la joven en silencio y la abrazó con fuerza, transmitiéndole su apoyo sin necesidad de pronunciar una sola palabra.

Jarben y Zarhel permanecían también callados, pero por razones distintas. Jarben, el sepulturero, había pasado por incontables funerales, y para él, callar era la única respuesta adecuada. Las palabras eran innecesarias; sabía que Mushan, dondequiera que estuviera, comprendería su dolor mejor que cualquier frase que pudiera decir. Zarhel, por otro lado, se encontraba en un conflicto interno. No era un hombre de palabras, y su relación con Mushan se limitaba a aquella noche fatídica en la Torre Roja, cuando lo liberó junto al resto del grupo. Pero ahora, la culpa lo asediaba; no podía evitar preguntarse si, al elegir ese camino, había condenado a Mushan a su destino. La pregunta lo torturaba, pero tendría que llevar el peso en soledad.

Edoz, sumido en un profundo pesar, avanzó hacia la tumba de su amigo. Sus ojos, vidriosos por las lágrimas, reflejaban la intensidad de su dolor.

—Querido Mushan, hermano mío… —comenzó con voz temblorosa—. Nunca olvidaré la noche en la que nos conocimos, cuando te liberé de las cadenas que te aprisionaban. Te miré a los ojos y te dije que debías confiar en mí, que juntos seríamos los mejores amigos que este mundo hubiera visto jamás… y así fue.

Los demás lo miraban, sorprendidos por la seriedad inusual en Edoz, que solía ser el alma bromista del grupo, siempre con una sonrisa en los labios. Pero ahora se mostraba más cercano, más humano de lo que jamás lo habían visto.

—Recuerdo nuestras charlas bajo el cielo estrellado de Jersia —continuó Edoz con voz entrecortada—. Tus relatos de criaturas legendarias, esas que solo nuestros ojos lograron ver. Tu sabiduría sobre la naturaleza era infinita, y tu pasión por la vida, contagiosa. Me enseñaste a mirar más allá de lo que todos ven, a encontrar la belleza en los rincones más ocultos, aunque mi bocaza casi siempre estropeara el momento. —Una sonrisa triste, llena de gratitud, apareció en el rostro de Edoz mientras hablaba—. Hoy te digo adiós, Mushan, pero sé que tu espíritu vivirá en mí para siempre —afirmó con fuerza renovada mientras se arrodillaba junto a la lápida y su

mano temblorosa acariciaba la fría piedra, deseando con todo su ser poder tocar a su amigo una vez más.

Un respetuoso silencio descendió sobre el cementerio, los ojos de todos fijos en Edoz. En ese instante, algo extraordinario ocurrió…

El viento se intensificó, haciendo que las ramas de los árboles se balancearan con un susurro inquietante mientras destellos de luz iluminaban el cementerio en un espectáculo surrealista. Entre la niebla, una figura etérea comenzó a materializarse, envuelta en un resplandor cálido que irradiaba paz.

Era Mushan. Su espíritu, vestido con las ropas de un nómada, emergió cubierto por una túnica que parecía formar parte del propio viento. Su rostro, sereno y lleno de una sabiduría ancestral, brillaba con una luz que parecía provenir de otro mundo.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Anara y Rayhem al ver a su amigo de nuevo, aunque solo fuera en forma espiritual. Edoz, sorprendido y abrumado por la emoción, extendió la mano hacia Mushan, pero sus dedos atravesaron el aire vacío.

—Querida Anara —dijo Mushan, con una voz que resonaba suave y reconfortante—, tu compasión ha sido un faro en mi vida. Has dejado una marca imborrable en mi corazón, y por eso te estaré eternamente agradecido. Nunca podré olvidarte.

La muchacha lloraba en silencio, sintiendo cómo cada palabra de Mushan tocaba lo más profundo de su alma.

—Rayhem —continuó Mushan, dirigiendo su atención al sacerdote—, defensor de Bel-Hur, tu guía espiritual me ha llevado por el sendero de la luz. Gracias a tus habilidades, hoy puedo despedirme de todos vosotros. Este es un regalo que valoro más de lo que las palabras pueden expresar.

—Jarben, el erudito —prosiguió, mirando al sepulturero con profunda admiración—, tu sabiduría ha sido una fuente constante de luz. Has desentrañado los misterios de este mundo y me has iluminado en muchas ocasiones. Gracias por compartir tu conocimiento conmigo.

Jarben, que rara vez mostraba sus emociones, inclinó la cabeza en señal de respeto.

Mushan, flotando en el aire, se giró hacia Shuraz.

—Shuraz, mi valiente y leal amigo, tu fuerza siempre me inspiró. Fuiste mi hermano de armas, un héroe en todos los sentidos. Aunque ahora estoy en el más allá, nunca olvidaré nuestras batallas juntos.

Mushan se dirigió a Edoz.

—Edoz… ¿Qué puedo decirte? Has sido mi compañero, mi hermano. Compartimos risas y lágrimas, y tu apoyo fue un tesoro en mi vida. Siento no haber tenido más tiempo para disfrutar de nuestra amistad, pero sé que siempre estaré contigo, ahora y por toda la eternidad.

El espíritu de Mushan, rodeado de una luz tenue y azulada, extendió los brazos hacia sus amigos, como queriendo abrazarlos a todos una última vez. La figura etérea flotó con gracia entre ellos, llenando el espacio con una calidez indescriptible. De repente, una bruma blanca lo envolvió y Mushan se desvaneció como una ilusión fugaz. Los presentes contuvieron el aliento mientras su amigo se disolvía en el aire, dejando tras de sí un silencio sobrecogedor, apenas interrumpido por el susurro del viento.

Lágrimas de felicidad corrían por el rostro de Edoz, que sonrió con alivio. Rayhem, agotado por la invocación, se limpió el sudor de la frente. Su cabeza palpitaba con un dolor intenso.

Edoz se acercó a Rayhem con el rostro iluminado por la emoción.

—Gracias —le dijo con la voz quebrada.

Rayhem asintió. Su rostro lucía una sonrisa cansada.

—Era necesario —respondió—. Lo necesitábamos todos para aliviar nuestro dolor.

Edoz asintió, reconfortado, mientras dirigía una última mirada a la tumba. Anara, aún llorando, se mantenía apartada. Su rostro reflejaba una tristeza profunda. Shuraz se acercó a ella en silencio y la rodeó con sus brazos desde atrás en un gesto de ternura y apoyo.

Anara se aferró a él en busca de consuelo, temerosa de perderlo también.

3
¡Por la liberación de Alonia!

—Ha sido una despedida conmovedora —murmuró Anara mientras servía una jarra de cerveza. Su delicado porte tenía un encanto innegable e irradiaba una gracia irresistible. Su piel pálida contrastaba con sus ojos verdes, y sus labios, finos y rosados, resaltaban en contraste con su tez clara. Tenía el cabello, en tonos castaños claros, siempre recogido con elegancia para no llamar demasiado la atención.

—Me alegra escuchar eso, querida —respondió la tía de Anara, colocando con cuidado la bandeja sobre la barra de la taberna, donde la luz cálida del local bañaba el ambiente—, Hoy vendrán todos, ¿verdad?

—Sí, así es —confirmó Anara con tristeza, pensando en la ausencia de Mushan.— También hemos invitado a Zarhel, el carcelero que nos liberó de la Torre Roja.

—¡Por Bel-Hur!, estuvisteis a punto —recordó la tía, llevándose una mano a su frente—. Fue una suerte que los jersas decidieran atacar la ciudad esa misma noche.

—Así es —suspiró Anara, recordando el rescate de Zarhel—. Nos salvó aprovechando la confusión del ataque, pero no todos sobrevivimos…

Una lágrima se deslizó por su mejilla al recordar la imagen desgarradora del cuerpo de Mushan atravesado por una lanza jersa bajo la lluvia.

—Tranquila, mi niña —susurró la tía, rodeando a Anara con un abrazo reconfortante—. Ahora Mushan descansa en un lugar mejor, junto a Bel-Hur. Puedes estar segura.

—Tienes razón, tía. —susurró Anara, que buscó consuelo en esas palabras—. Es difícil aceptarlo, pero al menos sabemos que ya no sufrirá más. Nunca lo tuvo fácil como esclavo.

La tía asintió con tristeza y miró comprensiva a su sobrina. Sin embargo, una chispa de esperanza brilló en sus ojos.

—Pero mira todo lo que habéis logrado, Anara —dijo con voz suave pero firme—.Los jersas nos han liberado de la opresión de los alonios; ahora tenemos la oportunidad de construir un futuro mejor, uno en el que podamos vivir en paz y libertad.

Anara asintió y dejó que las palabras de su tía calaran en ella. A pesar del dolor y la pérdida, una semilla de esperanza comenzaba a florecer en su interior.

Con esa nostalgia dentro no pudo evitar pensar en la guardiana; siempre que se sentía así, allí estaba ella para darle fuerza. Anara esperaba que siguiera con vida… ¡sabía que seguía con vida! Le gustaría ir a buscarla, pero no tenía ni idea de por dónde empezar. La vida la estaba conduciendo por otros derroteros, y el miedo y la cobardía la atormentaban por no hacer nada para encontrar a su mentora.

La joven miró por la ventana de la taberna. Arriba, en el cielo, brillaba una luna llena preciosa. Esperaba que la guardiana estuviera viéndola también, donde quiera que estuviese.

En contraste, la taberna el Templo Belurio emanaba una atmósfera de alegría. El suelo de madera estaba cubierto de paja, y en el centro, una hoguera crepitante proporcionaba luz y calor, creando un ambiente reconfortante. La música de los juglares flotaba en el aire, acompañada de risas y charlas animadas que llenaban el espacio. Tras la conversación con su tía, con una sonrisa

renovada, Anara hizo de tripas corazón y sirvió bebidas con entusiasmo, compartiendo su alegría por la libertad recién alcanzada.

Shuraz, el intrépido héroe, irrumpió en la taberna, capturando la atención de todos los presentes. Orgulloso, ocupó una mesa reservada solo para él.

—¡Por Shuraz, el invicto! —exclamó con entusiasmo un soldado belurio, alzando su jarra en alto. La taberna se unió al gesto y todos elevaron sus bebidas en señal de admiración—. Tu espada es como un rayo divino que aniquila a quienes desafían a nuestro pueblo. ¡Brindemos por Shuraz, héroe de Beluria!

Los aplausos y los gritos de júbilo resonaron en el ambiente, reflejando la profunda admiración que todos sentían por el intrépido guerrero. La impresionante presencia de Shuraz inspiraba respeto, y cada palabra pronunciada en su honor estaba impregnada de admiración genuina. Sin embargo, la mente del valiente guerrero estaba centrada en una sola persona: Anara.

Cuando sus miradas se encontraron, una cálida sonrisa iluminó sus rostros. Shuraz y Anara compartían un vínculo profundo, como evidenciaba el brillo de sus ojos. Él irradiaba un aura que parecía provenir de los mismos dominios divinos. Su apariencia cautivaba a todos los afortunados que se cruzaban con su mirada. Su rostro, esculpido a la perfección, parecía haber sido moldeado por los mismísimos dioses de la antigüedad.

Anara pensaba que, aunque la fama de Shuraz estaba en lo más alto, la realidad era que su reputación había superado incluso sus acciones reales. Si bien era cierto que había desempeñado un papel crucial en la liberación de los belurios, la verdad no era tan heroica. Shuraz había sido parte del esfuerzo conjunto de todos sus compañeros, los embajadores belurios, pero él, más famoso que los demás, había recibido el reconocimiento principal.

La joven no podía dejar de mirarlo. La melena dorada de Shuraz caía como una cascada de rayos de sol y enmarcaba su rostro con una gracia sobrenatural. Nunca se separaba de su coraza, una

armadura que parecía fusionarse con su cuerpo y proyectaba su fuerza indomable. Su piel, curtida y bronceada por las incansables jornadas bajo el sol ardiente de incontables campañas, hablaba del valor y la gloria que había obtenido en cada batalla.

Un grupo de talentosos músicos llenaba la taberna con alegres melodías, incitando a los presentes a levantarse y unirse a la fiesta. Los aplausos y los cantos resonaban en el aire mientras los alegres comensales brindaban con jarras rebosantes y alzaban sus copas.

Anara, como ágil tabernera, llenaba las jarras de los clientes con destreza, pero su atención se centraba cautivada en Shuraz, al que no podía quitar ojo. Él le respondía a menudo con una enorme sonrisa que iluminaba el rostro de la joven.

—Anda, ve —le susurró la tía de Anara con complicidad, señalando con disimulo al guerrero que la observaba de soslayo. Ella respondió con una sonrisa tímida mientras sentía cómo el rubor teñía sus mejillas, y colocó con esmero seis jarras vacías en la bandeja.

Jarben y Rayhem irrumpieron por la puerta de la taberna. Su presencia no pasó desapercibida, sino que atrajo todas las miradas mientras se dirigían hacia la mesa donde Shuraz estaba sentado.

El humo de la hoguera se elevaba formando figuras danzantes que se mezclaban con la animada charla de la pareja, cuyas risas contagiosas llenaban la estancia. El olor embriagador a leña quemada y especias llenaba el aire y despertaba el apetito y los sentidos.

La apariencia delicada de Rayhem destacaba entre la multitud. Su tez pálida irradiaba una sensación de serenidad única. Su cabello, negro y corto, cuidadosamente peinado, se ocultaba bajo la capucha de su hábito, mientras que un collar con el símbolo de Bel-Hur adornaba su cuello, un emblema que ahora podía lucirse con orgullo.

A su lado, Jarben, el sepulturero, envuelto en un oscuro hábito también encapuchado, llamaba la atención por su singular apariencia albina. A pesar de su aparente fragilidad física, su agudeza mental era insuperable.

Jarben se fijó en que la taberna estaba decorada con banderas belurias y las paredes habían sido adornadas con tapices que narraban las historias del pueblo. Aquella decoración, ahora desplegada con orgullo por la tía de Anara, había estado prohibida bajo el régimen alonio, pero en aquel momento de liberación, las coloridas telas y los adornos brillantes llenaban el lugar de alegría.

Edoz, el verdugo, fue el siguiente en llegar. Con un aura de nobleza y elegancia, parecía haber salido de los palacios de un reino próspero. Sus relucientes botas de piel y su exquisito atuendo contrastaban con el entorno mundano de la taberna, mientras que su capa roja añadía un toque de distinción a su figura. Aunque su semblante serio reflejaba el peso de la pérdida de su amigo Mushan. El verdugo caminaba entre el trasiego de jarras y platos servidos por Anara y sus tíos, mientras la comida y las bebidas circulaban de manera generosa.

Zarhel, el carcelero, fue el último en llegar. Aunque de baja estatura, su fortaleza física imponía respeto. Tenía una barba pelirroja de trenzas cuidadas que contrastaba con su calva, que dejaba al descubierto las cicatrices y arrugas que marcaban su rostro. Sus cejas, siempre fruncidas, parecían reflejar un perpetuo enfado irreal.

Rayhem, Jarben, Edoz y Zarhel se acomodaron alrededor de la misma mesa, con Shuraz en el asiento principal, justo como él prefería. De fondo, las risas y los cantos llenaban el aire de alegría.

Anara, con una sonrisa en su rostro, se acercó a la mesa con una bandeja repleta de jarras de cerveza fría cuidadosamente equilibrada. El líquido dorado se agitaba dentro de las ellas, liberando un aroma embriagador que llenaba el aire. Pequeñas gotas frías se deslizaban por el exterior del vidrio. Con destreza y elegancia, Anara colocó las jarras sobre la mesa y las distribuyó frente a cada uno de sus amigos, deteniéndose un segundo de más a mirar a los ojos azules de Shuraz. Por último, puso la última delante de ella y se sentó frente al guerrero.

Había estado reflexionando sobre qué decir en ese momento tan especial. Se puso de pie, alzó su jarra y habló con voz clara y firme, primero para sus amigos y luego para toda la taberna:

—Quiero brindar por Mushan, nuestro querido amigo que dio la vida por la libertad que ahora nos abraza. Por el pasado que nos ha hecho más fuertes, por el presente que nos llena de gratitud, y por el futuro que nos espera lleno de promesas. ¡Salud, queridos hermanos belurios! ¡Que nuestra libertad sea eterna!

El sonido alegre de los cristales chocando llenó la estancia, acompañado de exclamaciones de felicidad y palabras de buena fortuna.

La mujer se sentó, bebió de su jarra y se sintió agradecida al ver la mirada de aprobación de su tía.

—Bonitas palabras, Anara —la felicitó Rayhem con una sonrisa, mientras sus compañeros disfrutaban de sus bebidas.

—Gracias —respondió ella—. Lo había preparado, Mushan se merece eso y mucho más.

—Tienes razón —intervino Edoz, echando un vistazo al guerrero mientras este bebía de su jarra—, a veces parece que Shuraz ha liberado él solo a todo el pueblo belurio. ¿Cómo se siente uno al ser el libertador de la opresión alonia? —preguntó con sarcasmo a Shuraz mientras este se limpiaba la espuma de su labio superior con el antebrazo.

—¿Acaso tengo yo la culpa de que mi fama me preceda? —respondió el aludido, sin tomarse demasiado en serio las críticas de Edoz.

Shuraz bebió de su jarra y por encima de ella buscó los ojos de Anara.

—Hoy celebramos nuestra libertad y honramos la memoria de Mushan, pero también deberíamos pensar en nuestro futuro —dijo Anara, mirando a los ojos a cada uno de sus compañeros.

—Exacto. Ahora que somos dueños de nuestro destino, debemos aprovechar esta oportunidad para reconstruir nuestras vidas —

exclamó Shuraz, golpeando la mesa con energía.

—Es verdad, pero lo hemos tenido difícil en el pasado. Somos expertos en correr aventuras —añadió Rayhem.

Zarhel asintió y levantó su jarra como señal de apoyo. Al no encontrar las palabras adecuadas, optó por el silencio.

Todos miraron expectantes a Edoz, extrañando sus bromas y comentarios punzantes.

—¿Qué pasa? —preguntó él con seriedad— ¿No puedo tomarme un descanso ni un solo día? —Tras unos segundos, comenzó a reír, alzó su jarra y levantó la mirada—. Mushan no querría que estuviera amargado todo el día, así que por ti, amigo, ¡dondequiera que estés!

Los seis belurios alzaron sus jarras y brindaron con decisión.

—Zarhel, quiero agradecerte, ahora ante todos, el habernos liberado de la Torre Roja justo antes de que fuéramos ejecutados. Nos habían condenado a muerte por traición… ¡Nos salvaste la vida! —dijo Anara con entusiasmo, mirando al carcelero.

—¿Has pensado en unirte a nosotros? ¿Te gustaría formar parte de nuestro grupo? —le preguntó Rayhem.

—Tu experiencia nos sería de gran valor, seguro. ¿Podemos contar contigo? —añadió Anara, mirándolo con esperanza en sus ojos verdes.

Zarhel se tomó un momento para reflexionar, observando con detenimiento a cada uno de los belurios sentados a la mesa con él. Después, con una sonrisa fría en su rostro, respondió:

—¿Creéis que estaría aquí si no quisiera ser uno más de los valientes embajadores de Beluria? Ha sido un honor liberaros y lo es ahora compartir esta mesa con vosotros. Habéis luchado por un futuro mejor para nuestro pueblo. Estoy dispuesto a unirme a vuestra causa, aunque es probable que me quede sin trabajo ahora que la Torre Roja ha cambiado de manos. Mi experiencia como carcelero me ha mostrado más que a nadie las injusticias y el sufrimiento que hemos soportado los belurios. Parece que, al fin,

esto está cambiando, así que podéis contar conmigo —concluyó Zarhel, alzando su jarra.

Los demás se unieron en un gesto de celebración mientras se preparaban para brindar.

—¡Por Zarhel, nuestro valiente carcelero! —exclamó Edoz con una sonrisa.

En medio de la celebración en la taberna, Anara continuó la conversación:

—Es sorprendente cómo las cosas han cambiado tan deprisa —afirmó—. El rey alonio Odimovar confiaba en Rozar, el rey jersa, como aliado, y poco después se convirtió en su mayor amenaza y el causante de su derrota.

—A veces, la ambición y el poder pueden corromper incluso las alianzas más sólidas —respondió Jarben, reflexivo—. Rozar supo aprovechar las debilidades de Odimovar y manipular las rivalidades para fortalecer su propio poder. Fue un movimiento calculado.

—Además, las tensiones con los sacerdotes de Kudram solo sirvieron para debilitar aún más la posición de Odimovar —añadió Rayhem, asintiendo—. Es lamentable ver cómo una disputa religiosa puede dividir a un reino y allanar el camino para un enemigo astuto.

—Pero no podemos olvidar nuestro papel en todo esto —interrumpió Shuraz con tono orgulloso—. Fuimos nosotros quienes buscamos la ayuda del rey Rozar para obtener nuestra libertad, y ahora, con Alonia en manos de los jersas, debemos ser conscientes de las consecuencias de nuestras acciones.

—El camino hacia la libertad no ha sido fácil, pero ahora tenemos una oportunidad única para reconstruir Beluria —añadió Anara—. Debemos aprovechar esta situación y unirnos como nunca antes lo hemos hecho. No podemos permitir que el sacrificio de Mushan y de tantos otros antes que él haya sido en vano. Es un momento agridulce para los belurios —continuó tras tomar un sorbo de su bebida—. Por un lado, al fin somos libres y podemos regresar a nuestra amada capital, Nela-Shur. Pero al mismo tiempo, no

podemos ignorar la incertidumbre que nos rodea. ¿Qué planes tienen los jersas para nuestro pueblo?

—Es cierto, no podemos descuidarnos —reconoció Shuraz con una mirada seria y preocupada—. Aunque hemos sido liberados, debemos estar alerta ante los jersas. Pueden ser aliados o simplemente buscar mantener su dominio sobre nosotros, heredando las cadenas con las que nos aprisionaban los alonios.

—No debemos permitir que el temor nos confunda —agregó Rayhem—. Es comprensible que tengamos sentimientos contrarios hacia los jersas, pero también debemos recordar que la oportunidad está ante nosotros y que ellos nos han concedido la libertad. Debemos luchar por nuestro futuro y no permitir que nadie nos someta nunca más.

—¿Crees que nuestros antepasados se dejaron avasallar ante la invasión alonia? Te aseguro que no —intervino Edoz con una sonrisa irónica—. Estoy seguro de que ahora podemos ser astutos y aprovechar la situación a nuestro favor. Si los jersas esperan un pueblo sumiso, se sorprenderán al descubrir que los belurios somos unos cabrones duros de someter.

—A pesar de lo ocurrido, debemos mantenernos unidos como pueblo y recordar que nuestro verdadero poder reside en nuestra capacidad para trabajar juntos. Observad lo que hemos logrado un pequeño grupo de nosotros colaborando, e imaginad a todo el pueblo belurio unido por un objetivo común —concluyó Jarben con voz suave pero firme.

—El rey jersa ha designado a Odimovar como gobernador de Valentia —dijo Zarhel, con cautela al unirse a la conversación—. Algo extraño. Lo habitual habría sido ejecutar al rey derrocado.

—¿Creéis que el destituido Odimovar podría influir en las decisiones de los jersas respecto a Alonia? —preguntó Rayhem.

—Es difícil adivinar las intenciones de los jersas y el destino de Odimovar —respondió Zarhel tras una breve reflexión—. Sin embargo, hemos observado que los jersas han demostrado ser más

benévolos de lo esperado con los alonios. Tal vez exista la posibilidad de que Odimovar influya en las políticas en beneficio de su pueblo.

—¿Deberíamos confiar en los jersas y colaborar con ellos en la reconstrucción de Beluria? —planteó Anara pensativa.

—No creo que nuestra opinión pueda influir en nada, pero creo que debemos mantenernos alerta —respondió Jarben con calma—. No podemos depender de los jersas. Deberíamos luchar por nuestros propios intereses. Sin embargo, tampoco podemos cerrarnos por completo a la posibilidad de colaborar con ellos, siempre y cuando sea en beneficio de nuestra gente.

—No debemos olvidar todo lo que nos han jodido —dijo Shuraz —. Aunque algunos alonios nos trataron relativamente bien, la destrucción de Nela-Shur y la opresión que nuestras familias sufrieron como esclavos son heridas profundas que no podemos ignorar.

—Es cierto, debemos recordar nuestro pasado y aprender de él —añadió Rayhem, asintiendo con seriedad—. No podemos permitir que los abusos y las injusticias pasadas se repitan. La aceptación de Rozar II como soberano del imperio, la liberación de los belurios y la restauración del culto a Kudram son pasos importantes hacia la estabilidad. Sin embargo, también debemos asegurarnos de que se respeten nuestros derechos.

—¿Restauración del culto a Kudram? —inquirió Shuraz—. Esa secta oscura y corrupta… ¡el rey Odimovar hizo bien en prohibirlos!

—Es difícil entender las decisiones de los jersas en este aspecto, pero como bien señala Rayhem, la libertad religiosa es un derecho fundamental que también debemos respetar, aunque no compartamos sus creencias. —intervino Jarben, con tono reflexivo fijándose, sin interés, en cómo Shuraz cogía de la mano a Anara mirándola a los ojos.

—Aun así, debemos seguir luchando por nuestra identidad —afirmó Shuraz—. No podemos depender de la benevolencia de los demás, debemos trabajar para construir nuestro propio destino. Debemos preservar nuestra religión, nuestra cultura, nuestras

tradiciones y nuestro legado sin esperar favores de los jersas o de cualquier otro conquistador.

—Debemos demostrar que somos algo más que esclavos sin cerebro —añadió Edoz con energía—, que poseemos más coraje y habilidades de lo que los alonios jamás imaginaron.

—Tienes toda la razón, Edoz —respondió Shuraz, levantando el puño al aire y soltando la mano de Anara—. Somos mucho más que un grupo de esclavos conquistados. Somos una comunidad fuerte y es hora de mostrar al Mundo Antiguo de qué son capaces los belurios.

—Eso es —asintió Rayhem con entusiasmo—. No permitamos que las cadenas del pasado nos limiten. Debemos unir nuestras habilidades y conocimientos para reconstruir Nela-Shur y convertir al reino de Beluria en un lugar próspero.

—Estoy orgulloso de ser belurio y de tener la oportunidad de ser parte de esta nueva era —afirmó Zarhel levantando su jarra—. Juntos, podemos reescribir la historia y forjar un futuro en el que se nos reconozca y valore como merecemos.

—Mi tío me ha comentado que algunas familias belurias aún sienten nostalgia por los alonios —compartió Anara.

—Por supuesto —respondió, reflexivo, Rayhem—. Es comprensible que algunas familias echen de menos a los alonios. Después de todo, durante mucho tiempo vivimos bajo su dominio y muchos establecieron vínculos personales. Sin embargo, es imprescindible recordar que todos los oprimidos merecen una vida digna.

—No olvidemos que el rey Rozar ha demostrado su compromiso con la reconciliación al promover la reconstrucción del Templo de Nela-Shur —recordó Rayhem—. Este es un gran paso hacia la restauración de nuestro reino. Debemos estar dispuestos a considerar la posibilidad de que los jersas, bajo el liderazgo de Rozar, estén buscando establecer una alianza pacífica con nosotros.

—Una vez restauremos nuestra capital, veremos quién se atreve a desafiarnos. Seguro que vendrán a nuestras puertas de oro,

arrastrándose y suplicando por nuestra alianza —bromeó Edoz, provocando risas entre los suyos.

Sin previo aviso, una ráfaga de viento frío apagó algunos de los candiles cercanos a la puerta, mientras la hoguera en el centro del salón se agitaba con furia. El viento cesó de repente, seguido por un estruendoso portazo que resonó en toda la taberna. En el umbral de la puerta, una figura emergió poco a poco. Vestía ropas anchas de viaje adornadas con hilos plateados sobre un oscuro fondo negro que apenas dejaban entrever su figura. Llevaba guantes negros y un sombrero de ala ancha que ocultaba gran parte de su rostro, sumiendo sus rasgos en la penumbra, aunque su pelo largo, rizado y rojo como el fuego se deslizaba de manera caprichosa sobre sus hombros.

Un silencio sepulcral envolvió la taberna mientras la misteriosa mujer avanzaba con paso firme hacia la barra, con el sonido rítmico de sus botas resonando en el suelo de madera y su capa negra ondeando tras ella. Al llegar, susurros inaudibles pasaron entre ella y el tabernero, el tío de Anara, quien le sirvió un vaso de vino sin titubear. Con un gesto lento, la mujer elevó su sombrero, revelando unos intensos ojos negros que parecían penetrar en el alma de aquellos que la observaban.

La mujer se quitó los guantes con parsimonia, y después el sombrero. Retocó su pelo, revelando un par de cicatrices vistosas en sus pómulos que añadían un toque de peligro a su presencia. Después, desenfundó su daga y la colocó sobre la barra, dejando claro que no toleraría acercamientos no deseados.

—¡Por el reino de Beluria! —brindó la mujer en con una voz melodiosa y firme, alzando su vaso y vaciándolo de un trago

Mientras los músicos retomaban su melodía, devolviendo la normalidad a la taberna, la enigmática mujer dirigió una mirada de soslayo hacia la mesa de los embajadores, solicitando otro vaso de vino con un gesto firme.

Anara se levantó y retiró las jarras vacías, dispuesta a continuar ayudando a sus tíos. Cuando la joven se interesó por la misteriosa

pelirroja, la siniestra mujer ya no estaba allí.

La noche continuó avanzando imparable mientras la celebración por la reciente liberación resonaba en cada rincón de la taberna del Templo Belurio. En medio de la algarabía, Shuraz, el heroico guerrero, ya había perdido la cuenta de las jarras que había bebido.

—¿Estás mirándome a mí? —preguntó Shuraz con cierta dificultad, tambaleándose con su jarra vacía en la mano.

—¿A quién si no? —respondió una hermosa mujer morena con flequillo y unos grandes y redondos pechos apresados por un corsé sin apartar la mirada del guerrero.

—No deberías mirar así a las personas, podrían confundirse —murmuró Shuraz, acercándose a la joven, cuyo atuendo sugería que era una criada.

—¿No crees que has bebido demasiado? —susurró la joven al oído de Shuraz.

—¿Qué insinúas? —dijo este, forzando una intensa mirada—, ¿que no puedo dar la talla?

—No lo sé, ¿me invitas antes a algo? —le provocó la joven sin apartarse de su oreja, mientras jugaba con uno de los mechones rubios del fornido guerrero y le mostraba su escote.

Incapaz de resistir la tentación, Shuraz la agarró por la cintura y, entre risas, la subió escaleras arriba hasta una habitación. Poco después del portazo, los gritos de placer de la joven se perdieron en el bullicio de la fiesta. Esa noche, las habitaciones superiores de la taberna se llenaron de amantes furtivos.

Anara, encargada de llevar jarras de agua al piso de arriba, subía las escaleras cuando se encontró con Shuraz, que salía de la habitación. De su musculoso brazo colgaba la mujer, aún vistiéndose apresuradamente. Aunque Shuraz y Anara no eran pareja, habían compartido momentos especiales que se desvanecieron en ese instante.

La alegría de Shuraz se transformó en culpa e incomodidad, sentimientos que la dama con la que estaba percibió. Sonriendo, se despidió de Anara, cuyo dolor era evidente en su mirada. Despechada, dejó una de las jarras sobre una mesita y, con la otra en la mano izquierda, Anara contuvo las lágrimas mientras se acercaba a Shuraz, quien mantenía una sonrisa forzada, esperando absurdamente que ella lo entendiera y le perdonara.

—Anara… —empezó, ajustándose los pantalones—, no ha significado nada para mí, solo quería agradecerle su…

El bofetón que Anara le propinó resonó hasta el exterior de la taberna. Shuraz apartó la cabeza, no tanto por la fuerza del golpe como por la vergüenza de mirar a su compañera. Acto seguido, Anara vació la jarra sobre la cabeza del guerrero, al que se le pasó la borrachera de sopetón.

—¡Eres imbécil! —sentenció ella, aguantando las lágrimas y apretando los dientes de pura rabia.

Bajó las escaleras corriendo y llorando. Abajo se topó con Edoz, quien miró hacia arriba y vio a Shuraz con la cara marcada, chorreando agua y cubriéndose los ojos con una mano.

—Maldita sea —susurró Shuraz.

Luego descendió la escalinata sin pararse a dar ninguna explicación a Edoz, que, paralizado, no supo qué decir.

Empapado y desolado, Shuraz se sentó solo en la barra, observando la espuma de su nueva jarra de cerveza. Cada burbuja que se desvanecía parecía reflejar su propia caída en desgracia. El guerrero siguió bebiendo solo en la barra, sin hablar con nadie más durante el resto de la noche.

Por su parte, Anara se refugió en la despensa, donde corrió en busca de consuelo entre los barriles y las jarras apiladas. Sus sollozos se ahogaban en el eco de la sala, y cada lágrima que caía parecía aliviar un poco la presión en su pecho. Edoz, que la había seguido, se acercó despacio, sin saber qué decir.

—Anara… —murmuró, posando una mano en su hombro.

Ella levantó la vista, sus ojos enrojecidos y su rostro marcado por la tristeza.

—¿Por qué? —preguntó con voz quebrada—. ¿Por qué lo ha hecho?

Edoz no tenía respuestas. Conocía a Shuraz y, aunque admiraba su valentía en el campo de batalla, sabía que el guerrero tenía sus puntos débiles, y uno de ellos eran las mujeres.

—Es un idiota —respondió tras una pausa—. No sabe lo que pierde.

Anara asintió y trató de encontrar fuerzas en esas palabras. Levantó la vista, buscando consuelo en los ojos de Edoz. De pronto, la joven se inclinó y lo besó con pasión. Él, sorprendido pero complacido, respondió al beso, rodeando la cintura de la joven con sus manos. Ella lo abrazó con fuerza y él hizo lo mismo, perdiéndose en el momento.

Con una pasión desbordante, se despojaron de la ropa y se entregaron el uno al otro allí mismo, de pie, contra las baldas de comida y los barriles de cerveza y vino.

4
Camino hacia la libertad

La impresionante presencia de la Torre Roja se alzaba majestuosa ante Edoz, una silueta que dominaba el horizonte en el crepúsculo, infundiendo un temor ancestral. En lo alto, aves de rapiña surcaban el cielo en círculos sobre la fortaleza, esperando ansiosas por los despojos, restos de cuerpos de los más desafortunados.

Cuenta la leyenda que, en épocas olvidadas, la torre respondía a otro nombre, uno que se había desvanecido en las brumas del tiempo. El color original de sus piedras no era el rojo que entonces la cubría, sino que había adquirido ese tono siniestro a lo largo de los siglos, impregnándose con la sangre derramada de los torturados que sufrieron durante eras entre sus muros. Así nació su nombre actual, la Torre Roja, un sombrío emblema de su sangriento legado que perduraba aun en el tiempo.

El edificio mismo era una monstruosidad arquitectónica, una construcción macabra que recordaba sin cesar la crueldad y la opresión del antiguo imperio alonio. Desde la entrada emanaba un escalofriante rastro de sangre, como una cascada tétrica que daba testimonio del sufrimiento y la agonía de las almas torturadas en sus entrañas.

La visión de la Torre Roja y el desolador paisaje que la rodeaba inspiraba un profundo temor en el corazón de quien se atreviera a contemplarla. Sin embargo, Edoz no experimentaba ese mismo miedo, pues durante mucho tiempo había desempeñado su labor dentro de la torre como verdugo, ocupando el siniestro cargo de

maestro atormentador. Pero ahora, con el cambio de poder y los jersas al mando, sentía que había llegado el momento de dejar atrás su oscuro oficio y buscar un nuevo propósito en la vida.

El destino había colocado ante él el papel de embajador junto a sus compañeros, una oportunidad que le permitiría dejar atrás esa parte de su pasado que tanto le atormentaba.

El joven verdugo reflexionaba sobre la reciente charla que había tenido con su amigo Shuraz en la bulliciosa taberna del Templo Belurio.

—¿Y qué tal si simplemente dejas atrás la Torre Roja y no vuelves a pisar sus siniestros suelos? —le preguntó el guerrero mientras jugueteaba con su jarra de cerveza sobre la pulida barra de madera.

—No es tan sencillo como parece —respondió Edoz dando un largo trago—. Siento la necesidad de cerrar ese capítulo de mi vida de una vez por todas.

—Cuando te pones tan serio, no pareces el mismo Edoz de siempre —comentó Shuraz con una sonrisa mientras observaba a una mujer cercana que lo miraba con un brillo en los ojos.

Shuraz volvió a prestar atención a Edoz, que parecía preocupado.

—Es extraño pensar en cómo ha cambiado todo —murmuró con la mirada perdida en su jarra vacía—. Durante años he desempeñado el papel de verdugo en la Torre Roja, bajo el yugo de los alonios. Pero ahora, con los jersas en el poder, no quiero continuar.

—Es comprensible, después de todo lo ocurrido —asintió Shuraz —. La toma de los jersas ha traído muchos cambios, y es muy posible que la administración de la cárcel sea otro de ellos.

—Exacto —respondió Edoz—. No sé qué esperar del enfoque de los jersas hacia el castigo. En mi papel como maestro verdugo tenía la potestad de decidir si aplicaba tortura a los alonios que caían en mis manos como venganza por la muerte de mi familia, mientras que a nuestros compatriotas belurios les proporcionaba una muerte rápida y digna. Pero ahora, con los jersas en el poder y su particular

gusto por la crueldad, creo que mi papel por ser extranjero no va a ser tan relevante, por no hablar de que mis métodos puedan ser sustituidos por otros que no me gusten. Y la verdad, no estoy seguro de poder lidiar con eso.

Shuraz apoyó su mano sobre el hombro de Edoz con un gesto reconfortante para transmitirle su apoyo.

—Solo tú puedes decidir qué camino seguir. No te limites. Además, tenemos ante nosotros el camino de regreso a Nela-Shur y la reconstrucción de todo un reino, nada menos.

Edoz sonrió.

—Tienes razón. Es momento de buscar un nuevo camino. Seguro que hay mil formas en las que puedo ayudar a la reconstrucción del reino de Beluria sin estar atado a esta maldita torre.

Ambos brindaron.

Edoz se detuvo frente a la colosal fachada de la Torre Roja, una estructura sombría que parecía desafiar al mismo cielo. El aire estaba impregnado de un olor insoportable, mientras los vapores ascendían de las alcantarillas cercanas como las exhalaciones de un volcán en reposo. Dos soldados jersas armados con lanzas custodiaban la entrada, cruzando sus armas ante cualquier intruso. Sin embargo, Edoz, en calidad de verdugo, tenía derecho a acceder. Ataviado con una túnica negra de exquisita factura, adornada con un labrado broche de plata y con la capucha cubriendo su rostro, avanzó con cautela hacia la entrada de la torre.

—Deseo hablar con el oficial al mando —anunció en el idioma de los jersas—. Soy el maestro verdugo atormentador; él querrá verme.

Los soldados, con expresión fría y desconfiada, intercambiaron una mirada fugaz antes de franquearle el paso, preguntándose por qué aquel extranjero hablaba en su idioma. Uno de ellos le hizo señas para que lo siguiera hacia el interior de la fortaleza, donde la oscuridad los aguardaba, mientras el otro permanecía en su puesto, vigilante como un guardián celoso de su tesoro.

A medida que cruzaban el umbral, una densa penumbra los envolvió, iluminada apenas por la luz parpadeante de las antorchas que se alineaban en las paredes. El sonido de cadenas arrastrándose y los susurros indescifrables llenaban el aire, creando una asfixiante atmósfera.

Cada paso de Edoz resonaba en el suelo de piedra, la propia torre parecía susurrar secretos oscuros tras él. A medida que ascendía por las escaleras de caracol, los ecos de sus pisadas se mezclaban con los suspiros de los prisioneros y los lamentos que parecían resonar en cada rincón.

Edoz había pasado innumerables horas en aquellos pasillos, familiarizándose con cada celda, conocido por su crueldad. Sin embargo, esta vez su objetivo era diferente. Buscaba poner fin a su papel en esta prisión de pesadilla, liberarse de las cadenas invisibles que lo habían atado durante tanto tiempo mientras los belurios habían sido esclavos de los alonios.

A medida que avanzaba por el oscuro pasillo, los recuerdos sangrientos de su pasado como verdugo lo atormentaban a cada paso. Las sombras parecían cobrar vida, susurros de voces agonizantes resonaban en su mente y el eco de los gritos de sus víctimas parecía perseguirlo.

Todo a su alrededor era un recordatorio del sufrimiento que había infligido en nombre de la retorcida justicia alonia. Las imágenes de cuerpos torturados y rostros aterrados se mezclaban con la pesadez del aire. Sin embargo, Edoz se aferraba a su cordura, recordándose a sí mismo que había tomado la decisión de dejar atrás aquella oscura etapa de su vida.

El despacho del oficial jefe de verdugos de la Torre Roja era un lugar sombrío. Las paredes estaban revestidas de una rojiza piedra desgastada. La iluminación era tenue, proveniente de un par de antorchas en la habitación. En el centro había un escritorio de madera maciza cubierto de pergaminos arrugados y herramientas ensangrentadas utilizadas para la tortura. El mobiliario era escaso, las ventanas, pequeñas y enrejadas, apenas permitían el paso de la

luz exterior. El aire se sentía pesado y cargado, impregnado del olor metálico de la sangre y la carne quemada.

El general Arkan Valnor, destacado líder militar, asumió el control de la Torre Roja tras la conquista de Alonia por parte del imperio jersa. Su historial de victorias le condujo hacia el reconocimiento como héroe de la toma de la ciudad. Con su liderazgo implacable dirigió la implementación del dominio jersa sobre la torre, garantizando el cumplimiento de las órdenes imperiales y la estabilidad del nuevo régimen.

El reputado general se erguía con señorial presencia. Su alta estatura y su físico robusto inspiraban respeto en todos los que lo rodeaban. Tenía el cabello oscuro, corto y bien cuidado sobre un rostro afilado, destacado por una barba densa y arreglada. Sus ojos avellana destilaban astucia.

Edoz entró en el despacho y se encontró cara a cara con el general Valnor. El verdugo observó los galones que colgaban de la manga de la chaqueta del oficial y dedujo que se encontraba en un lugar impropio para alguien de su posición.

—Oficial, mi nombre es Edoz, hasta ahora verdugo de la Torre Roja, y estoy aquí porque he decidido dejar de serlo —anunció con un acento jersa impecable.

—¿Abandonar tu puesto? —preguntó incrédulo el general, arqueando una ceja—. No puedes irte sin más. Tus habilidades son esenciales para asegurar el cumplimiento de las órdenes imperiales.

—Entiendo la importancia de mi papel, pero ya no soy un esclavo de los alonios —respondió Edoz con educación—. Es hora de seguir mi propio camino como belurio libre.

—No puedes dejar que las circunstancias te debiliten. Estamos en tiempos de guerra y debemos hacer lo necesario para mantener el control. No puedo permitir que abandones tu deber.

—¿Mi deber? Podía no haber venido y haber desaparecido como una rata —continuó Edoz con firmeza—, y, a pesar de todo, estoy aquí.

—¡Eso sería traición! —exclamó Arkan, visiblemente alterado—. No puedes abandonar tu responsabilidad en este momento tan crucial. Si te niegas a cumplir, serás tratado como un desertor y deberás atenerte a las consecuencias.

—No quiero problemas —dijo Edoz—. No soy jersa. No estoy sujeto a vuestra autoridad. He venido para resolver esto de la mejor manera posible, aunque ahora tengo mis dudas.

Arkan golpeó la mesa con el puño y los tinteros temblaron sobre el pergamino arrugado.

—¿Te crees mejor que los demás? ¿Vienes aquí a escupirme tu libertad en la cara?

Edoz no respondió. No bajó la mirada. Sus ojos seguían fijos en el rostro curtido del general.

—Mírate —prosiguió Arkan, caminando en círculo a su alrededor —. Vienes cubierto con una capa de dignidad, pero todos sabemos lo que eres. Un perro amaestrado que gritaba por las mazmorras mientras arrancaba uñas y ojos. ¿Y ahora vienes a hablarme de honor?

Edoz entrecerró los ojos.

—¿Y tú, Arkan? ¿Cuántos civiles mandaste al pozo de fuego solo por hablar alto? Yo ejecutaba sentencias. Tú las fabricabas.

El general lo fulminó con la mirada.

—Eres un esclavo que se avergüenza de haber servido. Y no hay nada más repulsivo que un esclavo arrepentido. Los fuertes aceptan su papel. Los débiles se disfrazan de mártires.

Edoz bajó lentamente la mirada. Estaba tranquilo.

—¿Has terminado de ladrar?

El general se acercó a él, pecho contra pecho. El hedor a vino y cuero sudado salía de sus ropas.

—¿Qué esperas que haga, Edoz? ¿Que me quede mirándote mientras te paseas por mi torre con aires de héroe?

—No espero nada. Solo he venido a darte la oportunidad de dejarme ir sin manchar más el suelo de este lugar.

—¡Qué generoso! —rugió Arkan—. Un asesino que viene a despedirse.

De pronto, y sin más aviso, el general soltó un gancho directo a su rostro. Edoz inclinó la cabeza y el puño pasó rozando su oreja. La sonrisa desapareció de su cara.

—Error —susurró el verdugo.

Los dos puñales surgieron como reflejos plateados desde su cinturón. Uno apuntó al pecho. El otro al cuello. Ambos se detuvieron a un palmo del cuerpo de Arkan.

—Si no querías una pelea, no has debido levantar la mano —espetó Edoz.

El general retrocedió un paso y desenvainó su espada larga con un giro limpio. El filo cortó el aire con un zumbido brutal.

—¡No permitiré que me amenaces de esta manera! —vociferó Arkan—. ¡Si quieres abandonar, será a costa de tu vida!

Y se lanzó.

La hoja descendió desde lo alto como un martillo. Edoz hundió una rodilla en el suelo, cruzó los puñales en forma de X y bloqueó el golpe. El impacto hizo crujir las losas bajo sus pies.

—Tus amenazas son tan torpes como tus golpes —dijo en voz baja, empujando con fuerza hacia arriba.

La espada se desvió, chocó contra una silla de madera que estalló en astillas. Edoz giró sobre un pie y rodó por el suelo para ganar espacio. El siguiente tajo silbó a la altura de su espalda.

El despacho era estrecho. A cada movimiento se chocaba contra estanterías, antorchas o muebles. Edoz sabía que eso jugaba a su favor.

Arkan intentó un nuevo corte, horizontal esta vez, pero Edoz se agachó, rodó y clavó uno de sus puñales en el lateral de la mesa, cortándole el paso.

—Podría haberte matado ya —dijo con el otro arma en alto.

—¡Hazlo! ¡Cobarde! ¡No tienes el valor! —gritó Arkan, levantando de nuevo la espada.

—No he venido a matarte. He venido a decir adiós.

Arkan logró asestar un certero golpe a Edoz con su espada, causándole una profunda herida en el costado. El agudo dolor atravesó el cuerpo del verdugo, pero no lo detuvo. Edoz contraatacó con ferocidad, esquivando los ataques de Arkan y buscando una oportunidad para romper la guardia de su rival.

La pelea continuó con intensidad, los movimientos rápidos de ambos combatientes llenaban el pequeño espacio. Edoz, a pesar de su herida, luchaba con ferocidad. Arkan desplegaba una técnica elegante, aprovechando la longitud y el peso de su espada para lanzar poderosos golpes. Edoz se movía con una destreza felina, esquivando con habilidad los ataques de su enemigo. Utilizaba su velocidad para contrarrestar los golpes, evadiendo con movimientos ágiles y desviando algunos con sus dagas.

Los puñales de Edoz y la espada de Arkan chocaban chispeantes. Arkan alternaba golpes verticales y horizontales, intentando romper la defensa de Edoz con su fuerza bruta. Mientras tanto, Edoz se movía con agilidad, deslizándose alrededor de los ataques de Arkan y lanzando golpes precisos dirigidos al cuello y al corazón que no conseguía alcanzar.

Con una rabia desatada y una fuerza inquebrantable, Edoz canalizó toda su ira acumulada y aprovechó un breve instante entre los ataques de Arkan para lanzarse sobre él con sus dos puñales unidos en un solo golpe mortal. Sorteando las defensas del general, Edoz se encontró cara a cara con su mirada atónita y sin vacilar hundió sus puñales con fuerza en el desprotegido cuello de Arkan, atravesando su piel y su carne sin piedad. Un escalofriante gorgoteo escapó de los labios del general, mezclado con el sonido de la sangre que brotaba de su herida.

La sorpresa y la confusión se reflejaron en los ojos del oficial jersa mientras su último aliento se escapaba de su cuerpo. Sin

mostrar rastro alguno de compasión, Edoz mantuvo sus puñales firmemente clavados en su cuello, observando cómo la luz en los ojos de su oponente se extinguía poco a poco.

—Tu grandeza no ha sido suficiente para detenerme, ¿verdad, general? —dijo Edoz con crueldad.

Arkan intentó articular una respuesta, pero solo logró emitir un gorgoteo entrecortado, salpicando sangre oscura por su boca. Sus ojos, llenos de asombro, se encontraron con los de Edoz, quien no mostraba remordimiento alguno, más bien todo lo contrario.

—Tus días han llegado a su fin. En el infierno podrás contarles a todos cómo un simple verdugo te enseñó una lección sobre la verdadera grandeza —concluyó Edoz con una sonrisa socarrona mientras sacaba sus puñales del cuello de Arkan y lamía la sangre de sus filos mientras su rival se desangraba en el suelo.

El aire se volvió pesado mientras el silencio se apoderaba de la habitación. Edoz permaneció allí, con la respiración agitada, observando cómo el general moría, disfrutando al máximo del momento.

Con el cuerpo inerte de Arkan a sus pies y el charco de sangre expandiéndose, Edoz experimentó una profunda sensación de liberación. Aquella muerte en la Torre Roja marcaba el cierre definitivo de un capítulo de su vida. Sentía plena libertad, de algún modo había roto las cadenas que lo habían atado durante tanto tiempo. Gracias al impertinente general, este había sido su sangriento broche final.

Edoz cogió el manojo de llaves que asomaba del bolsillo de Arkan y, cuidando de no manchar sus botas de sangre, se alejó con paso firme. Mientras se retiraba en el silencio lo invadió una oleada de gozo.

En ese momento los guardias acudían debido al ruido de la pelea. Edoz decidió abandonar el lugar por una de las salidas secretas que conocía tan bien. Con cautela, avanzó por los oscuros pasillos, sabiendo que cualquier paso en falso podría significar su captura. Se

deslizó con sigilo, evitando las patrullas y desviándose de los puntos de mayor vigilancia.

Al llegar a la última puerta, la que lo separaba de su antigua vida, Edoz sintió un temblor en sus manos. Respiró para infundirse valor, giró la llave y empujó la pesada puerta. Al cruzar el umbral dejaba atrás no solo la Torre Roja, sino también los tormentos que habían definido su existencia. Ahora estaba listo para enfrentarse al futuro mientras se preguntaba: «¿Podré dejar atrás todo esto?».

5
El cilindro de Rozar

—¿Y qué hay de Edoz? —preguntó Rayhem.

—Asuntos personales —respondió Shuraz, esquivando la incómoda mirada de Anara.

La taberna del Templo Belurio estaba llena de vida y bullicio. El sonido de las conversaciones animadas, risas y voces entrelazadas, llenaba el aire. La música resonaba en cada rincón, interpretada por artistas que tocaban sus instrumentos con pasión.

Rayhem decidió no ahondar más en el tema y, aunque no supo qué decir, se dio cuenta de que había una palpable tensión entre Shuraz y Anara. Tras un silencio incómodo, Rayhem tomo la palabra.

—Os he reunido porque tengo algo importante que compartir —dijo Rayhem con un entusiasmo palpable en su voz—. Hemos sido convocados por Rozar II, el mismísimo rey jersa, y ahora mismo sin duda el hombre más poderoso del Mundo Anciano. No conozco el motivo, pero debe de ser algo importante.

—¿Convocados por el rey Rozar? —preguntó Anara con voz temblorosa.

—Sin duda desea darnos las gracias —intervino Shuraz—. Nuestra ayuda fue crucial para que los jersas tomaran la ciudad. Sin nosotros, habrían tenido que enfrentarse a un largo y costoso asedio. Es posible que nos reúna para agradecérnoslo en persona.

—Es comprensible que el rey quiera reconocer nuestros talentos al haberle asegurado el triunfo de Jersia en esta batalla —añadió

Jarben con calma.

—Me siento honrado por ser considerado uno de los embajadores de Beluria, pero debo admitir que me siento… fuera de lugar —dijo Zarhel—. Lo único que hice fue liberaros durante el ataque jersa; en mi lugar, vosotros hubierais hecho lo mismo.

—No le quites importancia a lo que hiciste —intervino Anara, señalando al carcelero—. Tu valentía y tu compasión nos han demostrado que eres uno de los nuestros. Estoy segura de que el rey Rozar valorará tu presencia. Nos presentaremos ante él como un grupo unido.

Shuraz bajó la cabeza pensativo ante las palabras de Anara y miró a Zarhel asintiendo.

—Es cierto. Cuando los jersas tomaron la ciudad, les faltó tiempo para ejecutar a la mayoría de los presos de la Torre Roja. Eran criminales peligrosos y no querían arriesgarse a liberarlos. No creo que se tomaran demasiadas molestias en averiguar por qué estaba allí cada uno. Éramos inocentes, pero eso no nos hubiera salvado —replicó Shuraz, muy serio.

—Zarhel —siguió Rayhem—, entiendo tus preocupaciones, pero debes saber que te consideramos parte de nosotros. Tus acciones han demostrado tu compromiso. Ahora, ante la reunión con el rey Rozar, es el momento de decidir si deseas unirte oficialmente a nosotros como embajador de Beluria o si prefieres continuar tu camino.

—Si el rey nos convoca para matarnos, sería una entrada memorable a la vida de los embajadores —bromeó Jarben—. Pero, en serio, estaremos juntos y nos apoyaremos, sin importar lo que suceda.

Rayhem miró a Jarben sorprendido. Apreciaba su intento por aliviar la tensión, sobre todo en ese momento, con Edoz ausente. Sentía la fuerza de la unidad en el grupo y cómo eso los beneficiaba a todos, en especial a su amigo albino.

Se miraron los unos a los otros, intentando asimilar la conversación mientras esperaban a que Zarhel tomara su decisión.

—Como ya os dije, estoy listo para unirme a vosotros —declaró por fin con entusiasmo, alzando su jarra.

El resto del grupo sonrió y alzaron también sus jarras para brindar.

—¡Por los embajadores de Beluria! —exclamó Rayhem.

Zarhel sentía que formaba parte de algo mucho más grande que él mismo.

—Nuestro regreso a Nela-Shur será un desafío, sin duda —dijo Rayhem pasándose la mano por la cabeza—. Hemos sido liberados por los jersas pero aún llevamos las cicatrices de nuestro pasado como esclavos.

—Nuestro pasado no nos definirá, sino nuestras acciones futuras —afirmó Shuraz, asintiendo con firmeza—. Por fin hemos experimentado el sabor de la libertad y nos gusta, es lo que merecíamos. Lucharemos por llevar esa libertad a Nela-Shur para que nadie más tenga que sufrir como nosotros lo hicimos.

Anara fue la única que no sonrió al escuchar las palabras de Shuraz.

—Por el camino nos encontraremos con desafíos —agregó Rayhem con una sonrisa—, pero siempre hemos sido buenos superando obstáculos, ¿no es así? Los embajadores de Beluria no se rinden. Tenemos al poderoso Bel-Hur de nuestra parte.

—Nuestro futuro puede ser incierto —siguió Jarben—, pero tenemos algo que nos impulsa: la esperanza. Nela-Shur nos necesita y no descansaremos hasta que nuestro pueblo encuentre la paz que se merece.

Shuraz miró a Anara, pero esta apartó la vista. Seguía enfadada y no se percató de que la pelirroja vestida de negro había estado observándola durante toda la noche, ni siquiera cuando la mujer pasó junto a ella y le dedicó una sonrisa. Anara, aunque notó las dos cicatrices que cruzaban su rostro, no le dio mayor importancia. Sin embargo, estaba claro que la cazadora de cabello de fuego estaba buscando algo de ella.

El grupo de embajadores de Beluria salió de la taberna camino del Palacio Real. Pasaron por las calles empedradas de la ciudad, observando a los ciudadanos ocupados en sus quehaceres diarios. El bullicio del mercado y el aroma de las especias llenaban el aire, creando un ambiente animado.

Una multitud de belurios abarrotaba las calles, un mar de rostros sonrientes y emocionados que celebraban con júbilo el regreso a Nela-Shur, la tierra prometida otorgada por Bel-Hur. Eran el pueblo elegido, y el rey Rozar les había devuelto la esperanza perdida.

La euforia se extendía, y los belurios se abrazaban y se felicitaban los unos a los otros. Los corazones rebosaban de gratitud por haber encontrado su camino de regreso a casa después de años de exilio y esclavitud. Las calles vibraban con el eco de canciones y danzas al compás de tambores y flautas cuyos sonidos llenaban cada rincón. Los himnos de agradecimiento a Bel-Hur, el dios que los guiaría en su nueva travesía, se entrelazaban con el júbilo del pueblo.

—El rey Rozar ha sido generoso. Nos ha reconocido como pueblo y nos ha devuelto la oportunidad de repoblar Nela-Shur —dijo un anciano, con los ojos brillantes de emoción, mientras tomaba a un joven de los hombros y lo miraba intensamente—. Fundaremos de nuevo la capital de Beluria —siguió—. Volveremos a ser testigos de la grandeza de nuestro pueblo.

El hedor a carne chamuscada aún flotaba sobre las callejuelas de Alonia. A un lado, un carro con cadáveres de alonios avanzaba dejando un rastro de moscas y sangre seca. Los jersas no disimulaban su control: patrullas armadas ocupaban las esquinas, inspeccionaban puertas, cerraban callejones. Uno de ellos, con una lanza aún manchada de sangre seca, empujó a un anciano que no se apartó con suficiente rapidez.

—Otro más que no aprende —murmuró el soldado mientras escupía al suelo.

En una plaza, cinco cuerpos colgaban de una cuerda improvisada. Uno de ellos aún giraba. No todos habían cometido algún crimen.

Los juicios duraban menos que una oración.

—¡Por fin se hace justicia! —gritó un belurio desde una azotea, alzando el puño. Bajo él, un alonio intentaba proteger a su hija del grupo de belurios que lo arrastraban hacia un muro. Nadie intervino.

—El dolor cambia de dueño, pero no desaparece. —Murmuró Anara con tristeza.

Los embajadores avanzaron entre el caos. Las calles comenzaban a ensancharse. Los estandartes de Beluria ondeaban sobre ventanas y balcones, clavados donde antes colgaban los escudos del rey Rozar. Flores, telas bordadas y hasta niños con coronas de hiedra saludaban al paso del grupo.

—Celebran una esperanza que no entienden —dijo Rayhem sin apartar los ojos del palacio que se alzaba al fondo.

Los edificios se volvían más altos, las fachadas mostraban esculturas con dragones, reyes y guerreros. Cada piedra del centro imperial de Alonia susurraba siglos de dominio. Pero la ciudad, ahora, se arrastraba bajo la bota jersa.

Shuraz giró la cabeza. En un callejón, un niño alonio corría con una hogaza de pan robado. Dos jersas lo arrinconaron contra el muro.

—¡Suéltalo! —rugió el guerrero.

Los soldados se giraron, tensos. Pero al reconocer al grupo, bajaron las armas. Uno de ellos soltó al niño, que huyó sin mirar atrás.

—Sigue habiendo líneas que no cruzamos —dijo Shuraz.

—¿Aún? —susurró Zarhel detrás de él—. La ciudad ya las ha cruzado todas.

Desde lo alto de la muralla exterior, una campana repicó. El Palacio Real se alzaba ante ellos con sus cúpulas doradas brillando bajo el sol. Un centinela abrió la puerta principal.

El pasado acababa de morir. El futuro esperaba tras aquellas columnas.

Mientras caminaban, Shuraz se puso a la altura de Anara y la cogió de la mano como muestra de apoyo. Ella lo miró con odio y se soltó con rapidez. El gesto de Shuraz la había sacado de sus pensamientos, que sin saber por qué, la llevaban a recordar las pesadillas sangrientas y horribles que solía tener tiempo atrás. No las echaba de menos, pero era consciente de que hacía mucho que no soñaba nada en absoluto. Era curioso, y sin pensarlo dos veces, le dio la espalda a Shuraz y buscó a Rayhem para contarle lo que le ocurría.

—Sabes, hace un montón que no recuerdo lo que sueño —dijo Anara, mirando a Rayhem y forzando una conversación para no hablar con Shuraz.

—A mí me ocurre igual —respondió el sacerdote, sorprendido por la repentina aparición de la joven a su lado—. Recuerdo una época de mi vida en la que soñaba cada noche. Coincidió con una etapa oscura en la que comencé a escuchar a los muertos.

Rayhem se puso melancólico y Anara, para ayudarle, decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—Cuando os conocí, solía soñar que… —Anara se detuvo, consciente de pronto de que en su cabeza sonaba mejor que al decirlo en voz alta. Bajó la voz y apartó a Rayhem de sus compañeros, que se inclinó para que ella le susurrara al oído—. Soñaba que asesinaba a gente —susurró por fin.

—¿Asesinar? ¿Matar? —preguntó el sacerdote, sorprendido.

—¿Qué otra forma hay de asesinar? —asintió ella—. Me despertaba envuelta en sudor, con la horrible sensación de haber acabado con la vida de alguien, con las manos manchadas de sangre… No literalmente, pero sí en mis pesadillas.

—Mientras fuera solo en sueños… —dijo Rayhem, restándole importancia al delito onírico.

—Era muy perturbador, porque en ocasiones conocía a la persona en la vida real después de haberla asesinado en sueños —añadió Anara, pensativa—. ¡Me ocurrió con Edoz!

—¿Soñaste que matabas a Edoz antes de conocerlo? —preguntó Rayhem, entendiendo lo extraño de la confesión.

Anara asintió.

—Perturbador —respondió el sacerdote—. ¿Y has soñado que matabas a algún conocido más?

—No es una broma, Rayhem —protestó Anara.

—Tienes razón, perdona —se disculpó.

Ella frunció el ceño y avanzó de nuevo sola, perdida en sus pensamientos. Rayhem, enrojecido de vergüenza, no supo qué decir.

El sol brillaba en lo alto e iluminaba el camino. A medida que se acercaban al Palacio Real, aumentaba el número de guardias jersas.

El palacio se erguía como un testigo silencioso de la grandeza pasada, con sus altas torres de mármol blanco elevadas hacia el cielo. Sus muros fortificados guardaban los secretos de siglos de historia.

Por fin llegaron ante sus majestuosas puertas. Los embajadores se detuvieron un momento para tomar aliento, mientras dos regios guerreros Perpetuos, la guardia personal del rey, salían a su encuentro.

Los altísimos Perpetuos avanzaban con decisión. Sus armaduras negras, forjadas en los fuegos más ardientes, relucían al sol. Sus rostros, ocultos tras cascos grabados, mostraban miradas de intensidad sobrenatural. Cada paso que daban hacía temblar el suelo, como si fueran titanes. Guardianes leales del rey jersa, eran protectores incansables y ejecutores despiadados.

Shuraz, fascinado, se acercó a ellos.

—Disculpad mi osadía, nobles guerreros, pero tengo curiosidad. ¿Es verdad que sois inmortales? —preguntó.

Uno de los Perpetuos, sin apartar la mirada de su vigilancia, respondió con una voz profunda:

—La inmortalidad es un don que refleja nuestra pericia en combate, y la llevamos con orgullo. Aunque no somos inmortales, ninguno de nosotros ha caído en batalla.

Shuraz asintió y regresó con sus compañeros.

—¿No era lo que esperabas? —le preguntó Rayhem.

Shuraz suspiró y asintió, mirando a los Perpetuos de reojo.

—Su respuesta ha sido tan sincera… Esperaba una muestra de arrogancia o alguna exageración para engrandecer su reputación. Ahora me parecen más… humanos.

Rayhem sonrió, apoyando una mano en el hombro de Shuraz.

—A veces, la verdadera grandeza no necesita fanfarroneo, amigo mío. La humildad puede ser una de las mayores virtudes, incluso en los mejores guerreros. Quizá, eso es lo que los hace aún más grandes.

Shuraz asintió, pensativo.

En medio de un silencio reverencial, el grupo avanzaba detrás de un esclavo del servicio y escoltados por la pareja de Perpetuos hacia el corazón del palacio. Los jardines ofrecían un oasis de serenidad, con su vegetación exuberante y fuentes cristalinas que reflejaban la luz del sol. En los salones interiores, la riqueza se manifestaba en cada detalle: adornos exquisitos y tapices tejidos con hilos de oro contaban las historias olvidadas de generaciones pasadas.

—Y pensar que todo esto hasta hace poco era de los alonios —reflexionó Zarhel en voz alta—, y ahora está bajo el domino jersa.

Shuraz observó que los Perpetuos ocupaban posiciones estratégicas en el palacio.

El grupo llegó al Salón de Armas, una magnífica cámara que albergaba decenas de lanzas alonias. Las brillantes y afiladas hojas de acero reposaban en soportes de oro que reflejaban la luz que se filtraba por los altos ventanales. Cada lanza contaba una historia de conquista, invitando a los visitantes a respetar el legado de los guerreros que habían portado esas armas. Seguro que muchas de ellas habían servido para acabar con innumerables vidas.

Anara se sorprendió al ver en una de las esquinas del salón a un cachorro de tigre celeste jugueteando con su cuidador. Su pelaje exquisitamente rayado de tonos celestes y blancos llamaba la atención. El felino mostraba una vitalidad contagiosa mientras saltaba y corría. Su cuidador lo miraba con una sonrisa cálida. La joven sonrió con ternura hasta que relacionó al cachorro con la capa del mismo color que portaba el rey.

Rozar II, el Grande, se alzaba en la sala cubierto por una armadura ligera cuyos complejos grabados relucían con un brillo plateado. Vestido con ropajes de batalla finamente tejidos y adornados con símbolos jersas, emanaba una presencia magnética, con una gran estatura y una complexión robusta.

Llevaba la barba trenzada y sus cabellos en rastas caían sobre sus hombros. Rozar irradiaba un aire salvaje mientras sus ojos azules escudriñaban a los presentes en la sala. La capa de piel de tigre celeste le cubría la espalda. En ese momento, Rozar ensayaba movimientos con una serie de espadas junto a su maestro armero, demostrando una destreza precisa y evidente en cada movimiento.

Impresionado por la escena, Shuraz se acercó al rey, dejando atrás a sus compañeros.

—Mi señor, ¿puedo? —preguntó sin titubear, señalando una de las espadas que descansaban sobre un soporte plateado.

Rozar, sorprendido por la audacia del guerrero, detuvo su entrenamiento con una sonrisa enigmática.

—¡Shuraz! ¿Estás dispuesto a aceptar el desafío y ser mi maestro de armas por un momento? —le lanzó el rey, cogiendo la espada del soporte y ofreciéndosela con elegancia.

El guerrero belurio tomó el arma con firmeza y asintió mientras el maestro armero jersa se retiraba en silencio.

—Acepto vuestra oferta, mi señor. Será un honor —respondió Shuraz.

Un esclavo ayudó al rey a quitarse la capa para que estuviera más cómodo durante el combate.

Anara torció el gesto y negó con la cabeza al recordar el cachorro.

El rey Rozar y Shuraz se pusieron en guardia, uno frente al otro, mirándose a los ojos. Shuraz cortó el aire dibujando una equis con su espada. El rey Rozar no dudó y avanzó con rapidez, lanzando un veloz ataque diagonal hacia el guerrero, quien respondió con un hábil movimiento de parada y desviando el golpe con destreza. Shuraz aprovechó el impulso de su defensa y contraatacó con un golpe ascendente hacia el hombro del rey, quien con una respuesta ágil, lo esquivó inclinándose hacia atrás.

—Recuerda que la verdadera fuerza no reside solo en los músculos, sino en la armonía entre la mente y el cuerpo. La astucia es un arma poderosa que debes cultivar junto a tu destreza física —dijo Rozar entre jadeos, con voz grave.

Shuraz asimilaba cada palabra con atención, sin perder de vista a su contrincante.

El rey realizó un rápido giro y lanzó un ataque lateral con gran fuerza. Shuraz, anticipando el movimiento, saltó hacia atrás, esquivando el golpe con agilidad.

Sin demora, con una maniobra elegante, Shuraz giró sobre sí mismo y lanzó un golpe descendente, buscando abrir la defensa del rey. Rozar, con una habilidad excepcional, bloqueó el ataque y saltaron chispas de las espadas.

—Mi rey, sus palabras son sabias. Agradezco esta oportunidad de entrenar junto a vos —respondió, respetuoso.

En un rápido intercambio de movimientos ambos guerreros desplegaron una serie de cortes y paradas, mostrando una sincronización asombrosa. Parecía una coreografía ensayada al detalle, solo que no lo era. El sonido metálico de las espadas resonaba en el aire mientras todos los observaban con atención.

Rozar asintió y cambió su espada de mano, desconcertando al guerrero.

—Eres un luchador valiente, Shuraz. Había oído hablar de tu habilidad en el campo de batalla, pero verte aquí, luchando contra mí, es otra cosa muy diferente.

El rey aprovechó un momento de distracción de Shuraz y lanzó un potente golpe hacia su pecho. Sin embargo, el joven guerrero logró apartarse a tiempo, esquivándolo por milímetros. De no haberlo hecho, estaría ensartado y habría muerto al instante.

Shuraz comprendió que no era solo un entrenamiento y quiso estar a la altura.

—Ser un gran guerrero no se trata solo de tener una perfecta destreza con la espada. La verdadera grandeza radica en la capacidad de liderar, proteger y servir a tu pueblo con honor. Nunca olvides que la victoria más valiosa es aquella que se obtiene sin causar más daño del necesario —añadió Rozar con voz solemne.

Shuraz, sin perder el ritmo, respondió con un ataque veloz y preciso, buscando abrir la defensa del rey. Con un movimiento fluido, Rozar paró el golpe y sonrió.

Una sensación densa flotaba en el ambiente.

—Gracias, mi rey, por permitirme este combate —dijo Shuraz, inclinando la cabeza en señal de respeto.

—Demuestras coraje, Shuraz. No tengo dudas de que serás un gran líder para tu pueblo. Sigue luchando así y recuerda que siempre tendrás mi apoyo —respondió el rey.

En ese momento, Shuraz realizó un movimiento sorpresivo, aprovechando un instante de desequilibrio en la defensa del rey. Su espada trazó un arco preciso, derribando al monarca al suelo y produciéndole una pequeña herida en el pómulo.

El salón quedó en silencio mientras todos los presentes contenían la respiración, con la sorpresa reflejada en los ojos de los espectadores al ver al rey con un leve tajo en su rostro. Sin embargo, Shuraz no dudó en tenderle la mano para ayudarle a levantarse, mostrando su respeto.

La situación se volvió tensa cuando los Perpetuos, con las espadas desenvainadas, rodearon a Shuraz, listos para responder al ataque contra su rey. Nunca antes se había visto derramar sangre real de Rozar II. A pesar de la amenaza, el belurio permaneció impasible, dirigiendo su mirada hacia los ojos del rey, su mano extendida hacia él, esperando que este la tomara.

En medio de un silencio tenso, mientras la gota de sangre caía por la mejilla del rey, este dejó escapar una risa inesperada que rompió la presión. Extendió su mano, cogió la de Shuraz y lo alejó de los Perpetuos. Sin inmutarse, Rozar se tocó la herida y se llevó los dedos a su boca.

—El rey alonio ha buscado durante décadas derramar mi sangre en combate, sin éxito, pero tú, Shuraz, aquí y ahora, lo has logrado —rio Rozar.

El rey se puso de pie y exhibió con orgullo su rasguño.

Concluido el duelo, el salón se llenó de aplausos y elogios para Shuraz. La única que no aplaudió fue Anara, deseosa de que la exhibición terminara de una vez.

—Admirable —dijo firme el rey—. Tu habilidad con la espada es impresionante. Has demostrado una destreza excepcional en el combate, has sido un digno oponente. Tu fuerza y agudeza de pensamiento son propias de un verdadero guerrero. Me siento honrado de haberme medido contigo en esta lucha. Hoy has demostrado que tienes un lugar en la historia de Beluria y que serás recordado como alguien que desafió al rey del Imperio Jersa con honor.

El rey hizo una pausa para que sus palabras calaran en los que lo escuchaban. Luego, con una sonrisa, extendió su mano hacia Shuraz en un gesto de camaradería.

—Caminemos juntos hacia un futuro donde nuestras fuerzas se unan en beneficio de Beluria —concluyó el rey, ofreciendo su mano al guerrero belurio.

Shuraz, emocionado, aceptó la mano extendida del monarca.

En el calor del momento, un grupo de esclavas de deslumbrante belleza se acercaron al rey, atentas a cada uno de sus movimientos. Con gracia y elegancia, secaron el sudor de su cuerpo con delicadas telas bordadas, refrescando su piel. Una irresistible aura de seducción brotaba de estas esclavas, adornadas de manera exquisita. Sus ojos brillantes reflejaban un respeto reverencial hacia el monarca mientras realizaban su labor con una devoción absoluta.

Tras colocarse de nuevo sobre los hombros la admirable capa de piel de tigre celeste, el rey Rozar II se preparó para dirigirse al grupo de embajadores reunidos.

—Debo agradeceros el haberme proporcionado información valiosa sobre los puntos débiles de la defensa de la ciudad. Vuestro conocimiento fue esencial para nuestra victoria —dijo. Luego, dirigió su mirada hacia Rayhem y continuó—: Como te aseguré, la petición de que vuestro pueblo regrese a Nela-Shur será atendida. Proporcionaremos los recursos necesarios para reconstruir el templo a vuestro dios y recuperar las reliquias que fueron robadas por los alonios. Vuestra labor será fundamental en la restauración de la ciudad sagrada.

—Muchas gracias, rey Rozar —respondió Rayhem con una sonrisa sincera.

A continuación, el monarca, con una mirada llena de respeto, se volvió hacia Jarben.

—A ti te aseguré que seríamos aliados en esta nueva era. Vuestra lealtad no será olvidada.

Jarben asintió, nervioso, bajando la cabeza ante el monarca y sin encontrar las palabras adecuadas para responder.

Después, el rey Rozar dirigió su atención hacia Anara.

—No voy a negar, mi rey, que me preocupa el destino de los alonios derrotados en la batalla —dijo la joven con voz firme pero respetuosa.

El rey, con un gesto gentil, tomó la mano de Anara y la besó, mirándola a los ojos. En su mirada se percibía cierta dosis de

comprensión.

—Mi querida y preciosa Anara, debo admitir que comparto tu preocupación por los alonios. Tomaremos todas las medidas necesarias para garantizar su bienestar. Los trataremos con justicia. Ninguno de nuestros logros deberá ser a costa del sufrimiento de los demás —respondió con calidez.

Luego, el rey observó a Zarhel, un desconocido para él.

—Habéis hecho cambios en la formación de los embajadores. No tengo el placer de conocerte —dijo—. Presentaos.

Zarhel, con una expresión serena, se adelantó y se inclinó respetuosamente ante el rey Rozar II.

—Soy Zarhel, el último integrante del grupo de embajadores de Beluria —dijo el carcelero, manteniendo su postura de respeto.

—Él nos salvó la vida en la toma de la ciudad —añadió Anara, mirando a Zarhel con gratitud.

El rey observó a Zarhel con atención y sonrió.

—Esa noche perdimos a Mushan —intervino Shuraz, mirando al suelo con tristeza.

Al mencionar la pérdida del nómada, el ambiente se cargó de pesar. El rey Rozar asintió con solemnidad.

—Lamento escuchar eso. ¿Se ha hecho justicia? —preguntó el rey con voz firme.

—Los asesinos pagaron con su vida —respondió Shuraz con dureza en la voz.

El rey asintió en silencio y cerró los ojos, honrando la memoria de Mushan, a pesar de entender que fue a costa de un puñado de sus hombres.

La sala se llenó de un profundo respeto por los caídos. El rey, con una mirada intensa, observó a Zarhel durante un momento antes de hablar.

—Es un placer conocerte. Has entrado con buen pie. Cuéntame, ¿qué te motiva a unirte a este grupo de embajadores? ¿Qué te

impulsa a servir a Beluria?

—Me he cansado de trabajar para el bando equivocado —respondió Zarhel con sinceridad—. Nunca he tenido una familia, y esta puede ser una buena oportunidad. Me gustaría encontrar un propósito más allá de mi pasado y ayudar a mi pueblo. Aunque no lo parezco, soy medio belurio. La otra mitad de mi sangre proviene de los desiertos de Gigasul.

—Gigasul, las serpientes corruptoras... —dijo el rey, pensativo—. Si sientes el deseo de redimirte, a su lado será la mejor compañía.

Con una sonrisa en el rostro, el rey extendió su mano hacia Zarhel.

—Bienvenido. Te deseo lo mejor como embajador de Beluria y confío en que tu presencia en este grupo enriquecerá vuestros esfuerzos. Juntos, forjaremos un futuro prometedor para ambos pueblos —dijo el rey, sellando el acuerdo con un apretón de manos.

Zarhel se sintió honrado y emocionado por la cálida bienvenida del monarca y por ser reconocido como parte de los embajadores de Beluria.

—¿Y Edoz? ¿Ya no pertenece a vuestro noble grupo? —preguntó el rey.

Los embajadores se miraron entre sí, sorprendidos por la pregunta. Por fin, Anara tomó la iniciativa y respondió.

—Edoz excusa su ausencia. Tenía asuntos de suma importancia que atender —explicó con la cabeza baja en señal de respeto.

El rey sonrió.

—Un hombre interesante. Me gustó no solo su atractivo aspecto, sino también su carisma natural, casi animal —dijo el rey, dibujando una sonrisa en su rostro. Luego cambió de tono, esbozando un gesto intrigante—. Tengo algo para vosotros —anunció.

Los embajadores de Beluria alzaron la mirada, atentos y expectantes.

Dos criados entraron en el salón portando un cofre magnífico, adornado con joyas resplandecientes. El rey acarició suavemente la

tapa, aumentando la expectación.

—Este regalo es para vosotros, embajadores de Beluria —dijo con una voz cálida.

Los embajadores intercambiaron miradas de sorpresa y emoción. No podían contener su curiosidad mientras el rey abría el cofre y mostraba una pieza de extraordinaria belleza.

Dentro había un cilindro del tamaño de un antebrazo, una obra de arte única. Elaborado con arcilla de tonos terrosos, el cilindro emanaba un extraño aura de poder. Su superficie estaba decorada con delicadas inscripciones en cuneiforme, la antigua escritura de los reinos ancestrales. Cada letra y símbolo en relieve, habían sido grabados con complicados detalles y la precisión de los trazos revelaban el talento y la maestría del artesano que lo había creado.

—Esta obra maestra es un símbolo de buena fe y un testimonio de mi compromiso con la palabra dada —explicó el rey, admirando la pieza con orgullo—. Seréis los encargados de entregarla al príncipe belurio Belbarozh como un presente de mi parte y como un gesto de gratitud hacia el pueblo belurio. Es un reconocimiento de su papel como futuro gobernante legítimo de Nela-Shur.

A medida que la luz se reflejaba en las marcas grabadas, las inscripciones cobraban vida de forma espectacular.

—Aceptamos este regalo con gratitud, rey Rozar —respondió Rayhem con humildad—. Nos aseguraremos de entregarlo al príncipe Belbarozh con el respeto que se merece.

El rey Rozar sonrió, satisfecho.

—Sabía que podía confiar en vosotros. Admiro vuestra lealtad. Que este presente sea un símbolo de la alianza entre nuestros pueblos y de los lazos que hemos forjado juntos. Es una muestra de amistad y la promesa de un futuro próspero y duradero entre los reinos de Beluria y Jersia.

Los embajadores se inclinaron en señal de respeto.

—Espero asistir a la coronación del príncipe de Beluria una vez Nela-Shur sea reconstruida y su templo vuelva a resplandecer —

concluyó el rey con una sonrisa esperanzada.

Rayhem, emocionado, comenzó a llorar al imaginar ese momento, dio un paso al frente y, con lágrimas en los ojos, se dirigió respetuosamente al rey para aceptar el presente.

—Sabemos que esto puede sonar extraño —dijo entonces, secándose las lágrimas de los ojos con la manga de su túnica—, pero nuestra anterior situación como esclavos mantuvo el paradero de nuestro heredero al trono de Beluria en secreto. Con la reciente toma de la ciudad, no hemos tenido tiempo de reunirnos con él aún. Era un secreto tan bien guardado que ni siquiera nosotros lo conocemos. Algunos llegaron a pensar que solo era una leyenda. ¿Podríais ayudarnos a encontrarlo?

El rey Rozar asintió, asombrado por la franqueza de Rayhem.

—Si deseáis encontrar a Belbarozh, descendiente directo del legendario rey Shaniel, el segundo rey belurio y liberador de Nela-Shur, el enigmático príncipe de Beluria, podréis hallarlo en la Gran Torre de Alonia —reveló el monarca.

Por fin, los embajadores se despidieron del rey. Una vez fuera del palacio, Jarben le pidió el cilindro a Rayhem, quien lo tomó del cofre y se lo entregó al sepulturero. Rodeado de sus compañeros, Jarben no pudo esperar para traducir sus escritos en belurio antiguo.

Con emoción, comenzó a leer su contenido a los demás:

—Aquí se narra la historia del linaje de Belbarozh, el príncipe destinado a restaurar la gloria de Beluria. Desde los días del rey Shaniel, su sangre ha sido un símbolo de esperanza y redención para nuestro pueblo. Aquel que posea este cilindro tiene la responsabilidad de proteger y guiar a Belbarozh en su camino hacia el trono legítimo. Que su reinado traiga paz, justicia y prosperidad a Beluria y a sus reinos vecinos.

—La crónica del rey Rozar II de Jersia resonará con una grandiosidad legendaria. Liberamos Alonia de su yugo anterior y restauramos los derechos humanos bajo nuestro reinado. El rey Rozar fue un líder valiente y noble que se alzó en defensa de la

justicia y la igualdad. —Jarben traducía el texto en voz alta mientras recorría con los dedos las inscripciones del cilindro.

Devolveremos la libertad para rezar al dios Belurio y ayudaremos al resurgimiento del culto de Kudram, dios de Alonia. Este acto de tremenda benevolencia del rey Rozar II justifica su conquista. El rey de Alonia, Odimovar, fue un tirano negligente que olvidó las tradiciones sagradas de su pueblo, y Rozar II se erigió con gracia como el redentor que restauró el legado divino de Alonia.

Jarben levantó una ceja.

—Es una narrativa cautivadora que mezcla logros reales y propaganda. Aunque evoca admiración por su grandeza, también sugiere manipulación, cuestionando la verdad de lo sucedido y moldeando las percepciones al escribir la historia.

Jarben devolvió el cilindro a Rayhem con desprecio.

—Un curioso regalo sin ningún valor en absoluto —dijo, enfadado, con tono despectivo.

Rayhem recogió el cilindro con cuidado, lo protegió debidamente y, sin inmutarse, lo guardó en su cofre.

—Sé que nunca te has interesado demasiado por la política actual, Jarben —dijo el sacerdote—. Pero no puedes negar que, a pesar de lo que ponga ahí, hemos forjado una alianza histórica.

—Tú lo has dicho: a pesar de lo que ponga ahí —replicó este con énfasis.

—¿Soy el único que encuentra la actitud del rey especialmente servicial hacia nosotros? —preguntó Zarhel—. Es mi primera vez ante un monarca, pero todo me ha parecido un tanto… irreal.

—Supongo que al rey le interesa mantener esta alianza tanto como a nosotros —respondió Rayhem.

—Pero no tenemos nada que ofrecer —dijo Zarhel—. Somos un pueblo liberado, pero sin reino, sin oro, sin capital y sin rey.

—El rey Rozar ha solucionado todo eso —replicó Rayhem, defendiendo al monarca—. Nos ha liberado, ha reconocido a nuestro

Dios, ha proporcionado recursos para reconstruir Nela-Shur, nuestra capital, y ha legitimado nuestro reino con sus palabras.

—Palabras —añadió Jarben—. Tú lo has dicho. Esperemos que sean más que palabras y un puñado de oro jersa.

Anara miraba de reojo a Shuraz, en silencio y con los brazos cruzados. El guerrero sentía su mirada clavada en él como una lanza alonia. Cada uno se mantuvo en su lugar, evitando cualquier comentario sobre la evidente distancia entre ellos.. Por fin, el grupo salió del palacio real con el presente para su futuro rey.

6
La travesía

—¡Silencio! ¿Me estáis escuchando, escoria? —La voz del carcelero retumbaba desde lo alto de las escaleras de madera, al fondo de la bodega. Su acento lo delataba como originario de la lejana Gigasul—. Si tengo que bajar, lo vais a lamentar —amenazó con violencia, dando un pisotón contra el suelo que retumbó por toda la estancia.

En las húmedas profundidades de la bodega de un navío anónimo, una lúgubre jaula aprisionaba a un variopinto grupo de esclavos. Cada uno cargaba sobre sus hombros el peso de su propia historia de sufrimiento. Los lamentos ahogados resonaban en el aire enrarecido, mientras las miradas perdidas reflejaban el tormento interior de cada uno.

En el sórdido escenario de la bodega, entre los demacrados esclavos que compartían su cautiverio sobresalía una figura femenina de presencia arrolladora. Su cuerpo, tallado por la adversidad, era una manifestación de fuerza en medio de la desolación. Su cabello oscuro, salpicado de mechones plateados, narraba los años de sacrificio que habían marcado su vida. Tenía unos ojos profundos como abismos y las manos curtidas por combates interminables, aprisionadas ahora por gruesas cadenas.

La guardiana recordó cómo había llegado hasta ese oscuro rincón de la bodega de un barco de esclavos.

Todo comenzó con la noticia del arresto de Anara, la única heredera secreta de los reyes belurios, a quien había jurado proteger con su vida. Durante años la había entrenado en combate, preparándola para cualquier desafío, pero cuando intentó rescatarla de la Torre Roja fue emboscada por esclavistas gigasulos durante la toma de Alonia y golpeada hasta perder el conocimiento. Más tarde, se encontró vendida como esclava y enviada al sur en una caravana que partió esa misma noche hasta un puerto desconocido, donde fue encerrada en la bodega de un barco junto a otros desdichados.

Junto a ella, uno de los prisioneros destacaba por su gran corpulencia; parecía tallado en roca, con unos músculos tensos que se delineaban bajo su piel oscura, tan densa como el ébano. Su expresión, dominada por la ira reprimida, le otorgaba un aire amenazador. Sus sombríos ojos destilaban furia contenida, cada parpadeo era una advertencia silenciosa de su potencial destructivo. El sudor perlaba su piel, resaltando los surcos del tiempo, cicatrices que delataban su duro pasado.

—Estamos condenados a morir en estas aguas —murmuró el hombre de ébano con una voz grave que resonaba con fatalismo.

La guardiana lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó desafiante.

El hombre exhaló un suspiro cargado de resignación y desvió la mirada hacia el grupo de esclavos de la bodega.

—¿Acaso no ves la mierda que nos rodea? —replicó con voz ronca. Su expresión reflejaba el peso de una verdad desalentadora —. ¿Qué esperas encontrar aquí? —añadió.

La guardiana apretó la mandíbula por la tensión y observó a su alrededor, donde el clamor de los desdichados llenaba el aire viciado de la bodega.

—No todos compartimos tu pesimismo —respondió ella.

—Tal vez no, pero no podemos ignorar la realidad —gruñó el hombre de ébano con un tono cargado de rencor.

La guardiana fijó su mirada en él.

—No podemos cambiar nuestro destino si nos resignamos a él —declaró la mujer con firmeza—. Debemos encontrar una forma de resistir, de luchar por nuestra libertad.

El hombre la miró con incredulidad, pero algo en sus ojos indicaba una chispa de esperanza que aún no se había extinguido por completo.

—Quizá tengas razón —murmuró con una voz que apenas era un susurro en la penumbra de la bodega.

La guardiana asintió muy despacio.

—No sabes lo que estás diciendo, mujer —intervino el esclavo que estaba al otro lado de la guardiana.

El prisionero, de aspecto desaliñado, tenía las manos largas y huesudas, con los dedos llenos de quemaduras. Su rostro estaba marcado por las cicatrices. Su frente brillante reflejaba el calor sofocante de la bodega, y su fuerte olor corporal impregnaba el aire. Sus ojos, afilados como dagas, observaban con una astucia peligrosa, siempre calculando su siguiente jugada en este juego de supervivencia.

—Hablas como si aún conservaras algo de esperanza —comentó el hombre delgado, con las quemaduras marcadas en su rostro, mientras apartaba mechones de pelo blanco detrás de sus orejas.

—Siempre es necesario mantenerla. De lo contrario, ¿qué sentido tendría seguir adelante? —respondió la guardiana muy segura.

—En eso coincido con el gigante negro —añadió el hombre delgado—, no tenemos ninguna posibilidad de sobrevivir. Ni siquiera creo que aguantemos hasta llegar a nuestro destino, sea cual sea.

—Por cierto, ¿sabéis dónde vamos? —preguntó el gigante de ébano.

—A las Islas Zaregas, o quizá a la costa de Gigasul, aunque a estas alturas es difícil saberlo —especuló la guardiana.

—Si es que llegamos a algún lugar. A este ritmo, podríamos terminar siendo comida de los tiburones negros antes de ver tierra firme —murmuró el hombre de ébano con un tono sombrío.

—Tampoco hemos tenido mucho que ver en esto, ¿o acaso alguien se ha embarcado voluntariamente en esta prisión flotante? —añadió el hombre delgado acariciándose las cicatrices de quemaduras de la cara.

—Cada uno tenemos una historia que nos ha traído hasta aquí —reflexionó la guardiana en voz alta.

—Así es, aunque algunos parecen tener más suerte que otros —comentó el hombre delgado señalando a un esclavo que yacía muerto en el suelo a unos metros de ellos.

—Y tú, ¿cómo has llegado hasta aquí? —preguntó la guardiana sin hacer caso del cadáver.

El hombre dejó escapar un suspiro pesado antes de responder.

—Fui arrancado de mi tierra natal durante una incursión de los alonios y vendido como ganado.

—Todos estamos atrapados en la misma tormenta —respondió la guardiana, asintiendo con la cabeza.

El hombre delgado sostuvo la mirada de la guardiana.

—Mi camino hasta aquí no es muy diferente del vuestro. —Su voz resonó con un tono amargo—. Fui condenado a morir en la Torre Roja de Alonia, acusado de crímenes que cometí en nombre de otros. Pero antes de que pudieran ejecutarme, un golpe de suerte me permitió escapar de ese destino fatal, aunque no llegué muy lejos. Fui apresado y vendido por los gigasulos como esclavo para enriquecer a algún carcelero codicioso.

La guardiana arqueó una ceja en señal de interés.

—¿La Torre Roja? —preguntó con curiosidad—. ¿Sabes algo sobre un grupo de belurios que fueron apresados e iban a ser ejecutados la misma noche de la toma de Alonia por los jersas?

El hombre delgado pareció sumergirse en sus recuerdos antes de responder.

—Fue una noche caótica… Me embarcaron en esta odisea mientras los jersas atacaban Alonia por la puerta principal, abierta por alguien desde dentro.

—¿Cómo lo sabes? —insistió la guardiana.

—Les costó muy poco entrar en la ciudad, alguien tuvo que abrirla desde el interior —respondió el hombre—. Fui soldado durante una época de mi vida, en las guerras de las Marismas Rocosas, pero no, no recuerdo a ningún grupo de belurios en la Torre Roja —añadió, volviendo su atención a la guardiana con una mirada penetrante.

—¿Eres beluria? —inquirió el gigante de ébano con su voz profunda.

—Lo soy —confirmó la guardiana, mareada a causa del continuo balanceo del barco y el hambre que tenía.

En el oscuro vientre del navío, donde la luz apenas llegaba, resonaron unos escalofriantes rugidos que hicieron estremecer a los cautivos. Poco después, el sonido de unos pesados pasos descendiendo las escaleras anunció la llegada del carcelero. Sus brazos musculosos y tatuados colgaban con pesadez a los lados de su cuerpo; su poderosa y ancha espalda estaba cubierta por rastas negras que ondeaban con cada movimiento. A su lado, atado con una cadena a su gruesa muñeca derecha, un feroz perro lobo sin un solo mechón de pelo en su cuerpo exhibía su piel cubierta por completo de tatuajes.

Con un cubo desvencijado en la mano, el carcelero comenzó su ritual de distribuir la comida entre los cautivos. Se deleitaba viendo cómo los esclavos luchaban entre sí por obtener el pedazo más grande. Su risa cruel resonaba en la bodega mientras disfrutaba del espectáculo de la supervivencia.

Un gran mendrugo de pan se deslizó entre los barrotes oxidados y aterrizó frente a la guardiana con un golpe sordo, desatando una frenética reacción entre los esclavos al otro lado de la jaula. Entre la multitud de cuerpos oprimidos emergió un hombre cuya presencia era como un espectro en la oscuridad opresiva de la bodega. Su piel pálida, casi translúcida, parecía absorber la escasa luz, delineando sus rasgos demacrados y marcados por la fatiga. El cabello enmarañado le caía sobre el rostro. Sus ropas andrajosas apenas

lograban ocultar la delgadez de su cuerpo, mientras las cadenas que lo aprisionaban resonaban en su avance.

Con un gesto frenético, el hombre se abalanzó hacia el pedazo de pan. Sin embargo, antes de que pudiera siquiera tocar el alimento, la guardiana reaccionó con una rapidez sorprendente y sus manos se cerraron en torno al cuello del hombre.

Un instante de silencio tenso llenó la bodega mientras el hombre se debatía contra el agarre de la guardiana y sus ojos desesperados buscaban una salida ante la sorprendente fuerza de la mujer. Con un movimiento brusco, la guardiana elevó al hombre en el aire. Durante un instante, su cuerpo quedó suspendido como una marioneta en las garras de un titiritero cruel. Luego lo estrelló contra el techo de la jaula con un estruendo sordo.

El hombre cayó al suelo con un gemido ahogado y se retorció de dolor mientras luchaba por recuperar el aliento. La guardiana lo miró con pesar. No disfrutaba con esto.

—¿Quieres jugarte la vida por un mendrugo de pan? —inquirió ella con voz firme, acercando su rostro implacable a la angulosa cara del impotente prisionero.

Con un gruñido de dolor, el hombre logró levantarse del suelo tambaleándose. Fijó su mirada en la guardiana y con un movimiento ágil, se lanzó de nuevo hacia ella, ignorando el dolor que le punzaba la espalda.

La guardiana, alerta ante el contraataque, esquivó la embestida del hombre y respondió con un directo que trató de golpearlo en la cara. Sin embargo, él logró esquivar el golpe por escasos centímetros. Un destello desquiciado cruzó los ojos del esclavo mientras se abalanzaba de nuevo sobre la guardiana con el puño cerrado con fuerza, listo para impactar. Pero ella estaba preparada y con un hábil movimiento bloqueó el golpe y contraatacó con una patada dirigida a su costado. Las cadenas de ambos chocaban y resonaban, saltando chispas en la oscuridad.

El hombre, aturdido por el impacto y sin aire, retrocedió unos pasos, pero no se rindió. Recuperó el aliento y, con un rugido de

rabia, se lanzó de nuevo hacia la guardiana con una fuerza renovada. Puñetazos y patadas llovían sobre ella con una ferocidad difícil de entender. ¿De dónde sacaba la energía?

La guardiana, impresionada por el salvajismo de su oponente, se vio obligada a retroceder parando sus violentos ataques con las cadenas que la aprisionaban. En un momento de descuido por parte del hombre, aprovechó la oportunidad y lanzó un poderoso golpe directo hacia su torso. Las cadenas sonaron y el impacto fue devastador, haciéndole retroceder varios pasos y dejándolo jadeante por el dolor y arrodillado en el suelo.

La mujer sentenció la pelea con una patada giratoria dirigida hacia su cara. El golpe fue contundente y el hombre se desplomó en el suelo con un gemido de dolor. Sangrando por la nariz rota, retrocedió sin mirar a la mujer que lo había vencido y se fue arrastrando sus cadenas con un peso abrumador hasta acurrucarse en una esquina con el rabo entre las piernas.

Mientras tanto, en otro lugar de la jaula, una niña, apenas un destello de inocencia en medio de la desolación, se agarraba a su madre con fuerza, cerrando los ojos ante el caos que reinaba durante el reparto de comida. La mujer, decidida a proteger a su pequeña a toda costa, permanecía firme en su lugar, consciente de que cualquier movimiento en falso podría poner en peligro la frágil seguridad que habían logrado encontrar juntas.

La guardiana se acercó a la madre y la hija. Su expresión severa fue suavizándose al encontrarse con la mirada expectante de la niña. Con un amago de sonrisa, la guardiana entregó el preciado mendrugo de pan a la madre, quien, sin pensarlo, se lo ofreció a su hija. La niña aceptó el alimento con cautela, mientras sus grandes ojos grises buscaban refugio en la mirada de su madre.

—Gracias —murmuró la mujer.

—No tienes por qué agradecerme nada —respondió la guardiana con una sonrisa cálida. Luego se arrodilló frente a la niña—. Tranquila, pequeña —susurró con voz suave—. Me llaman la

guardiana porque sé cuidar de la gente. Mientras esté aquí, estarás a salvo.

La niña asintió con timidez con sus brillantes ojos mientras partía el trozo de pan con dificultad. Le ofreció la mitad a la guardiana, quien aceptó el detalle con una sonrisa. Mientras tanto, su madre observaba la escena con un nudo en la garganta y los ojos vidriosos por las lágrimas, consciente de que aquel acto de bondad ofrecía un breve alivio en aquel sombrío rincón.

—Has hecho algo hermoso —le dijo la guardiana a la niña con tono maternal—. Has demostrado una generosidad que muchos adultos no tendrían jamás

—Es para darte las gracias —respondió la niña con un pequeño hilo de voz.

La guardiana asintió con ternura y miró a la niña con admiración, maravillada por la fortaleza que aún mantenía en aquel insólito lugar.

Mientras tanto, en otro rincón de la jaula, un grupo de esclavos murmuraba entre sí, intercambiando sospechas y temores sobre su destino incierto.

La guardiana se acercó a ellos arrastrando sus cadenas. Mientras todos la observaban con atención, se acercó al hombre que aparentaba liderar el grupo, un encapuchado con piel verdosa y ojos blancos que revelaban una singularidad que la guardiana había escuchado en relatos sobre una tribu que habitaban en las cumbres más remotas de las Montañas Eternas, más allá de Arresia, un lugar apenas reconocido por los forasteros.

—¿Qué habéis pensado para salir de aquí? —inquirió la guardiana entre susurros, buscando respuestas en los ojos del hombre envuelto en una túnica gris.

El hombre de tez verdosa bajo la capucha la miró con cautela, evaluando sus palabras antes de responder.

—Vamos a forzar las barras de la jaula mientras distraemos al carcelero —respondió con voz suave—. Una vez libres, abordaremos un bote salvavidas y escaparemos de este maldito navío.

—Es arriesgado, ¿cómo sabéis que hay botes salvavidas? —cuestionó la mujer—. No podemos apostarlo todo a un plan sin certezas.

—¿Podemos? —preguntó el encapuchado.

—Estamos todos juntos en este infierno —repuso ella con tono malhumorado.

—Propongo esperar hasta tocar tierra y entonces actuar —intervino el hombre delgado con cicatrices en el rostro, quien se había acercado sin hacer ruido a la reunión; a su lado, el gigante de ébano asentía en silencio.

—Cuando lleguemos a puerto aumentará el riesgo, habrá más seguridad —protestó el encapuchado de tez verde.

Mientras tanto, desde su posición elevada en la cubierta del barco, el carcelero asomaba la cabeza de vez en cuando. Una sonrisa siniestra adornaba su rostro ante el murmullo de los desesperados presos que callaban hasta que dejase de mirar.

—En este barco, los botes salvavidas son un privilegio reservado para los de arriba; para nosotros, los esclavos, no hay esperanza de rescate en caso de naufragio. Para la tripulación, nuestra vida no vale más que un sorbo de agua salada en alta mar —sentenció la voz grave de un anciano, atrayendo la atención de todos.

El hombre tenía la piel curtida por el sol y el viento marino. Su barba gris, densa como las olas en una tormenta, y su sombrero de ala ancha hablaban de innumerables travesías enfrentándose a los elementos. Vestía una camisa de lino desgastada, un chaleco de lana fina y pantalones anchos. Unas botas de cuero y una capa de aceite protegían su cuerpo del ambiente marino.

—He pasado toda mi vida en la mar —proclamó el veterano marino, capturando la atención de todos los cautivos—. Antes de llegar a su destino final, el barco realizará paradas en puertos intermedios para reparaciones, abastecimiento de alimentos y agua, o para cumplir con los tributos fronterizos.

—¿Cuándo crees que sería el momento óptimo para actuar? —preguntó la guardiana, con una chispa de esperanza en sus ojos.

—Durante una de esas escalas —respondió el marino—. Es cuando la tripulación suele descansar o emborracharse en tierra firme. Ese será el momento de menos vigilancia.

Todos los esclavos de la jaula miraron al experimentado marinero y tuvieron claro que él era el único que podía conducirlos hacia la libertad.

7
Saldando deudas

—Bueno, chicas, ¿ya está decidido el reparto de las propinas? —preguntó una de las cantineras mientras llenaba una jarra para un cliente solitario en la esquina.

—Sí, creo que lo tenemos claro —respondió otra, ajustando su corsé con una sonrisa astuta—. Aunque siempre hay algún listo que cree que puede quedarse con más de lo que le toca.

—Que lo intenten —murmuró una tercera, mirando de reojo al hombre que la observaba desde el otro extremo del bar—. No saben con quién se están metiendo.

—¿Nosotras? ¿Vulnerables? —se rio una, moviendo sus caderas con gracia—. Solo por la poca ropa que llevamos creen que pueden hacer lo que quieran.

—Que lo piensen… hasta que se encuentren con una buena patada en las pelotas —bromeó otra mientras recogía una bandeja —. O peor, el cuello rajado.

—Esos tontos creen que somos solo camareras, cuando en realidad somos cazadoras —dijo la más joven, levantando la bandeja con una mirada decidida—. Esperamos el momento oportuno, pero por desgracia, aún no ha llegado.

—Exacto. Nos ganamos el sustento y, de paso, nos defendemos de las manos sueltas que se creen con derecho a todo —concluyó una de ellas, mientras el madrugador seguía bebiendo en silencio, ajeno a la conversación que lo rodeaba.

El rugido del majestuoso tigre celeste resonó en el aire, impregnando el lugar con una fuerza salvaje. Con un violento tirón de su cadena, el felino intentó arrancarle el brazo a su aterrorizado cuidador.

Zarhel pasó cerca de las camareras que lo miraban susurrando, saludó con la cabeza y pasó de largo, observando el pozo con asombro. Aquel tigre era Roxbo, el mismo al que había apostado una pequeña fortuna y que le había proporcionado sustanciosas ganancias. Verlo aún con vida era una alegría, el animal era un superviviente, al igual que Zarhel.

El pelaje del tigre brillaba con un azul intenso, y su mirada centelleante, aunque solo le quedaba un ojo, irradiaba una fortaleza innata a pesar de las cicatrices y las heridas mal curadas.

En el pozo, el domador le ofrecía al tigre un trozo de carne empapada en savia de diplotétria, conocida como la flor de los muertos. Aquellos que la consumían entraban en un estado de hiperactividad, donde el cansancio y el dolor desaparecían. Se decía incluso que los muertos seguían luchando bajo su efecto, aunque después sucumbieran sin salida.

En unas horas, Roxbo se enfrentaría a muerte contra otro animal en un combate despiadado. Aunque a menudo eran tigres como él, a veces no podían conseguir especímenes y los enfrentaban contra osos verdes o ciervos de piedra, haciendo que los combates fueran aún más impredecibles.

El Pozo era uno de los lugares más populares de la baja Alonia. Un local de apuestas con un gran hoyo para los combates, aunque estaba casi vacío a esas horas de la noche. Hasta pasada la medianoche no empezarían las peleas, y el gran atractivo de este lugar no era precisamente la cerveza.

El gran pozo central, un lugar peligroso con un fuerte olor a animal, era un amplio círculo con suelo de arena donde las criaturas luchaban a muerte. En unas horas, el rumor de las apuestas y los gritos de los espectadores transformarían este sitio en un

espectáculo sangriento que movía cada noche verdaderas montañas de dinero.

Zarhel, sumido en sus pensamientos, reflexionaba sobre su inminente partida de Alonia. Recordaba con claridad los días sangrientos y oscuros que había vivido entre los muros de la infame Torre Roja, donde había sido carcelero. Sin embargo, con la toma de la ciudad por parte de los jersas, todo eso había quedado atrás. Ahora tenían la importante misión de reconstruir Nela-Shur junto a sus nuevos compañeros, los embajadores de Beluria.

Aún le costaba creer que, de la noche a la mañana, hubiera sido nombrado embajador de Beluria ante el mismísimo Rozar II, el rey jersa y señor del nuevo imperio que había derrotado a los alonios tras tantas generaciones de dominio.

Sin embargo, en medio de sus pensamientos, Zarhel sabía que esa noche Xiono estaría presente, como cada noche. El hombre solía realizar sus turbios negocios en la mesa más apartada del local, reservada exclusivamente para él. Ahora, sin nadie que lo molestara, podía llevar a cabo sus asuntos sin preocupaciones y, cuando todo estuviera listo, se sumergiría en el oscuro mundo del crimen. El dueño del establecimiento tenía un acuerdo con Xiono que le permitía actuar sin interferencias. Zarhel se beneficiaba de esta situación, ya que era el único momento del día en el que Xiono contaba solo con un guardaespaldas, lo cual, si hubiera problemas, jugaba a su favor.

Xiono era un hombre de gran estatura y corpulencia, y aunque la edad ya había dejado su huella en él, seguía teniendo una figura señorial. Su traje, confeccionado con las telas más exóticas y costosas, llamaba la atención como una llama en la oscuridad. Siempre llevaba múltiples cadenas de oro y joyas preciosas que brillaban en los anillos de sus dedos, en una clara muestra de su ostentación. Uno de ellos destacaba entre los demás: era de plata, con una estrella de ocho puntas grabada en su superficie, en cuyo centro brillaba una piedra negra.

Pero lo más notable de Xiono era la fea cicatriz que surcaba su rostro, comenzando desde el cuero cabelludo y dividiendo su mejilla en dos, otorgándole un aspecto amenazador. Sus ojos, pequeños y hundidos, se movían constantemente, siempre alerta ante posibles enemigos. Su ambición se mezclaba con el olor a sudor, alcohol y mujeres que lo rodeaba.

En medio de aquel sombrío ambiente, Zarhel se preparaba para enfrentarse a Xiono, consciente de que se encontraba sobre arenas movedizas.

—Aquí tienes —dijo Zarhel, lanzando una bolsa llena de monedas sobre la mesa de Xiono.

Su guardaespaldas, alerta, agarró a Zarhel por el cuello y le colocó el filo de su espada corta en el esternón. Xiono hizo una seña y su matón soltó a Zarhel, rugiendo en un idioma desconocido con una expresión amenazante. Aunque el guardaespaldas no conocía el historial de Zarhel, era mejor así, ya que los dos anteriores habían terminado malheridos a manos del belurio.

—¡Cómo te atreves a venir aquí después de la que me liaste la última vez! —exclamó Xiono con furia—. No creas que por el hecho de que hay otro poder en la ciudad ha cambiado algo entre tú y yo. Me debes una gran cantidad de monedas. Incapacitaste a mis guardias personales, lo cual duplica la deuda, y por pagar tarde, la triplica. No sé cuánto hay aquí, pero no es suficiente para saldar tu deuda ni de cerca.

Zarhel recogió la bolsa en silencio, con la mirada fija en Xiono.

—¡Si ni siquiera has contado cuánto hay! —exclamó malhumorado.

—Me da igual —respondió Xiono, que acercó su cara al carcelero, recostándose sobre la mesa.

—¿Qué quieres a cambio para saldar mi deuda? —preguntó Zarhel.

—A ti —respondió el mercader con una mirada despiadada—. Trabaja para mí. Los jersas traerán a sus propios carceleros y

desplazarán a los nuestros de la Torre Roja. Te quedarás sin empleo, seguro. Te ofrezco algo estable a cambio de tu libertad.

Zarhel se acercó a Xiono y le susurró al oído:

—Soy libre. El rey jersa ha decretado la libertad de todos los belurios.

—De eso nada, Zarhel. No tienes escapatoria —le aseguró Xiono amenazante mientras su matón exhibía su espada—. Negarse no es una opción.

El ambiente se volvió tenso. Zarhel volvió a dar un paso atrás para alejarse de Xiono mientras mantenía el tipo ante el matón.

—Esa falsa libertad dada por el nuevo gobierno no cambiará nada —continuó Xiono con ferocidad.

Zarhel se mantuvo firme, desafiante.

—No permitiré que me uses como tu esclavo. Prefiero enfrentarme a las consecuencias que rendirme ante ti. ¡Si quieres mi vida, tendrás que luchar por ella! —gritó señalando al mercader mientras este sonreía nervioso.

La puerta se abrió de golpe y Shuraz irrumpió en la taberna. Todos los presentes le dedicaron una mirada y las camareras algo más…

—¡Vaya! Mira quién ha llegado —comentó una de las mujeres, que había dejado de limpiar la mesa cuando la puerta se abrió de golpe.

—Es Shuraz —susurró otra con una sonrisa en los labios mientras sus ojos lo seguían al entrar.

—Siempre tan imponente —añadió la más joven, apoyándose en la barra.

—No es solo por su aspecto, ¿verdad? —murmuró una de las más experimentadas con una risita—. Hay algo en él, algo… diferente.

—¿Diferente? Yo diría peligroso —comentó la que estaba sirviendo cerveza con ojos pícaros—. Ese tipo trae problemas allá donde va, y eso lo hace más interesante.

—Problemas, sí. Pero también propinas generosas —les recordó otra con un guiño—. Y, bueno, todas sabemos que no viene aquí solo por la bebida.

—¿Te das cuenta de cómo nos mira? —dijo la más atrevida, ajustando su delantal—. Le dedicamos más que una mirada, eso seguro.

—No me hagas reír —añadió una, sacudiendo la cabeza—. Si quiere algo más, tendrá que ganárselo.

Shuraz cruzó el local en penumbras con paso decidido, dedicó una sonrisa al grupo de camareras y se plantó desafiante frente al guardaespaldas de Xiono. El silencio llenó la habitación mientras los ojos del guerrero se encontraban con los del matón.

—Lamento el retraso, Zarhel. Mis disculpas —dijo Shuraz con tono sereno, chocando la mano izquierda contra su puño derecho.

Zarhel sonrió al ver a su compañero unirse al encuentro. Ahora las tornas habían cambiado. La hostilidad en el aire era palpable y cualquier movimiento podía desencadenar en violencia. Shuraz no necesitaba pronunciar una palabra. Su sola presencia hablaba por sí misma.

La sala se llenó de un silencio incómodo, roto solo por la respiración agitada de los presentes. Zarhel esbozó una sonrisa de satisfacción mientras Shuraz se encaraba al matón sin apartar la mirada de sus ojos.

—Ya he dicho lo que tenía que decir —gruñó Zarhel, empujando con el pie la bolsa de monedas hacia Xiono—. Tómala o déjala, pero no vuelvas a ponerme una hoja en el pecho.

El guardaespaldas, aún con el filo cerca, avanzó un paso más. Su espada silbó al aire al levantarla. El acero brilló bajo la luz rojiza del brasero cercano.

—¿Eso es una amenaza? —espetó con voz rasposa.

—Es un aviso —respondió Zarhel, sin parpadear.

Xiono alzó una mano. El mercenario bajó el arma, aunque sin enfundarla. Sus ojos, inyectados y amarillos, seguían fijos en Zarhel,

esperando una excusa.

—No deberías venir aquí a hablar de libertad —dijo el mercader, encorvándose sobre la mesa—. Nadie es libre si yo digo que no lo es. Y tú, Zarhel… tú me debes más de lo que imaginas.

Shuraz, con los brazos cruzados, se movió al frente.

—Déjalo. No hemos venido a suplicar.

Xiono sonrió. Se recostó, hizo chasquear los dedos y habló sin quitar la mirada de Zarhel.

—Parece que tu perro ahora ladra. Vamos a ver si muerde.

El guardaespaldas giró la muñeca. La espada rozó el suelo. Dio un paso, luego otro. Todos los ruidos del local se apagaron. El crujido de la madera bajo sus botas fue lo único que se escuchó.

Shuraz se adelantó. No llevaba armas. Solo sus puños. Abrió y cerró la mano derecha. Los nudillos ya mostraban viejas marcas. Sus ojos se fijaron en los del enemigo.

Nadie respondió.

El guardaespaldas escupió al suelo.

—Tú primero, grandullón.

El combate cuerpo a cuerpo se desencadenó como un tornado, con una ráfaga de puñetazos ágiles y precisos por parte de Shuraz. Sus reflejos afilados le permitieron esquivar con maestría la espada del guardaespaldas, que silbaba una y otra vez cerca de su cabeza.

—¡Te arrepentirás de estar aquí! Voy a acabar contigo —rugió el mercenario con rabia.

—No me subestimes, fanfarrón. Estoy más que preparado para partirte todos los huesos del cuerpo —respondió Shuraz con la respiración entrecortada pero firme.

A medida que la intensidad del enfrentamiento aumentaba, Shuraz aprovechaba cada oportunidad para desequilibrar al matón. Saltaban chispas cuando sus brazales de metal paraban los golpes precisos dirigidos a su cuello y abdomen. Shuraz, con dos derechazos en la cara de su adversario, logró bajar la guardia del

matón y propinarle un gancho en el estómago que le hizo doblarse de dolor.

—¡Eres un maldito belurio! No tienes nada que hacer —exclamó el mercenario tras recuperar el aire.

—¡Arrogante malnacido! Has subestimado al cabrón equivocado —dijo Shuraz, mientras el matón lanzaba otra acometida. El guerrero se anticipó, agarró el brazo con el que sostenía la espada y lo partió como una rama seca. El chasquido llenó el aire, proclamando al vencedor.

El matón, arrodillado ante Shuraz, gritaba de dolor, sujetándose con la otra mano el brazo quebrado que colgaba en una posición antinatural.

Mientras tanto, Zarhel, con un rápido movimiento, empujó a Xiono contra la barandilla, colocándolo al borde del pozo, a punto de caer.

—Eres un perdedor y siempre lo serás —se burló Xiono con una sonrisa despectiva—. ¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme, como la última vez?

La sonrisa maléfica de Zarhel se ensanchó.

—¿Quieres saber qué voy a hacer? —preguntó Zarhel con un brillo siniestro en los ojos.

Sin esperar respuesta, Zarhel empujó al mercader, que cayó gritando a la arena del pozo. El impacto retumbó en el lugar y sobresaltó al tigre celeste. Feroz, el animal se abalanzó sobre el mercader y le desgarró el rostro con sus garras afiladas. El cuidador, en un intento desesperado por controlarlo, tiraba de las cadenas, pero sus esfuerzos fueron inútiles.

El tigre, cubierto de sangre, miró a Zarhel con una especie de complicidad mientras los sedantes disparados por el cuidador comenzaban a hacer efecto. Con un último arrebato, el animal se abalanzó sobre el corrupto mercader, quebrándole el cráneo como un melón maduro. El silencio se apoderó del lugar, solo roto por la respiración agitada y el triunfante latido del corazón de Zarhel. El

tigre se tambaleó y cayó inconsciente, con los restos de la cabeza de Xiono entre sus fauces.

Shuraz miró hacia abajo y vio el cadáver decapitado de Xiono y al enorme tigre celeste siendo arrastrado por un par de mozos y el cuidador hacia una celda subterránea.

El guerrero apartó con desprecio al guardaespaldas herido, que seguía quejándose arrodillado en el suelo, y se acercó a Zarhel.

—¿Todo ha salido según lo planeado? —preguntó Shuraz, mirando a su compañero a los ojos.

Zarhel, con una sonrisa de satisfacción, respondió:

—Mi deuda ha sido saldada.

Ambos se apoyaron en la barra del Pozo. Una de las camareras, una morena de piel bronceada que destacaba por su melena rizada que caía en cascada hasta sus hombros, se acercó coqueteando.

—Dos jarras de la negra, por favor —pidió Shuraz sin mirarla.

—Lo que quieras, guapo. Si necesitas algo más, ya sabes dónde encontrarme —respondió la joven con voz provocativa y una sonrisa insinuante.

—No quiero más problemas, gracias —contestó él, serio, mirándola de reojo.

—Lo que tú digas —repuso la joven, algo sorprendida, antes de marcharse con una sonrisa.

Shuraz se giró hacia Zarhel, que aún respiraba agitado tras el altercado.

—Maldito Xiono, yo no quería que esto acabara así. —dijo Zarhel preocupado, tomando un sorbo de cerveza.

—Ya sabes cómo es esto. Piensan que pueden hacer lo que quieran y salir impunes —respondió Shuraz, más calmado, encogiéndose de hombros mientras soplaba la espuma de su cerveza para degustarla.

—Pero ¡lo he matado! —exclamó Zarhel, exaltado.

—Seguro que se lo merecía —añadió Shuraz, bebiendo otra vez, imperturbable.

—Tú nunca pierdes la calma, ¿eh?

—He estado en el frente. Después de un par de batallas, aprendes a digerir toda clase de mierda —respondió, serio.

Ambos bebieron en silencio. Al rato, Shuraz suspiró, mirando su jarra.

—La cagué con Anara —murmuró, casi para sí mismo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Zarhel, alzando una ceja.

—Me acosté con una fulana la otra noche. Anara nos pilló. No es que fuera algo serio, pero… siento que la jodí —le explicó Shuraz.

—Así que no solo eres imbatible en combate, también en meter la pata con las mujeres —bromeó Zarhel con una sonrisa.

—Gracias, eres de gran ayuda —respondió Shuraz, con un gesto sarcástico.

—Para eso están los amigos.

—Es en serio. Siento algo por ella. Pero ahora… ¿cómo le demuestro que no significó nada? —preguntó Shuraz.

—No tienes que demostrar nada. Si le importas de verdad, lo entenderá —dijo Zarhel, encogiéndose de hombros mientras bebía y miraba al guerrero de reojo.

Pidieron otra ronda y bebieron un rato en silencio.

—Dejando los líos sentimentales aparte —retomó Zarhel después —, he estado pensando en lo de ser embajador. Yo no soy un embajador de nada. No tengo lo necesario.

—¿Qué dices? Claro que podrías hacerlo —protestó Shuraz, sorprendido.

—No, no es lo mío —afirmó Zarhel muy seguro—. No tengo diplomacia ni tacto. Tú podrías ser el comandante del ejército belurio, pero yo me veo más como un guardaespaldas. Quizá de algún embajador, o quién sabe, tal vez de la propia Anara.

—¿De Anara? —Shuraz arqueó una ceja, intrigado—. ¿Por qué ella?

—No sé, quizá porque no tiene novio —respondió Zarhel, riéndose a carcajadas.

—¡Eres un cabrón! —exclamó Shuraz, riendo con él.

—Pero en serio… —retomó Zarhel después de un sorbo—. Ya la salvé una vez. Fue por un buen pago, pero lo hice con gusto.

—¿Cuándo pasó eso? —quiso saber Shuraz.

—Cuando estuvo encarcelada en la Torre Roja —le contó Zarhel —. La condenaron a trece latigazos en público. Estuve ahí desde que la capturaron hasta el castigo. Fueron días intensos. Una alonia, una guerrera mayor pero impresionante, me pagó para asegurarse de que Anara sobreviviera en aquel infierno. Y eso hice.

—Has estado más cerca de la muerte de lo que aparentas —comentó Shuraz, tomando un largo trago.

—Lo necesario para sobrevivir. Sabes cómo es —murmuró Zarhel con la mirada perdida.

Ambos se quedaron en silencio, sumidos en sus pensamientos y bebiendo de sus jarras.

—No te preocupes, Zarhel. Encontraremos nuestro lugar en todo esto. Cada uno el suyo —sentenció Shuraz, rompiendo el silencio y levantando su jarra.

—Eso espero.

Zarhel sonrió mientras levantaba la suya y la chocaba con la de Shuraz.

8
La Gran Torre de Alonia

—¿Por qué no viniste a la audiencia con el rey Rozar? —le preguntó Rayhem a Edoz mientras caminaban delante del grupo.

Las calles nocturnas se sumergían en un silencio casi místico, mientras la luna observaba a los aventureros derramando su luz tenue a través de las nubes blancas. La temperatura agradable de la noche envolvía el ambiente. Edoz se detuvo e instó a Rayhem a hacer lo mismo.

—¿Desde cuándo eres mi madre? —dijo Edoz con una sonrisa enigmática, mirándolo a los ojos. Mientras hablaba, su mano se deslizó casi imperceptiblemente hacia el costado, rozando la herida vendada bajo sus ropajes. El dolor seguía ahí, punzante pero soportable. «Suerte que la tía de Anara es tan buena curandera como discreta» pensó, permitiéndose una sonrisa fugaz que desentonaba con su aparente despreocupación.

Rayhem, desconcertado, no supo cómo reaccionar.

—Tenía pensado pedir audiencia con el rey para presentarle mis disculpas —continuó Edoz con tono burlón.

—¡Sí, claro! —exclamó él moviendo la cabeza.

—Tranquilo, Ray, solo estaba bromeando —aseguró Edoz mirando primero a Anara y después al sacerdote—. Estaba ocupándome de algunos asuntos personales relacionados con mi pasado. ¿Shuraz no os dijo nada?

—Sí, nos mencionó algo, pero aun así nos preocupamos por tu ausencia —añadió Anara, que caminaba un poco más atrás, mientras Shuraz, a un paso de ella, asentía muy serio.

—Era algo importante —agregó Jarben, sumándose a la conversación.

—Al final todo salió a pedir de boca —intervino Shuraz con una sonrisa tranquilizadora—. El rey cumplió su palabra y nos brindará recursos para la reconstrucción del templo de Bel-Hur en Nela-Shur. Además, nos devolverá las reliquias que los alonios robaron de nuestro pueblo durante la invasión de Beluria.

—El rey habló muy bien de ti —dijo Anara.

—¿De mí? —preguntó Edoz sorprendido.

—Parece que le causaste muy buena impresión. Notó tu ausencia —siguió la joven.

—Seguro que ha ordenado matarnos. Para él, solo somos cabos sueltos —dijo Edoz, negando con la cabeza.

—De eso nada —aseguró Rayhem—. Quiere mantener una alianza con nosotros.

—¡Los embajadores de Beluria! —interrumpió Edoz al sacerdote, haciendo aspavientos burlones.

Zarhel se sintió incómodo y un poco fuera de lugar al percibir una complicidad entre los demás que él no compartía, mientras se adentraban más y más en las antiguas y oscuras calles de Alonia.

—¡Por cierto! Zarhel ahora es uno de los nuestros, ¡un embajador de Beluria! —exclamó Shuraz con una sonrisa—. Hemos tenido la oportunidad de estrenarnos en las artes diplomáticas, incluso hemos compartido alguna cabeza partida, ¿verdad, Zarhel?

El aludido asintió y miró a Shuraz con gratitud, reconociendo que había subestimado al guerrero belurio.

—¿Cabeza partida? —preguntó Rayhem sin saber de qué hablaban.

—Cosas nuestras —respondió, dando un par de palmadas en el pecho de su compañero, que sonreía recordando la refriega en el

pozo.

—Sabes que eso no funciona así, ¿verdad, Shuraz? —preguntó Jarben al guerrero, que lo miró desconcertado—. Me refiero al nombramiento de embajadores. De hecho, diría que, oficialmente, ni siquiera nosotros somos embajadores, ya que Beluria no es un reino en activo, al menos no para disponer de embajadores. Es cierto que hicimos las labores de diplomacia a la altura del mejor de los embajadores, pero a mi parecer, solo éramos emisarios.

—Qué aguafiestas eres, Jarben —bufó Edoz mirando al sepulturero de reojo.

El aroma de las especias y los alimentos recién preparados llenaba el aire y les abría el apetito. Los pequeños puestos de los comerciantes salpicaban las callejuelas, ofreciendo una variedad de mercancías y creando una sinfonía de colores y fragancias en el ambiente.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Edoz con curiosidad al darse cuenta de que había seguido a sus compañeros sin cuestionar el destino.

—Vamos a conocer al príncipe Belbarozh —respondió Anara, señalando hacia la Gran Torre de Alonia en el centro de la ciudad—. El rey Rozar nos ha entregado un presente para él. Allí es donde se encuentra.

Rayhem levantó un zurrón de cuero que portaba algo pesado y se lo mostró a Edoz como prueba de su misión.

Con el permiso de Rayhem, Edoz cogió el zurrón y examinó su contenido. El objeto estaba envuelto con esmero en piel de cordero y, al destaparlo ligeramente, pudo ver una pieza de cerámica decorada con finos grabados. Una sonrisa socarrona se dibujó en su rostro mientras devolvía el presente a Rayhem, que volvió a protegerlo con cuidado.

—Bonito regalo —comentó con sarcasmo—. Seguro que todos querrían tener algo así en su salón del trono en Nela-Shur, ¿no?

El grupo estalló en carcajadas. Anara, con una sonrisa en los labios, lanzó una mirada a Edoz, y Shuraz sintió un pinchazo de celos al notar la atención que ella le prestaba.

—Parece que, después de todo, podremos pedirle al príncipe que nos nombre embajadores —añadió Edoz, satisfecho.

—Anara, he estado pensando… —empezó Zarhel, aprovechando que ella caminaba a su lado—. ¿Qué tal si me aceptas como tu guardaespaldas? Ya te ayudé antes, y creo que así podría ser útil para el grupo.

Anara lo miró de reojo y arqueó una ceja con una sonrisa desafiante.

—¿Acaso parezco indefensa como para necesitar un guardaespaldas? —preguntó, irónica.

Zarhel sonrió.

—No es eso, pero, con todo lo que está pasando, he pensado que preferirías tener a alguien de confianza cuidándote las espaldas.

—Te lo agradezco, Zarhel, pero serás más útil defendiendo a todo el grupo. No necesito una protección especial —dijo, con una firmeza amable.

Zarhel soltó una pequeña risa resignada.

—Lo que tú digas —aceptó, con un gesto comprensivo.

Anara le tocó el brazo y mantuvo la mirada fija en la suya.

—Confío en ti, pero tu fuerza será mejor aprovechada asegurando que todos estemos a salvo, no solo yo —añadió.

—No lo tomes a mal, solo intentaba ayudarte —le aseguró Zarhel, que sonrió.

—Lo sé, y lo aprecio —concluyó Anara, devolviéndole la sonrisa.

Zarhel se apartó de ella. Tuvo que esforzarse para ocultar su leve decepción. En ese momento, Edoz pasó cerca de él y le lanzó una mirada traviesa.

—Tirando la caña, ¿eh? —susurró con una sonrisa burlona.

Zarhel solo tuvo que mirarlo con seriedad para que Edoz se apartara en silencio, sin atreverse a continuar con la broma.

La noche envolvía a los aventureros con su manto oscuro, pero la luz tenue de la luna se filtraba entre las nubes blancas y sus rayos plateados danzaban en las estrechas calles empedradas, creando sombras que parecían cobrar vida.

—No sé si lo habéis pensado, pero ¿por qué nos encontraremos con el príncipe de Beluria en la torre de los Ungidos de Kudram? —preguntó Anara.

—La Gran Torre de Alonia es el centro espiritual donde los monjes de Kudram llevaban a cabo sus sagrados rituales para mantener satisfechos a los dioses —explicó Jarben—. No solo es la torre más alta jamás construida en el Mundo Anciano, sino también la más inexpugnable.

—Existen rumores oscuros sobre las siniestras prácticas que se llevaban a cabo allí durante las noches de luna llena por los adeptos de Kudram —dijo Rayhem, recordando una conversación que tuvo hacía tiempo con Jarben sobre el tema.

—Hoy no hay luna llena, ¿verdad? —preguntó Edoz, observando el cielo y notando la luz suave que la luna creciente derramaba sobre las calles.

—Solo los Ungidos de Kudram podían entrar —afirmó Rayhem.

—Y entrar sin permiso estaba penado con la muerte —añadió Jarben.

—Hay algo que no me gusta —dijo Anara, frunciendo el ceño—. ¿Qué hace nuestro futuro rey rodeado de esas ratas de Kudram? —miró a Shuraz con complicidad, recordando el incómodo episodio que habían vivido con uno de los Ungidos.

—No te preocupes, Anara —aseguró Shuraz—. Si se acercan demasiado, esta vez volarán por la ventana y acabarán aplastados contra el suelo. Puedes estar tranquila.

Anara apartó la cara a Shuraz, haciendo evidente para todos que estaba enfadada con él. Edoz enmudeció y tragó saliva. Esta vez no

diría nada.

—Supongo que si el príncipe Belbarozh está allí, debe haber una razón de peso —intervino Rayhem—. Debemos confiar en él. Puede que las cosas hayan cambiado ahora que los jersas son dueños de Alonia.

—Hablando de Belbarozh —dijo Shuraz, frunciendo el ceño—, ¿qué sabéis de él?

—No mucho —reconoció Jarben—. Hasta hace poco, su existencia era secreta para la mayoría.

—Hasta tal punto que es mi pariente y apenas lo conozco —añadió Anara, reflexionando sobre el vínculo familiar desconocido.

—¿Pariente? —preguntó Edoz con curiosidad—. ¿Qué tipo de pariente? ¿Un hermano perdido?

—No. Belbarozh es el nieto del antepenúltimo rey de Beluria y yo soy la hija del hermano del último rey —explicó Anara, aclarando el parentesco entre ella y el príncipe.

—Vaya, entonces no sois nada —comentó Edoz con tono burlón.

—Yo también tengo mis reservas sobre nuestro misterioso príncipe —dijo Shuraz—. Veremos qué tiene que decirnos y si podemos confiar en él.

A medida que avanzaban por las calles antiguas de Alonia, sus pasos resonaban en el silencio de la noche, mezclándose con los murmullos y las risas provenientes de las tabernas y las posadas cercanas. Las farolas dispersas iluminaban el camino con su luz suave y cálida, creando sombras alargadas que se proyectaban sobre las antiguas paredes de las construcciones.

—Siempre me ha fascinado esa torre —comentó Rayhem mientras caminaban—. En ocasiones, los pisos superiores se pierden entre las nubes.

—Esperemos que el interior esté a la altura y no sea solo un desvencijado escondite lleno de telarañas y esqueletos de Ungidos —dijo Edoz, mostrando su escepticismo.

—¡No puedo creer que estemos a punto de entrar! —exclamó Rayhem, emocionado.

La Gran Torre de Alonia se erguía majestuosa ante ellos, dominando el horizonte nocturno. La luz de la luna acariciaba su fachada, resaltando los detalles intrincados de su arquitectura.

Con cada paso se sumergían en lo más profundo de la ciudad, acercándose a la Gran Torre de Alonia, la señorial estructura que desafiaba a los dioses con su tremenda altura, intentando alcanzar el feudo celestial donde moraban.

La misteriosa mujer pelirroja con sombrero negro ocultaba parte de su rostro y jugueteaba entre sus ágiles dedos con su daga adornada con runas. Apoyada en la sombra de una esquina, mantenía su figura en la penumbra. Los embajadores pasaron cerca, ajenos a su presencia, mientras ella observaba con atención, con sus ojos clavados en Anara. Siguió cada uno de sus movimientos hasta que se desvanecieron en la distancia.

Al llegar a la entrada de la torre, los aventureros se encontraron con un par de regios guardias jersas. Sus armaduras relucían a la luz de la luna mientras sostenían sus lanzas con firmeza. Los fríos ojos de los guardias escudriñaban a los recién llegados con una mirada desafiante.

—¿Qué queréis? —preguntó uno de ellos con voz firme.

—Hemos sido reclamados por el príncipe Belbarozh de Beluria —respondió Shuraz con seguridad, adelantándose y tomando la iniciativa—. Nos ha convocado para una audiencia en la torre.

Los guardias intercambiaron una mirada fugaz, evaluando la veracidad de las palabras de Shuraz. Después de un breve momento de silencio, uno de ellos asintió y señaló hacia la puerta de entrada.

—Adelante. El príncipe os espera en el Salón de los Espejos. Seguid por el pasillo y subid las escaleras.

—¿Salón de los Espejos? —preguntó Edoz, extrañado—. Resulta que los Ungidos son unos vanidosos.

Con cautela, los aventureros atravesaron las puertas de la torre y se adentraron en su interior. Un cálido aire los envolvió, en contraste con el fresco de la calle. El pasillo estaba iluminado por pequeñas antorchas cubiertas con capuchones de cristal que proyectaban sombras danzantes sobre las paredes de piedra. A medida que avanzaban, la atmósfera se volvía más densa, parecían estar adentrándose en otro mundo.

La escalera de piedra los invitaba a subir cada vez más alto en la torre. Con cada piso que ascendían, aumentaba la sensación de estar internándose en un lugar sagrado.

Según iban atravesando los pasillos de la Gran Torre de Alonia, algo inquietante comenzó a hacerse evidente: la ausencia de los Ungidos de Kudram. No había ni rastro de la presencia de los monjes ni de sus rituales sagrados. El silencio reinaba en los pasillos, interrumpido solo por el eco de sus propios pasos.

—Es extraño, ¿no creéis? —comentó Rayhem, frunciendo el ceño mientras miraba a su alrededor—. Por lo que sabemos, esta torre debería estar llena de adeptos y sacerdotes…

—Da la impresión de que todos han desaparecido —añadió Anara, desconcertada.

Shuraz se adelantó para explorar cada rincón con cautela. Mientras avanzaba, su instinto le advertía de que algo no iba bien. El aire en la torre se volvía cada vez más opresivo, estaba impregnado de una energía siniestra.

—Esto no me gusta. Nos estamos metiendo en la boca del lobo —dijo Shuraz inquieto, acariciando la empuñadura de su espada.

—Es el mejor lugar para esconderse —sentenció Edoz asintiendo y mirando a su alrededor mientras tocaba la roca de la pared.

Continuaron ascendiendo, buscando respuestas y esperando encontrar algún indicio de los Ungidos de Kudram. Sin embargo, cuanto más avanzaban, más lúgubre se volvía la atmósfera. Las sombras parecían cobrar vida, susurros ininteligibles se deslizaban por los pasillos, inquietando a los aventureros.

Por fin llegaron a una puerta maciza al final de un corredor. Rayhem la empujó con suavidad y se encontraron con una sala en penumbra. En el centro, un complejo sistema de engranajes y poleas se movía y giraba con precisión, alimentado por un orbe pulsante que emitía un calor reconfortante. Parecía algún tipo de mecanismo mágico en pleno funcionamiento. Sus movimientos sincronizados llenaban el aire con un suave zumbido.

—¿Qué demonios es eso? —exclamó Edoz.

—No tengo ni idea —respondió Rayhem.

—Este orbe debe de ser la fuente de energía de la torre —supuso Jarben, absorto. Lo miraba como un niño que descubre un tesoro oculto—. He leído sobre estos mecanismos mágicos. Se dice que los Ungidos robaron los conocimientos a un antiguo culto de hechiceros durante los saqueos de Sorgonia.

—Pero ¿por qué habrían abandonado su propia torre? —preguntó Anara, inquieta—. ¿A nadie más le parece extraño que estemos aquí solos?

—Es cierto, resulta sospechoso que no haya nadie para guiarnos ni para proteger esta maravilla —añadió Jarben, mirando a su alrededor para confirmar que allí no había ni un alma.

—Sigamos adelante, pero mantengamos la guardia alta —dijo Shuraz, que agarró la empuñadura de su espada y avanzó con cautela hacia la siguiente puerta.

El misterioso mecanismo parecía tener vida propia, emitía un calor extraño y un movimiento de pulsión que daba la extraña sensación de que de algún modo inexplicable… ¡estaba vivo!

Decididos a seguir, traspasaron dos enormes puertas adornadas con grabados enigmáticos de insólitos mecanismos mágicos. Llegaron a un espacio que los dejó sin aliento. Las paredes estaban revestidas de decenas de espejos de diferentes tamaños y formas, creando un deslumbrante espectáculo de reflejos infinitos. La luz plateada de la luna se filtraba a través de los grandes ventanales, iluminando cada rincón y dotando al lugar de un aura mágica. Sin duda, habían llegado al Salón de los Espejos.

La atmósfera de la estancia era cautivadora.

—Entonces ¿estos espejos son mágicos? —preguntó Anara, que se acercó a uno y contempló su reflejo.

—O a lo mejor solo son una decoración muy elaborada —respondió Edoz, tocando el marco ornamentado de uno de los espejos.

—Por si acaso, no te acerques mucho a ellos —advirtió Zarhel a la joven, que le hizo caso sin cuestionárselo.

—Una cosa es segura, hay una magia latente en el ambiente —intervino Rayhem, observando con atención uno de los espejos.

—Tienen una energía vibrante que parece palpitar en cada superficie reflectante —añadió Jarben, detrás de Rayhem.

Estaban tan ensimismados que no notaron que había alguien más en la sala.

—Os encontráis en el corazón de la torre, el Salón de los Espejos —dijo una voz suave. Todos se giraron al mismo tiempo.

—¿Príncipe Belbarozh? —preguntó Anara, sorprendida.

—El mismo, prima —respondió con calma.

El príncipe Belbarozh era un hombre de apariencia noble, pero cuya actitud irradiaba una humildad y una cercanía inusuales para alguien de su alcurnia. De estatura media y cuerpo atlético, se movía con una gracia innata. Su rostro, de rasgos acentuados pero amables, estaba enmarcado por una barba negra bien cuidada y unos ojos azules que brillaban con una calidez que inspiraba confianza en quienes lo rodeaban.

Vestía de manera sencilla, con una túnica de color tierra de tela modesta en lugar de las ricas vestimentas de seda que sus predecesores solían lucir. A pesar de su posición, Belbarozh evitaba cualquier signo de ostentación; la única joya visible era un anillo de plata con el escudo de su familia, una pieza que llevaba más por su valor sentimental que material.

Anara se arrodilló ante él, pero el príncipe se apresuró a ayudarla a incorporarse. La joven, emocionada, lo abrazó con fuerza durante

un instante.

A medida que los aventureros se acercaban, el príncipe se volvió hacia ellos y los saludó con un firme apretón de manos y una sonrisa que iluminaba su rostro.

—Bienvenidos, mis valientes embajadores. Me alegra conoceros al fin. Es extraordinario, ¿verdad? Este salón es un tesoro único —continuó el príncipe—. Los espejos que aquí veis tienen un poder especial, una magia antigua que ha sido preservada durante siglos. Son portales a otros lugares.

El príncipe extendió una mano hacia uno de los espejos más grandes, invitándolos a acercarse. El cristal parecía vibrar con una energía desconocida, atrayéndolos hacia su superficie pulida.

—¿Son las ruinas de Nela-Shur? —preguntó Rayhem con lágrimas en los ojos, mirando al otro lado de la imagen del espejo—. ¿Nuestra capital?

Las ruinas se reflejaban desoladas en el cristal: estructuras derruidas, cubiertas de arena, emergían entre la niebla. Torres desmoronadas, caminos de piedra agrietados y sombras que parecían moverse, evocaban un pasado glorioso perdido en el tiempo. Un paisaje de melancólica, belleza y desolación eterna.

—Es increíble pensar que pronto la reconstruiremos con la ayuda del rey Rozar —dijo Belbarozh con la voz llena de esperanza.

—¿Podemos ir allí ahora? —preguntó Rayhem emocionado.

—Me temo que no es tan sencillo —respondió el príncipe, acariciando su barba—. De momento, solo podemos ver el lugar. La mayoría de las veces para cruzar es necesario otro espejo en el destino.

—Lo que no entiendo —intervino Shuraz— es por qué se siente tan cómodo aquí. Este lugar pertenece a los malditos Ungidos de Kudram.

—He permanecido oculto en esta torre todo este tiempo —contestó el príncipe—. Los Ungidos me criaron y me dieron cobijo cuando los alonios me buscaban para matarme, así que no tengo

más que buenas palabras para ellos. Creo que su oscuro pasado ha enturbiado su realidad. Ellos sufrieron igual que nosotros la ira alonia.

Shuraz entrecerró los ojos, sin terminar de creerse sus palabras. Los Ungidos nunca le habían caído bien.

—Puede que ellos merecieran su destino —respondió Shuraz, pero el príncipe le esquivó la mirada y cambió de tema.

—Quiero expresaros mi más profundo agradecimiento por vuestro trabajo como embajadores de Beluria. Sin vuestra valiosa labor diplomática previa al ataque de Alonia, no habríamos llegado hasta aquí. Aunque mi identidad siga siendo desconocida para muchos —añadió—, me gustaría seguir contando con vosotros en esta travesía hacia la restauración de Nela-Shur.

—Será un honor, mi príncipe —aceptó Anara, haciendo una torpe reverencia.

—Regresaremos a nuestras tierras con el peso de la responsabilidad y la esperanza en nuestros corazones —dijo Rayhem con lágrimas en los ojos, mirando las ruinas al otro lado del espejo —. Juntos, construiremos una nueva era para Nela-Shur.

—Debemos reconocer y agradecer también la contribución de los sacerdotes de Kudram en esta conquista —afirmó Belbarozh.

—No confío en ellos —insistió Shuraz, con un evidente enfado en su voz—. Tuvimos un encuentro desagradable con uno de ellos que le faltó al respeto a Anara y tuve que darle una lección. Le rompí la cara… y su máscara sagrada.

—Lamento mucho lo ocurrido —se disculpó Belbarozh de inmediato—. No todos los sacerdotes son iguales, y es comprensible que tengáis vuestras reservas. Me aseguraré de que os traten con el respeto que merecéis.

Shuraz, aunque aún mostraba cierta desconfianza, asintió.

—Es importante que mantengamos la mente abierta y que construyamos puentes de entendimiento con los sacerdotes. Aunque hayamos tenido experiencias desafortunadas en el pasado, debemos

recordar que nuestra misión es unificar y reconstruir Nela-Shur, y eso implica trabajar con todos los que estén dispuestos a colaborar —añadió Rayhem, intentando suavizar el ambiente.

—Pero si los Ungidos de Kudram son alonios, ¿qué pintan ellos en Nela-Shur? —le preguntó Shuraz a Rayhem.

—Todos pueden contribuir —respondió Jarben en tono conciliador.

—Príncipe Belbarozh, si me permite preguntar, ¿eres belurio, pero has sido criado por los sacerdotes de Kudram, alonios? ¿Sigues a nuestro dios, Bel-Hur? —inquirió Rayhem, con genuina curiosidad en sus ojos.

Belbarozh asintió.

—Aunque fui criado por los sacerdotes de Kudram y aprendí de su sabiduría y su magia, mi lealtad y devoción siempre han estado con nuestra divinidad, Bel-Hur. Mi crianza en la torre fue una cuestión de protección, no un cambio en mis creencias. Reconozco la importancia de nuestras tradiciones y los valores que Bel-Hur representa para nuestro pueblo.

—Es admirable que hayas sabido equilibrar tu crianza con los sacerdotes de Kudram y tu devoción por Bel-Hur —aceptó Rayhem —. La diversidad de influencias en tu vida seguramente ha forjado una perspectiva única y valiosa para liderar nuestra reconstrucción.

—Tu apoyo y tu confianza significan mucho para mí, Rayhem. —respondió Belbarozh con una sonrisa—. Juntos, guiados por la luz de Bel-Hur, nos enfrentaremos a los desafíos que nos aguardan y traeremos prosperidad a Nela-Shur.

—Príncipe Belbarozh, disculpa mi interés —intervino Jarben, intrigado—, pero me resulta fascinante el mecanismo mágico que hemos visto en la sala anterior. ¿Podrías explicarnos su propósito y cómo funciona?

Belbarozh sonrió.

—Claro, Jarben. Lo que has visto es un extractor de magia, diseñado para captar y canalizar la energía mágica que fluye en la torre absorbida del núcleo de la tierra sagrada bajo nuestros pies.

Esta energía se utiliza para mantener en funcionamiento diversas maravillas, como el clima de la torre, su iluminación y el poder de los espejos que ves a nuestro alrededor. Estos espejos son portales mágicos que en su día estuvieron conectados a otros espejos situados en diferentes lugares del imperio. En tiempos antiguos, los monjes de Kudram solían utilizarlos para transportarse al instante de un lugar a otro. Sin embargo, el rey Odimovar prohibió su uso y esta interrupción los deterioró. Ahora, con la victoria jersa, hemos logrado reactivar parte del sistema y reabrir algunas rutas de transporte, ya olvidadas. Pero aún queda mucho trabajo.

—Es increíble pensar en las posibilidades que se abren con esta tecnología mágica. Con estos portales podríamos conectar de manera eficiente diferentes puntos del imperio y facilitar el comercio y la comunicación entre las ciudades —comentó Jarben, emocionado.

—Es cierto, las posibilidades son enormes —asintió Belbarozh—, pero aún queda mucho por hacer para reactivar por completo el sistema y asegurarnos de que funcione de manera estable.

—Entonces, ¿los rumores eran ciertos? ¿Los Ungidos llevaban a cabo prácticas oscuras durante las noches de luna llena? —insistió Anara.

Belbarozh frunció el ceño y miró a la mujer.

—Los Ungidos tienen una historia complicada, y es cierto que algunos de sus rituales pueden parecer oscuros para quienes no los comprenden. Sin embargo, la mayoría de esas historias han sido exageradas o directamente son malinterpretaciones de la realidad. Los Ungidos han hecho mucho por proteger esta torre y preservar su conocimiento. Debemos mirar más allá de los prejuicios y entender su verdadero papel en nuestra historia. También realizaban ciertos rituales para protegerme —continuó el príncipe con un suspiro y mirando a la joven a los ojos—. Era parte de su plan para mantenerme a salvo de los alonios y evitar que descubrieran mi verdadera identidad. Si hubieran conocido mi existencia, tanto tú, mi prima segunda, como yo habríamos estado en peligro de muerte.

Anara se mantuvo en silencio por un momento.

—Príncipe Belbarozh, no estoy interesada en reclamar ningún derecho por mi sangre. No necesito una corona para encontrar mi lugar en este mundo. Estoy aquí para apoyar a Nela-Shur y ayudar en su reconstrucción. No me importa si somos parientes lejanos o no. Lo que importa es el bienestar de nuestro pueblo y el futuro que construiremos juntos.

El príncipe Belbarozh sonrió.

—El rey Rozar nos ha dado esto para vos —intervino Rayhem, sacando de su zurrón el cilindro envuelto en pieles.

Rayhem le entregó el presente con una reverencia. Con cuidado, el príncipe retiró las capas de piel que envolvían el objeto hasta descubrir una pieza de cerámica adornada con grabados en belurio antiguo.

Los ojos del príncipe se iluminaron al contemplar la belleza del cilindro. Sus dedos acariciaron los grabados con reverencia, apreciando el trabajo meticuloso y el significado oculto detrás de ellos.

—Es impresionante. Gracias por traer esta joya hasta mí. Será el símbolo de la alianza entre Beluria y Jersia, un recordatorio de nuestra colaboración y nuestro compromiso mutuo.

Rayhem sonrió.

—Es un honor poder entregarle este presente, príncipe Belbarozh. Espero que sea un símbolo duradero que nos guíe en nuestro camino hacia la prosperidad.

El príncipe asintió con gratitud y envolvió con cuidado el cilindro.

—Por cierto, ¿por qué no hay ni uno solo de esos Ungidos de Kudram por aquí? —preguntó Edoz, rompiendo el emotivo momento y atrayendo todas las miradas.

—Durante la noche nunca están en la torre, es una de sus tradiciones —respondió el príncipe.

—Entonces, eso de las orgías de sangre de los Ungidos las noches de luna llena… —añadió Edoz, esperando que el príncipe

terminara la frase. Al no hacerlo, la concluyó él mismo—. Ya. Entiendo, todo falso. Va a resultar ahora que Kudram es el dios de la bondad.

Belbarozh mostró una leve sonrisa.

—Los rumores son eso, rumores. La verdad es que los Ungidos de Kudram han sido siempre protectores y guardianes de este lugar, y muchas de las historias oscuras sobre ellos son cuentos creados para ahuyentar a los curiosos. Yo también tengo algo para vosotros —anunció el príncipe de pronto.

Luego esbozó una ligera sonrisa y los condujo hacia un magnífico espejo ubicado en un rincón especial del salón. El reflejo en él revelaba la ciudad de Alonia extendiéndose debajo de ellos, pero con una perspectiva diferente. Estaban observando la ciudad desde las nubes, desde una altura inimaginable.

Los edificios y las calles se desplegaban ante ellos como un confuso laberinto, mientras las luces y los destellos de la ciudad brillaban como estrellas en la oscuridad. La vida cotidiana se desarrollaba en una coreografía caótica pero hermosa, mientras los ciudadanos se movían como pequeñas hormigas en su quehacer nocturno.

Los embajadores quedaron boquiabiertos ante la magnificencia de la vista. Era una perspectiva que muy pocos habían presenciado, una imagen que trascendía los límites de su realidad. Se sentían flotar en el aire, observando desde las alturas la belleza y el ajetreo de la ciudad que se extendía a sus pies.

—Es increíble… —murmuró Anara, con los ojos abiertos de par en par—. Nunca imaginé que veríamos la ciudad desde este punto de vista. Parece que estamos en el reino de los dioses.

El príncipe sonrió al descubrir la fascinación en los rostros de los embajadores.

Jarben, asombrado, intentó captar cada detalle de la imagen en el espejo.

—Es una obra de arte en movimiento. Cada edificio, cada calle, cada persona… Todo encaja a la perfección en este vasto lienzo urbano. Es asombroso.

—El espejo es un enlace directo con la ciudad de ahí abajo —aseguró el príncipe—. Nos permite observarla en tiempo real. Es una manera de conectarse con la vida sin necesidad de bajar, de ver las historias que se desarrollan en Alonia, incluso desde la altura de esta torre. Adelante, podéis atravesarlo —los animó el príncipe.

—Después de ti —dijo Edoz, instando al príncipe a ir el primero.

Con paso firme y decidido, el príncipe atravesó la superficie del espejo, que parecía adquirir la textura líquida de un estanque con sus ondulaciones características. En un instante, su figura desapareció y reapareció al otro lado, demostrando que era posible atravesar ese enigmático portal sin peligro alguno.

Uno a uno, los embajadores siguieron los pasos del príncipe, aunque con cierta desconfianza. Cada uno se adentró en la superficie del espejo, sintiendo una extraña sensación de mareo en el proceso. Por un breve instante, el mundo se distorsionó a su alrededor, sumiéndolos en un sueño fugaz.

Shuraz fue el último en cruzar, manteniendo su guardia alta. Clavó la mirada en la superficie del espejo antes de sumergirse en él. Consciente de los posibles peligros que podían esperar al otro lado, agarró con fuerza la empuñadura de su espada y atravesó el espejo con los ojos cerrados. La magia nunca le había gustado demasiado.

Al atravesarlo, los embajadores emergieron en lo alto de la torre. Se quedaron maravillados por la espectacularidad del lugar. Ante ellos se erigía el gran Templo de Kudram, dedicado al dios de los Ungidos. El edificio se alzaba majestuoso, una extensión natural de la torre, construido sobre ella.

Desde lo alto de la torre, la vista era extraordinaria. La ciudad se extendía ante ellos, revelando sus callejuelas serpenteantes, sus plazas animadas y sus monumentos históricos iluminados por

brillantes luces en la oscuridad, creando un mosaico resplandeciente en la noche.

El viento soplaba con suavidad, acariciando sus rostros y llevando consigo la frescura de la noche. Ante la grandeza de la construcción, se sentían indefensos en comparación. De algún modo era un recordatorio de la fragilidad de la existencia humana.

—Es impresionante —susurró Rayhem, con los ojos brillantes de asombro—. La grandeza de esta torre y la vista desde aquí nos recuerdan lo frágiles que somos.

Anara asintió, temblando de emoción y exclamó:

—¡Estamos en un reino celestial, observando desde las alturas!

Los demás se quedaron en silencio, contemplando la vastedad de la ciudad y la torre que se alzaba en su centro. Incluso Edoz, por lo general el más parlanchín, estaba sin palabras.

El viento susurraba melodías misteriosas, y las nubes parecían estar al alcance de sus manos, envolviéndolos en su manto etéreo.

A su lado, el templo se alzaba majestuoso en la cumbre de la torre, con sus elaborados detalles arquitectónicos y su aura sagrada. Los relieves representaban a los dioses antiguos, evocando una sensación de veneración en aquel lugar elevado.

—Es asombroso —murmuró Zarhel, admirando la grandeza del templo y el lugar en el que se encontraban.

—La energía que se siente aquí es indescriptible —añadió Rayhem.

—¡Me siento como un pájaro libre en pleno vuelo! —exclamó Edoz emocionado, abriendo los brazos y dejando que el viento acariciara su rostro y ondeara su capa.

El príncipe Belbarozh, con una mirada llena de orgullo y sin palabras, invitó a los embajadores a apreciar cada detalle del interior del templo en la cúspide. Las altas y esbeltas columnas, las pinturas murales que narraban antiguas historias, y los destellos de luz que se filtraban por las vidrieras, creando un espectáculo de colores dentro del templo.

—Este templete es un testamento de nuestra devoción a los dioses —dijo con solemnidad—. Nos recuerda nuestra conexión con lo divino y nos inspira a vivir de acuerdo con los principios de la armonía.

—Es un honor estar aquí, en este lugar sagrado —reconoció Anara con reverencia en su voz.

Cuando salían, el príncipe Belbarozh señaló una inscripción a las puertas del templo, tallada sobre la piedra en lengua antigua.

—Este mensaje, grabado por nuestros ancestros, dice: «Que aquellos que busquen la sabiduría de Kudram sean guiados por la luz de su corazón y la pureza de sus intenciones. Kudram, el gran dios de Alonia —siguió traduciendo—, me ha ordenado colocar con firmeza los cimientos de esta torre en el mundo subterráneo y hacer de este modo que su cúspide llegue hasta el cielo».

Shuraz torció el gesto al escuchar al príncipe pronunciar el nombre de Kudram en aquellas viejas inscripciones.

—El templo está construido con ladrillos de esmalte azul brillante, del color del cielo, diseñado con precisión para dar la impresión de que el edificio se pierde en el azul infinito. Por eso, en días claros, con el cielo despejado, este templo jamás se ve desde el suelo. Observad cómo la tierra se extiende ante nosotros, un tapiz de maravillas —añadió melancólico—. Desde aquí podemos apreciar la grandeza de la creación de Bel-Hur. Es un recordatorio de nuestra responsabilidad de preservar este legado para las generaciones futuras.

—Príncipe, cuéntanos más sobre ti —le pidió Anara armándose de valor—. Apenas eras una leyenda que ni siquiera sabíamos si era cierta, y ahora te encuentras ante nosotros.

—Mi nombre, Belbarozh, significa «semilla de Beluria» —respondió el príncipe, mirando a su prima mientras todos le escuchaban con atención—. Soy el nieto de Aldoran, el penúltimo rey de Beluria. Llevo la sangre real de mi pueblo en mis venas y estoy destinado a liderar a los belurios. Durante mucho tiempo hemos estado exiliados en Alonia, pero por fin ha llegado el

momento de abandonar esta tierra y regresar a nuestro hogar, Nela-Shur.

El príncipe hablaba mientras el viento silbaba a su alrededor, acariciando sus rostros con una frescura vigorizante. Las nubes parecían estar a su alcance.

Anara entendía que ella estaba más próxima al trono que su primo, pero las tradiciones belurias siempre habían coronado a un hombre. En ese momento se sintió aliviada por no ser ella quien reinara, pero también le entristeció que su primo, solo por ser hombre, tuviera ese derecho por deber. Aun así, Anara no dijo nada al respecto.

—Mi nombre oficial aquí, en Alonia, era Sesbazar, pero ese nombre quedará atrás cuando partamos hacia nuestra verdadera patria. El rey alonio Sornabuk apresó y cegó al último rey de Beluria, impidiendo así que mi padre, Vaelar, se convirtiera en el heredero legítimo al trono. Ahora, regresamos a Nela-Shur para restaurar el reino de Beluria.

Abajo, la ciudad de Alonia se desplegaba ante ellos; el ruido y el bullicio nocturno se desvanecían, reemplazados por una sensación de tranquilidad.

—El rey Rozar me ha nombrado gobernador del pueblo repatriado de Beluria y me ha devuelto las reliquias sagradas que Sornabuk había robado de nuestro templo antes de destruirlo. Estas reliquias nos pertenecen como pueblo de Beluria y simbolizan nuestra historia y nuestro poder.

—Príncipe Belbarozh —intervino Rayhem—, estamos listos para seguirte y reconstruir nuestro reino. No será fácil, pero con tu liderazgo y la ayuda de todos nosotros, Nela-Shur resurgirá.

—Juntos, devolveremos la gloria a Beluria. —asintió el príncipe, mirando a cada uno de ellos—. Y en este templo, en lo alto de la torre, con las bendiciones de Kudram y Bel-Hur, sellaremos nuestro destino y el de nuestro pueblo.

El príncipe se giró ante Shuraz y, con la mirada fija en sus ojos, se acercó a él y lo cogió con fuerza de los hombros.

—Shuraz, después de todo lo que has hecho por este reino, ha llegado el momento de que asumas una responsabilidad mayor.

—Estoy a tus órdenes, Alteza. ¿Qué deseas de mí? —añadió Shuraz inclinando la cabeza.

—Voy a nombrarte capitán de mi futura guardia —anunció el príncipe con firmeza—. Ahora inexistente, es verdad, pero tú tendrás la tarea de reconstruir lo que fue nuestro ejército. Beluria necesita soldados leales, capaces, y sé que tú eres el hombre adecuado para liderarlos.

—¿Capitán de la guardia? —preguntó el guerrero, sorprendido—. Pero… el ejército fue disuelto tras la destrucción de la capital y la invasión de los alonios. No queda nada.

—¡Precisamente por eso te elijo a ti! —exclamó con orgullo el príncipe—. No solo necesitamos soldados, hacen falta hombres que sean capaces de forjar un nuevo ejército desde las cenizas. Los alonios creyeron que destruirían nuestra voluntad al acabar con nuestra capital. Pero no contaban con la fuerza que aún habita en nuestro pueblo y tampoco contaban contigo, Shuraz.

—¿Y cómo espera que comience? ¿Dónde encontraré hombres dispuestos a luchar? —preguntó el guerrero.

—Eso lo dejo en tus manos —respondió el príncipe, confiado—. Sabes bien quiénes son los que aún tienen el corazón de Beluria latiendo en sus pechos. Tú los conoces mejor que nadie. Reúne a los más fuertes, los más valientes. Levanta un ejército que represente la verdadera grandeza de este reino y, juntos, devolveremos a Beluria su honor perdido.

—Lo haré, Alteza —aceptó Shuraz por fin—. Juro por mi vida que Beluria tendrá un ejército de nuevo leal a sus órdenes, mi rey.

—Confío en ti, Shuraz. —dijo el príncipe con una sonrisa—. Tú serás la espada y el escudo de Beluria. Busca a los hombres adecuados. La historia de este reino depende de ello.

—Así será, mi señor —respondió Shuraz, inclinándose ante Belbarozh.

—Ya eres el capitán Shuraz, de la primera guardia de Beluria. Que tus decisiones traigan el resurgir de nuestro pueblo.

En lo alto de la torre, con la brisa fresca y las luces de Alonia extendiéndose como un tapiz iluminado, el grupo contemplaba el horizonte.

—Hablando de nombramientos, Alteza… —interrumpió Edoz con una sonrisa—. Me surge una duda. ¿Qué hay del asunto de los embajadores? Después de todo, Tannan ya no está con nosotros desde lo de Jersia.

—Tannan fue nuestro embajador más leal —respondió el príncipe tras un suspiro profundo—. Su muerte camino de Jersia nos dejó un vacío que aún no hemos llenado. Pero ya he pensado en alguien para ocupar ese lugar… Rayhem.

—Será un honor. Acepto el cargo de embajador de Beluria —respondió el sacerdote, sorprendido—. Pero solo podré cumplir mi labor como es debido si tengo ayuda, Jarben —dijo, mirando a su amigo—. Me gustaría que me asistieras como consejero diplomático.

—Por supuesto, amigo Rayhem. Haré lo mejor para que nuestra embajada cumpla con sus deberes —respondió, e inclinó la cabeza.

Rayhem observó al grupo uno por uno y se detuvo en la única mujer.

—Anara, deberías ser mi cónsul, encargada de los asuntos relacionados con la ciudadanía. Tu capacidad para entender y conectar con la gente es vital.

—Haré lo que sea necesario para proteger a los nuestros —respondió ella, asintiendo con firmeza.

—Shuraz, con tu experiencia militar y tu cargo recién adquirido, deberías ser agregado militar. Asesorarás al embajador en temas de defensa —continuó Rayhem mirando a Shuraz.

—Eso puedo hacerlo —respondió el guerrero con calma.

Luego se volvió hacia Edoz y lo señaló.

—Tú serás agregado comercial. Ayudarás en temas de comercio e inversiones.

—Al menos, no tendré que morir sepultado por papeles —respondió Edoz con una sonrisa burlona.

—Y tú, Zarhel… —dijo Rayhem mientras se acariciaba la barbilla.

—Salvaguardia del embajador y sus agregados. Podría encargarme de la seguridad —propuso el propio Zarhel.

—¿Qué opinas, Alteza? —preguntó Rayhem mirando al príncipe buscando su aprobación.

—Es una estructura sólida. Alabo vuestra rapidez y resolución. Tenéis mi bendición como embajada de Beluria —sentenció el príncipe que asintió con firmeza.

En ese momento, unas letras de fuego comenzaron a aparecer en el aire, formando una nota oficial que se transformó en un pergamino frente a todos. El príncipe Belbarozh sacó un puñal de su chaqueta y se hizo un corte en la mano sin titubear.

—Que Bel-Hur nos bendiga —dijo, firmando el pergamino con su sangre.

Belbarozh selló el pergamino con su anillo familiar y el aire en lo alto de la torre se llenó de calor que envolvió a todos los presentes.

—Recordad, esto es solo un lazo oficial que nos mantendrá unidos, pero por mi parte, nada cambia. No seré vuestro líder —dijo Rayhem a continuación, dirigiéndose a sus compañeros con una sonrisa tranquila ante la atenta mirada del príncipe.

—El reino aún está en pañales… ¡Qué cachondeo! —exclamó Edoz, rompiendo la tensión con una carcajada a la que se sumaron todos los demás.

Las risas resonaron en lo alto de la torre.

—¡Sabes usar magia! —exclamó Anara con los ojos abiertos de par en par, mientras observaba con asombro cómo el príncipe había hecho aparecer el contrato de la nada.

—Como dije antes. Aprendí un par de trucos en mi juventud —respondió Belbarozh, encogiéndose de hombros y restándole importancia.

—Alteza, ¿puedes hablarnos de las reliquias? —pidió Jarben

—Claro. La Corona de los Reyes de Beluria —contestó el príncipe— representa el poder y la autoridad de los reyes belurios. Se cree que otorga bendiciones divinas a quien la porta. El Bastón de los Antiguos Soberanos —continuó Belbarozh mientras el viento y el silencio de la altura se entrelazaban con sus palabras— tiene el poder de canalizar la energía ancestral de los antiguos reyes de Beluria. Y el Amuleto de la Unidad —añadió el príncipe—, una joya elaborada con metales preciosos y una gema central en forma de trébol de diez hojas, simboliza la unidad entre los diferentes reinos y tribus de Beluria. Quien lo porte tendrá la responsabilidad de unir a las personas y promover la armonía en nuestra amada tierra de Beluria.

Jarben asintió, agradecido.

—Este regalo descansará junto a las reliquias, en el templo de Nela-Shur cuando sea reconstruido —dijo el príncipe, elevando el cilindro envuelto en pieles—. Es un símbolo de nuestra alianza. Por favor, llevadlo ante el sumo sacerdote Suezoj, en los Laberintos Jardín. Él será el encargado de guardarlo junto a nuestras preciadas reliquias. Estoy seguro de que tendrá el placer de agradeceros personalmente vuestra importante labor.

Belbarozh devolvió el cilindro envuelto en pieles a Rayhem, quien lo recibió con cuidado y una sonrisa y lo guardó de nuevo en su zurrón.

—Así será, mi rey —respondió sonriendo—. Gracias por su confianza en nosotros.

Anara, incapaz de contener su emoción, abrazó con fuerza a su pariente lejano, ahora más cercano que nunca.

El príncipe, con lágrimas en los ojos, se quitó el anillo de plata con el escudo familiar y se lo dio a Anara.

—Toma, al fin y al cabo, es tuyo también —dijo sonriendo mientras ambos lloraban.

—No puedo aceptarlo —protestó ella entre sollozos.

—Es importante para mí que lo tengas —insistió el príncipe, tomando con delicadeza la mano de Anara y poniéndole el anillo en su dedo anular—. Tradicionalmente, este dedo está asociado al poder, la nobleza y la autoridad. En ti, Anara, representará un compromiso que reforzará la sangre de nuestro linaje.

Anara miró el anillo en su mano, aun con restos de cera, y se fijó por primera vez en el escudo de su familia. Con los ojos llenos de lágrimas, limpió el anillo, lo besó y volvió a abrazar a su primo segundo.

Con paso firme, los embajadores se dirigieron hacia el espejo mágico. Uno a uno, atravesaron su superficie, experimentando de nuevo ese peculiar cosquilleo en las tripas. Al otro lado, emergieron en el interior de la Gran Torre de Alonia, en la sala de los espejos.

Miraron atrás una última vez, contemplando al príncipe con la ciudad a sus pies.

9
Nombramiento secreto

—Edoz, acércate —pidió el rey Rozar en voz baja.

—Majestad —respondió Edoz, mirando a su alrededor con cautela antes de acercarse.

—Sé que eres más que el simple agregado de un embajador —aseguró el rey con los ojos clavados en los de Edoz.

—Gracias, supongo que es un halago —respondió él con una sonrisa forzada.

—Necesito a alguien de absoluta confianza para una misión especial —continuó el rey, bajando aún más la voz.

—¿Qué tipo de misión? —preguntó, intrigado.

—Quiero que te conviertas en mis ojos y oídos —dijo el rey—. Serás mi enlace secreto con el pueblo belurio.

—¿Enlace secreto? ¿Está pidiéndome que sea su espía? —Edoz no pudo ocultar su sorpresa.

—En efecto, joven belurio —reconoció el rey—. Tu conocimiento del pueblo jersa, tus raíces belurias y tus habilidades, tanto las diplomáticas como las que no son tan evidentes para quienes desconocen tu oscuro pasado, te convierten en el candidato idóneo.

—Mi oscuro pasado, como vos lo llamáis, es algo de lo que intento alejarme. Si tanto conocéis de mí, sabréis que ya no soy verdugo en la Torre Roja —replicó Edoz con tono firme pero contenido.

—Sé de tu última visita a la Torre Roja, que lamentablemente coincidió con el asesinato de mi apreciado general Arkan Valnor. ¿De verdad crees que un crimen de esa magnitud quedará impune? —lo amenazó el rey con una suavidad calculada.

—Le escucho… —respondió Edoz, manteniendo la calma.

—Soy el rey de todo el imperio Jersa. Podría ordenarte ejecutar por tu imprudencia, pero he decidido sacar provecho de esto —continuó el monarca, moviéndose a su alrededor como un depredador acechando a su presa.

—Se lo agradezco, alteza —añadió Edoz, siguiendo al rey con la mirada.

—Ni hablemos de cómo esta noticia podría afectar a tus amigos —prosiguió el rey con una sonrisa fría—. No creo que tus acciones no los involucren de alguna manera. —El rey se inclinó hacia él—. Edoz, eres un asesino, y la muerte es tu sombra constante, aunque trates de esconderte de tu pasado —masculló, mientras lo rodeaba, obligando a Edoz a girar la cabeza hacia él.

La incomodidad entre ambos era palpable, el silencio se alargó antes de que el rey continuara.

—Yo puedo hacer que la muerte de Valnor sea vista como una simple venganza de algún pobre alonio desquiciado y desvincularte por completo. Nadie, ni siquiera tus amigos, tendrán que saber nada de esto.

—Entiendo… —murmuró Edoz, pensativo.

—Por ahora, tu secreto está seguro conmigo —siguió el rey con su voz serpenteante—. Pero, claro, a cambio de tus servicios. Te garantizaré una posición en mi corte, estatus y protección para tus futuros… inconvenientes.

Edoz tragó saliva, consciente de que estaba en manos del monarca.

—Creo que serías un espía excepcional —dijo Rozar.

Edoz, pensativo, miró a los ojos del rey, sintiendo el peso de la confianza impuesta.

—Recuerda que esto es bueno para ambos. Yo te ayudaré a mantener esa imagen limpia e impoluta entre tu nueva familia y tú me mantendrás informado sobre los avances de los tuyos —dijo el rey con un tono de advertencia claro.

—No lo olvidaré —respondió Edoz, que echó una mirada rápida a la gran espada del Perpetuo que se mantenía inmóvil como una estatua junto a la puerta. Sabía que si se negaba, su cabeza rodaría por el suelo sin piedad.

—Que la fortuna te acompañe —concluyó el rey, su sonrisa afilada como un cuchillo.

—Espero que parte de esa fortuna se materialice en forma de oro —respondió Edoz, intentando mantener la compostura.

—Descuida —sonrió el rey.

Edoz asintió, se acercó a la puerta y el Perpetuo se apartó mirándolo a los ojos, con la mano en la empuñadura de la espada, preparado para desenfundarla. El miedo recorrió la espina dorsal de Edoz mientras salía por un pasadizo secreto del palacio real, conducido por un criado de palacio.

Hasta que no salió a las calles de Alonia, no fue consciente de su suerte. Acababa de salvar la vida a un elevado coste: volver a ser esclavo del poder equivocado.

10
Tentación

La vela dentro de la lámpara de aceite iluminaba los muros húmedos. El eco de pasos lentos resonó en el pasillo, hasta que la figura de Valrik emergió de entre los pilares como un espectro dorado. A su lado, Selene avanzaba en silencio, con el rostro oculto tras la máscara y las manos cruzadas bajo la capa.

El pequeño lupino los seguía, olfateando el aire con su hocico retorcido. Su pelaje violáceo destellaba bajo la escasa luz.

—No aceptará —dijo Valrik deteniéndose junto al arco del pasillo —. Esa fe mal anclada le pudre la razón.

Selene lo observó desde la penumbra. El anillo de ocho puntas en su dedo centelleó al girar la muñeca.

—Tiene dudas, aunque no lo admita —susurró—. Las he visto. Le tiembla la voz cuando nombra a Bel-Hur. Duda del juicio de su dios, pero no se lo permite.

—¿Y si no se rinde? —preguntó Valrik.

Selene bajó la vista al licántropo, que se agazapó sobre las losas, gruñendo por lo bajo.

—Entonces no debe llegar a Nela-Shur. No con esos libros — respondió sin titubeo.

Valrik apoyó una mano sobre la columna. La madera negruzca de su máscara tenía marcas recientes, cicatrices talladas por su propio cuchillo durante el ayuno del eclipse.

—¿Y los otros? —inquirió—. ¿Sabrán que ha muerto por su fe?

—No. Sabrán que eligió mal a sus aliados. Un derrumbe. Un accidente…

Valrik asintió despacio.

—Lo hará el Aurimath —añadió ella—. Un mordisco en alguna zona vital y se acabó.

El animal alzó la mirada. Sus ojos brillaban con esa hambre distinta, la que no buscaba carne, sino espíritu.

—Entraremos por la puerta principal —dijo Valrik—. Con respeto. Con voz suave. Como siempre. Le ofreceremos el fuego. Si escupe sobre él, lo quemaremos con su propia cera.

Selene caminó hacia él, lentamente. Tomó la capucha de su túnica y la alzó sobre la cabeza.

—Esas son las órdenes —dijo ella.

—Así es —murmuró Valrik.

Ambos se miraron por última vez. Luego ascendieron por la rampa oculta tras la pila bautismal. La madera crujió cuando empujaron la trampilla. Afuera, la luna manchaba los muros del cementerio con su luz enferma.

Y bajo la capilla, los libros de Jarben esperaban.

Jarben se encontraba en su modesto hogar bajo la capilla del cementerio, recogiendo sus escasas pertenencias. Entre las sombras de la noche, su morada acumulaba decenas de libros y escritos guardados con cuidado en ataúdes vacíos. El sepulturero seleccionaba con atención aquellos que consideraba los más importantes, convencido de que en el futuro regresaría a por los demás, anhelando preservar la sabiduría contenida en cada página.

El hogar de Jarben tenía el aire impregnado de un aroma envejecido, una mezcla de madera antigua y papel que envolvía cada rincón. A medida que caminaba entre las estanterías

improvisadas, sus dedos acariciaban los lomos desgastados de los libros, sintiendo la textura de cada uno.

Jarben se preparaba para partir hacia su tierra ancestral, Nela-Shur. Con nostalgia, recogía sus pertenencias, consciente de dejar atrás todo su mundo. La tenue luz de la luna se filtraba por las pequeñas ventanas superiores, y los rayos danzaban en el aire, iluminando las estanterías. Los libros estaban apilados con cuidado y sin un orden aparente, pero Jarben tenía claro dónde se hallaba cada uno de ellos.

A lo largo de las estanterías se encontraban tablillas de arcilla con escritura cuneiforme delicadamente grabadas. En un rincón se acumulaban rollos de papel amarillentos, enrollados con esmero y esperando ser desplegados. Abrió uno de ellos al azar y recordó haber leído aquellas palabras hacía tiempo:

«En el tiempo de los antiguos reyes, cuando las estrellas eran jóvenes y los dioses caminaban entre los hombres, la sabiduría era la mayor de las riquezas. Guardada en los corazones y en las mentes, transmitida a través de generaciones, la razón era el faro que guiaba a las civilizaciones».

Mientras las palabras resonaban en su cabeza, Jarben escuchó un leve crujido detrás de él. Giró rápidamente pero no vio nada fuera de lo común. Con un suspiro, continuó su labor.

El sepulturero albino enrolló otra vez el papel, lo ató con su cuerda de cierre y lo volvió a dejar en su sitio.

De pronto, una figura se deslizó en la habitación, silenciosa como una sombra. Era la misteriosa mujer pelirroja del sombrero negro. Sus ojos brillaban con una pizca de curiosidad.

—No esperaba encontrar a alguien tan dedicado a la conservación del conocimiento —susurró la mujer.

Jarben se sobresaltó.

—¿Quién eres? —preguntó, tratando de mantener la calma.

La mujer sonrió.

—Os he visto en la taberna, pero quería hablar contigo en un ambiente… más íntimo.

Jarben recordó haberla visto en el Templo Belurio y frunció el ceño sin detectar cierta malicia en sus palabras.

—¿Por qué quieres hablar conmigo?

La mujer agarró la empuñadura de su daga en el cinto y se acercó al sepulturero, sus pasos apenas audibles sobre el suelo de piedra.

—Mi interés radica en la historia y en la magia de los antiguos. Algo que compartimos, al parecer —respondió, señalando los libros y tablillas.

Jarben observó a la mujer. No parecía alguien que se relacionase con la lectura, más bien parecía una mercenaria o una asaltadora de caminos.

—¿De verdad te gusta leer? —preguntó Jarben.

Ella soltó una risa suave, casi musical.

—Más de lo que podrías imaginar, sepulturero. Hay más en mí de lo que ves y creo que puedo ayudarte. —Le dirigió una mirada intensa y sincera.

Jarben sintió un escalofrío recorrer su espalda. Había pasado años recopilando conocimientos, descifrando antiguos textos, buscando respuestas a preguntas que ni siquiera sabía formular del todo.

—¿Qué es lo que buscas?

—Se decía que había en Alonia un sepulturero que atesoraba mucho del saber belurio, y era cierto. Tienes mucha información aquí, Jarben. Algo que podría cambiar el destino de Beluria —dijo, tocando con delicadeza una vieja página—. Simplemente quiero ofrecerme para ayudarte a trasladar todo esto a Nela-Shur —continuó la mujer, con voz suave pero decidida.

Jarben la observó en silencio, en busca de las palabras adecuadas.

—Agradezco tu oferta mujer, pero trabajo mejor solo. —respondió por fin. No se fiaba de ella.

La mujer asintió y se acercó a Jarben.

—Lo entiendo. No tengo intenciones ocultas, solo el deseo de que esta sabiduría llegue a donde debe estar —insistió sin darse por vencida, con la mirada fija en los ojos del sepulturero.

—¿Cómo es que me conoces? —preguntó Jarben desconfiando.

—¡Quién no conoce a los Embajadores de Beluria! —exclamó la mujer.

Jarben respiró hondo.

—Muy bien, déjame que lo piense. Muchos querrían aprovecharse de las circunstancias y robar todo este saber —advirtió el joven, señalando los ataúdes llenos de libros.

La mujer asintió muy seria.

—Lo sé, y lo entiendo —dijo, mirando a los ojos rosados de Jarben.

—Ahora debo continuar… —dijo él.

La mujer pelirroja asintió, se ajustó el sombrero negro, aseguró su daga y se dirigió hacia la puerta.

—Necesitarás ayuda para llevar este conocimiento a donde pertenece, a Nela-Shur. —insistió ella con convicción.

Jarben asintió pensativo sin girarse, dando la espalda a la mujer.

—La próxima vez, llama antes de colarte en la casa de alguien —dijo Jarben sin mirarla.

La misteriosa mujer desapareció tan sigilosamente como había llegado.

—No me da buena espina —opinó inquieto mientras se daba la vuelta, pensando que aún podría estar detrás él, silenciosa como había demostrado ser, pero no había nadie.

Unos minutos después, la puerta volvió a abrirse. Jarben creyó que podría ser de nuevo la mujer, que volvía para insistir, pero en su

lugar se encontró con la inquietante presencia de dos Ungidos de Kudram.

Envueltos en mantos de tonos dorados y blancos, parecían emitir un resplandor divino. Sus rostros estaban ocultos tras máscaras talladas en madera negruzca. Una figura femenina destacaba entre ellos, revelada por su delicada silueta y elegantes manos. En el anular de la izquierda lucía un anillo de plata de fina elaboración, con una estrella de ocho puntas grabada en su superficie. En el centro de la estrella brillaba una piedra pulida negra.

Los sacerdotes se acercaron a Jarben en silencio, acompañados por una criatura pequeña que vibraba con una energía inquietante. A medida que se aproximaban, Jarben distinguió los detalles de aquel ser. Parecía un lobo, pero de una especie rara. Su pelaje, de un tono violeta oscuro y brillante, emitía un suave resplandor mágico. Los ojos de la criatura, iluminados por un fulgor morado, parecían penetrar hasta lo más profundo del alma de Jarben. El cuerpo musculoso del animal se movía con una gracia hipnótica, y la energía que irradiaba era tan intensa que Jarben la sentía en cada fibra de su ser.

—Mi nombre es Valrik y ella es Selene —se presentó el hombre con una voz profunda bajo su máscara—. Venimos en representación de los Ungidos de Kudram. Queremos ofrecerte la oportunidad única de unirte a nosotros y convertirte en sacerdote de Kudram. Viajarás con el pueblo belurio a Nela-Shur y podrás aspirar a convertirte en el Sumo sacerdote del Dios Kudram en tu tierra.

—Tu conocimiento en rituales de entierro y tu sabiduría te convierten en un valioso activo para nosotros —agregó la mujer—. Incluso si no deseas cambiar tu fe, podrías mantener tu lealtad hacia tu dios Bel-Hur. Con el tiempo, descubrirás la grandeza y supremacía de Kudram y tú mismo decidirás convertirte.

—¿De verdad me estáis pidiendo que traicione mis creencias? —exclamó Jarben, sin dar crédito a lo que escuchaba y sin quitar ojo a la extraña e inquietante criatura que no dejaba de mirarle—. Mi lealtad está dedicada a Bel-Hur, mi Dios, y mi pueblo me venera por

esa fe. No puedo traicionar a mi deidad y unirme a una religión pagana. Antes preferiría morir.

Valrik y Selene intercambiaron una mirada significativa bajo las máscaras. La criatura a sus pies soltó un leve gruñido, alertada por las palabras de Jarben.

—Comprendemos tu devoción —dijo Valrik con un tono más suave pero igual de inquietante al salir bajo una máscara—. Pero considera que, a veces, para preservar el conocimiento y el bienestar de muchos, es necesario adaptarse. La oferta sigue en pie, Jarben. Piensa en el futuro y en lo que podrías lograr en Nela-Shur. Con esta nueva influencia también podrías ayudar a los tuyos.

—Estás cometiendo un grave error al rechazar esta oportunidad —insistió Selene—. Sabemos que tus prácticas de profanación no son bien vistas en tu religión, pero en la de Kudram no solo serían aceptadas, sino celebradas.

—Si te unes a nosotros —añadió Valrik—, te brindaremos el conocimiento sobre la muerte, una comprensión que sabemos deseas con fervor.

Jarben sintió un profundo malestar al descubrir que aquellos monjes conocían tantos detalles sobre su vida y sus prácticas, que creía secretas.

—Aunque me tentéis con promesas de conocimiento, no puedo abandonar mi fe en Bel-Hur —dijo—. No necesito buscar en otros lugares lo que mi dios ya me ofrece. Estoy comprometido con mi pueblo y no me desviaré de ese camino.

—Deberías reconsiderar tu decisión —insistió Valrik, dando un paso hacia Jarben—. No imaginas las consecuencias que podrías desencadenar al rechazar nuestra oferta. Hay altos cargos en los que tu pueblo confía que han apostado por Kudram, y eso acabará pudriendo vuestra fe desde el interior. Tú puedes salvarte de esa corrupción inminente.

—Hay seguidores nuestros entre el pueblo belurio que te admiran —dijo Selene, emocionada.

—¿Seguidores? —preguntó Jarben—. ¿De qué me conocen?

—Han oído hablar de tus prácticas de profanación y están fascinados por tus habilidades. Eres considerado alguien especial —respondió la mujer, acercándose a Jarben.

—Agradezco vuestra preocupación y admiración por mí, pero no estoy interesado —repitió dirigiéndose a Valrik, quien tenía la mano derecha dentro de su hábito, a la altura de su pecho—. Mi fe en mis compañeros me brinda algo que no creo poder encontrar en ningún otro lugar. Mi camino está claro y no me apartaré de él. Os aconsejo que reflexionéis sobre vuestras propias creencias y encontréis la verdadera luz que solo Bel-Hur os puede ofrecer.

Valrik y Selene estaban sorprendidos por la firmeza de Jarben. Sin embargo, el Ungido no estaba dispuesto a rendirse tan pronto.

—Jarben, comprendo tu lealtad hacia Bel-Hur y respeto tus creencias —dijo con tono persuasivo—. Pero debes considerar las dificultades a las que te enfrentarás si te niegas a unirte a nosotros. Sin el respaldo de los Ungidos y su conocimiento, estás perdido.

—Es cierto, Jarben —corroboró Selene apoyando las palabras de Valrik—. La realidad es que hay muchos adoradores de Kudram entre tu pueblo, y si no estás bajo nuestra protección, podrías correr peligro ¿Estás dispuesto a enfrentarte a todo eso por tu lealtad a ese dios menor?

Jarben los miró sin temor alguno y sin dejarse provocar.

—Sí, lo estoy —respondió con seguridad—. Agradezco vuestra oferta, pero mi camino está trazado y lo seguiré hasta el final.

—Estás cometiendo un grave error al subestimar la importancia de tener aliados tan poderosos como nosotros —dijo Valrik, frustrado —. Tu terquedad te llevará a descubrir de una vez por todas qué hay tras la muerte…

—Puede que no me entiendas, pero estoy convencido de que mi camino es el correcto —le rebatió Jarben, sonriendo con serenidad.

Valrik sacó una daga ritual de debajo de su hábito. Selene, por su parte, hizo una señal a la criatura que los acompañaba.

El aire se volvió tenso mientras Valrik sostenía la daga, listo para utilizarla. La criatura emitió un gruñido amenazante y sus ojos brillaron con una intensidad perturbadora.

Aunque muerto de miedo, Jarben mantuvo su postura firme mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Se alejó de los sacerdotes lo más rápido que pudo. Antes de que pudiera reaccionar, los Ungidos azuzaron con fuerza al pequeño lupino hacia Jarben. La criatura parecía retorcerse en el aire mientras se abalanzaba con fuerza sobre el sepulturero.

Jarben reaccionó con agilidad y se movió hacia un lado, esquivando al pequeño lobo violeta por apenas unos centímetros. El sonido de sus garras afiladas rasgando el aire silbó cerca de él mientras huía con el corazón latiéndole desbocado en el pecho.

En otro acertado movimiento, Jarben se giró y se impulsó hacia atrás con un puñetazo dirigido al costado del animal, buscando debilitarlo. Sin embargo, la criatura se movió con rapidez para esquivar el golpe y contraatacó con un veloz zarpazo hacia el rostro de Jarben. El sepulturero inclinó su cabeza hacia un lado, evitando ser dañado de nuevo.

Sin perder tiempo, Jarben aprovechó la oportunidad para contraatacar. Con un giro torpe de su cuerpo, lanzó una patada baja a las patas traseras del animal para intentar desequilibrarlo. El impacto fue contundente y la criatura retrocedió un instante, dando a Jarben la oportunidad de alejarse.

El pequeño lobo no se rindió y, con ferocidad renovada, cargó hacia Jarben con una velocidad sorprendente. A pesar de sus esfuerzos por esquivar a la criatura, las fauces afiladas encontraron su objetivo, rasgando la blanquecina carne de su pierna izquierda. Un dolor agudo se apoderó de él. Con sus últimas fuerzas, lejos de todo pronóstico y sorprendiendo a los Ungidos, Jarben corrió y logró salir de la capilla, lejos de la criatura mientras la herida en su pierna ardía como un carbón encendido.

Todo ocurría demasiado rápido y, aunque el temor comenzaba a invadir sus pensamientos, tenía la ventaja de conocer el cementerio

como la palma de su mano. La oscuridad de la noche se cernía sobre él y el viento frío soplaba en su rostro cuando al fin se introdujo por una trampilla disimulada entre unas tumbas tras la capilla.

El dolor punzante en su pierna herida aumentaba con cada paso que daba. Pero el miedo a ser alcanzado por la criatura que lo acechaba le daba fuerzas para continuar. Mientras corría por los estrechos túneles excavados bajo el cementerio, podía escuchar el ruido de las pisadas de los Ungidos en la superficie, acompañados por el aterrador sonido de los bufidos del animal de presa que los seguía.

A pesar de los pinchazos de dolor, Jarben se negaba a rendirse. Con sus ojos rosados fijos en el frente, escudriñaba las tinieblas, buscando una salida. La familiaridad con aquel laberinto subterráneo le permitía moverse casi a ciegas. Una débil luz apareció al final del pasadizo, encendiendo en él un destello de esperanza. Sus pasos se volvieron más frenéticos mientras corría hacia la salida.

Con un último esfuerzo, emergió a la superficie. El aire fresco acarició su rostro sudoroso ofreciéndole un respiro momentáneo. Pero los ruidos que llegaban del cementerio, las pisadas de los Ungidos y los gruñidos de la criatura, sonaban demasiado cerca; el animal no tardaría en encontrar su rastro de sangre.

La luz de la luna bañaba su rostro pálido cuando se detuvo un momento para recuperar el aliento. Cojeando, sintió la pierna arder por la herida. Al volver la vista atrás vio la oscura silueta del cementerio. Allí, entre la niebla espesa, una figura destacaba: una mujer pelirroja de sombrero negro se movía entre las tumbas, envuelta en esa niebla que ocultaba los peligros que aguardaban. Intentó advertirle, pero el dolor y la fatiga lo silenciaron. Solo pudo observar impotente mientras la mujer desaparecía entre las tumbas.

Una punzada de culpabilidad lo atravesó al pensar en el peligro que ella estaba enfrentando y, en contra de su instinto, comenzó a correr de nuevo hacia el cementerio. Al llegar a la verja de entrada se apoyó en ella para recuperar el aliento. Entonces, los gritos rompieron el silencio. Un hombre clamaba en la oscuridad, su voz

desgarrada heló la sangre de Jarben. El sonido de una feroz lucha era inconfundible: rugidos, filos silbantes y el estruendo de lápidas quebrándose.

Entre el caos, escuchó el alarido de una mujer. Tres contra uno. Sabía que ella no merecía morir, aunque no confiaba del todo en sus intenciones. Tras un momento de duda, impulsado por la responsabilidad, se adentró de nuevo en el cementerio, dejando tras de sí un rastro de sangre.

El silencio reinante era aterrador. Mientras avanzaba, observó manchas de sangre sobre las lápidas, algunas rojas, otras violetas, sugiriendo que la criatura también había sido herida. De pronto, entre la niebla, apareció la figura de la mujer pelirroja, aún en guardia. Sostenía una daga ensangrentada y su ropa estaba salpicada con los rastros de la batalla. Al ver a Jarben, sus músculos se relajaron.

Sin mediar palabra, la mujer vio la herida de Jarben y, con gesto firme, se acercó para ayudarle a caminar. Juntos abandonaron el cementerio, encaminándose en silencio hacia el Templo Belurio. Mientras avanzaban por la quietud de la noche, las palabras de Selene, la Ungida, resonaban en la cabeza de Jarben. Sus insinuaciones sobre seguidores de Kudram entre el pueblo belurio le preocupaban. ¿Quiénes podían ser esos traidores? ¿Cómo habrían llegado a conocer las prácticas profanas de los Ungidos? Se preguntaba si había cometido algún error, si había dejado pistas que condujeran hasta él. ¿O todo aquello era solo una treta para sembrar el caos? Las dudas lo atormentaban mientras la noche avanzaba.

11
Los Jardines Laberinto

Con el rostro magullado y el cuerpo dolorido, Edoz era llevado con cuidado por dos hombres hacia la entrada de la taberna del Templo Belurio. Sus lágrimas se mezclaban con los sollozos desgarradores que escapaban de su garganta. Sus compañeros lo aguardaban con creciente inquietud.

Anara, Rayhem y Shuraz, preocupados, lo vieron llegar.

—¡Edoz! —exclamó Anara, corriendo hacia él—. ¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

—Fue en el Tigre Alonio —respondió uno de los hombres que lo acompañaban—. Parece que se metió en una pelea.

Entre jadeos y sollozos, Edoz murmuró algo ininteligible, pero una frase se escuchó con claridad:

—… el alcohol siempre miente…

—Voy a buscar a mi tía —dijo Anara, tomando la iniciativa—. Seguro que puede ayudarnos.

Mientras Anara corría hacia la taberna, Rayhem y Shuraz levantaron a Edoz con cuidado y lo ayudaron a entrar.

—Tranquilo —murmuró Rayhem, tratando de mantener la calma mientras lo sujetaba firmemente.

Los ojos vacilantes de Edoz se cruzaron con los de Rayhem, como si no lo reconociera. Pero, en un abrir y cerrar de ojos, su expresión cambió al recordar quién le hablaba.

—¡Han matado a Mushan! —gritó Edoz con ira mientras el bullicio de la taberna se desvanecía y todos quedaban en silencio, conmocionados.

Rayhem y Shuraz lo llevaron a una de las habitaciones del piso superior guiados por el tío de Anara. Mientras tanto, la taberna volvió poco a poco a su ritmo habitual.

Anara regresó acompañada por su tía, una antigua curandera reconocida en Nela-Shur que ahora se ocupaba de la taberna. Con manos expertas, comenzó a tratar las heridas de Edoz con ungüentos que emanaban un fuerte aroma a hierbas.

Varios de los embajadores belurios se habían reunido en la taberna para comer antes de dirigirse al encuentro con Suezoj, el sumo sacerdote Belurio, a quien debían entregar el cilindro de Rozar en nombre del príncipe Belbarozh. Aunque Edoz ya estaba con ellos, la ausencia de Jarben empezaba a inquietarlos.

Edoz se tumbó sobre la cama mientras Rayhem le quitaba las botas.

—¿Alguna noticia de Jarben? —preguntó Anara, preocupada, mientras ayudaba a cubrir a Edoz con una manta.

—No, nada —respondió Rayhem pensativo—. Es probable que esté recogiendo los libros que quiere llevarse a Nela-Shur o investigando el camino a seguir. Sabes que siempre ha sido un ratón de biblioteca, no un aventurero.

—¿Deberíamos posponer la reunión con el sumo sacerdote? —preguntó Anara con cautela.

—No deberíamos hacerlo esperar —negó Rayhem—. Zarhel está a punto de llegar con la copia transcrita del cilindro. Creí que sería prudente tener un duplicado.

En ese momento, Zarhel apareció en la puerta. Al entrar, vio a Edoz profundamente dormido bajo una manta mientras la tía de Anara aplicaba ungüentos en su rostro hinchado.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—Sí. Una borrachera amarga para olvidar a un amigo que ya no está —respondió Shuraz, lanzando una mirada a Edoz.

Zarhel asintió en silencio, reconociendo el peso de la pérdida de Mushan.

—Aquí tienes los escritos —dijo después, entregándole a Rayhem los rollos de papel recién transcritos—. Mi contacto los ha terminado a tiempo.

—Gracias —dijo Rayhem, que cogió los rollos.

A continuación, Zarhel le entregó el zurrón que traía y Rayhem lo colgó sobre su hombro con cuidado.

—¿Vamos entonces? —preguntó Rayhem, mirando a sus compañeros.

—No os preocupéis, nosotros cuidaremos de Edoz —dijo la tía de Anara con una sonrisa tranquilizadora.

—Gracias, madre —respondió Anara, besando a su tía en la mejilla antes de abrazar a su tío.

Shuraz, Rayhem, Zarhel y Anara se dirigieron hacia los majestuosos Jardines Laberinto.

—Si llega Jarben, dile que hemos ido a ver al sumo sacerdote —le pidió Anara a su tío. Este asintió con una sonrisa, intentando aliviar un poco la preocupación de la joven.

Caminaban por las calles de Alonia al atardecer, mientras los últimos rayos del sol se filtraban entre los edificios de piedra, bañando el lugar con una cálida luz dorada. Las estrechas calles empedradas bullían de actividad: los mercaderes desmontaban sus puestos y recogían sus mercancías, y los habitantes locales regresaban a sus hogares tras un día de arduo trabajo.

—¿Sabéis algo de los Jardines Laberinto? —preguntó Anara, rompiendo el silencio.

—Antes no permitían la entrada a los belurios —respondió Shuraz, con indiferencia.

—Eso ya no será un problema —añadió Zarhel, esbozando una sonrisa.

El bullicio de la ciudad se mezclaba con los aromas tentadores de los puestos de comida callejera. El aire estaba impregnado del olor a especias exóticas, hierbas frescas y pan recién horneado que prometían una cena deliciosa.

—Los jardines fueron construidos durante el reinado del rey Sornabuk —intervino Rayhem, compartiendo sus conocimientos—. Jarben me contó la historia hace tiempo. Cuando Alonia empezó a ganar importancia, el rey quiso dejar una marca para impresionar al pueblo, así que encargó dos grandes obras: los Jardines Laberinto y la Gran Torre de Alonia.

Los edificios antiguos que bordeaban las calles lucían sus fachadas de piedra desgastadas por el tiempo, con balcones adornados por coloridas flores en macetas y ventanas de cristal que reflejaban los últimos destellos del día. Las cicatrices del pasado se percibían en los muros de piedra, testigos de épocas turbulentas.

—Se dice que los Jardines Laberinto fueron un regalo del rey para su esposa, la reina Atymis después de la dolorosa pérdida de sus gemelos —continuó Rayhem, captando la atención de sus compañeros—. Están diseñados con una variedad de vegetación exuberante, árboles, altos setos y un ingenioso sistema de riego que crea arroyos y cascadas. Una verdadera obra maestra.

Anara escuchó en silencio, sintiendo una profunda tristeza por Atymis, aunque no la expresó en voz alta.

A medida que avanzaban, las calles se ensanchaban, revelando animadas plazas. En una de ellas, músicos callejeros tocaban melodías que llenaban el aire de ritmo y alegría. Algunos transeúntes se detenían a escuchar y otros se unían en improvisados bailes, creando una atmósfera festiva. La luna empezaba a asomar y algunas estrellas ya titilaban en el cielo.

Al fin llegaron a los majestuosos Jardines Laberinto. Ya no había guardias alonios bloqueando el paso. Las puertas de hierro forjado se abrieron ante ellos, revelando un oasis de paz. El sonido de las cascadas y el perfume de las hierbas aromáticas llenaban el aire,

creando una sensación mágica. Los embajadores se detuvieron, maravillados por la belleza del lugar.

—¡Mira esos peces luminosos! —exclamó Shuraz, señalando un riachuelo cercano—. Son hermosos.

—Sí, hermosos pero peligrosos —advirtió Zarhel—. Su veneno es mortal. Todo en este jardín parece recordar que la muerte siempre acecha, incluso en los momentos de mayor belleza.

Mientras caminaban entre los setos y las flores, la tranquilidad del lugar les llenaba de una profunda conexión con la naturaleza, envolviéndolos en una paz inesperada.

—Este lugar es magnífico —comentó Anara, impresionada por lo que veía.

—Sin duda, es un regalo de Bel-Hur —afirmó Rayhem con serenidad.

Continuaron explorando el jardín admirando cada detalle: las delicadas flores, el susurro del viento entre los árboles y la calma que reinaba en cada rincón.

—Rayhem, ¿te encuentras bien? —preguntó Zarhel al notar la expresión tensa de su compañero—. Pareces inquieto.

—Estoy bien, solo un poco nervioso —respondió Rayhem, tratando de sonar calmado—. Nunca antes había tenido la oportunidad de conocer al sumo sacerdote. Durante años, con nuestra religión prohibida, los sacerdotes belurios tuvimos que ocultarnos, evitando incluso el contacto entre nosotros. El sumo sacerdote era una figura inalcanzable, protegido para evitar que lo descubrieran. Ahora, por fin, tenemos la oportunidad de encontrarnos con él. Para mí, como sacerdote de Bel-Hur, este momento es muy importante.

—Eres un excelente sacerdote, Rayhem —le aseguró Anara—. Estoy segura de que Suezoj valorará tu dedicación. No dejes que los nervios te dominen. Confía en ti mismo y en la guía de Bel-Hur.

Rayhem asintió y respiró profundamente para calmarse. Sabía que ese encuentro marcaría un punto decisivo en su vida.

—Gracias, Anara —dijo, sintiendo que el peso de sus nervios se aligeraba un poco.

Los caminos serpenteantes estaban flanqueados por exuberantes arbustos y flores en plena floración cuyo perfume se mezclaba con el suave murmullo de fuentes y pequeños arroyos que fluían con serenidad. Los embajadores avanzaban, observando cómo los últimos rayos del sol se filtraban entre las hojas de los árboles, proyectando sombras danzantes sobre el suelo. Desde las copas, los pájaros entonaban melodías dulces que acentuaban la tranquilidad del lugar.

Llegaron al interior de los Jardines Laberinto, un centro impresionante donde un santuario se alzaba rodeado de una densa vegetación y fuentes de agua cristalina. Las esculturas antiguas y las enredaderas que abrazaban las paredes del santuario creaban un ambiente místico, aquel espacio parecía estar conectado a otro tiempo.

Al acercarse fueron recibidos por Suezoj, quien salió del santuario para encontrarlos. Su sola presencia irradiaba una autoridad indiscutible, producto de años de devoción. Poseía un poder que trascendía lo terrenal, desafiaba las leyes de la naturaleza misma.

Suezoj era un hombre impresionante, de una estatura que superaba a la de la mayoría. Su piel, pálida y casi translúcida, contrastaba con sus penetrantes ojos azules, tan profundos que parecían ver más allá de lo físico, como si pudieran desentrañar los secretos de cualquier alma que se atreviera a sostenerle la mirada. Su cabello plateado caía en suaves ondas hasta su cintura, otorgándole una apariencia casi etérea. Vestía ropas ceremoniales de tonos dorados y blancos, adornadas con intrincados bordados de antiguos símbolos sagrados. Una capa de terciopelo azul oscuro con ribetes dorados envolvía su figura esbelta, añadiendo un toque de majestuosidad.

Aunque su semblante parecía frío y distante, Rayhem se arrodilló con respeto y le entregó el cilindro envuelto en pieles.

—Excelentísimo sumo sacerdote —dijo con humildad—, es un honor incomparable tener la oportunidad de conocerle y presentarle este valioso obsequio en representación del rey Jersa y del príncipe Belurio. Con este gesto, reafirmamos la alianza entre ambos pueblos.

—¿Sabes leerlo? —preguntó Suezoj, tomando el cilindro con delicadeza y sin apartar la vista de Rayhem.

Este asintió, lo que provocó una leve sonrisa en el sumo sacerdote.

—Eso te honra —dijo Suezoj—. Es un placer conocer por fin a los embajadores de Beluria. Aprecio de verdad vuestra ardua labor.

Rayhem, consciente de que el sacerdote no estaba al tanto de los cambios diplomáticos que lo señalaban como el único embajador oficial, no quiso corregirlo. En ese momento no importaba.

—El placer es nuestro, mi señor —respondió con una reverencia.

—Como sabéis, ostento el título de sumo sacerdote —continuó Suezoj con voz solemne—. Mi nombre significa hijo del gran Aramón, perteneciente a la dinastía de los sumos sacerdotes, descendiente directo del rey Zeraphis.

Los embajadores escuchaban con atención mientras el aire alrededor se impregnaba del aroma embriagador de las plantas sagradas y el cielo estrellado parecía un manto que los envolvía a todos.

—Solo los descendientes del rey Shaniel y de Aramón tienen la autoridad divina para reconstruir el Templo de Nela-Shur —continuó Suezoj—. Belbarozh, el príncipe de Beluria, es descendiente de Shaniel, y yo, de Aramón. Juntos estamos ante la sagrada misión de restaurar el Templo.

Los embajadores asintieron, comprendiendo la magnitud de lo que Suezoj les estaba confiando.

—Quiero agradeceros vuestra dedicación durante las negociaciones diplomáticas en Jersia con el rey Rozar. Sin vuestra intervención, la toma de los jersas no habría sido tan eficaz. Hoy,

quizá, no seríamos libres. Me inclino ante vuestra excelente labor— concluyó Suezoj, haciendo una reverencia perfecta.

Los embajadores, sorprendidos por el gesto, no supieron qué decir. Rayhem, aún arrodillado, se ruborizó.

—Me gustaría conocer vuestra opinión sobre el retorno a Nela-Shur. Rayhem, ¿qué piensas? —preguntó Suezoj, ayudando al sacerdote a ponerse en pie, para estar a su misma altura.

—Creo que es fundamental recuperar los restos de nuestros ancestros que aún yacen en tierras lejanas —respondió Rayhem—. Debemos llevarlos de vuelta a Beluria y darles el descanso que merecen en la antigua capital de Nela-Shur. Así honraremos nuestra historia y nuestras raíces.

—Una perspectiva sabia, Rayhem —asintió Suezoj mirando a cada uno de los cuatro—. Me fascina cómo, a pesar de vuestras distintas vocaciones, los designios de Bel-Hur os han colocado en una posición tan trascendental.

—Es cierto, mi señor —respondió Rayhem—. Parece que nuestras vidas están guiadas de forma misteriosa por la mano de Bel-Hur, llevándonos por caminos que, aunque diversos, siempre nos agracian.

—Que la luz de Bel-Hur ilumine vuestro camino y su fuerza os acompañe en cada una de vuestras acciones —proclamó Suezoj, elevando los brazos y cerrando los ojos—. Que permanezcáis siempre fieles a su voluntad y encontréis el propósito que él ha reservado para vosotros.

A continuación, Suezoj desenvolvió el cilindro dejando caer las pieles que lo envolvían. Sus dedos recorrieron la superficie, rozando la enigmática escritura grabada en él. Mientras lo hacía, comenzó a recitar una letanía en un idioma olvidado y el cilindro emitió un intenso resplandor.

Rayhem observaba con asombro, consciente de que el verdadero poder de Suezoj residía en su profunda conexión con el dios supremo de los belurios.

—¿Está invocando a Bel-Hur? —se preguntó Rayhem, sin comprender del todo lo que ocurría.

La atmósfera se cargó de una energía palpable y abrumadora. Los embajadores sintieron una reverencia profunda ante la manifestación del poder divino que emanaba de Suezoj, conscientes de que estaban presenciando algo extraordinario.

El sumo sacerdote alzó las manos al cielo y pronunció las antiguas palabras de invocación a Bel-Hur. El aire se cargó de una energía casi tangible, vibrando con un poder ancestral. De pronto, una luz intensa estalló en el centro del recinto sagrado, deslumbrando a todos. A medida que la luz se fue concentrando, tomó la forma de una niña de cabellos dorados de cuyos ojos azules emanaba una sabiduría que trascendía el tiempo. Vestida con un hábito negro que contrastaba con su resplandor, su presencia era etérea, encarnaba a la divinidad misma. La niña irradiaba una calidez suave, iluminando el entorno con un brillo celestial. Su rostro delicado y su sonrisa compasiva transmitían una paz profunda, mientras sus dorados cabellos caían en suaves ondas, reflejando la luz de un plano superior. Parecía flotar levemente sobre el suelo, su figura impregnada de un poder que trascendía la realidad terrenal, envolviendo el lugar en una atmósfera de serenidad absoluta.

Con una sonrisa radiante, la niña extendió la mano hacia Suezoj, quien, a pesar de su sorpresa, respondió al gesto. Cuando sus manos se tocaron, ella se inclinó y le susurró algo en un lenguaje olvidado, incomprensible para todos excepto para el asustado sumo sacerdote. De pronto, su cuerpo comenzó a desmoronarse como un castillo de arena y su piel se resquebrajó en miles de partículas que se disolvieron en el aire. Los fragmentos de Suezoj, frágiles y etéreos, flotaron en remolinos dorados, dejando tras de sí un eco de su antigua presencia que se desvaneció como una niebla fantasmal entre los jardines.

Los embajadores contemplaban atónitos cómo los remolinos de polvo dorado se llevaban los últimos vestigios del sumo sacerdote que acababan de conocer. Un profundo y sobrecogedor silencio cubrió el recinto, envolviendo sus corazones con una inquietud

insondable. Aquel suceso desafiaba las leyes de la razón, dejándolos sumidos en la más absoluta confusión, habían sido testigos de un sueño imposible de comprender.

La niña siguió sonriendo con una dulzura sobrenatural mientras un viento helado surgía de la nada, respondiendo a su presencia. Sus ojos azules, cargados de misterio, se posaron uno a uno en cada embajador, deteniéndose al fin en Rayhem. Con gesto solemne, el embajador besó su pulgar y lo ofreció al viento, un antiguo símbolo de devoción para los seguidores de Bel-Hur. Al instante, una luz cálida envolvió su mano, reflejando el reconocimiento de la propia naturaleza ante el fervor de su fe. Rayhem mantuvo la mirada de la niña, percibiendo una profunda conexión.

Después, la figura divina dirigió su atención hacia Anara. Temblorosa, la joven recibió el abrazo que la niña le ofrecía, sintiendo de inmediato una calma que jamás había conocido.

—Serás tú. —La voz de la niña resonó en la cabeza de Anara con dulzura.

La pequeña retrocedió suavemente y fijó sus ojos en el cilindro que se encontraba en el suelo y emitía una luz vibrante. Muy despacio, este se elevó hasta el pecho de Anara y, en un destello mágico, se fusionó con ella. Un resplandor cegador los envolvió a todos, iluminando el entorno con una intensidad divina. Cuando la luz se desvaneció y la oscuridad regresó, la niña había desaparecido, dejando solo un rastro efímero de su presencia mientras el viento se apaciguaba, sumiendo el lugar en un profundo silencio.

12
A la deriva

Atrapada en la oscuridad de la bodega, la guardiana despertó de su letargo agotada y hambrienta. La memoria de la incomodidad de su descanso apenas era un eco en su cabeza mientras los sonidos estridentes sacudían la calma de su sueño interrumpido. Con los ojos apenas entreabiertos el caos repentino la envolvía en un torbellino de incertidumbre mientras la estructura del barco parecía girar en un baile caótico. Fuera, los gritos de los marineros se entrelazan con el golpear del agua contra el casco y el crujir de la madera. Bajo ellos, la mujer se aferraba con fuerza a los barrotes de la jaula, consciente de que la muerte acechaba en cada sombra.

—¡Vamos a morir! —exclamó uno de los esclavos, el hombre andrajoso de piel pálida que había intentado arrebatarle el mendrugo de pan a la guardiana.

—¡Cállate, hijo de puta! —respondió con furia el esclavo delgado y marcado por cicatrices en el rostro.

Frente a la guardiana, la madre abrazaba con fuerza a su hija, susurrándole palabras reconfortantes para distraerla del caos que las rodeaba.

El gigante de ébano se aferraba a los barrotes de la puerta de metal, intentando desesperadamente doblarlos.

—¡Ayudadme o moriremos aquí dentro! —clamó con su voz resonando con urgencia.

El esclavo encapuchado, de piel verdosa y ojos blancos, se unió al esfuerzo del gigante, pero los barrotes permanecían inquebrantables.

—Acepto mi destino —murmuró resignado el viejo lobo de mar, negándose a hacer nada y apoyando su cabeza entre las manos y contra los barrotes.

La guardiana se unió al esfuerzo, canalizando toda su fuerza en un intento desesperado por doblar el barrote que los demás estaban intentado mover. La opresión en la bodega era palpable, mientras los destellos de esperanza luchaban por abrirse paso entre las sombras del miedo.

El caos reinaba en la bodega mientras el mar se sacudía en un estremecimiento implacable. Los esclavos, desesperados por mantener el equilibrio, se arremolinaban unos contra otros, chocando con los barrotes de la jaula y agarrándose a cualquier cosa para evitar golpearse entre sí.

En medio del desconcierto, el esclavo andrajoso de piel pálida saltó con ambos puños en el aire y propinó un golpe traicionero a la guardiana por la espalda, forzándola a soltar la jaula.

Aturdida por el impacto, la guardiana luchaba por comprender el porqué de ese ataque. Todo a su alrededor se volvió borroso, y un zumbido ensordecedor llenaba sus oídos, impidiéndole escuchar con claridad.

—¿Qué estás haciendo? ¿Estás loco? —exclamó la mujer, tratando de recuperar el aliento.

—No me importa nada, vas a pagar por haberme humillado —respondió el andrajoso con una sonrisa desdentada y macabra.

—¿Crees que este es el mejor momento? —preguntó ella, incrédula ante lo que estaba sucediendo.

—¡Cualquier momento es bueno para darte tu merecido, puta! —respondió con ímpetu el hombre.

En medio del tumulto, ambos se enzarzaron en una pelea. Varios cuerpos de esclavos yacían inertes en el suelo, víctimas de los golpes

mortales infligidos por las violentas sacudidas. La sangre empezaba a regar el piso, pero con el barco balanceándose con violencia resultaba difícil distinguir con certeza qué era realmente el suelo.

Dentro de la estrecha jaula, en las entrañas de un barco a la deriva, en medio de una tormenta descomunal en altamar, la guardiana y el andrajoso pálido se enzarzaron en una pelea frenética mientras otros esclavos que aún vivían se aferraban a los barrotes para no soltarse y ser arrojados por la violencia del vaivén. Cada movimiento era un desafío, con el barco balanceándose con furia dificultando el equilibrio de la pareja.

El andrajoso, aprovechando un breve descuido de la guardiana, se abalanzó con fiereza, lanzando golpes desordenados de puños y patadas en un intento por abatirla. Sin embargo, ella esquivó con destreza los ataques y respondió con un contraataque rápido, impactándole en el costado y obligándolo a retroceder.

Enfurecido por el contraataque y con falta de aire, el andrajoso redobló sus esfuerzos y se lanzó de nuevo hacia la guardiana con ferocidad. En medio del tumulto del barco y el rugido de la tormenta, el andrajoso luchaba por mantener el equilibrio cuando lanzó un salvaje y sonoro tortazo con la mano derecha que impactó en el rostro de la guardiana, haciéndola tambalearse y caer al suelo.

La mujer se aferró a los barrotes, aprovechando el movimiento del barco para ponerse de pie y limpiarse rápidamente la sangre que brotaba de su nariz.

En un momento de intensa turbulencia, el barco se inclinó hacia un lado, desestabilizando aún más la pelea. La guardiana aprovechó la oportunidad para ejecutar un hábil movimiento de barrido con las piernas, derribando al andrajoso con un golpe certero. Su cabeza chocó contra el suelo y, mientras se tambaleaba, la guardiana aprovechó para recuperar el aliento.

El viento aullaba y el mar rugía, mezclándose con los gritos de los luchadores mientras se enfrentaban en medio de la furiosa tempestad.

Los esclavos supervivientes, ajenos al caos de la lucha, se aferraban con fuerza a los barrotes, luchando por no ser aplastados o golpeados en la jaula.

—¡¿No entiendes que si seguimos luchando estamos condenados a morir?! —gritó la mujer, esforzándose por hacerse oír sobre el ensordecedor rugido de la tormenta.

—¡Ya estoy muerto! —respondió el hombre con la voz ahogada por el fragor de la tempestad, golpeando su pecho con el puño derecho mientras se esforzaba por ponerse de pie y su cuerpo se tambaleaba.

Sin dar tregua, la guardiana se abalanzó sobre su oponente caído. Dos puñetazos certeros a la cabeza y una patada contundente en el pecho hicieron que el esclavo se desplomara. Su cuerpo se deslizó por el suelo, dejando un rastro carmesí de la sangre de los caídos.

Aprovechando la oportunidad, la guardiana saltó sobre él y golpeó su cabeza con un rodillazo bien dirigido. Con rapidez, agarró el cuello del andrajoso y, con un movimiento brusco, lo rompió con un crujido demoledor. El hombre, con los ojos aun abiertos, yacía inerte en el suelo de la jaula mientras la guardiana, sentada sobre su pecho, respiraba hondo saboreando el triunfo en medio del desconcierto.

Se apartó del cuerpo derrotado y se agarró a los barrotes para no caer. Los supervivientes estaban atónitos ante la brutalidad de la mujer. Aferrada a la jaula, la guardiana se dejó mecer por el vaivén del barco, respirando con dificultad mientras, fuera, la tormenta azotaba sin piedad el navío.

El carcelero apareció, luchando contra el viento y la lluvia. Su figura se recortaba contra el oscuro cielo, iluminada por los relámpagos que rasgaban la noche. Con paso inseguro, se acercó tambaleante hacia las escaleras que bajaban a la jaula.

—¡Malditas ratas! Seguro que esta tormenta es culpa vuestra, ¡dais mal agüero! —exclamó mientras descendía desde la cubierta,

acompañado por chorros de agua de mar que caían desde la trampilla superior.

—¡Sácanos de aquí! ¡Vamos a morir ahogados! —gritó uno de los esclavos.

A modo de respuesta, el carcelero se rio con estruendo.

Sin previo aviso, una embestida de la mar golpeó el costado del barco con una fuerza descomunal. El carcelero, desequilibrado por el impacto, perdió pie y cayó hacia atrás. Un crujido siniestro resonó en el aire mientras su cuerpo chocaba contra las escaleras con un fuerte golpe sordo.

El carcelero se precipitó por ellas hasta llegar abajo, donde se quedó inmóvil, con su cuerpo retorcido en una posición grotesca. Sus ojos permanecían abiertos, mirando al infinito, y un hilo de sangre se filtraba por la comisura de sus labios.

Un escalofrío recorrió la espalda de la guardiana. Con la ayuda de la tormenta exterior, el cadáver del carcelero fue arrastrándose a trompicones por la bodega, como un pesado muñeco, golpeando todo a su paso hasta quedar cerca de la jaula. Se balanceaba como si estuviera descansando en el suelo, observando a los esclavos con sus ojos inertes. Las llaves colgaban de su cinturón como un tesoro inalcanzable, burlándose de los prisioneros.

—¡Rápido, hagamos una cuerda! —ordenó la guardiana, liderando a los esclavos.

Con la tormenta sacudiendo el barco y en el interior de la jaula, era difícil mantener el equilibrio, pero la guardiana tomó la iniciativa y rasgó su capa de viaje para confeccionar una cuerda improvisada. El gigante de ébano, con su enorme fuerza, arrancó pedazos de tela de sus ropajes con sus grandes manos, y pronto los demás esclavos se sumaron a la tarea. Con los dedos entumecidos por el frío y los músculos tensos por el esfuerzo, el encapuchado de piel verde ató los trozos de tela con destreza, buscando los mejores puntos de amarre para asegurar la improvisada cuerda.

Con un último esfuerzo conjunto, la mujer lanzó la soga improvisada hacia el cuerpo del carcelero varias veces sin éxito,

hasta que logró engancharla en su cinturón y comenzó a tirar con todas sus fuerzas. Los demás esclavos se unieron y el cuerpo inerte se movió con la fuerza de todos, entorpecidos por la inercia de la tormenta, con la naturaleza misma decidida a retener las llaves, y con ellas, su libertad.

Por fin, las llaves cayeron al suelo de la jaula con un tintineo metálico, emitían un tenue resplandor en medio de la oscuridad. El gigante de ébano se agachó para recogerlas, sintiendo el peso de la esperanza en sus dedos. Sin embargo, en el momento en que se disponía a abrir la cerradura de la jaula, el barco dio un violento giro repentino. Con un crujido sordo, la cabeza del gigante se estrelló contra el techo, matándolo en el acto.

Las llaves cayeron al suelo una vez más, con la tormenta burlándose de los esfuerzos de los esclavos por escapar de su destino. Pero esta vez, por suerte, el encapuchado de piel verde logró atraparlas al vuelo con unas manos ágiles que temblaban de emoción.

Abrió con cuidado la cerradura de la jaula y empujó la puerta de metal con un crujido. Luego, se pasaron las llaves uno a uno, liberando sus grilletes y dejando caer las cadenas, sintiendo por fin la ligereza de la libertad. La guardiana se acercó al cuerpo inerte del gigante, buscando en vano algún signo de vida, pero sus esperanzas se desvanecieron al no encontrar su latido. Con un gesto de reverencia, la guardiana cerró con delicadeza los párpados del gigante.

—Descansa en paz —susurró en su oído.

Los esclavos salieron de la jaula y avanzaron con dificultad hacia la bodega de carga, luchando contra el balanceo del barco. Cada paso era una lucha contra la fuerza del mar, pero avanzaban con decisión hacia la libertad que les esperaba arriba, en cubierta.

Cuando estaban a punto de alcanzar la escalera que los conduciría hasta allí, un repentino estruendo los detuvo en seco. El aire se llenó de un zumbido ensordecedor mientras el barco se

sacudía con una fuerza sobrenatural. Con ojos desorbitados, los esclavos miraron hacia arriba, aterrados por lo que pudiera venir.

Y entonces, el caos estalló a su alrededor. El barco fue destruido en pedazos por una explosión ensordecedora mientras el agua rugía con ferocidad, engullendo los restos de la embarcación en un remolino de desgracia. La madera se astillaba y se desgarraba, lanzando fragmentos de embarcación y cuerpos de marineros en todas direcciones, mientras los esclavos eran arrojados al mar como muñecos de trapo en un huracán.

Algunos lucharon con todas sus fuerzas por mantenerse a flote, gritando en medio de la tormenta mientras el agua los arrastraba hacia las profundidades. Otros, desafortunados, se hundieron en las oscuras aguas sin posibilidad de escape, sus voces silenciadas para siempre por la implacable fuerza del océano.

Entre los esclavos que luchaban por sobrevivir, la guardiana emergió a la superficie. Los pulmones le ardían por el esfuerzo mientras luchaba contra las olas. Con cada bocanada de aire sentía el peso abrumador de la tragedia, pero también la llama de la esperanza que aún ardía dentro de ella, guiándola hacia la luz en medio de la oscuridad del océano.

Mientras las olas la mecían con violencia, la guardiana miró a su alrededor, buscando a sus compañeros en la oscuridad. Sin embargo, todo lo que encontró fue el vasto abismo del mar, testigo mudo de la desgracia que estaba consumiendo sus vidas y los había dispersado en el frío y despiadado océano. Estaba en la oscuridad de la noche, el agua helada y el frío que penetraba hasta los huesos, envuelta en una tormenta que azotaba el mar con una furia sin límites. La lluvia caía a cántaros, entremezclándose con las lágrimas y los gritos desesperados de los supervivientes que luchaban por mantenerse a flote en las turbulentas aguas.

Los destellos de los relámpagos la iluminaban cada pocos segundos, revelando un paisaje desolador de pedazos destrozados del barco flotando entre los cuerpos de los ahogados. Los esclavos

que aún conservaban un aliento de vida nadaban desesperadamente entre los restos buscando cualquier objeto flotante al que agarrarse.

Entre ellos, la guardiana nadaba fatigada, sus ojos buscaban entre la oscuridad cualquier señal de sus compañeros entre las turbulentas olas y los restos del naufragio. El agua helada la envolvía, entumeciendo sus extremidades y convirtiendo cada movimiento en un acto de resistencia contra la implacable corriente.

A pesar del frío punzante y el agotamiento que pesaba sobre sus hombros, se aferraba con firmeza a la esperanza, sabiendo que cada bocanada de aire era una pequeña victoria sobre las fuerzas voraces del océano, que amenazaban con arrastrarla hacia la oscuridad sin fin.

En medio de la negrura que envolvía todo a su alrededor, la guardiana luchaba por mantener los ojos abiertos a pesar del picor del agua salada que le quemaba las pupilas.

En un fugaz destello de luz, cortesía de un relámpago distante, avistó a lo lejos algo que la angustió aún más: la madre abrazando a su hija sobre los escasos restos de la cubierta. Por un instante, la imagen quedó grabada en su retina, congelada en el tiempo mientras el agua las rodeaba y las alejaba de su alcance. Pero cuando la oscuridad volvió a reclamar su lugar, la madre y la hija habían desaparecido en las profundidades, sin dejar rastro de su presencia.

Mientras luchaba contra las embravecidas olas, la mujer recordó su infancia, fragmentos de un pasado lejano en el que su padre le enseñó a nadar.

—¡Lo estás haciendo muy bien! —la animaba el padre mientras sostenía a su hija a flote, su pequeño cuerpo chapoteaba con fuerza en las frías aguas del río. ¡Ya verás cuando se lo contemos a mamá! —exclamó orgulloso al soltarla. La niña nadó unos metros, avanzando con soltura.

El sol de la mañana acariciaba su rostro, llenándola de felicidad. Estaba logrando algo que pocos niños sabían hacer: nadar.

Aunque los detalles se desdibujaban, agradecía en silencio ese aprendizaje que ahora le salvaba la vida mientras otros sucumbían al implacable abrazo del mar.

Con un esfuerzo titánico, logró alcanzar un trozo de madera que flotaba entre los restos del naufragio. Para su sorpresa, el objeto resultó ser el mascarón de proa del barco, una sirena tallada en madera que sostenía una lanza en sus manos.

Los ojos de la sirena parecían mirarla con asombro, como si la estatua hubiera cobrado vida en medio de la tormenta para presenciar su lucha por sobrevivir. Aunque exhausta, la mujer se aferró al mascarón, decidida a resistir hasta que la tormenta pasara.

Entre las turbulentas olas, la guardiana vislumbró la figura del hombre delgado, con las cicatrices marcadas en su rostro, luchando con todas sus fuerzas por mantenerse a flote. Sus brazos se agitaban en un frenesí de movimientos, pero el agotamiento y la implacable fuerza del mar conspiraban en su contra.

La guardiana se lanzó hacia él, extendiendo una mano en un intento desesperado de alcanzarlo antes de que fuera demasiado tarde. Sin embargo, cada vez que creía estar a punto de sujetarlo, una ola violenta los separaba con crueldad, llevándose al hombre aún más lejos de su alcance.

—¡Nada hacia aquí! —gritó, mientras usaba sus manos como palas improvisadas sobre el mascarón flotante para acercarse al desesperado hombre.

Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, el esclavo se hundió bajo la superficie del agua, desapareciendo en las oscuras profundidades del mar embravecido. La guardiana, sintiendo el peso abrumador de la tragedia, se quedó mirando impotente mientras las olas lo engullían.

Sin embargo, no todo estaba perdido para algunos de ellos. En medio de la desolación, la guardiana flotaba junto al líder encapuchado de piel verdosa y ojos blancos y al viejo lobo de mar, ambos aferrados a pedazos de madera sobre el mar embravecido. Los tres luchaban por mantenerse a flote mientras los restos del

naufragio se deslizaban a su alrededor, testigos mudos de la tragedia que los rodeaba.

De repente, un cuerpo ahogado que flotaba cerca de ellos fue arrastrado bajo la superficie, devorado por las profundidades. Otro más desapareció a unos metros. Un escalofrío recorrió la espalda de la guardiana cuando se dio cuenta con horror de que algo se movía bajo ellos, devorando los cadáveres que flotaban.

El agua tenebrosa se agitaba mientras la criatura marina se deslizaba entre los restos del naufragio, saciando su hambre con los desafortunados que habían perecido en la tormenta. El terror se apoderó de ellos, paralizando sus pensamientos. No sabían qué hacer ante la presencia amenazante que se cernía bajo ellos.

En medio de la oscuridad acuática, una figura emergió de las sombras, iluminando el abismo marino con un resplandor azul intenso que cortaba la negrura como un rayo en la noche. La criatura, del tamaño de un delfín pero de aspecto sobrenatural, era una visión fuera de lo común. Los cuernos de su cabeza centelleaban con un brillo eléctrico, mientras que sus fauces chispeaban con energía mortal, irradiando destellos en medio de la penumbra que contrastaban con el color blanquecino de su acuático cuerpo.

Con un grandioso salto, la criatura se lanzó sobre el grupo, con sus fauces cargadas de electricidad listas para devorar a su presa. Atrapó al esclavo encapuchado de piel verdosa con sus mandíbulas, mientras el desgraciado luchaba con agonía por liberarse. La batalla fue feroz, con el esclavo enfrentándose valientemente a aquel monstruo.

Con un movimiento rápido, la criatura lo agarró de una pierna y lo arrastró hacia las profundidades del mar. El agua se cerró sobre ellos, sumergiéndolos en un abismo de tinieblas mientras el grupo observaba impotente cómo su compañero desaparecía ante sus ojos, dejando un rastro de sangre verde fluorescente sobre la superficie del agua.

Mientras la blanca y luminosa criatura acechaba en las profundidades, el viejo lobo de mar y la guardiana intercambiaron una mirada aterrada. La bestia los rodeaba con paciencia, calculando cada movimiento, preparándose para alimentarse. Su indecisión era palpable, sopesando cuál de los dos sería su siguiente presa.

La criatura embistió con furia, intentando morder al viejo lobo de mar, pero este logró esquivarla en el último instante, agitándose con furia y propinando fuertes patadas bajo el agua.

—¡Maldito bicho! ¡Vete! —gritaba el viejo, chapoteando con impotencia mientras trataba de mantener a raya a la bestia.

La guardiana sentía el peligro acercándose más y más, con la muerte acechando en las sombras del mar.

—¡En la sien! ¡Ahí está su punto débil! —gritó el viejo lobo de mar.

—Pero ¿con qué? —preguntó la mujer, impotente.

Buscó a su alrededor, y fue entonces cuando se dio cuenta de que la sirena de madera sobre la que flotaba tenía la solución entre sus manos. Aunque no era un arma real, la lanza que la figura sostenía parecía afilada.

Con agilidad, la guardiana se deslizó hacia la parte delantera del mascarón de proa, aferrándose con firmeza a su borde para mantener el equilibrio en medio de las olas agitadas. Con manos temblorosas, examinó la lanza tallada en la figura de madera que sostenía la sirena. Con un movimiento brusco, comenzó a tirar con fuerza de ella, aprovechando una grieta natural en la madera que se extendía a lo largo de la misma. La lanza comenzó a ceder, su madera antigua iba resquebrajándose, pero le estaba costando.

Con un último esfuerzo, la guardiana tiró con toda su fuerza y, con un crujido, la lanza se partió en dos, liberando una punta afilada que brillaba débilmente bajo la luz de la luna.

—¡Aquí, monstruo! ¡Ven a por mí, bicho inmundo! —gritó la guardiana, llamando la atención de la criatura acuática, que se dirigió a ella. Empuñó el pedazo de lanza con firmeza, mientras sus

dedos temblaban por la tensión. Con fuego en sus ojos, se preparó mientras la criatura nadaba a gran velocidad hacia ella mecida por las olas.

En su primer intento, la punta de la lanza rozó apenas la piel de la criatura, desviándose debido al vaivén del mar. Con rapidez, la guardiana ajustó su postura y realizó un segundo intento, esta vez apuntando a la sien del animal. Sin embargo, la criatura se movió de forma inesperada, esquivando el ataque por centímetros.

La superficie resbaladiza de la piel del monstruo dificultaba la penetración de la lanza. La guardiana apretó los dientes con fuerza y esperó. El monstruo se precipitó hacia ella, la mujer blandió la lanza con destreza y clavó con precisión la punta afilada en la sien derecha de la criatura. Logró perforar la piel, sintiendo la resistencia de sus músculos tensos, e hincó la punta afilada de la lanza con fuerza, atravesando su musculatura y causando un grito de dolor que resonó a través del océano. El impacto fue tan rápido como fulminante, introduciendo el arma en su cabeza como un cuchillo caliente cortando la manteca.

Un nuevo grito desgarrador resonó con fuerza, emergiendo de las profundidades de la criatura herida, cuyo resplandor blanquecino se desvanecía mientras una sangre negra y reluciente brotaba de la herida y quedaba flotando en el agua. El viejo lobo de mar esperó a que la criatura, herida y torpe, pasara a su lado. Entonces, con una agilidad sorprendente para alguien de su edad, saltó del pedazo de madera sobre el que flotaba y se aferró a la lanza clavada, aplicando todo su peso para hundirla aún más y atravesar su cabeza por completo. La criatura marina sucumbió y su cuerpo fue engullido por el abismo submarino.

El hombre nadó hábilmente hasta el mascarón al que se aferraba la guardiana y ella lo ayudó a subir a su lado. Exhaustos pero aliviados, se dejaron llevar por las olas del mar, encontrando un breve respiro en medio de la implacable tempestad que continuaba rugiendo a su alrededor.

Con el paso del tiempo, la tormenta fue perdiendo fuerza, el mar mismo agotó toda su furia. El viento amainaba y las olas, antes violentas, comenzaban a ceder. El rugido del océano se desvanecía poco a poco, mientras el cielo, aún cubierto por nubes en retirada, dejaba entrever un tímido resplandor. Aunque el mar seguía agitado, había recuperado cierta calma, marcando el fin de su ira.

En el silencio que siguió a la tormenta, el suave susurro de las olas envolvió a los dos supervivientes, quienes yacían agotados, recuperando el aliento. Sus miradas se cruzaron.

—Si nos lo hubieran contado, no lo creeríamos, ¿verdad? —dijo, exhausta.

—Los caminos difíciles llevan a los destinos más preciosos —respondió el viejo lobo de mar, mientras ambos se mecían al ritmo de las olas.

—¿Cómo supiste que la sien era su punto débil? —preguntó la mujer, mirando al cielo, ahora despejado y cubierto de estrellas.

—No lo sabía —reconoció él, soltando una carcajada que contagió a la guardiana, quien también rio, dejando atrás el peso de la batalla.

13
Estupefactos

Anara se encontraba en el suelo, tratando de entender cómo había acabado allí, tumbada y aturdida. Se llevó una mano al pecho, donde sentía una punzada de calor que solo logró entender al recordar los últimos momentos que había vivido.

—¿Estás bien? —le preguntó Rayhem. La joven aún estaba en estado de shock, con las manos temblorosas y la mirada perdida.

—¿Qué le dijo la niña al sumo sacerdote antes de aniquilarlo? —inquirió Zarhel.

—«No eres digno de mi bendición» —murmuró Rayhem, con la voz quebrada y cayendo de rodillas mientras asimilaba la magnitud de lo que acababa de presenciar.

Shuraz se agachó, recogió un puñado de las cenizas que habían sido el sumo sacerdote Suezoj y las dejó caer lentamente al suelo. Al incorporarse, sus ojos se posaron en Anara, que seguía intentando comprender la enormidad de los hechos.

—Parece que Bel-Hur te tiene especial aprecio —dijo Shuraz, tendiéndole una mano para ayudarla a levantarse.

Anara lo miró con el ceño fruncido, pero aceptó su mano. Al ponerse de pie, sostuvo la mirada de Shuraz con decisión. De alguna manera, la desconfianza que había sentido hacia él se había disipado, y una tenue sonrisa se dibujó en sus labios. Shuraz, sorprendido, le devolvió la sonrisa, sintiéndose aliviado por su cambio de actitud.

Rayhem, por su parte, se había sumido en un torbellino de pensamientos. La muerte de Suezoj, el sumo sacerdote, y la intervención de Bel-Hur implicaban un nuevo dilema: cómo transmitir la noticia al príncipe Belbarozh sin desatar el caos.

Reunidos en un rincón del laberinto del jardín, los embajadores discutían la situación. La calma era solo una ilusión a punto de romperse en cualquier instante.

—Lo que ha sucedido es de una gravedad extraordinaria y no podemos ocultárselo al príncipe Belbarozh —empezó Rayhem con tono grave.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Anara, aún asombrada.

—Una manifestación de Bel-Hur ha castigado al sumo sacerdote ante nuestros ojos —respondió Rayhem, con la mirada perdida.

—¿Por qué? —intervino Shuraz—. Quiero decir, ¿por qué Bel-Hur desintegraría a Suezoj, su mayor representante en la tierra?

—No lo sabemos. Cualquier explicación que demos no sería más que una suposición —contestó Rayhem sin apartar la vista del suelo.

Anara pensó en las palabras que Bel-Hur le había dicho a ella sola. No comprendía su significado, y el peso de aquel conocimiento la abrumaba. Guardó silencio, incapaz de compartirlo con los demás. Tal vez más adelante, cuando lograra entenderlo mejor…

—Debemos ser cuidadosos al informar de lo ocurrido —advirtió Zarhel, mesándose la barba—. No podemos arriesgarnos a desestabilizar a nuestro pueblo.

—Estoy de acuerdo —asintió Shuraz—. Habrá que maquillar la verdad de alguna forma.

—Debemos rendir un homenaje adecuado a la memoria de Suezoj —añadió Rayhem con tono solemne.

—Pero si has dicho que Bel-Hur lo ha castigado, ¿por qué crees que ha sido? ¿Por cumplir con su deber? —replicó Shuraz, desconcertado.

La conversación se detuvo en un silencio cargado de incertidumbre.

—Nuestra prioridad es preservar la alianza entre Jersia y Beluria —continuó Rayhem con voz firme—, así como mantener el equilibrio religioso de nuestro pueblo. Debemos elegir con cuidado el momento y las palabras para informar al príncipe sin sembrar el caos.

—Corremos el riesgo de que nos culpen de su muerte —intervino Anara—. Nosotros fuimos los últimos en verlo con vida y se sabía que teníamos una reunión esta noche para entregarle el cilindro. ¿Y si esto es una trampa?

Zarhel frunció el ceño, evaluando la preocupación de Anara.

—Es cierto que existe ese riesgo —reconoció, inquieto—. Nuestros enemigos podrían aprovechar esta situación para sembrar la desconfianza y dividirnos.

Shuraz levantó la cabeza con una mirada dura y desafiante.

—No podemos permitir que el miedo nos paralice —declaró con firmeza—. Debemos confiar en nosotros mismos y en lo que acabamos de presenciar. Nuestras manos están limpias de sangre.

Los embajadores intercambiaron miradas de nerviosismo.

—Deberíamos preparar una coartada —sugirió Zarhel.

—Exacto —asintió Shuraz—. Necesitamos un relato creíble que mantenga la confianza del príncipe en nosotros.

—Podríamos decir que el sumo sacerdote Suezoj falleció mientras realizaba un ritual en honor a Bel-Hur —propuso Anara, mirando a Rayhem en busca de su aprobación—. Suezoj era un hombre devoto y seguro que siempre se esforzaba por cumplir con los ritos sagrados. Podríamos presentar su muerte como un sacrificio por la fe. ¿Crees que habría sido posible, Rayhem?

El sacerdote, con la mirada perdida, permaneció en silencio.

—Es una buena opción —dijo Zarhel, respondiendo por él al notar su distracción.

Sin embargo, Rayhem negó con la cabeza, regresando su atención al grupo.

—No. Esa historia no funcionará. Suezoj jamás se inmolaría de esa forma —afirmó con firmeza.

La preocupación creció en los rostros de los embajadores.

—Entonces, ¿qué sugieres? —preguntó Anara, soltando un suspiro nervioso mientras miraba a Rayhem, que respiró hondo antes de responder.

—Necesitamos una explicación que preserve la dignidad de Suezoj y sea creíble tanto para el príncipe Belbarozh como para el pueblo.

—Podríamos decir que Suezoj falleció debido a una dolencia desconocida, agravada por el estrés y la entrega a sus deberes religiosos —propuso Zarhel.

Rayhem meditó un instante, evaluando la sugerencia.

—Podría haber estado realizando un ritual muy exigente, uno que requería una gran cantidad de energía espiritual —añadió Anara, ahora más tranquila—. Algo que solo él podría realizar. Su muerte, entonces, se entendería como el resultado de su devoción inquebrantable.

Rayhem asintió despacio.

—Hay un antiguo ritual del que ya casi nadie habla, uno de tiempos remotos. Muchos sacerdotes murieron intentándolo —dijo, esbozando una ligera sonrisa al recordar—. Se decía que el ritual permitía vislumbrar el futuro. Algunos creían que a Bel-Hur no le gustaba que indagáramos en el destino, mientras que otros pensaban que si ese ritual había perdurado en nuestra religión, debía ser por algo importante. Por una razón u otra, dejó de practicarse… hasta hoy.

—Así lo haremos —concluyó Shuraz con firmeza, mirando a Rayhem a los ojos—. Tenemos un plan. Honraremos la memoria de Suezoj, protegeremos la alianza y preservaremos la estabilidad de nuestro pueblo.

—Que la verdad de nuestra fe en Bel-Hur nos ilumine el camino —añadió Rayhem, con la voz quebrada y los ojos vidriosos.

—O, más bien, la verdad que hemos reconstruido —murmuró Zarhel.

Zarhel acababa de pronunciar esas últimas palabras cuando un sonido sordo y distante rompió el silencio. Los embajadores se miraron alarmados y Shuraz desenfundó su espada instintivamente, poniéndose en guardia.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Anara mientras sus ojos recorrían la oscuridad que envolvía el Jardín Laberinto.

Las sombras parecieron moverse, algo se deslizó entre ellas. Zarhel dio un paso adelante, pero antes de que pudiera decir una palabra, un susurro frío se deslizó por el aire, como el eco de una voz perdida en el viento.

—Rayhem… —La voz era grave, profunda, y resonó en el espacio como un trueno lejano.

Todos se congelaron. Rayhem palideció, su mirada clavada en las sombras que parecían cobrar vida propia.

—¿Quién… quién está ahí? —preguntó Shuraz con fiereza, levantando su espada.

De las sombras emergió una figura encapuchada, vestida con túnicas oscuras que ocultaban su rostro. Su presencia, difusa y casi intangible, alteraba la atmósfera, haciéndola más espesa.

—Rayhem —repitió la figura, flotando hacia ellos.

Asustado, Rayhem retrocedió un par de pasos.

—¡Suezoj! —susurró temblando—. ¡Estás muerto!

—¿Muerto? —la figura se quitó la capucha, revelando un rostro que jamás hubiera imaginado volver a ver. Era Suezoj, o al menos, una versión de él. Su piel, grisácea y demacrada, parecía marchita, pero sus ojos brillaban con una intensidad antinatural—. La muerte es solo el comienzo, Rayhem.

Anara ahogó un grito y dio un paso atrás, mientras Zarhel levantaba su mano en señal de protección. Shuraz apretó los dientes, sin bajar su espada.

—¿Qué… qué eres? —preguntó Rayhem.

—Soy lo que siempre he sido, el verdadero sumo sacerdote de Bel-Hur. Mi sacrificio no ha sido en vano. He trascendido, he visto lo que hay más allá, y ahora vengo a reclamar lo que es mío. —La voz de Suezoj, o lo que fuera esa criatura, retumbó entre los setos del jardín como un trueno.

—¡No es posible! —exclamó Zarhel, colocándose entre la figura y Rayhem—. Bel-Hur te desintegró, ¡te vimos desaparecer!

Suezoj soltó una risa gélida.

—¿De verdad creísteis que el Todopoderoso me destruiría sin motivo? Bel-Hur no castiga; transforma. Mi destino no era morir, era evolucionar. Y ahora… ahora debo cumplir con la voluntad del dios al que todos servimos.

Rayhem, aún incrédulo, se acercó titubeante, sus ojos clavados en los de Suezoj.

—¿Cuál es tu propósito? —preguntó con voz temblorosa.

—El equilibrio debe ser restaurado —respondió Suezoj—. Hay un traidor entre vosotros, alguien que ha sellado su destino con mentiras y oscuridad. Bel-Hur lo sabe, y yo también. Debo arrancar esa raíz podrida antes de que destruya todo lo que hemos construido.

El silencio que siguió fue denso y cargado de expectación. Los embajadores intercambiaron miradas rápidas, intentando procesar lo que acababan de escuchar.

—¿Quién es el traidor? —preguntó Shuraz, con la voz tensa y la mirada afilada.

Suezoj sonrió, una mueca inquietante que apenas ocultaba la furia latente.

—El traidor está más cerca de lo que imagináis —susurró con malicia, su mirada fija en Rayhem—. Muy cerca.

Rayhem sintió el peso de la mirada de todos sobre él y el pánico comenzó a crecer en su pecho. Pero antes de que pudiera reaccionar, Suezoj alzó su mano y señaló a…

—¡Tú! —gritó Suezoj, apuntando a Anara.

La joven abrió los ojos con incredulidad y dio un paso atrás, negando con la cabeza.

—¡No, eso no es cierto! —exclamó frustrada—. ¡Yo no soy ninguna traidora!

Pero Suezoj no apartó su dedo acusador. Su voz se alzó como un trueno.

—Has sido tocada por Bel-Hur, y esa marca que portas no es de bendición… ¡sino de juicio! ¡Tú eres la clave para desatar la destrucción y por eso debes ser eliminada!

Anara, ahora temblando, miró a sus compañeros en busca de apoyo, pero todos permanecían inmóviles, impactados por la revelación. Shuraz, aunque dudaba, apretó con más fuerza la empuñadura de su espada, mientras Zarhel intercambiaba una mirada con Rayhem, buscando una explicación.

Este, en cambio, mantenía la vista fija en Anara. Algo en su mente encajaba con las palabras de Suezoj, algo oscuro que había percibido en los últimos días. Pero ¿sería posible? ¿Podría Anara, la joven bondadosa, ser la traidora que Suezoj afirmaba?

El tiempo pareció detenerse.

Rayhem se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Observó al espíritu de Suezoj con desprecio, su paciencia se había agotado al escuchar las acusaciones del fantasma que una vez había sido su líder. Anara aún temblaba, mirando a Rayhem, esperando una señal de apoyo. Zarhel y Shuraz mantenían su posición, pero la presión en el ambiente era sofocante, con sus rostros oscurecidos por las sombras del jardín.

Rayhem dio un paso adelante, aproximándose al espíritu de Suezoj, y se irguió decidido con todo el valor que le fue posible reunir. El resplandor tenue de la luna iluminaba su figura mientras alzaba una mano al aire, dispuesto a sellar un pacto ancestral.

—Ya basta de paparruchas, Suezoj. No eres más que un eco molesto de lo que alguna vez fuiste, un fantasma atrapado en tu arrogancia. Intentas confundirnos y lo estás haciendo con algún tipo

de conjuro del más allá. ¡Vuelve al vacío del que saliste! —exclamó Rayhem con una autoridad implacable.

Con una palmada seca sobre su cabeza, el aire pareció partirse. La fuerza de ese gesto generó una onda invisible que se extendió por el jardín, deshaciendo las sombras que envolvían al espíritu de Suezoj. Un rugido inhumano de dolor emergió del fantasma mientras su forma se desmoronaba como un humo oscuro, arrastrado por un viento que no pertenecía a este mundo.

La figura de Suezoj se contrajo sobre sí misma, envuelta en un resplandor que destellaba entre el gris y el púrpura, mientras se disolvía en el aire. Su rostro, antes lleno de soberbia, se contorsionó en una mueca de sufrimiento inaudito, la mismísima esencia de su ser se deshizo en un susurro apagado.

—¡No puedes…! —fue lo único que alcanzó a articular el espíritu antes de que su voz se extinguiera, arrastrada por la fuerza del poder de Rayhem. La figura se desintegró en mil fragmentos, como cenizas al viento, y su presencia se desvaneció por completo, por segunda vez, dejando tras de sí un silencio opresivo.

Rayhem bajó las manos, mientras el eco de la palmada todavía resonaba en la quietud del jardín laberinto. Los embajadores, aún tensos, se quedaron en la oscuridad, con solo la débil luz de la luna para iluminar sus rostros.

Zarhel dejó escapar un suspiro, aliviado, mientras Shuraz envainaba su espada, aunque sin apartar la vista del lugar donde antes había estado el espíritu.

—No volverá a molestar a nadie en nuestro mundo de vivos —afirmó Rayhem con frialdad—. Y sus mentiras no engañarán a nadie más.

Anara, con la respiración agitada, intentó calmarse, asimilando lo que acababa de ocurrir. Zarhel la observó con una expresión pensativa, mientras Shuraz asentía con gravedad.

La aparición de Suezoj, más que un presagio, había sido una prueba de su unión.

14
¡Sí, mi capitán!

Shuraz seguía inquieto por el brutal ataque que había dejado a su amigo Jarben al borde de la muerte, y la paliza que había recibido Edoz no le permitía apartar la preocupación de su cabeza. En cuestión de horas, dos de los embajadores estaban postrados en cama, vulnerables. Pero Shuraz no podía permitirse flaquear. Como recién nombrado capitán de la guardia por el príncipe de Beluria, respiró hondo, se recogió el flequillo con un gesto firme y levantó la mirada hacia el horizonte, con la resolución de un hombre dispuesto a afrontar cualquier desafío.

La mañana era fría y el suelo de tierra bajo sus botas estaba cubierto de escarcha, que crujía a cada paso. Había elegido un claro en el bosque, lejos de la ciudad de Alonia y de las miradas de curiosos, donde los árboles altos y los matorrales espesos ofrecían una cortina natural que mantenía la reunión en secreto. Frente a él, un grupo de hombres de armas se reunía alrededor de una hoguera que apenas proporcionaba calor. Había veteranos de guerra con cicatrices profundas, jóvenes guerreros con ansias de gloria, y algunos soldados retirados que conocían bien los entresijos de la batalla.

El sol apenas se asomaba sobre las copas de los árboles, bañando el claro en un resplandor anaranjado que iluminaba la soberbia figura de Shuraz. Llevaba una capa de lana oscura sujeta con un broche de metal desgastado y su espada pendía al costado, como un recordatorio constante de su experiencia en el campo de

batalla. Los hombres lo observaban en silencio, algunos con los brazos cruzados y otros limpiando sus armas, mientras esperaban a que el nuevo capitán hablara.

Shuraz caminó hasta el centro del claro, se detuvo junto a una roca cubierta de musgo y desenfundó su espada. Con un movimiento rápido, la clavó en la tierra helada. El sonido metálico resonó como un eco por entre los árboles desnudos. Los guerreros que lo rodeaban se enderezaron, atentos.

—Hombres de Beluria —comenzó Shuraz. Su voz profunda y firme se abrió paso entre el crujido de las ramas bajo el viento—. Hoy, aquí, en este claro olvidado, empieza algo que cambiará el curso de nuestra historia. Hoy dejamos de ser hombres errantes, esclavos y mercenarios, para convertirnos en la espada y el escudo de nuestro reino.

Algunas cabezas se inclinaron hacia adelante, otros hombres intercambiaron miradas, intrigados por la convicción en la voz de Shuraz. Sus palabras tenían el peso de alguien que no solo conocía el combate, sino también la necesidad de un propósito.

—Nuestro futuro rey me ha confiado la formación de su guardia, pero yo no quiero simples vigilantes de puerta de palacio. —Su mirada recorrió el círculo de rostros, deteniéndose un instante en cada uno de ellos—. Quiero guerreros, verdaderos hombres de armas que sepan lo que significa pelear con honor. Quiero hombres que no solo luchen para proteger nuestras fronteras, sino que se atrevan a dar un paso adelante, más allá de los límites de lo conocido. ¿Quién está dispuesto a unirse a mí para crear algo que perdure más allá de nuestras vidas?

Un hombre robusto de barba entrecana, con una cicatriz que le cruzaba el rostro, se adelantó desde las sombras de los árboles mientras limpiaba el filo de su hacha con un trozo de tela. Sus ojos mostraban la desconfianza de quien ha vivido demasiadas traiciones.

—Capitán —dijo con un tono seco—, muchos de nosotros hemos servido a amos que solo buscaban llenarse los bolsillos con nuestras vidas. Y los demás han dado su miserable vida por un ejército

enemigo que los trataba como bestias ¿Por qué deberíamos seguirte a ti?

Shuraz lo miró con seriedad. Después, con un movimiento lento, arrancó su espada del suelo y la alzó hacia los primeros rayos del sol que atravesaban el dosel del bosque.

—Porque yo he caminado el mismo camino que vosotros. He luchado hombro con hombro con hombres como vosotros, he sangrado por reinos que no eran el mío y he visto morir a hermanos que amaban su tierra tanto como yo. No soy un noble que desconoce la guerra; soy uno de vosotros, y juntos formaremos la fuerza que el príncipe Belbarozh necesita. —Bajó la espada y la clavó de nuevo en la tierra, sellando un pacto inquebrantable con aquel gesto—. Seremos más que soldados; seremos la guardia que hará que nuestros enemigos tiemblen solo con oír nuestro nombre.

Los guerreros guardaron silencio. Algunos asintieron con la cabeza, otros se enderezaron, y el veterano de la cicatriz dejó caer su hacha al suelo, inclinando la cabeza hacia Shuraz en señal de respeto.

—No estamos aquí para vivir con miedo —prosiguió Shuraz. Su voz se elevaba con la brisa que sacudía las ramas desnudas—. Estamos aquí para construir un ejército, uno que sea leal no solo a su capitán, sino al futuro reino que protegeremos. Juntos, haremos que la tierra de Beluria sea respetada y temida por todos los que amenacen su paz.

Los hombres comenzaron a asentir, la emoción encendiéndose en sus rostros como el fuego de la hoguera que parpadeaba frente a ellos. Shuraz dio un paso atrás y levantó su espada de nuevo, apuntando hacia el cielo despejado.

—Quien esté dispuesto a luchar, a sacrificarlo todo por un propósito más grande, que dé un paso adelante ahora. Y que jure lealtad, no solo a mí, sino a esta causa que hoy comienza.

Sin titubear, el hombre de la cicatriz avanzó el primero, seguido de otros más, uno tras otro, hasta que casi todos se encontraron junto a Shuraz, formando un semicírculo frente a la roca. Cada uno,

al paso, inclinó la cabeza o golpeó su pecho con el puño, prometiendo su lealtad a la causa de Shuraz y a la defensa del futuro reino de Beluria.

Shuraz miró a cada uno de sus nuevos camaradas, con el orgullo latiendo en su pecho. Sus ojos brillaban con la promesa del futuro.

—Entonces, señores… —concluyó con una sonrisa dura como la roca donde se apoyaba—, a partir de ahora, somos la guardia del rey. Y juntos, haremos historia.

Y así, bajo las sombras de los árboles y el frío de la mañana, entre susurros de viento y el crujido de la escarcha, nació la nueva guardia de Beluria.

15
Embajadores en el Templo

Los embajadores de Beluria estaban dispersos por la taberna del Templo Belurio, un lugar donde las sombras y la luz se mezclaban, al igual que la incertidumbre en el aire. Rayhem se encontraba en el salón principal, esperando impaciente la llegada de un compañero sacerdote con quien había acordado una cita importante. La preocupación por su amigo Jarben, cuya vida pendía de un hilo en una de las habitaciones superiores, lo mantenía en vilo, aunque intentaba no dejarse atrapar por pensamientos sombríos.

Eldrin, el tío de Anara, se acercó a su mesa con una bandeja y sirvió una cerveza fresca en una jarra. El líquido dorado relucía bajo la tenue iluminación de la taberna mientras Eldrin depositaba la jarra frente a Rayhem. El tabernero, con su rostro marcado por arrugas profundas y una barba blanca desaliñada, conocía la estrecha amistad que unía a Rayhem y Jarben. Dejó a un lado sus tareas y se sentó frente al sacerdote.

—Entiendo tu angustia por Jarben —dijo Eldrin con voz serena mientras cruzaba los brazos sobre la mesa—. Está en las mejores manos posibles.

Rayhem, con el ceño fruncido y la mirada cargada de ansiedad, asintió en silencio, sin poder ocultar la preocupación que lo consumía.

—Mi esposa, Elysia, la tía de Anara, es una curandera excepcional —continuó Eldrin—. Ha salvado a muchos al borde de la muerte. No hay nadie mejor para cuidar de Jarben en este momento.

Rayhem exhaló, liberando parte de la tensión que lo aprisionaba. Sus ojos se encontraron con los de Eldrin.

—Gracias. Confío en Elysia, sé que hará todo lo posible por salvarlo —respondió, un poco más tranquilo.

Eldrin asintió y cambió de tema.

—Así que esperas visita —comentó, arqueando una ceja.

—Sí, la de un compañero sacerdote —le contó Rayhem, todavía inmerso en sus pensamientos.

—Ahora que la religión beluria ya no está prohibida en Alonia, tenéis la oportunidad de expresar nuestra fe sin miedo —añadió Eldrin con una sonrisa amable.

—Sinceramente, no tengo idea de por qué quiere reunirse conmigo —respondió Rayhem, con la mirada perdida.

Eldrin asintió, comprendiendo la preocupación del sacerdote, y se levantó despacio.

—Debo volver a mis quehaceres —dijo, dando un último apretón en el hombro de Rayhem antes de alejarse con paso ágil entre las mesas, donde las risas y las conversaciones murmuraban como un río subterráneo.

Rayhem siguió su figura encorvada hasta que se desvaneció entre las sombras de la taberna. Al desviar la mirada hacia la barra, vio a Zarhel sentado solo, con la preocupación marcada en su cansado rostro. Zarhel alzó una mano para saludarlo con un gesto que pareció recordarle que no estaba solo. Rayhem le devolvió el saludo, reconfortado por la presencia de su compañero.

Edoz se encontraba solo en otra habitación, con el cuerpo cubierto de vendajes y un dolor constante que le atravesaba la cabeza. Se acercó a la ventana y la abrió con esfuerzo, dejando que la luz del día lo golpeara como un latigazo. Con mano temblorosa, vertió agua de una jarra en un vaso que descansaba sobre la mesilla

y bebió pequeños sorbos para aliviar la sequedad de su boca. Luego, sumergió las manos en la palangana cercana y se lavó la cara, sintiendo un ligero alivio al contacto con el agua fría.

Aún desorientado, salió de la habitación con pasos vacilantes. Lo último que recordaba era su juramento de vengar la muerte de su amigo Mushan, pero no lograba unir los hilos de cómo había terminado allí. Al observar la madera envejecida y el ambiente familiar, reconoció el lugar: la Taberna del Templo Belurio, aunque estaba en el piso superior, en una de las habitaciones disponibles para viajeros. Miró de nuevo por la ventana, protegiendo sus ojos con la mano, y confirmó sus sospechas al reconocer las calles colindantes al Templo Belurio. Pero seguía sin poder recordar cómo había llegado a ese lugar.

Desde el pasillo le llegaron murmullos, una conversación entre un hombre y una mujer. Aunque no distinguía las palabras, las voces le resultaban familiares. Arrastró sus pasos hasta la puerta entreabierta de la habitación contigua, donde vio a Shuraz y a Anara sentados junto a una cama. No podía ver bien quién estaba acostado, pero decidió entrar, sin saber qué decir.

Anara y Shuraz, preocupados, hablaban en voz baja mientras miraban al hombre tendido: Jarben. Anara tenía los ojos enrojecidos y la preocupación era evidente en su rostro.

—No puedo creer que alguien le haya hecho esto a Jarben. ¿Quién querría hacerle daño? —preguntó con voz temblorosa.

—Cualquiera que nos odie y busque hacernos daño —respondió Shuraz con la mandíbula tensa y los puños apretados llenos de ira contenida.

Edoz se detuvo en el umbral. Su apariencia era la de un hombre que había sufrido mucho, pero que comenzaba a salir del abismo. Aunque pálido y con signos de debilidad, sus ojos reflejaban una sombra de vergüenza ante sus compañeros.

Jarben, tendido en la cama, estaba pálido como la nieve, su cuerpo cubierto de un sudor frío. Su piel albina se fundía con las sábanas blancas, y cada movimiento era apenas un temblor,

cualquier esfuerzo podía haberlo quebrado. Edoz avanzó hacia él, observándolo con incredulidad. La gravedad de la situación se le hizo palpable, y sin darse cuenta, ignoró la frialdad entre Anara y Shuraz.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz ronca, apenas logrando mantener el equilibrio.

Ambos se giraron hacia él, sorprendidos por su aparición. Anara, con los ojos hinchados y enrojecidos por las lágrimas, hizo un esfuerzo por hablar.

—Los Ungidos lo atacaron. Casi pierde la pierna, pero gracias a los cuidados de mi tía parece estar fuera de peligro.

Edoz se acercó más a la cama de Jarben con movimientos torpes y sus pensamientos aún nublados por la resaca.

—¿Cómo está ahora? ¿Se recuperará? —preguntó con preocupación.

—Está mejor. ¿No has escuchado a Anara? —respondió Shuraz con tono severo.

Edoz miró a Shuraz y parpadeó desconcertado antes de arrodillarse al lado de Jarben. En ese momento, Elysia, la tía de Anara, entró en la habitación. Edoz, incómodo por su postura, se levantó raudo, casi tropezando con sus propios pies.

La anciana curandera se movía con una calma solemne, irradiando una serena compasión. Sus cabellos plateados caían en suaves ondas, y las arrugas de su rostro parecían contar historias de tiempos lejanos. Llevaba una túnica bordada y en sus manos traía una tacita con un ungüento de olor a hierbas.

—¿Cómo te encuentras, Edoz? —preguntó Anara—. ¿Qué fue lo que te llevó a meterte en esa pelea en la taberna del Tigre Alonio?

La pregunta quedó suspendida en el aire y un silencio incómodo se apoderó del lugar. Edoz suspiró y desvió la mirada, recordando los fragmentos borrosos de aquella noche llena de furia y alcohol.

—Necesitaba soltar la rabia que me carcome. Quería encontrar al responsable de la muerte de Mushan. Aunque Shuraz ya había hecho

justicia con sus asesinos, alguien debió dar la orden —respondió, con amargura en su voz.

Shuraz alzó la mirada, recordando.

—Los que lideran una guerra reciben órdenes de arriba. ¿A quién pretendes culpar? ¿Al mismo rey de Jersia? —preguntó con tono serio.

Edoz bajó la vista, confundido y atrapado en un dilema.

—No lo sé, Shuraz. Pero sentía que tenía que hacer algo —respondió, con voz apagada.

—Algo muy estúpido. En la guerra no hay buenos ni malos, solo soldados que siguen órdenes y gente que muere por esas órdenes —replicó Shuraz, cruzando los brazos.

Anara se acercó a Edoz y colocó una mano suave sobre su hombro.

—Entiendo que quisieras buscar justicia para Mushan, pero debemos recordar que la violencia no siempre es la respuesta. Como embajadores, debemos actuar con sabiduría y buscar la verdad de forma pacífica.

Edoz la miró, y su expresión se endureció mientras su voz se elevaba.

—¡Basta de discursos pacifistas! ¡Mushan está muerto! —dijo con su voz quebrada y rabia contenida.

Anara lo miró con tristeza y una lágrima solitaria rodó por su mejilla.

—Mis palabras no son lo que te duele, Edoz. Es la ausencia de Mushan lo que te atormenta —dijo en voz baja—. Yo también le echo de menos, todos los días.

La dureza en los ojos de Edoz se desmoronó. Con un gesto vacilante, buscó los de Anara y, en un impulso de compasión compartida, se abrazaron para darse consuelo. Shuraz observó incómodo.

Edoz, con los ojos húmedos, se libró del abrazo y sacó un pañuelo bordado de su chaqueta. Se limpió la nariz y, con gesto

meticuloso, lo dobló antes de guardarlo de nuevo.

—¿Cómo encontrasteis a Jarben? ¿Dónde ocurrió? —preguntó tras tomar aire.

Elysia, la anciana tía de Anara, continuó secando la frente de Jarben con un paño que luego escurría en un cuenco con un líquido de olor a hierbas medicinales.

—Aparecieron en la puerta de la taberna —respondió con calma —. Una mujer lo trajo casi a rastras. Si no fuera por ella, seguramente ya no estaría entre nosotros.

Edoz frunció el ceño, preocupado.

—¿Y cómo sabéis que fueron los Ungidos? —preguntó, tratando de entender.

Shuraz, tenso, respondió antes de que Elysia pudiera hacerlo.

—Antes de perder el conocimiento, Jarben alcanzó a decirle una última palabra a Rayhem: Kudram.

Edoz no se detuvo, todavía tenía preguntas.

—¿Quién le hirió? ¿Qué fue lo que le hizo tanto daño?

Elysia suspiró mientras continuaba su labor con las vendas.

—Le mordió una criatura venenosa. Fue un ataque brutal que casi le cuesta la pierna izquierda… y la vida —explicó la anciana con un tono grave.

Anara miró a su tía con gratitud.

—Gracias, mamá —susurró.

Elysia le devolvió una sonrisa cálida, aunque sus ojos reflejaban preocupación.

—Me alegra poder ayudar. Todos vosotros sois como hijos para mí, y no podía permitir que otro de vosotros se perdiera — respondió, imponiendo un silencio que llenó la habitación. El recuerdo de Mushan, aún fresco en sus corazones, se cernía sobre ellos.

Elysia siguió cuidando las heridas de Jarben, aplicando ungüentos y vendajes. Este comenzó a despertar al sentir el toque suave de la

anciana. Sus ojos se abrieron y, al ver a Elysia a su lado, esbozó una sonrisa débil. Poco a poco, empezó a conectar los fragmentos dispersos de su memoria, aunque aún había huecos que no lograba llenar.

—Gracias —murmuró mientras ella le ofrecía una cucharada de sopa caliente.

—De nada, querido. Tienes que recuperar fuerzas —respondió Elysia, limpiándole la barbilla con ternura maternal.

Cuando Jarben terminó la sopa, Elysia se levantó con cuidado, se despidió en silencio de todos y cerró la puerta tras de sí. Jarben, aún débil, se incorporó en la cama y miró su pierna vendada, tratando de recordar lo sucedido.

—¿Y Rayhem? —preguntó, recorriendo con su mirada la habitación en busca de su amigo.

—Ha estado aquí toda la noche —respondió Anara con suavidad —. Ahora está abajo, en la taberna. Tiene una reunión importante con un compañero sacerdote. Cuando termine, subirá.

Jarben asintió, esbozando una leve sonrisa antes de que su expresión se tornara sombría.

—Una pareja de Ungidos de Kudram apareció en el cementerio. Intentaron reclutarme y que renegara de Bel-Hur. Cuando me negué, me atacaron —explicó con voz débil—. Una criatura parecida a un lobo violeta estuvo a punto de arrancarme la pierna, pero logré escapar por un pasadizo secreto. Después, todo se volvió negro. Recuerdo a una mujer pelirroja con un sombrero negro emergiendo de entre la niebla. Creo que me ayudó, pero no estoy seguro. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Anara asintió, reconociendo la figura de la que hablaba.

—La mujer que recuerdas fue la que te trajo. Si no lo hubiera hecho, probablemente estarías muerto.

Jarben frunció el ceño, intentando desentrañar la confusión que embotaba su mente.

—¿Dónde está? ¿Quién es?

Shuraz negó con la cabeza.

—No sabemos quién es, ni dónde se encuentra. Te trajo aquí y se fue antes de que pudiéramos darle las gracias.

Jarben cerró los ojos, agotado.

—Que Bel-Hur la bendiga —musitó con devoción.

—¡Malditos Ungidos! ¡Los exterminaré como a cucarachas! —exclamó Shuraz, poniéndose de pie con los puños apretados.

Anara lo miró con preocupación.

—Tranquilízate. Esto no nos ayudará ahora, ¿no crees? —le dijo con voz firme. La mirada intensa de ella pareció apaciguarlo y Shuraz bajó la vista, tragándose su rabia.

—Todos sabíamos que no eran de fiar, incluso cuando gobernaban los alonios —intervino Edoz, con amargura—. Pero esto ya ha cruzado la línea. Han intentado matar a uno de los nuestros.

—Tienes razón, Edoz —admitió Shuraz muy serio—. No podemos tolerar que desprecien nuestra fe y ataquen a los nuestros. Tienen que pagar por esto.

Desde la cama, Jarben, aún debilitado, se unió a la conversación.

—Creo que los que me atacaron ya pagaron… con sus vidas —dijo con un extraño alivio—. La mujer que me ayudó les dio su merecido, y quizá algo más.

—¡Bien hecho! —exclamó Shuraz, golpeando su puño contra la palma de su otra mano, haciendo que el ruido retumbara en la habitación.

Jarben observó a sus compañeros con el ceño fruncido, tratando de recomponer los recuerdos fragmentados que volvían a su memoria. De pronto, uno de ellos lo inquietó.

—Una de las Ungidas en el cementerio… se llamaba Selene —dijo con voz baja—. Mencionó algo en lo que no puedo dejar de pensar. Habló de la presencia de seguidores de Kudram entre nuestro propio pueblo.

—¿Qué significa eso? ¿Traidores entre nosotros? —preguntó Shuraz, elevando la voz.

La atmósfera se tensó mientras todos asimilaban la temible posibilidad. Anara fue la primera en romper el silencio.

—Jarben, es difícil de creer. Puede que te dijeran eso solo para sembrar la desconfianza y crear discordia entre nosotros.

—Si es cierto, debemos encontrar a esos traidores y eliminarlos uno a uno —gruñó Shuraz, apretando los dientes.

Edoz asintió mientras su expresión se tornó sombría.

—Tendremos que vigilar nuestras espaldas —advirtió con un tono grave—. Cualquiera podría ser un traidor, incluso el sumo sacerdote.

Sus palabras dejaron un silencio pesado en la sala. Anara y Shuraz se miraron, perplejos por la magnitud de la sospecha. Shuraz se acercó a Edoz con una expresión amenazante, pero Anara lo frenó con una simple mirada, serenando la situación.

—¿Qué sabes tú de la lealtad del sumo sacerdote? —preguntó Shuraz, entrecerrando los ojos con suspicacia.

Edoz levantó las manos en señal de paz, intentando calmar la tensión.

—No sé por qué te ha molestado, solo he mencionado al sumo sacerdote como podría haber mencionado al rey de Jersia —respondió, tratando de desviar el foco de la acusación.

—Entonces ¿por qué has hablado de él? —insistió Shuraz, sin dejar de mirarlo con desconfianza.

—¿Qué pasó con el sumo sacerdote? —intervino Jarben, con la frente arrugada—. ¿No teníais que haberos reunido con él ayer?

—Y lo hicimos —respondió Anara con una seriedad sombría.

—Ahora es pasto de los gusanos —interrumpió Shuraz, con un tono amargo—. Bel-Hur, en forma de niña, lo redujo a polvo.

Jarben se quedó inmóvil, luchando por asimilar lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo? —exclamó Edoz, sorprendido—. ¿Habéis presenciado la muerte del sumo sacerdote sin mí? ¡Siempre me pierdo lo mejor!

—¿Se lo habéis comunicado al príncipe? —preguntó Jarben.

—Aún no hemos tenido tiempo —contestó Anara, suspirando—. Supongo que Rayhem se estará encargando de eso abajo.

Shuraz y Anara intercambiaron miradas graves antes de volver su atención a Jarben y a Edoz, cuyas expresiones reflejaban perplejidad.

—¿Por qué Bel-Hur ejecutaría al sumo sacerdote? —preguntó Jarben, todavía sin entender.

—No lo sabemos —respondió Shuraz con un suspiro.

—¿Y cómo estamos tan seguros de que era Bel-Hur? —dudó Edoz, con una ceja arqueada.

Anara se inclinó hacia adelante, sus ojos brillando con convicción.

—Bel-Hur se manifestó en forma de niña —explicó con firmeza—. Su apariencia angelical desapareció en un instante, y entonces sentimos una presencia abrumadora. Su voz se transformó y sus ojos reflejaron una sabiduría antigua que no correspondía a su apariencia. Parecía que el mismo Bel-Hur nos observaba a través de ese disfraz. Estoy segura de que era él.

—¿Y si se trataba de otro dios, uno que se hizo pasar por Bel-Hur? —sugirió Edoz escéptico y aún con dudas.

—El sumo sacerdote usó el cilindro de Rozar para invocarlo —intervino Shuraz con firmeza—. ¿A quién más podría haber llamado si no a Bel-Hur?

—Parece claro que fue ejecutado porque Bel-Hur no estaba satisfecho con la pureza de sus acciones —reflexionó Anara con la mirada perdida.

—Exacto —agregó Shuraz, asintiendo—. Todos lo vimos. Y Rayhem, como sacerdote, no tiene ninguna duda.

La habitación quedó sumergida en un silencio pesado mientras Edoz y Jarben procesaban la increíble revelación.

En la taberna, Rayhem esperaba en soledad, sentado en una mesa alejada. El eco de los recientes sucesos en los Jardines Laberinto seguían retumbando en su cabeza. No podía dejar de pensar que los Ungidos de Kudram podrían haber influido en el sumo sacerdote, dados sus conocidos métodos de corrupción y dominio sobre las artes oscuras. La idea no se apartaba de su cabeza; no lograba concebir otra explicación.

En el bar, Rayhem custodiaba bajo su toga una carta de contenido tan delicado que cualquier error podría resultar fatal. Era un mensaje dirigido a Belbarozh, el príncipe de Beluria, en el que describía los acontecimientos que sacudieron los Jardines Laberinto, incluyendo la trágica muerte del sumo sacerdote, ejecutado por una manifestación de Bel-Hur. El sacerdote recordaba las últimas palabras de Jarben antes de perder el conocimiento: «Kudram». Un nombre que señalaba a los Ungidos como responsables del ataque. Conocía demasiado bien a Jarben como para ignorar el terror que había visto en su mirada.

La bulliciosa taberna apenas notaba la presencia de Rayhem. A su alrededor, los parroquianos brindaban, reían y disfrutaban de la noche ajenos al torbellino de pensamientos que atravesaba su mente. Sus dedos manchados de tinta le recordaban la reciente redacción de la misiva para el príncipe, un informe detallado sobre la caída del sumo sacerdote, cuya vida fue arrebatada por la inesperada encarnación de su propia divinidad, Bel-Hur. Rayhem sabía que comunicar una noticia tan amarga al príncipe, después de la confianza que este había depositado en él, no sería fácil.

De pronto, las puertas de la taberna se abrieron con un estruendo y la figura de Loran llenó la entrada, atrayendo la mirada de todos. Las conversaciones se extinguieron por un instante, y las miradas se volcaron hacia el arrollador sacerdote. La luz de las velas parpadeaba sobre su figura, destacando su complexión robusta y la negrura de su barba.

Loran, un sacerdote belurio de otro distrito, tenía la cabeza calva y una barba espesa que enmarcaba un rostro autoritario. Sus ojos, oscuros como el carbón, escudriñaban cada rincón de la sala con

precisión. Alrededor de su cuello pendía un collar con el emblema sagrado de Bel-Hur, una insignia que antes de la conquista jersa había sido prohibida y que ahora Loran lucía con desafiante orgullo. Su porte era el de un hombre que se sabe poderoso, y su entrada exudaba la confianza de un gobernante.

Sujeto a su mano, un cayado negro con vetas verdes y detalles dorados acompañaba el ritmo de sus pasos, que resonaban con autoridad sobre el suelo de la taberna. Loran recorrió la sala con la mirada hasta que se detuvo en la figura solitaria de Rayhem, que intentaba mantener un perfil bajo. Rayhem sintió una punzada de incomodidad al ver acercarse al corpulento sacerdote; prefería que su encuentro se hubiese desarrollado en un entorno más discreto.

Loran se detuvo junto a la mesa de Rayhem, apoyando su cayado con un golpe sordo. Dejó escapar un suspiro profundo antes de tomar asiento frente a él. La madera de la silla crujió bajo su peso, y la sombra de Loran se proyectó sobre Rayhem, la incomodidad crecía con cada segundo que pasaba. Rayhem, molesto por lo que venía, sintió cómo el peso del encuentro recaía sobre sus hombros.

El bullicio de la taberna regresó, pero entre Rayhem y Loran la hostilidad era tan densa como la madera que los separaba. Loran se reclinó en su asiento, con la mirada fija en Rayhem.

—Buenas tardes, hermano Loran —saludó Rayhem, poniéndose de pie y asintiendo de forma cordial—. Es un alivio poder reunirnos en un lugar público, ahora que orar a Bel-Hur ya no está prohibido, ¿no crees?

—Sin duda, hermano Rayhem —respondió Loran, estrechando su mano con fuerza.

Rayhem se sentó de nuevo mientras el viejo Eldrin, con una sonrisa discreta, les dejaba una jarra del mejor vino y dos vasos vacíos. Rayhem se lo agradeció con un asentimiento y el anciano se alejó con sorprendente agilidad.

—Me he tomado la libertad de pedir un buen vino para esta ocasión —dijo Rayhem, sirviendo ambos vasos antes de tomar un sorbo con cautela.

Loran asintió sin decir nada y vació su vaso de un trago antes de servirse otro. A pesar de la aparente camaradería, Rayhem sentía que algo no encajaba, había algo en Loran que no terminaba de descifrar.

—Parece que el rey jersa ha extendido la libertad de culto no solo hacia Bel-Hur, sino también a otros dioses, incluido Kudram —comentó Rayhem con un tono casual.

—No puedo negarlo —respondió Loran con una voz grave que resonó en el rincón de la taberna—. A pesar de su reputación, creo que los Ungidos merecen su libertad también. Han sido perseguidos injustamente por el rey Odimovar. Nosotros también conocimos la prohibición, y ahora disfrutamos de la libertad. Se dijeron mentiras sobre Bel-Hur, ¿no podrían ser calumnias las que han perseguido a los seguidores de Kudram? Aplaudo la decisión del rey jersa de promover la convivencia entre los diferentes cultos.

Rayhem observó a Loran con atención, tratando de leer más allá de sus palabras.

—Nada justifica la rivalidad con la que hemos cargado durante siglos —continuó Loran, mientras su barba negra se movía al ritmo de su discurso—. Bel-Hur no es un dios vengativo; es un dios de compasión. Deberíamos dejar atrás los rencores y encontrar beneficios comunes, sin importar a qué dios sirvamos.

Rayhem escuchó la apasionada defensa de Loran con una creciente incredulidad. No entendía cómo un sacerdote de Bel-Hur podía expresar simpatía hacia los Ungidos de Kudram, aquellos que siempre habían sido enemigos de los belurios. En tiempos de la dominación alonia, tal discurso habría sido impensable, incluso en la clandestinidad. Los Ungidos habían oprimido a los belurios y, a pesar de ser castigados por su propio rey, no habían cambiado su naturaleza hostil.

—Hermano Loran, no puedo compartir tu postura —replicó Rayhem, endureciendo el semblante—. Mi amigo Jarben yace postrado, luchando entre la vida y la muerte, y los que le infligieron

ese daño fueron precisamente los Ungidos de Kudram, esos a los que pareces admirar tanto.

La atmósfera se volvió más espesa, como si algo invisible los oprimiera, y los sacerdotes se midieron con la mirada.

Con un gesto casi reverencial, Loran colocó la mano sobre el collar de Bel-Hur y esbozó una sonrisa serena, dejando que las palabras de su compañero no tuvieran el menor peso. Ese gesto indiferente encendió aún más la furia de Rayhem, endureciendo su rostro mientras dejaba que la ira se reflejara en su voz.

—Los Ungidos siempre han sido violentos y conspiradores, Loran. No puedes negarlo —declaró Rayhem con tono acusatorio—. Su actitud es la antítesis de todo lo que defendemos. Representan la destrucción y el caos. ¿Cómo puedes justificar sus acciones? ¿Cómo puedes defender a aquellos que solo buscan el derramamiento de sangre y la desolación?

Rayhem desvió la vista un instante y reparó en un anillo de plata que Loran llevaba en uno de sus dedos, una joya de diseño complejo. La pieza mostraba una estrella de ocho puntas grabada con detalle, cuyo centro albergaba una gema negra que contrastaba con el resplandor plateado del metal.

Loran no se inmutó, manteniéndose tan impasible como una roca frente a la tormenta de reproches de Rayhem.

—Tus palabras están contaminadas por la ira y el miedo —replicó con la misma calma imperturbable—. No todos los Ungidos son como los describes. Al igual que nosotros, tienen intereses que desean proteger, y tienen derecho a hacerlo. No podemos condenar a toda una comunidad por las acciones de unos pocos.

Rayhem abrió la boca, dispuesto a replicar, pero Loran elevó el tono de su voz, cortando la respuesta de su compañero.

—Además, no olvides que incluso nosotros, los sacerdotes de Bel-Hur, hemos atravesado nuestras propias luchas internas y enfrentamientos sin sentido. La violencia y la conspiración no son exclusivas de los Ungidos. Se trata de individuos, Rayhem, no de grupos.

El aire pesaba sobre ellos, opresivo e inquietante, y Rayhem alzó también la voz, atrayendo la atención de los comensales más cercanos.

—Varios de mis compañeros embajadores han tenido enfrentamientos violentos con los Ungidos en el pasado —dijo Rayhem con firmeza.

El bullicio de la taberna disminuyó, mientras la atmósfera entre ambos sacerdotes se hacía más intensa.

—¿Embajadores… de Beluria? —preguntó Loran con una nota de suspicacia—. Siempre he cuestionado ese nombramiento, decretado durante nuestra clandestinidad, antes de ser liberados. ¿Quién os designó embajadores de nuestro pueblo?

—¿Estás cuestionando mi posición? —preguntó Rayhem, sosteniendo la mirada penetrante de Loran, que sonreía con un aire casi maquiavélico.

—No la cuestiono —respondió Loran—. Solo expreso mi cautela hacia un nombramiento cuyos detalles no conozco.

—Tannan fue nuestro líder embajador, y todos recibimos la investidura con el beneplácito del sumo sacerdote Suezoj y de Belbarozh, el príncipe de Beluria —declaró Rayhem, enfrentándose a Loran—. Tras la trágica muerte de Tannan en el Desfiladero de la Piedra Blanca, mis compañeros y yo fuimos los únicos embajadores supervivientes, responsables de la alianza con el rey jersa Rozar II. Y hace poco, el príncipe en persona me ha renovado como embajador.

Rayhem se inclinó hacia adelante, acercándose a Loran tras echar un vistazo rápido a su alrededor, y bajó la voz a un susurro.

—No debería tener que explicártelo. Ambos somos sacerdotes de Bel-Hur.

—Ahí es donde te equivocas, hermano Rayhem —dijo Loran, acariciándose la barba con una leve sonrisa—. Ya no estamos en la misma posición. Rozar, el rey de Jersia, me ha elegido a mí y a un grupo selecto de sacerdotes para liderar la monumental tarea de

reconstruir el Templo de Nela-Shur. Hemos sido nombrados sacerdotes del Templo.

—¿Desde cuándo el rey jersa hace nombramientos entre los nuestros? —preguntó Rayhem, indignado.

—Con el acuerdo de nuestro futuro rey Belbarozh, por supuesto —respondió Loran, haciendo una rápida inclinación de respeto hacia el cielo, buscando en su gesto una señal de aprobación divina.

Rayhem lo miró con escepticismo, pero su tono se mantuvo firme.

—Tú eres sacerdote del Templo, y yo soy el sacerdote embajador de Beluria —replicó con orgullo.

—Deberías saber que los sacerdotes del Templo son la máxima autoridad después del rey y del sumo sacerdote —añadió Loran orgulloso.

—¿Por qué querías reunirte conmigo? —preguntó Rayhem, cambiando de tema para evitar entrar en medidas de poder y tocando su pecho con disimulo, donde guardaba la carta para el príncipe Belbarozh, ya decidido a no entregársela.

Loran suavizó su expresión y, con una sonrisa calculada, lo miró a los ojos.

—Rayhem, no me estás entendiendo. No he venido a discutir. Te ofrezco la oportunidad única de ascender y ser un sacerdote del Templo como yo, un honor reservado solo a los más dignos —dijo, mientras su mirada se hacía más penetrante.

Mientras continuaba, sin romper el contacto visual, Loran deslizó con cuidado un pequeño frasco hacia Rayhem, que quedó frente a él sobre la mesa.

—El camino está despejado para ti, siempre y cuando estés dispuesto a asegurarte de que cierto individuo indigno, uno de los nuestros, sea… retirado discretamente de escena.

Rayhem miró el frasco con atención y los engranajes de su mente comenzaron a girar. Las palabras de Neela, su difunta abuela, resonaron en su cabeza como un eco insistente: «No lo hagas,

Ray…», una advertencia que lo empujaba hacia la sensatez. Al final, con gesto decidido, Rayhem sonrió y apartó el frasco de un manotazo, haciéndolo caer al suelo, donde se rompió, derramando su contenido transparente entre la paja y el barro de la taberna.

—No puedo hacerlo, Loran. No es justo ni honorable. No podemos juzgar y ejecutar a nuestros propios compañeros de esa manera —dijo, inclinándose hacia adelante con firmeza—. En lugar de eso, deberíamos investigar a este sacerdote supuestamente corrupto, reunir pruebas de sus actos y llevarlo ante las autoridades del Templo. Así, la justicia prevalecería sin necesidad de quitarle la vida a nadie.

Loran, desconcertado por la respuesta de Rayhem, guardó silencio por un momento. Luego, su semblante se endureció y una sombra oscura cruzó por su mirada.

—Espero que no te arrepientas de tu decisión —dijo en un tono bajo, con los ojos fijos en los de su compañero.

La tensión crecía entre ambos cuando una figura se deslizó desde la barra. Zarhel, quien había estado observando la conversación desde el inicio, se movió con agilidad hacia la mesa de los sacerdotes. A pesar de su baja estatura, Zarhel era rápido y se situó detrás de Loran sin que este lo notara, con la mirada fija en el gran sacerdote.

El ambiente de la taberna se tensó y las conversaciones y risas cesaron mientras los presentes observaban la confrontación. Zarhel, desde su posición detrás de Loran, aguardaba cualquier señal de peligro.

Loran, con el rostro encendido de ira, giró la cabeza, clavando su mirada en Zarhel, que se encontraba justo detrás de él. Respirando con fuerza, devolvió la mirada a Rayhem con impotencia antes de empujar la silla hacia atrás, haciendo que cayera con un golpe sordo al suelo, y salió de la taberna dando un portazo que resonó en el aire.

La calma siguió a la tormenta, y poco a poco el bullicio de la taberna regresó mientras los parroquianos volvían a sus

conversaciones ignorando por completo lo sucedido.

Rayhem sintió una presencia etérea que lo envolvía, reconfortante como una manta que aliviaba el pesar de su alma. Era la esencia inconfundible de su abuela Neela, una conexión profunda que persistía a pesar de su paso al más allá. Aunque había dejado este mundo, su espíritu seguía guiándolo.

Una voz suave y firme se entrelazó con los murmullos de la taberna, envolviendo a Rayhem como una melodía antigua.

—Has elegido muy bien, mi querido Ray —susurró la voz de Neela, impregnada de orgullo—. El poder obtenido a través de la corrupción nunca ha sido el camino de Bel-Hur. Sé honrado, Ray, como yo te enseñé. Sigue el sendero de la verdad. Jamás dejes que las sombras del mundo manchen tu espíritu.

Mientras tanto, Zarhel observaba a Rayhem, quien parecía abstraído en su propio mundo, con la mirada perdida y el semblante distante. Sin darse cuenta de la conexión espiritual de su compañero, Zarhel se acercó en silencio a la silla que Loran había volcado momentos antes. Con cuidado, la enderezó y se sentó frente a él, agitando una mano delante de su rostro, sin obtener la menor reacción.

Zarhel levantó una mano y con un gesto sutil indicó a Eldrin, el tabernero siempre atento, que le trajera otra cerveza. Eldrin, moviéndose con la agilidad de un viejo pero experimentado acróbata, se abrió paso entre el gentío y colocó una jarra espumosa frente a Zarhel, que le respondió con una sonrisa agradecida. En su taberna, los embajadores de Beluria nunca pagaban.

Rayhem, con los ojos cerrados, parecía ajeno al ajetreo a su alrededor. Su rostro reflejaba una paz profunda, sumido en sus pensamientos, ajeno al bullicio de la taberna, como si estuviera en comunión silenciosa con la presencia de su abuela. Zarhel, respetuoso, bebió en silencio, sintiendo que había cumplido con éxito su primer deber como guardián del embajador, vigilando en silencio a su amigo.

La escena era curiosa: un sacerdote perdido en sus pensamientos, explorando los misteriosos caminos de su mente en medio de una taberna bulliciosa, mientras Zarhel permanecía atento a su lado, vigilando su cuerpo.

En su interior, la imagen de su abuela Neela se formó con una nitidez sorprendente. Estaba envuelta en un halo de luz familiar, su expresión impregnada de esa sabiduría que tanto la caracterizaba.

—Abuela —pensó Rayhem, maravillado por la claridad de la conexión, sin necesidad de pronunciar palabra. Aunque siempre había hablado en voz alta con los espíritus, esta vez sentía que la comunicación trascendía las barreras del lenguaje.

—Estás progresando, Rayhem —respondió la voz de Neela en su cabeza, cálida y satisfecha—. Siempre supe que tu don era especial. Puedes conectar con quienes estamos aquí de una forma que pocos comprenden.

Un escalofrío de emoción recorrió la columna de Rayhem.

—La verdad es que, con la influencia que he ganado, no sé cómo aprovechar este don. ¿Cómo puedo servir mejor a Bel-Hur y a nuestro pueblo?

La figura de su abuela pareció sonreír dentro de él.

—Ya lo estás haciendo, Rayhem. Al mantener tu integridad, al negarte a caer en la trampa de la corrupción, ya estás sirviendo a Bel-Hur. Este don es solo una herramienta; tú eres el verdadero agente de cambio. Recuerda, eres la luz que puede guiar a otros hacia la verdad.

Rayhem sintió la certeza de aquellas palabras en su interior. Aunque la ira de Loran aún resonaba en sus pensamientos, sabía que había tomado el camino correcto.

—Abuela Neela —pensó, dejando que la tristeza impregnara su voz interna—, temo por Jarben. No sé si podrá superar esto. Cada vez que subo las escaleras hacia su habitación, temo lo peor…

La presencia de Neela lo envolvió como un abrazo hecho de luz.

—Ray, mi querido nieto, la vida está llena de miedos. Pero no puedes permitir que esos temores te paralicen. A pesar de su estado, Jarben es un luchador. Debes confiar en él y en los cuidados de Elysia. Ella es una curandera con un don especial.

—Pero, ¿y si…?

—Si Jarben se va, te dolerá, Ray —dijo Neela con dulzura—. Eso es parte de amar a alguien. Pero recuerda, la muerte no es el final; yo soy la prueba de ello.

Rayhem asintió, consciente de la verdad que encerraba cada palabra de su abuela, y respiró, encontrando consuelo en aquella conexión que lo trascendía todo.

Los ojos de Rayhem se abrieron despacio, dejando que la luz cálida de la taberna lo despejara. Frente a él, Zarhel sostenía una jarra de cerveza casi vacía; al notar que su compañero había regresado a la realidad, le dedicó una sonrisa. Sin hablar, ambos se levantaron y comenzaron a subir las escaleras, una ruta que Rayhem había recorrido muchas veces, pero que en esta ocasión se le hizo interminable. Cada peldaño parecía cargar con el peso de su preocupación, mientras la incertidumbre le oprimía el pecho.

Por fin llegaron ante una puerta desgastada por los años. Al otro lado se encontraba Jarben, más que un amigo, un hermano para Rayhem. Con un suspiro profundo, el sacerdote giró el picaporte y empujó la puerta, dejándose envolver por el calor familiar de la estancia.

La habitación estaba impregnada del aroma reconfortante de un estofado casero. Alrededor de la cama de Jarben se encontraban Shuraz, Anara y Edoz, que lo miraban preocupados. En el centro, recostado sobre un modesto colchón de paja, Jarben lucía mucho más vigoroso de lo que Rayhem había temido. Disfrutaba de un cuenco de estofado preparado por la tía de Anara, famosa por sus platos que no solo alimentaban el cuerpo, sino también el alma.

Rayhem sintió un alivio profundo al ver a su amigo con mejor semblante y, junto a Zarhel, se unió al grupo alrededor de la cama, disfrutando de la atmósfera de tranquilidad.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Rayhem con una voz cargada de emoción cuyo temor iba disipándose poco a poco.

Jarben esbozó una sonrisa débil, limpiándose los labios con el dorso de la mano antes de responder con voz ronca pero firme:

—Mejor, mucho mejor.

—No para de comer —dijo Edoz señalando a Jarben, que casi se atraganta de la risa.

Shuraz se acercó a Rayhem con curiosidad.

—¿Qué tal ha ido abajo? ¿Cómo fue la reunión con ese sacerdote?

Rayhem suspiró hondo y comenzó a relatar su encuentro con Loran en la taberna: la propuesta oscura de eliminar a un sacerdote corrupto, su rechazo firme a caer en la trampa de la corrupción y la consiguiente confrontación. Compartió también la visión de su abuela Neela, que le había recordado la importancia de seguir un camino de integridad.

Los presentes escucharon en un silencio solemne, y cuando Rayhem mencionó a los Ungidos de Kudram, la atmósfera en la habitación cambió. Las sonrisas desaparecieron, y en su lugar se produjo un tenso silencio. Todos conocían la enemistad histórica entre los Ungidos y los sacerdotes de Bel-Hur, pero ahora el conflicto era más cercano, más personal.

—El problema con los Ungidos de Kudram —comenzó Zarhel con su voz grave— es que están llenos de contradicciones. Predican la paz, pero no dudan en recurrir a la violencia cuando les conviene. No todos, claro, pero los suficientes como para manchar la imagen de todo el grupo.

—No se puede negar que algunos tienen actitudes muy cuestionables, y lo digo por experiencia propia —añadió Anara, asintiendo con seriedad mientras lanzaba una mirada a Shuraz,

quien apretaba los puños con frustración—. Sin embargo, también es cierto que en varias ocasiones han ayudado a la gente de nuestra ciudad. Es difícil saber qué pensar.

—Quizá la clave esté en no juzgar a todo un grupo por las acciones de unos pocos —intervino Jarben con voz serena, dejando el plato a medio acabar en la mesilla—. Las malas acciones de algunos Ungidos no deberían desacreditarlos a todos.

—Es un argumento que acabo de escuchar en boca de Loran aquí abajo, y aunque me cueste admitirlo, tiene algo de razón —dijo Rayhem pensativo.

—¿Olvidas que casi te matan? —preguntó Shuraz, cruzando los brazos y mirando a Jarben con severidad.

—No lo olvido, pero me niego a condenar a todos por lo que hicieron unos pocos —suspiró Jarben, manteniéndose firme.

Rayhem se inclinó un poco hacia adelante, manteniendo su mirada fija en su amigo—. ¿Recuerdas algún detalle del ataque que pueda sernos útil? —preguntó con un tono esperanzado.

—No mucho. Eran dos, un hombre y una mujer. Ambos llevaban máscaras y los acompañaba un extraño lobo violeta que me atacó. La mujer tenía un anillo peculiar… —Jarben hizo una pausa, pero antes de que pudiera continuar, Rayhem le interrumpió.

—¿Era un anillo de plata con una estrella de ocho puntas grabada y una gema negra en el centro? —preguntó, con la voz cargada de expectación.

—¡Así era! —respondió Jarben, sorprendido—. ¿Cómo lo sabes?

—Loran, el sacerdote con el que acabo de encontrarme, llevaba uno igual —respondió, pensativo, mientras las piezas de un oscuro rompecabezas empezaban a encajar.

—Es curioso —intervino Zarhel, frunciendo el ceño—. Hace poco, en una… «discursión» en el Pozo, me topé con un mercader corrupto que llevaba un anillo con un símbolo similar.

—¿Similar? —preguntó Rayhem, entrecerrando los ojos.

—Podría ser el mismo —admitió Zarhel, asintiendo—. Aunque no me fijé demasiado, recuerdo que tenía varios anillos puestos, antes de que un tigre celeste le arrancara la cabeza en la arena del Pozo.

Nadie se atrevió a indagar más sobre la «discusión». Shuraz, sin embargo, dejó escapar una sonrisa y lanzó una mirada cómplice a Zarhel, quien respondió arqueando las cejas.

—¿Será posible que todos formen parte del mismo grupo? —especuló Anara con el ceño fruncido—. ¿Estarán conspirando contra nosotros?

—O quizá es la insignia de un culto exclusivo para mal nacidos —bromeó Edoz, soltando una carcajada—. Apuesto a que hay que hacer algo despreciable para poder entrar…

Edoz lanzó una mirada a Rayhem, incitándolo a seguir la broma. Este, fingiendo un tono solemne, se inclinó hacia adelante.

—Seguro que tienen que hacer llorar a un niño pequeño, de esos que apenas están aprendiendo a caminar —murmuró el sacerdote, adoptando una expresión grave—. Eso sí, solo los días nublados, que los cabrones son muy místicos.

Rayhem le guiñó un ojo a Jarben, quien no tardó en seguirle el juego. Las risas tímidas comenzaron a aflorar.

—Tal vez tengan que robarle el mendrugo de pan duro a un mendigo para desayunar —propuso Jarben, haciendo una exagerada mueca de malvado mientras miraba a Anara, provocando otra ronda de risas.

—Yo creo que tienen que tirarle piedras a las palomas en la plaza central, pero solo a las de color blanco —intervino ella, sonriendo mientras lanzaba una mirada de reojo a Shuraz—. Las grises no cuentan, son demasiado comunes para su nivel de maldad.

—Para entrar, seguro que tienen que confundir a una anciana con direcciones falsas hasta que termine dando vueltas en círculo por todo el mercado —apuntó Shuraz, mirando a Zarhel mientras las risas crecían.

—O quizá deban aprender a quemar libros de poesía a la luz de la luna, mientras se ríen como locos —agregó Zarhel con una sonrisa de complicidad hacia Edoz mientras las carcajadas del grupo empezaban a ceder.

—O tal vez solo necesitan tener una colección de pies de estatuas robados. Ya sabes, para demostrar que están dispuestos a recorrer un camino oscuro —remató Edoz, contagiando a todos con su risa.

Las carcajadas llenaron la habitación, resonando como un bálsamo para sus preocupaciones. Por un instante olvidaron las tensiones y el peligro que los acechaba. Fue un momento precioso en el que la risa compartida aligeró el peso de la incertidumbre y les permitió recordar que, a pesar de todo, aún tenían motivos para sonreír.

Después de tomar una profunda bocanada de aire y secarse las lágrimas provocadas por la risa, fue Jarben quien recuperó la seriedad.

—Debemos descubrir qué significa este anillo y cómo está conectado a los Ungidos. No podemos pasar por alto ningún detalle —dijo con calma, recorriendo con su mirada a los presentes.

Rayhem, sumido en sus pensamientos, asintió. Un silencio cargado de tensión se apoderó de la habitación, hasta que Anara lo rompió.

—Si este anillo es realmente el sello de algún culto o sociedad secreta, entonces estamos lidiando con algo mucho más grande de lo que imaginábamos —admitió, con un ligero temblor en su voz.

—Tenemos que mantenernos unidos en esto —añadió Shuraz con firmeza, clavando su mirada en Anara—. No podemos permitir que esto nos divida.

—Shuraz tiene razón —secundó Edoz, más serio de lo habitual—. Si hay tantas personas dudosas con ese anillo, al menos tenemos una pista para saber en quién confiar y en quién no.

—No podemos permitir que este problema se extienda más allá de Alonia —dijo Zarhel, tajante—. Nela-Shur debe mantenerse libre

de esta corrupción.

Rayhem, decidido, sacó la carta que había optado por no entregar a Loran. Sin decir una palabra, la acercó a la llama de una vela. La carta se encendió y la arrojó a una palangana en el suelo, donde se consumió hasta convertirse en una hebra de humo negro que impregnó el aire con un olor acre.

—El príncipe se enterará de la muerte del sumo sacerdote, pero no a través de una fría carta que cualquiera podría interceptar —explicó Rayhem, mientras el humo se desvanecía—. Con el enemigo dentro de nuestras propias filas, debemos andar con mucho cuidado.

En ese momento, alguien llamó a la puerta y todos se giraron, la amenaza inminente llenó el aire. Anara, en silencio, se acercó y la abrió despacio. Al otro lado, la anciana Elysia susurró algo a su sobrina antes de marcharse.

—La mujer que te salvó está abajo —dijo Anara, dirigiendo una sonrisa a Jarben—. Creo que deberíamos agradecérselo.

—Me prepararé y bajaré con vosotros —decidió Jarben, intentando levantarse, pero Anara lo detuvo con suavidad.

—Tú no vas a ninguna parte —replicó ella, y lo ayudó a recostarse de nuevo—. Yo iré en tu lugar.

—Discúlpame ante ella y agradécele que me haya salvado —murmuró Jarben, tapándose con la manta y cerrando los ojos.

—Claro, y mientras tanto, tú descansa un poco —dijo Anara, dándole una palmadita en el hombro antes de dirigirse a la puerta.

16
Agradecimientos y decisiones

Las dos mujeres se miraban fijamente desde lados opuestos de la mesa. Anara, la joven tabernera y recién nombrada cónsul, tenía el rostro marcado por el cansancio de muchas noches sin dormir, aunque su belleza natural seguía presente en cada movimiento. Frente a ella se sentaba una figura delgada, envuelta en ropas de viaje negras con hilos plateados que desprendía un aire enigmático. Su cabello, largo y rizado, era de un rojo intenso, como el fuego. Un sombrero de ala ancha ocultaba gran parte de su rostro, pero las dos cicatrices visibles en sus pómulos captaban la atención de quien la mirara. Anara, sin embargo, evitaba posar su vista en esas marcas, incómoda con lo que sugerían.

Rayhem apareció con tres jarras de cerveza, las sirvió con habilidad y se sentó junto a ellas. Ajustó su hábito y miró a la joven de cabello rojo con curiosidad.

—Me llamo Lyria —se presentó la joven pelirroja quitándose el sombrero para saludar y volviéndoselo a poner a continuación.

—Lyria, no sabes cuánto apreciamos lo que hiciste por Jarben —empezó Anara.

La mujer dejó escapar una leve sonrisa que apenas suavizaba las cicatrices de su rostro, asintió y tomó su jarra de cerveza.

—Solo hice lo que creí correcto —respondió con voz serena—. Jarben es un buen hombre. No podía dejarlo morir.

Rayhem la observó con interés y se inclinó un poco hacia ella.

—¿Conocías a Jarben? —preguntó, con voz pausada.

—¿Quién no ha oído hablar de los embajadores de Beluria? Sois bastante famosos —respondió ella, jugueteando con su jarra—. Pero a Jarben lo había escuchado nombrar mucho antes. Se decía que un sepulturero belurio en Alonia conservaba la mayor biblioteca sobre el antiguo saber de nuestra tierra. Mi padre era belurio y heredé de él su amor por la lectura. Siempre quise conocer a Jarben y ver por mí misma esa colección de conocimiento.

—Una conexión interesante —comentó Anara, mirando a Lyria con un toque de curiosidad.

—Sí, mi abuelo era bibliotecario en Nela-Shur. Si aún viviera, estaría ayudando a Jarben a catalogar sus libros —explicó Lyria—. Hace tiempo, un comerciante al que protegí en un viaje a las islas Zaregas me habló de un intercambio de libros que tuvo con un sepulturero albino de Alonia.

—¿Y a qué te dedicas? —preguntó Anara, tomando un sorbo de su cerveza.

—Soy mercenaria. Una autoridad de Alonia me contrató antes de la caída de la ciudad, pero cuando llegué, los Jersas ya habían tomado el control y mi patrón había desaparecido tras el asedio. Así que aproveché la oportunidad para buscar a ese famoso sepulturero albino y ofrecerle mi ayuda.

—El destino estuvo acertado al cruzarte en nuestro camino. Si no hubieras estado allí, Jarben podría haber muerto —dijo Rayhem con gratitud—. Te lo agradecemos de corazón.

—No ha sido nada —respondió Lyria con humildad—. Agradezco vuestras palabras. Solo espero que Jarben se recupere por completo.

—Está en buenas manos, gracias a ti —afirmó Anara, sonriendo y levantando su jarra—. Por Jarben y por la valentía de Lyria.

—Por Jarben y por Lyria —repitió Rayhem, alzando su jarra con solemnidad—. Que Bel-Hur te bendiga por tu valor y tu nobleza.

Lyria levantó su jarra, agradecida.

Tras brindar, Lyria se despidió y salió del lugar sin apenas tocar su cerveza, dejando a Anara y Rayhem bebiendo juntos.

Anara observó la puerta por la que Lyria acababa de salir y permaneció un momento en silencio antes de volver la mirada hacia Rayhem. Él también seguía la misma dirección, perdido en sus pensamientos mientras giraba la jarra de cerveza entre las manos.

—Es una mujer muy interesante, ¿verdad? —comentó Anara con una sonrisa insinuante.

Rayhem arqueó una ceja y la miró, aunque intentó mantener su rostro serio.

—Lo es, aunque hay algo inquietante en su forma de ser. Esas cicatrices en los pómulos… —dijo Rayhem, con voz pensativa—. Me pregunto qué historia hay detrás de ellas.

Anara asintió, recordando las marcas que recorrían el rostro de Lyria.

—Sí, yo también me lo he preguntado. Pero creo que no es solo su historia lo que te tiene intrigado, Rayhem —respondió la joven con una sonrisa traviesa—. Es muy atractiva. Su cabello, esos ojos que parecen atravesarte… ¿No crees?

Rayhem sintió que el calor subía a sus mejillas y apretó los labios, desviando la mirada hacia su jarra como si de repente fuese lo más interesante del mundo.

—Sabes bien que no debo… No puedo permitirme pensamientos de ese tipo. Mis votos me lo prohíben. No puedo renunciar a mi camino espiritual por algo tan… tan mundano —dijo incómodo, con una sonrisa forzada y tratando de disimular.

Anara soltó una carcajada y le dio un suave codazo en el brazo.

—Vaya, Rayhem, qué vida tan aburrida. De verdad, tú te lo pierdes. A veces pienso que te vendría bien relajarte un poco, no todo es rezar y meditar.

Él la miró, y aunque intentó mantener la compostura, acabó soltando una risa que se fue contagiando de la de Anara hasta que ambos acabaron a carcajadas.

—Tal vez tengas razón —admitió por fin con una sonrisa que le iluminó el rostro—. Pero cada uno tiene su camino. Y el mío, aunque austero, me da paz.

Anara lo miró con ternura.

—Lo sé, lo sé. No te preocupes, Rayhem. Siempre habrá mujeres misteriosas que se crucen en tu camino —respondió, guiñándole un ojo—. Quizá algún día dejes de mirar al cielo.

La risa compartida entre Rayhem y Anara fue disminuyendo hasta que la atmósfera de la taberna volvió a envolverlos en un silencio más introspectivo. Rayhem se pasó la mano por la barbilla, pensativo, y miró de reojo a su compañera. Ella jugaba distraídamente con su jarra. Su sonrisa se había desvanecido un poco, y Rayhem, notando la sombra de algo más profundo en su expresión, decidió preguntar.

—Ya que hablamos de romances y misterios —dijo con un tono más suave—. ¿Cómo llevas lo tuyo con Shuraz?

La mención del nombre del guerrero hizo que Anara soltara un suspiro pesado, y su mirada se volvió hacia el fuego que crepitaba en la chimenea. Se mordió el labio, dudando antes de responder.

—La verdad, no sé si lo llevo bien —admitió con la voz teñida de dolor—. Me gusta estar aquí, con vosotros, con todo lo que estamos haciendo, pero a veces… no sé si estoy haciendo lo correcto quedándome. No sé si debería irme, poner distancia. Verle cada día me resulta muy difícil. Quizá si me alejo, si me marcho por un tiempo, el dolor no sería tan fuerte.

Rayhem frunció el ceño. Su preocupación era evidente, y tomó la mano de Anara por encima de la mesa, con un gesto cálido. La joven lo miró con un destello de sorpresa en sus ojos, pero no apartó la mano.

—Sé que no es fácil —dijo con sinceridad—, pero creo que deberías pensarlo bien antes de tomar una decisión tan drástica. Shuraz es un buen hombre… a su manera. Y aunque no sea perfecto, creo que si decides quedarte, las cosas podrían mejorar. Pero si decides irte… —hizo una pausa, respirando hondo— te echaría demasiado de menos. Así que, por favor, no lo hagas sin estar segura.

Anara bajó la mirada mientras sus dedos jugueteaban con los de Rayhem por un momento antes de retirar la mano. Parecía querer decir algo más, algo que luchaba por salir de su pecho, pero tragó saliva y negó con la cabeza.

—Gracias, Rayhem, de verdad, gracias por tus palabras. Pero hay cosas… que prefiero no contar. No ahora —dijo con una sonrisa forzada apartando la mirada.

Rayhem la observó con atención y decidió no presionarla. No era su estilo forzar a nadie a hablar, y confiaba en que Anara lo haría cuando estuviera lista.

—Lo entiendo —respondió con suavidad, esbozando una sonrisa tranquilizadora—. Pero recuerda, si algún día quieres charlar, aquí estaré. Siempre.

Anara asintió con un suspiro aliviado, y aunque no se lo dijo, pensó en su noche con Edoz. Era un consuelo saber que tenía a alguien en quien confiar.

La taberna El Templo Belurio vibraba vital en la quietud de la noche. A un lado, apartados del bullicio, los embajadores de Beluria se reunían en una mesa reservada para ellos.

—¡Por fin estamos todos juntos! —exclamó Shuraz con una sonrisa amplia como un filo de espada. Las llamas del hogar cercano bailaban en su rostro, delineando su perfil con sombras danzantes. A pesar de su expresión alegre, su mirada se perdía en el fuego, vislumbrando las batallas aún por librar. Sus dedos tamborileaban en la mesa, una señal clara de su impaciencia.

El suave sonido del vino al ser vertido llenaba el aire. Detrás del mostrador, Anara, la joven tabernera recién nombrada cónsul, se

movía con la destreza de siempre, llenando jarras para los parroquianos. Sin embargo, sus ojos regresaban una y otra vez a la mesa apartada, donde se encontraban los suyos. Cuando por fin se unió a ellos, lo hizo con una seriedad poco común. En sus manos sostenía una taza humeante que extendió hacia Jarben.

—Tómate esto mientras aún está caliente —dijo, guiñándole un ojo—. Es una receta de mi tía, lo mejor para el dolor.

Jarben, el sepulturero albino, aceptó la taza con una leve inclinación de cabeza. Con su pierna vendada y el cuerpo magullado, su figura parecía más frágil bajo la luz titilante de las velas, que jugaban con su piel pálida. Sus ojos rosados, llenos de tristeza, y su rostro permanecían impasibles mientras soplaba la bebida y se calentaba las manos con la taza.

—¿No crees que deberías dejar ya el trabajo de tabernera? —comentó Edoz, apoyándose en la mesa y lanzándole una mirada inquisitiva a Anara—. Ahora eres cónsul de Beluria, oficialmente formas parte del séquito del excelentísimo embajador Rayhem, nada menos.

Edoz, el verdugo, se reclinó en su asiento, con los ojos entrecerrados mientras se masajeaba la sien con gesto cansado. Las luces del hogar atravesaban las botellas tras el mostrador y le daban a su mirada un destello fugaz, como estrellas atrapadas en la resaca. La reciente borrachera aún le pesaba, y solo la cerveza ante él parecía capaz de aliviar su malestar.

—Mientras pueda ayudar a mi familia, seguiré haciéndolo —replicó Anara con expresión severa—. Además, aún no tenemos ningún trabajo como embajadores, ¿verdad, Rayhem?

—Y puede que pase mucho tiempo antes de que el reino se asiente y tengamos alguna misión —añadió Rayhem, tratando de aportar serenidad a la conversación—. Hasta entonces, nos mantendremos ocupados con lo que tengamos a mano.

Rayhem, el sacerdote de Bel-Hur y ahora también embajador de Beluria, parecía encontrarse en su elemento. Sus ojos brillaban con la devoción de siempre, mientras sus dedos jugaban con un collar de

oración, recorriendo cada cuenta con una precisión casi ritual. Estaba seguro de que Bel-Hur no había abandonado a su pueblo, y él tampoco lo haría.

Zarhel, que hasta entonces había permanecido en silencio, se obligó a intervenir. Su voz grave rompió la calma.

—No pienso volver a la Torre Roja. Haré lo que sea necesario para proteger tus espaldas, Rayhem.

—Gracias, Zarhel —respondió este con una sonrisa.

En el rincón más sombrío de la mesa, casi fundido con la penumbra, se encontraba el enigmático carcelero. Su rostro permanecía en la sombra, convertido en una máscara de serena quietud. De todos, él era el más silencioso; su presencia solo se delataba por el leve brillo de sus ojos cuando se giraban hacia la conversación, revelando una mente perspicaz y una voluntad de hierro que se escondían tras su aparente calma y su rudo aspecto.

—Creo que debemos recordar quiénes somos y por qué estamos aquí —dijo Anara, mirando a cada uno de sus compañeros—. No somos solo embajadores; somos el alma de Beluria.

Shuraz, que se encontraba a su lado, asintió con la cabeza antes de intervenir.

—Ya estoy reuniendo hombres para formar nuestro ejército —anunció con la mirada fija en Anara—. ¡Necesitamos medios para luchar y defender a nuestra gente! No podemos quedarnos sentados aquí mientras los Ungidos amenazan a nuestro pueblo.

—Shuraz, la lucha no siempre significa empuñar una espada —intervino Jarben con voz baja y pausada—. A veces se trata de entender, aprender y tomar decisiones difíciles. Debemos pensar en lo que es mejor para Beluria, no solo ahora, sino para su futuro.

—¡Ja, ja, ja! ¡Oh, por Bel-Hur, Jarben! Siempre tan sabio —rio Edoz, soltando una carcajada mientras alzaba su jarra de cerveza—. Pero tienes razón, la lucha no siempre es con una espada. A veces, es con una botella de vino en la taberna.

Anara sonrió, sacudiendo la cabeza con una mezcla de diversión y resignación ante el humor de Edoz, mientras el ambiente se relajaba.

Zarhel, sin embargo, no compartió la risa.

—Estamos en la oscuridad —dijo, mirando de un lado a otro antes de fijar sus ojos en los demás—. Necesitamos luz, necesitamos información. Tenemos ratas en el barco, y hay que encontrarlas antes de que nos hundan.

—Estamos aquí porque Bel-Hur nos ha llamado —afirmó Rayhem con convicción—. Cada uno de nosotros tiene un papel que desempeñar. No estamos solos. Bel-Hur está con nosotros.

—¿Bel-Hur? ¿Dónde está Bel-Hur? Porque yo no le veo. Tal vez deba beberme un barril de esto —replicó Edoz con sarcasmo, levantando su jarra y dándole un trago largo— para poder verlo.

—No seas impertinente, Edoz —intervino Rayhem, manteniendo la compostura mientras le sostenía la mirada.

Un escalofrío recorrió el lugar, anticipando lo inevitable cuando Edoz, de golpe, se levantó de su asiento y se encaró al sacerdote.

—¿Y dónde estaba Bel-Hur cuando mataron a Mushan, eh, señor embajador? —gritó, con voz cargada de amargura—. ¡Dime, Rayhem, ¿dónde?!

Rayhem, sin parpadear, sostuvo la mirada de Edoz en un silencio incómodo, dejando que las palabras hirvientes de su compañero se evaporaran en la atmósfera densa de la taberna. Tras un momento, Edoz suspiró y, con el rostro cansado, volvió a dejarse caer en su silla.

—Empiezo a dudar de que vierais a Bel-Hur en los Jardines Laberinto —gruñó Edoz intentando calmarse, terminando su bebida con un último trago y bajando la mirada hacia la mesa.

—Fue real, Edoz —dijo Anara con el ceño fruncido y la mano derecha cerrada en un puño sobre su pecho—. Yo no solo lo vi, también lo sentí en mi interior.

El silencio que siguió se hizo denso.

En la bulliciosa taberna, Anara se levantaba de la mesa donde conversaba con sus compañeros embajadores y de vez en cuando ayudaba a sus tíos a atender a los numerosos clientes que abarrotaban el lugar. Las risas, las canciones y el murmullo de voces llenaban el aire mientras la joven, con una expresión pensativa, atendía a los peregrinos que pedían raciones y bebidas.

Después de servir a un grupo de viajeros, Anara se acercó a su anciana tía, que llenaba jarras para otro grupo de sedientos clientes.

—Tía, necesito hablar contigo —le susurró, buscando un momento de respiro en medio del ajetreo.

La mujer, siempre comprensiva, dejó de lado su trabajo por un instante y se volvió hacia ella con una sonrisa cálida.

—¿Qué te preocupa, querida? —preguntó, cogiendo su mano con cariño.

Anara bajó la voz, intentando contener la emoción que amenazaba con desbordarse.

—He estado pensando y siento que mi lugar no está aquí, en la taberna. Pronto partiremos a Nela-Shur, y sé que vosotros no podéis acompañarme en un viaje tan largo.

Su voz se quebró al final y sus ojos se llenaron de lágrimas que luchó por retener.

—Anara, siempre he visto la bondad en tu corazón —le dijo su tía con voz suave—. Si sientes que tu camino está más allá de estas paredes, debes seguirlo. Tu tío y yo siempre te apoyaremos. Ahora eres cónsul, y tu papel en la diplomacia de Beluria es crucial. Sé que serás esencial en la reconstrucción de Nela-Shur. Sabíamos que este día llegaría, era cuestión de tiempo.

Anara, con lágrimas en los ojos, miró a la que para ella era su madre.

—¿Me enseñarás el arte de la sanación antes de irme? —preguntó con voz temblorosa.

La tía le sonrió con ternura y asintió.

—Por supuesto, hija mía. Estoy orgullosa de ti, y será un honor transmitirte lo que sé antes de que emprendas tu viaje. Ven, sentémonos un momento y hablemos de lo que necesitarás.

Eldrin, el tío de Anara, tomó el timón de la taberna y ambas se acomodaron en un rincón tranquilo, alejadas del bullicio de los parroquianos. La tía comenzó a hablar con una voz suave y melodiosa.

—La sanación es un camino de paciencia, compasión y de conexión con la energía que nos rodea. Te enseñaré a utilizar las hierbas medicinales y a canalizar la energía a través de tus manos. Pero, más allá de eso, aprenderás a escuchar a quienes buscan tu ayuda, a entender sus necesidades.

Anara la escuchaba con atención, emocionada.

—Recuerda que la sanación no se limita a lo físico —continuó la tía—. A veces, lo que más necesitan las personas es una palabra de consuelo, una presencia que les devuelva la esperanza. Serás un faro para quienes atraviesan la oscuridad, un apoyo en tiempos difíciles. Y para ello debes liberarte de cualquier carga negativa.

Anara sonrió mirando hacia el suelo, intentando disimular. Luego cogió aire y miró a su tía a los ojos.

—Estoy lista para ser una sanadora valiosa para nuestra gente —dijo con gratitud.

La tía la miró con orgullo antes de abrazarla. Anara, con las lágrimas ya secas, regresó a la mesa donde la esperaban sus compañeros embajadores. Se detuvo un momento antes de hablar, respirando profundamente:

—He tomado una decisión. Me quedaré un tiempo con mis tíos. Ahora que mis labores como cónsul aún no son urgentes, quiero aprovechar la oportunidad de aprender las artes de la curación. Además, necesito pasar estos últimos momentos con ellos antes de partir. No me acompañarán a Nela-Shur; el viaje es demasiado largo, y si no comparto este tiempo con ellos ahora, sé que en el futuro me arrepentiré.

Shuraz asintió con una expresión de tristeza ante la anunciada ausencia de Anara.

—Cuenta con nuestro apoyo. Nosotros nos ocuparemos de los traidores mientras tanto —dijo el guerrero, golpeando la mesa.

Rayhem se acercó a ella.

—Es una sabia decisión, Anara. Además, así podrás cuidar de Jarben mientras se recupera, ¿verdad?

Jarben, que había escuchado la conversación desde su rincón, asintió con una sonrisa agradecida, acariciando el vendaje que le causaba un picor insoportable.

—Así es —respondió—. No me importa quedarme un poco más, aquí estoy bien cuidado.

Edoz, pensativo, pidió otra ronda y repartió una jarra para cada uno de los presentes. Con una sonrisa torcida, levantó su bebida.

—Por Anara, la única en este grupo con algo de sentido común —proclamó, sugiriendo un brindis.

Los demás levantaron sus jarras al unísono, brindando en honor a la joven, mientras Anara, emocionada y entre lágrimas, aceptaba el cariño de sus compañeros.

17
Encuentros

Anara estaba terminando de limpiar la taberna vacía. Contó el dinero, preparó la leña para el día siguiente y cambió la paja del suelo. Con las piernas agotadas, se sentó a descansar y cerró los ojos un momento, cuando escuchó el sonido de la puerta.

—Está cerrado —dijo en voz alta, pero no vio a nadie entrar. Se acercó y comprobó que la puerta estaba cerrada por dentro. Tal vez había sido su imaginación; el cansancio le pesaba.

Al girarse, un escalofrío recorrió su espalda: en la mesa de la que acababa de levantarse estaba sentada una figura desconocida. Anara se quedó paralizada, intentando reconocer a la enigmática mujer. Entonces recordó haberla visto antes.

Parecía una princesa jersa recién llegada de la corte real, una aparición etérea y majestuosa. Su cabello y su piel pálida irradiaban una belleza imposible, y sus ojos, de un iris blanco reluciente, no parecían pertenecer a este mundo. La joven se sintió diminuta ante la opulencia de la mujer. Sus ropas exquisitas, las joyas que relucían en la penumbra… Todo indicaba un estatus inalcanzable para ella.

Anara no sabía si estaba frente a una reina, una diosa o un ser aún más extraordinario. La figura enigmática sonrió con calma, un gesto que parecía encerrar un secreto inconfesable. A pesar de la inquietud que la invadía, Anara sintió una extraña paz en su presencia. Confusa, incluso emocionada, se preguntó si era la misma que le había salvado la vida.

Recordó aquel día en Baja Alonia, cuando la banda de delincuentes intentó atacarla y, antes de que pudiera reaccionar, fueron eliminados de manera brutal. La princesa jersa apareció en ese instante como su salvadora, solo para desaparecer después como un suspiro.

Ahora, la mujer estaba de nuevo frente a ella, y Anara, confusa, sintió ese mismo asombro.

—Siéntate, debo hablar contigo —le pidió la mujer con una voz suave y celestial.

Anara se acercó y, al hacerlo, percibió un perfume sublime, como de otro mundo.

—Querida, eres más importante de lo que jamás has imaginado —comenzó la noble jersa con un acento desconocido—. Tu sangre azul es la razón de que esté aquí. Estás destinada a reinar en Nela-Shur, aunque no de la forma en que piensas. Antes, recibirás un regalo inesperado que te preparará para el trono de Beluria. Y, juntos, nuestros reinos crearán un gran mañana.

—¿Quién eres? —susurró Anara, boquiabierta.

—Soy tu destino. Prepárate —respondió la mujer.

Anara parpadeó y la mujer se desvaneció tan rápido como había llegado, dejándola sola, sentada en la mesa. Se llevó una mano a la frente, desconcertada.

—Ha sido solo un sueño —pensó mientras el aroma de la misteriosa presencia aún flotaba en el aire.

—Abuela, estoy a punto de emprender el viaje de regreso a Nela-Shur —pensó Rayhem, que se dejó envolver por sus recuerdos y, en silencio, sintió que conversaba con su difunta abuela, Neela. Sus pensamientos parecían alargarse hasta ese rincón donde ella aún existía—. Mi querido nieto —respondió la voz suave de su abuela—, siempre estoy contigo, aunque no podamos hablar como antes.

—Siento tu presencia —dijo Rayhem en su cabeza—. Tus enseñanzas me guían cada día. Gracias por seguir a mi lado, abuela.

—Siempre estaré aquí, Rayhem —respondió ella con la ternura que él recordaba tan bien—. Has recorrido un largo camino y estoy orgullosa de ti.

Rayhem dejó escapar una sonrisa, sintiendo en su interior el calor de sus palabras. Pero, enseguida, una punzada en el pecho lo devolvió a la incertidumbre.

—A veces temo lo que nos espera, abuela. Dudo de si estamos preparados, pero sé que no estoy solo. Tengo a mis amigos conmigo.

—Confía en ti y en ellos, Rayhem. Juntos sois más fuertes de lo que creéis. El regreso a Nela-Shur será una oportunidad para mostrar que el esfuerzo de los belurios por resistir ha servido para algo.

—Gracias, abuela. Tus palabras siempre me dan fuerza.

—Ray, siempre tendrás mi apoyo. Ahora ve, cumple con tu misión y lleva esperanza a nuestro pueblo —dijo Neela en sus pensamientos, como un eco suave y seguro.

Rayhem permaneció en silencio, sintiendo que el amor de su abuela le daba el valor que necesitaba. Mientras el bullicio de la calle lo envolvía de nuevo, la fortaleza que ella le había brindado se convirtió en su compañera de viaje, lista para enfrentarse a todo lo que en Nela-Shur le aguardaba.

18
La isla

Se despertó con un sobresalto, sintiendo la arena áspera bajo su cuerpo. Abrió los ojos poco a poco, confundida por la extraña sensación de no saber dónde estaba. A su lado, el lobo de mar permanecía sentado y tranquilo, esperando paciente a que ella despertara.

Con un estremecimiento, la guardiana se levantó y miró a su alrededor con ojos incrédulos. Ante ella se extendía una playa desolada, salpicada de gigantescos esqueletos que se alzaban como monumentos silenciosos de un pasado olvidado. El sol comenzaba a elevarse en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos dorados y bañando la isla con una luz cálida.

Las grandes aves de color ceniza se posaban sobre las arcadas de huesos, observándolos con curiosidad y expectación. La mujer sintió un escalofrío recorrer su espalda mientras se ponía de pie. El hombre le ofreció la mano y ella agradeció la ayuda. Se miraron conscientes de que debían explorar juntos ese extraño lugar.

—Parece que hemos llegado a tierra —murmuró la guardiana, mientras sentía la brisa marina acariciar su rostro.

Él asintió con la cabeza. Sus ojos brillaban con cautela mientras observaba las extrañas aves que los acechaban desde lo alto de los titánicos esqueletos que cubrían la isla.

—¿Te has fijado en esos pájaros? —preguntó, señalando hacia uno de ellos, que los observaba con ojos hambrientos desde lo alto

de un gran costillar cubierto de lianas y restos de maleza.

Eran criaturas horribles, enormes y desgarbadas, con un plumaje grisáceo y alas gruesas que les salían de una especie de brazos. Sus patas largas se asemejaban a las piernas humanas, y su presencia llenaba el aire de una sensación inquietante.

—¿Qué son? —preguntó la guardiana tapando el sol con su mano derecha mientras las observaba.

—No lo sé, jamás he visto nada parecido —respondió el lobo de mar con una sombra de preocupación en su voz—, y eso que he viajado por muchos lugares y he visto todo tipo de animales.

La guardiana frunció el ceño mientras observaba a una bandada volar en círculos sobre ellos.

—Son feísimas. Parecen malformadas, ¿no? —comentó, haciendo visera con su mano derecha para verlas mejor.

—Y no nos quitan ojo —agregó el lobo de mar con un tono sombrío—. Somos su comida.

Sin decir una palabra más, se dirigieron al interior de la isla. Les convenía buscar refugio entre la densa maleza que los rodeaba.

—¿Solo hemos sobrevivido nosotros? —preguntó ella, preocupada.

—Eso parece —respondió el lobo de mar, sacudiéndose la arena de los pantalones.

En la playa, los vestigios del naufragio yacían dispersos, mientras en la distancia, otra macabra bandada de aves se daba un banquete con el cadáver de algún pobre infeliz.

—Parece que son carroñeras —murmuró la guardiana, con una mueca al observar cómo devoraban el cuerpo hasta los huesos. Quizá fuera un compañero de travesía.

—Tampoco parece que hagan ascos a las presas vivas —respondió el lobo de mar, escudriñando el horizonte, donde otra bandada planeaba en círculos sobre ellos.

Las aves, obedeciendo a un instinto primitivo, cambiaron de repente su comportamiento. El cielo se oscureció bajo aquel siniestro

enjambre que se cernía sobre la pareja y se abalanzaron frenéticamente a por su festín.

Con estridentes graznidos y aleteos frenéticos, las aves desgarbadas se lanzaron sobre ellos, blandiendo sus afiladas garras y picos como armas amenazantes.

—¿Qué demonios os hemos hecho, aves del averno? —exclamó el viejo, protegiendo su cabeza mientras se agachaba ante la embestida.

La mujer cogió una rama del suelo y la blandió sobre su cabeza mientras él, con rápida destreza, les arrojaba piedras en un intento desesperado por repeler el ataque. Una de las rocas impactó contra una de las aves, ahuyentándola, mientras otra se lanzaba en picado hacia la guardiana abriendo sus afiladas garras negras. Con un rápido movimiento, ella esquivó el ataque y golpeó al pájaro con el palo en el estómago, rompiéndole algunas costillas y derribándolo sobre la arena.

Sin embargo, lejos de intimidar al resto de la bandada, el enfrentamiento pareció avivar su furia y descendieron en picado, emitiendo violentos graznidos.

—¡Son demasiadas! —gritó la guardiana, luchando por mantener a raya a las aves mientras avanzaban—. ¡Hacia el bosque!

Dos de ellas descendieron a la arena junto a su compañera herida, rodeándola con sus alas y resguardándola con su presencia. Este gesto de camaradería desconcertó a la guardiana, revelando una faceta inesperada en aquellas criaturas.

Las aves les picoteaban con ferocidad, arrancándoles jirones de ropa con cada embestida. Un agudo pinchazo en el hombro le recordó a la guardiana una antigua herida, ya cicatrizada.

—¡Fuera, malditos pajarracos del infierno! —gritó el lobo de mar, arremetiendo con furia y agarrando a una de las aves del cuello para estrellarla después contra la arena, dejándola fuera de combate.

A pesar de sus esfuerzos, continuaban atacándolos sin descanso, empujándolos hacia la orilla. La maleza parecía ser su única

esperanza de escape, pero las aves no les dejaban adentrarse en ella.

—¡Hacia el bosque! —exclamó la guardiana, señalando la densa vegetación—, ¡es nuestra única salida!

Ambos intercambiaron una mirada y con un grito al unísono, redoblaron sus esfuerzos, golpeando con todas sus fuerzas a las aves que se interponían en su camino. Avanzaron con dificultad entre el enjambre de criaturas, resistiendo los ensordecedores graznidos que perforaban sus tímpanos como agujas afiladas.

—¡Maldita sea, este ruido es insoportable! —masculló el viejo.

Sin embargo, las aves no cedían fácilmente. Con sus graznidos estridentes y los aleteos frenéticos, continuaron atacando.

La guardiana reaccionó con rapidez, golpeando con el palo la cabeza de uno de los pájaros que se abalanzaba sobre ella. El sonido del cráneo rompiéndose y la sangre del ave salpicando su rostro la hizo comprender que tenían un punto débil. En un ágil movimiento, esquivó los ataques de otras dos y las hizo chocar entre sí, acabando con ellas de un golpe seco.

—¡Tienen la cabeza frágil! —exclamó, limpiándose la sangre de la cara con un rápido gesto y adoptando una postura defensiva con el palo en guardia, como si empuñara una espada.

Mientras tanto, el hombre se enfrentaba a las aves a puñetazos, derribando una tras otra con furiosos golpes.

—¡Venid a mí, aves infernales! ¡Puedo con todas! —gritaba el lobo de mar, mostrando una resistencia feroz mientras las criaturas se amontonaban atontadas a sus pies.

Las plumas revoloteaban en el aire y la sangre salpicaba la arena blanca de la playa. Ambos luchaban con valentía por sus vidas, manteniendo a raya a sus agresores.

Por fin, lograron abrirse camino a través de los últimos metros de arena, adentrándose en la seguridad del bosque y dejando atrás a las furiosas aves que aún graznaban en la distancia.

Jadeantes y magullados, la guardiana y el lobo de mar se tomaron un momento para recuperarse, intercambiando miradas de alivio. Una vez recobraron el aliento, avanzaron con cautela a través del espeso bosque, vigilantes. La mujer aún sostenía el palo manchado de sangre, mientras que él avanzaba con los puños apretados y magullados, apartando la densa vegetación que se abría ante ellos como una cascada verde.

Atravesaron el espeso bosque entre el susurro de los árboles y el coro de los animales hasta llegar a una majestuosa cascada. El agua caía con fuerza desde lo alto de la roca, creando un velo de bruma blanca.

El murmullo de la cascada les dio la bienvenida, mientras un lago de ensueño reflejaba el cielo y el sol en un claro perfecto que parecía salido de un cuento.

—Parece que hay una cueva tras la cascada —observó la guardiana, señalando en aquella dirección.

—Así es —confirmó el lobo de mar, entrecerrando los ojos para vislumbrar mejor—. Casi se confunde con la roca. Mi vista ya no es lo que era.

—¿Crees que llegarán hasta aquí? —preguntó la mujer, mirando al cielo y apenas viendo pedacitos de azul.

—No lo sé —respondió el viejo—, pero mejor no arriesgarse. Vamos —añadió, adentrándose en el agua en dirección a la cascada.

La mujer lo siguió, fascinada por el espectáculo que se desplegaba ante sus ojos. Mientras avanzaban por las aguas cristalinas sintió una extraña sensación de calidez envolviéndola, como si el sol mismo hubiera decidido acariciarla con suavidad justo en aquel momento.

Bajo la superficie, un mundo vibrante y lleno de vida se revelaba ante ellos. Los peces multicolores danzaban entre las algas como pequeñas joyas vivientes que brillaban con la luz filtrada por el agua. Admirada, la guardiana contempló cómo los peces apenas esquivaban su paso, parecía que sabían que ella no les haría daño.

En medio de esa tranquilidad, la mujer sintió cómo el miedo se disipaba, desplazado por una sensación de esperanza. Sintió que los dioses le estaban enviando una señal.

—Tranquila, Anara —susurró la guardiana, cerrando los ojos y girando su cara hacia el cálido sol—. Te encontraré y volveré a tu lado.

El viejo lobo de mar se volvió hacia ella sin entender lo que mascullaba, pero al verla absorta en sus pensamientos, decidió no interrumpirla.

Al aproximarse a la cascada, el estruendo del agua rugiente se volvió ensordecedor, reverberando como un eco constante que resonaba en lo más profundo del bosque. La brisa fresca y húmeda, cargada de gotas de rocío, les acariciaba la piel mientras el arco iris se formaba en el resplandor del sol que se filtraba a través de la cortina de agua.

Sumergidos hasta la cintura, se adentraron bajo el torrente de agua. El mundo exterior se desvaneció en la penumbra, dando paso a un reino de sombras y así atravesaron la cascada hasta llegar a la cueva del otro lado.

La entrada, apenas perceptible detrás del velo de la cascada, era como una boca oscura. Las rocas circundantes estaban cubiertas de musgo verde y líquenes brillantes. El suelo, húmedo y resbaladizo, reflejaba la tenue luz que se filtraba desde fuera en pequeños charcos.

A su espalda, el sonido atronador de la cascada se convertía en un murmullo constante, acompañando cada paso con su rugido profundo. Las paredes de la cueva estaban adornadas con formaciones rocosas caprichosas que parecían cobrar vida en la tenue luz, proyectando sombras danzantes que jugaban en las paredes de piedra.

Entraron en la cueva con precaución. A medida que se adentraban, el aire se volvía más fresco, impregnado con el olor a tierra húmeda. En lo más profundo de la cueva, tras sortear varias

estalagmitas de más de medio metro, se reveló un santuario de tranquilidad.

—Parece que estamos a salvo —dijo la guardiana, dejándose caer sobre una roca para descansar mientras escurría su larga y canosa melena ante la mirada atenta del lobo de mar.

Ambos estaban empapados hasta los huesos, y dejaban un rastro de agua a su paso con cada movimiento. El lobo de mar observó con excitación a la guardiana. Sentía una atracción por la mujer difícil de ocultar. Tras mirarla con detalle, se aproximó y se sentó a su lado.

—A salvo… por ahora, —respondió el lobo de mar con voz serena, aunque sus ojos reflejaban cansancio—. No podemos bajar la guardia. Esta isla está llena de peligros.

La guardiana asintió con firmeza.

—Tienes razón —dijo—, tenemos que estar preparados.

El hombre percibió la desconfianza en la mirada de la guardiana y se preocupó. Conocía el efecto que su aspecto rudo y su pasado como pirata podían tener en algunos, y más en las mujeres, pero confiaba en que ella pudiera superar esos prejuicios.

—Lo sé —continuó, con tono comprensivo—. No te fías del todo de este viejo, ¿verdad? Sé que mi aspecto y mis formas pueden resultar incómodos, pero te aseguro que mi única intención es salir de esta isla, igual que tú.

La guardiana lo observó durante un momento.

—Lo siento —dijo la guardiana, relajando un poco su postura.— Es difícil saber en quién confiar.

—Lo entiendo —respondió él con calma—. Sigo siendo un hombre, a pesar de mi aspecto y mi pasado. Pero puedes confiar en mí, no soy el tipo de pirata al que debas temer.

—¿Así que eres un pirata? —preguntó la guardiana, aún inquieta.

El hombre soltó una risa áspera y sacudió la cabeza.

—Lo fui —admitió con sinceridad—, pero ya no soy el mismo hombre que era entonces. He dejado atrás ese estilo de vida, estoy demasiado viejo para esa mierda…

La guardiana lo observó con curiosidad mientras sus manos temblorosas comenzaban a buscar palos y ramas secas en el suelo de la cueva. Luego arrancó un pedazo de su camisa, lo escurrió bien y lo envolvió en uno de los palos.

—Entiendo —dijo la guardiana, relajando un poco su postura—. Supongo que todos tenemos un pasado.

—¿Y cuál es el tuyo? —preguntó el viejo pirata.

La mujer mantuvo su mirada en el horizonte, evitando el contacto visual directo con el hombre.

—Tengo una ocupación que siempre ha guiado mi vida —respondió con voz tranquila—. Y es algo que pienso retomar lo antes posible.

Él asintió mientras empezaba a chocar dos piedras sobre un poco de musgo seco para producir la chispa necesaria que ella necesitaba para encender su antorcha.

—Lo entiendo —dijo con tono comprensivo—. Todos tenemos secretos que preferimos guardar bajo llave.

La guardiana asintió en silencio.

Al final, después de varios intentos, una chispa prendió y pronto las llamas comenzaron a danzar y a iluminar la oscuridad de la cueva. El calor reconfortante del fuego envolvió sus cuerpos heridos.

Acercaron varios palos y prendieron una pequeña hoguera. Se sentaron juntos frente a ella, compartiendo el calor.

Con el sonido reconfortante del crepitar de las llamas como telón de fondo, ambos se recostaron despacio, dejando que el cansancio los envolviera mientras se preparaban para descansar.

—¿Qué son esos dibujos? —preguntó la guardiana, señalando unas extrañas pinturas que había sobre una de las paredes de la cueva.

El viejo se levantó y se acercó a verlas de cerca. Ella prendió la antorcha que había improvisado para levantarse e iluminar la representación. Los dibujos que tenían delante estaban hechos sin duda por la mano humana. Los observaron atónitos: la escena

representaba a una pareja en una playa atacada por una bandada de pájaros desgarbados.

19
Bajo las calles

—Si alguien puede descubrir si hay traidores entre los belurios, es al que llaman Sin Cara —susurró Zarhel, girando la cabeza hacia sus compañeros mientras continuaban por las callejuelas estrechas y malolientes de Baja Alonia. A su lado, Shuraz y Rayhem, claramente incómodos en aquel ambiente sombrío, lo seguían con pasos cautelosos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Shuraz, frunciendo el ceño.

—Lo sé. Además, me debe un favor —respondió Zarhel, deteniéndose cuando notó que sus compañeros se quedaban atrás, atentos a cada palabra. Rayhem había sujetado a Shuraz por el brazo antes de parar y lanzaba miradas a ambos lados del callejón, con la rigidez marcada en cada línea de su rostro.

—He oído hablar de ese Sin Cara —intervino Shuraz, desconfiado —. No es el tipo de persona con la que querrías sentarte a charlar amigablemente. Suponiendo que exista de verdad.

—Existe, créeme —musitó Zarhel con la mirada perdida—. Tienes razón, Sin Cara es un señor del crimen aquí, en Baja Alonia, pero puede sernos útil.

—¿Por qué alguien así te debe un favor? —insistió Shuraz inquieto.

—Cuando trabajaba como carcelero en la Torre Roja, intercedí para que un allegado suyo fuese liberado —explicó Zarhel en voz

baja, vigilando que nadie más los escuchara—. Era belurio y no merecía estar allí. A veces, me encargaba de dejar alguna puerta entreabierta.

Rayhem, preocupado, acariciaba su collar de Bel-Hur con manos temblorosas.

—¿Y podemos confiar en ese Sin Cara? —preguntó dubitativo.

Zarhel se encogió de hombros, pero su expresión fue más firme de lo que sus palabras sugerían.

—Creo que sí. Tiene algún lazo con los belurios. Quizá sea uno de los nuestros, aunque se mantenga en las sombras.

Rayhem y Shuraz intercambiaron una mirada, un breve entendimiento en silencio, antes de asentir y seguir a Zarhel sin más preguntas. El antiguo carcelero los guio con la misma familiaridad de un habitante de aquellos rincones oscuros, conociendo cada curva y recoveco de las callejuelas.

De entre un montón de barriles abandonados emergió una figura menuda: una niña desaliñada, con el cabello rubio y corto lleno de trasquilones. Vestía una capa oscura y ropas raídas que apenas la protegían del frío, y en sus manos sostenía unas tijeras de podar oxidadas que manejaba con la destreza de alguien que ha aprendido a sobrevivir. Sus ojos verdes, brillantes a pesar de la suciedad que cubría su rostro, miraban a Zarhel con confianza.

La niña, que andaba con los pies descalzos, se acercó a él y le susurró algo al oído mientras señalaba una dirección entre las sombras. Zarhel asintió con seriedad y le entregó unas cuantas monedas que ella recogió con rapidez mientras sus labios se curvaban en una sonrisa astuta. Los ojos de la pequeña se posaron en Shuraz y Rayhem y les dedicó una sonrisa traviesa, como un destello de vida en aquel rincón oscuro.

Sin más, la niña se desvaneció entre los callejones, dejando solo el eco de sus pasos que se deslizaban entre los adoquines desgastados, volviendo a fundirse con los secretos de Baja Alonia.

—¿En serio confías en esa rata callejera? —inquirió Shuraz con escepticismo.

—Esa «rata» es más de fiar que muchos de los aliados que combatieron a mi lado en la guerra —respondió Zarhel con una seguridad que no admitía dudas.

—¿Has estado en la guerra? —siguió Shuraz, mostrando un interés inusitado.

—Todos tenemos un pasado, ¿o acaso tú no? —replicó Zarhel mientras se daba la vuelta para seguir avanzando, zanjando el tema con una mirada enigmática.

Shuraz sonrió para sí mismo, encontrando un extraño consuelo al descubrir que su compañero compartía un pasado marcado por la sangre en la batalla. Se sentía más tranquilo al saber que Zarhel, como él, se había enfrentado a la brutalidad del combate.

Después de recorrer varios minutos de laberínticos callejones, llegaron a una puerta trasera en la parte más sombría del barrio. Zarhel golpeó la madera de forma rítmica: tres veces, seguidas de dos toques rápidos. El sonido resonó en la penumbra, y tras unos segundos de tensa espera, la puerta se abrió, dejando ver la silueta de un… ¿hombre?

El guardián que se presentó era tan macizo como un gorila; de hecho tenía cara simiesca y los brazos más largos de lo normal. Estaba enfundado en una armadura hecha de piezas desiguales, oxidadas y algunas aún manchadas de sangre seca. A su espalda, un espadón descomunal descansaba como una amenaza latente. Sus músculos tensos y la mirada fría lo mostraban como un veterano de muchas batallas.

—¿Quiénes sois? —gruñó con una voz ronca, invadiendo el espacio de Zarhel con su aliento agrio. Él le sostuvo la mirada, impasible, antes de responder.

—Soy Zarhel, carcelero de la Torre Roja —dijo con tono firme—. Necesito hablar con tu señor sobre un asunto de vital importancia.

La figura del monumental guerrero dominaba el espacio a su alrededor, su mirada penetrante denotaba experiencia y sus numerosas cicatrices eran muestras de haber sobrevivido a incontables combates.

—No te conozco —replicó el hombre, comenzando a cerrar la puerta. Pero antes de que pudiera hacerlo, Shuraz puso su mano con firmeza contra la madera, deteniéndola con una fuerza que hizo crujir la vieja estructura. Le devolvió la mirada al guardián con una expresión desafiante.

—Será mejor que no hagas perder el tiempo a tu amo —dijo Shuraz con un tono persuasivo—. Este hombre salvó la vida de uno de los vuestros en la Torre Roja. No creo que Sin Cara esté dispuesto a esperar porque tú nos retrasaste. ¿A quién crees que castigará si Zarhel no llega a tiempo?

El simiesco guardián mantuvo la mirada de Shuraz y, por un instante, la duda se reflejó en sus ojos. Después de unos segundos que se hicieron eternos, soltó un gruñido dejando ver sus colmillos, más acordes a los de un simio que a los de un hombre, y abrió la puerta para permitir que los tres belurios pasaran.

Shuraz lanzó una sonrisa torcida a Zarhel, satisfecho por haber convencido al bestial vigilante. El gigante los guio por un pasillo oscuro hasta una portezuela de metal en un sótano húmedo y maloliente. A su alrededor, varios indigentes dormían sobre harapos y las ratas correteaban entre los pies de los visitantes, indiferentes a su presencia. Un río de agua sucia serpenteaba bajo las tablas del suelo, arrastrando desperdicios malolientes.

El guardián encendió una antorcha que colgaba de la pared y se la entregó a Zarhel sin decir palabra, con sus facciones imperturbables. Este, con la antorcha en mano, fue el primero en saltar por una trampilla que se abría en el suelo, seguido por Rayhem y Shuraz. Al cruzar el umbral, la trampilla se cerró tras ellos con un chirrido metálico que resonó en la oscuridad.

—¿Quién en su sano juicio querría mantener esto cerrado y vigilado? —murmuró Shuraz, claramente molesto por el lugar.

—Creo que lo vamos a averiguar pronto —respondió Rayhem, esforzándose por controlar una arcada mientras se cubría la boca con la mano. El hedor a su alrededor era insoportable.

Con gran dificultad, los tres avanzaron contra la corriente del turbio torrente negruzco. El agua les llegaba ya hasta el pecho, empapándolos mientras soportaban el hedor nauseabundo y observaban cómo bultos sospechosos flotaban a su alrededor. La luz apenas se filtraba por las rejillas de las alcantarillas sobre ellos, dejando la mayor parte del recorrido sumido en una penumbra opresiva que solo la antorcha de Zarhel conseguía iluminar.

Por fin, llegaron a un estanque subterráneo abovedado, donde la luz de varias antorchas clavadas en las partes secas de las paredes iluminaba la estancia. El verdín cubría las piedras, y pequeñas cascadas de agua sucia se vertían en el espacio, reduciendo el nivel del agua hasta la cintura. Un silencio tenso y pegajoso se apoderó del lugar, con la sensación de que la propia oscuridad los observaba desde los húmedos rincones.

El agua se agitó violentamente. De las profundidades fangosas emergió una forma oscura, un reptil de gran tamaño cuya piel negra y húmeda brillaba a la luz de la antorcha. Sus ojos crueles se clavaron en Shuraz. Con un rugido sordo, el monstruo se lanzó sobre él, abriendo sus fauces para mostrar varias filas de dientes negros afilados como cuchillas.

Shuraz reaccionó con la rapidez de un guerrero experimentado, haciéndose a un lado justo a tiempo para esquivar la mordida. El reptil, frustrado por el fallo, giró con una agilidad sorprendente y arremetió con su cola musculosa, creando una ola que salpicó agua por todo el estanque. Shuraz retrocedió de nuevo, sorteando el golpe, pero el peligro acechaba a cada movimiento.

El guerrero belurio se deslizó por el agua sucia, acercándose al caimán con la espada en alto. La criatura mostraba una inteligencia inquietante y usó su cola para bloquear el primer golpe. Pero Shuraz no se rindió. Aprovechó la apertura y lanzó un corte diagonal hacia su costado, hiriéndolo y arrancando un gruñido de dolor de la bestia.

Sin embargo, lejos de amedrentarse, el caimán contraatacó, intentando de nuevo morder a Shuraz, que logró insertar su espada entre las mandíbulas del monstruo. La sangre brotó de sus fauces y tiñó el agua, enfureciendo aún más a la criatura.

Zarhel no perdió el tiempo y acudió en ayuda de su compañero. Blandiendo su hacha corta, intentó distraer al reptil para proteger a Shuraz, pero el monstruo seguía enfocado en su presa inicial. A pesar de la habilidad de ambos guerreros, la lucha era desigual. El caimán golpeó con fuerza la espada de Shuraz, arrancándosela de las manos y enviándola a las profundidades de las aguas sucias.

Desarmado y con la bestia al acecho, Shuraz se encontraba en una situación crítica. El reptil se lanzó hacia él con toda su ferocidad, mientras Zarhel buscaba el momento preciso para atacar, el hacha en una mano y la antorcha en la otra, pero sin un blanco claro.

Rayhem, paralizado por el miedo, observaba la escena con el corazón desbocado. La batalla ante él era salvaje y desesperada, y aunque su mente le gritaba que huyera, su cuerpo parecía negarse a moverse, atrapado por el pánico.

En un movimiento desesperado, Shuraz saltó sobre el lomo del caimán, aferrándose a su cuello mientras la criatura se retorcía con furia, tratando de sacudírselo de encima. El belurio, con una fuerza desmesurada, logró girar a la bestia, exponiendo su vulnerable panza grisácea a la vista.

Zarhel no dejó escapar la oportunidad. Con un grito que le salió del alma, descargó dos certeros hachazos sobre el vientre del reptil, desgarrando su carne y provocando una explosión de sangre que tiñó aún más el agua.

El caimán rugió de dolor, pero Shuraz no aflojó su agarre. Aprovechando la fuerza de la criatura, se impulsó hacia atrás y se liberó, alejándose de sus mortales mandíbulas. Sin perderlo de vista ni un segundo, Shuraz se sumergió en la putrefacta agua negra, desapareciendo junto con el reptil en la turbia corriente.

Zarhel se mantuvo firme, aferrando su hacha y la antorcha esperando a que el caimán saliera a flote, pero los segundos se

alargaban interminablemente y el agua empezó a calmarse. A su lado, Rayhem retrocedió. Le temblaban las piernas mientras el terror y la culpa lo abrumaban, sintiéndose impotente.

El estanque, teñido de sangre y lodo, se calmó. El silencio era espeso y la presión llenaba el aire cuando, sin previo aviso, Shuraz y el caimán resurgieron de las profundidades. Estaban entrelazados en un abrazo mortal, la criatura intentando destrozar al guerrero con sus fauces mientras él luchaba por decapitarla. Usaba su espada con ambas manos, una en la empuñadura y la otra en la punta del filo, a pesar de que este esfuerzo le laceraba la mano izquierda. Las tripas del caimán se desparramaban por la herida abierta en su abdomen. Con un último rugido, Shuraz logró cortar de cuajo el cuello del reptil, y el cuerpo partido de la bestia comenzó a hundirse lentamente en el agua ponzoñosa.

El guerrero emergió, jadeando con dificultad, sin darse cuenta de inmediato de que el peligro había pasado. Sus compañeros se acercaron cautelosos, asombrados por la feroz habilidad de su compañero para sobrevivir a semejante enfrentamiento.

Rayhem sacó un pañuelo de su túnica y, con cuidado, limpió la herida de la mano de Shuraz, quien seguía respirando a bocanadas, extenuado por la lucha.

—Gracias, Ray… —murmuró Shuraz, mirando a su amigo a los ojos.

—Gracias a ti, Shuraz —respondió Rayhem, esbozando una sonrisa nerviosa. Solo le llamaba Ray su difunta abuela.

Zarhel interrumpió la calma del momento.

—Deberíamos seguir adelante —dijo.

A pesar de su victoria, Shuraz estaba herido y exhausto. Se inclinó para recoger la cabeza del caimán, que aún flotaba en el agua, y la ató a su cinto como un trofeo. Mientras avanzaban, la cabeza colgaba de su costado, goteando sangre oscura que dejaba un rastro sobre la superficie del agua, ahora solo hasta sus rodillas.

Rayhem miró a Zarhel, con la incertidumbre reflejada en su rostro.

—¿Sabes a dónde nos dirigimos? —preguntó, tratando de controlar el nerviosismo.

—La verdad es que nunca lo he tenido claro —respondió él, esbozando una sonrisa irónica—. Así que nunca sabremos si el ataque de ese bicho fue porque nos desviamos del camino… o porque estamos justo donde debemos estar.

Después de la intensa lucha, Rayhem parecía más afectado que sus compañeros, a pesar de que él no había participado en el combate. Sus hombros caídos y la mirada perdida revelaban su inquietud.

—¿Estás bien? —le preguntó Shuraz con genuina preocupación.

—Sí… sí, estoy bien. Solo que… —respondió el sacerdote con la vista fija en el suelo—. El miedo me paralizó, me sentí impotente… No pude hacer nada para ayudar.

—No te preocupes—dijo Shuraz, tratando de darle ánimo mientras inflaba el pecho—. No todos somos guerreros de leyenda. Lo importante es que sigues aquí y estás a salvo. Eso es lo que en realidad cuenta.

Rayhem levantó la mirada. Su rostro reflejaba un gesto de desánimo, sin saber cómo responder.

—No te castigues tanto —intervino Zarhel, con voz firme—. Ha sido una situación extrema. Incluso para alguien como yo, que he pasado toda mi vida en esas calles de ahí arriba, lidiar con la violencia no es fácil. Si tuviera que realizar uno de esos rituales que tú haces con tanta precisión, no sabría ni por dónde empezar.

—Supongo que tienes razón —admitió Rayhem, soltando un profundo suspiro—. Pero aun así, me siento responsable por no haber estado a la altura.

Shuraz le dedicó una sonrisa comprensiva.

—No eres el único que se siente así, Rayhem. ¿Crees que no me pasa lo mismo cuando alguno de vosotros logra salir de una

situación difícil con las palabras precisas, o encuentra la solución a un problema gracias a su conocimiento? Todos tenemos momentos en los que nos sentimos fuera de lugar.

—Exacto —asintió Zarhel—. Cada uno de nosotros aporta algo único al grupo.

—Rayhem, nunca olvides que tu sabiduría y tu temple nos guían cada día —siguió Shuraz con una expresión sincera—. Tu fe y tu conocimiento como sacerdote han sido fundamentales en nuestro camino.

Rayhem observó a sus compañeros y sintió el calor de su apoyo.

—Gracias —dijo, con un tono más relajado y una tímida sonrisa en los labios—. Vuestras palabras significan mucho para mí.

En ese instante, Rayhem entendió que la fuerza del grupo no residía solo en las habilidades de combate o en la sabiduría, sino en el vínculo humano que los unía, un lazo que él sentía profundamente unido con su dios Bel-Hur.

20
Revelaciones

Edoz, apartado al final de la barra del Templo Belurio, buscaba alivio en el fondo de su jarra. Bebía sin medida, dejando que el alcohol nublara sus pensamientos y, con ellos, el dolor por la muerte de su mejor amigo, Mushan.

—Deja de beber —le pidió Anara, tomando con suavidad la mano del joven abatido.

—Es la única forma de olvidar lo ocurrido —respondió Edoz, con la mirada borrosa por las seis jarras de las que ya había dado buena cuenta. Sus ojos, húmedos y vacíos, reflejaban su sufrimiento sin fin y se aferraba a la jarra como si de ello dependiera su vida.

—Entiendo que estés sufriendo, pero la bebida no borrará el dolor —insistió Anara con voz suave, apretando su mano—. Mushan fue un gran amigo, y es normal que te sientas devastado, pero necesitas enfrentarte a tu dolor de otra manera.

Edoz apartó la mirada, sintiendo el peso de la tristeza que le encogía el corazón. Sabía que Anara tenía razón, pero la rabia lo consumía, haciéndole difícil pensar con claridad.

—¿Cómo puedo soportarlo? —susurró Edoz con la voz quebrada —. Era como un hermano, y ahora se ha ido. No puedo aceptar la idea de que nunca volveré a verlo.

Anara le acarició la mejilla, intentando reconfortarlo. Se sorprendía de la profundidad de los sentimientos de Edoz, una parte de él que solo afloraba bajo la influencia del alcohol.

—Perder a alguien querido es una herida profunda, pero necesitas dejar que el dolor fluya —le aconsejó con ternura—. Habla, llora, grita si es necesario, pero no te refugies en la bebida. Eso solo prolongará tu sufrimiento.

Edoz respiró hondo y apartó la jarra, reconociendo el intento de ayuda de Anara. Sin embargo, sus palabras no le proporcionaron alivio. Se levantó tambaleante y salió a la calle, tropezando en la oscuridad.

Anara lo siguió, preocupada e impotente por no poder aliviar su pena. Afuera, lo encontró caminando con dificultad, bajo el peso del alcohol y la tristeza. Se acercó y le puso una mano en el hombro con suavidad, tratando de ser un ancla en medio de su tormento.

—Por favor, detente. No es seguro que vayas así —dijo Anara con una firmeza que no ocultaba su preocupación.

Edoz se volvió hacia ella, sus ojos rojos e hinchados por las lágrimas. El dolor le oscurecía la mirada.

—No puedo soportarlo, Anara. Todo me recuerda a él, y no puedo con esta tristeza —murmuró con la voz entrecortada.

—Sé que es difícil, pero escapar de tus sentimientos solo prolongará tu sufrimiento —respondió ella con suavidad—. Tienes que permitirte sentir el dolor, enfrentarlo, para poder sanar.

Edoz bajó la cabeza, luchando con la tormenta interna que lo consumía.

—No sé si puedo hacerlo —susurró con la voz quebrada.

Anara, conmovida, lo rodeó con un brazo.

—No tienes que hacerlo solo. Estoy aquí, y también tus amigos; somos tu familia. Queremos ayudarte a superar este momento —dijo con lágrimas en los ojos—. Pero necesitas dejarnos estar a tu lado, compartir tu dolor.

Anara poseía una belleza serena que siempre fascinaba a Edoz. Sus profundos ojos verdes y el cabello castaño claro enmarcaban su rostro de piel pálida, mientras sus labios, rosados y delicados, parecían susurrar consuelo. Su mirada leía en lo más profundo de su

alma. En ese instante, Edoz sintió un lazo invisible pero poderoso entre ellos, una presencia que le ofrecía luz en medio de su oscuridad.

Pero, pese a su cercanía, Edoz se apartó de su abrazo y se alejó, perdiéndose entre los oscuros callejones. Anara lo vio irse con el corazón encogido por la impotencia de no poder aliviar su pena. Aun así, respetó su necesidad de espacio y le envió en silencio toda su comprensión.

Edoz se aferraba al recuerdo de su amigo Mushan mientras lloraba desconsolado, sintiendo la amarga realidad de su ausencia. Los callejones, oscuros y sombríos, reflejaban su desolación interna. Con cada paso, la sensación de ser observado lo envolvía, haciéndolo sentirse aún más frágil. Aceleró el ritmo, pero sus piernas tambaleantes lo traicionaron y cayó de bruces en un charco de agua sucia.

El frío impacto lo despejó un poco de su embriaguez, permitiéndole recuperar algo de lucidez. Todavía temblando y con la voz rota, gritó a la oscuridad.

—i¿Quién anda ahí?! —preguntó, mientras su corazón retumbaba en su pecho.

El silencio fue su única respuesta, el eco de su propia voz rebotando en los muros de piedra. Edoz, solo y desesperado, sentía que la oscuridad lo envolvía, intensificando su vulnerabilidad y su miedo.

Entonces, un murmullo suave llegó a sus oídos, mezclándose con la brisa nocturna. Miró a su alrededor, tratando de identificar el origen del sonido, pero solo percibía sombras que se deslizaban por las paredes.

—¿Quién eres? —preguntó, tratando de mantener la calma mientras la inquietud se apoderaba de su ser.

El murmullo continuó, más claro y cercano. Una voz suave y melódica, como el susurro del viento entre los árboles, resonó en el aire.

—Soy una sombra en la oscuridad, un eco del pasado y del presente —respondió la voz misteriosa—. He visto tu dolor y tu sufrimiento, joven belurio. No estás solo en tu pesar.

Un escalofrío recorrió la espalda de Edoz. La presencia invisible parecía conocer sus heridas más profundas, lo que lo inquietaba aún más. Sin embargo, una sensación de alivio se mezclaba con su temor.

—¿Qué quieres de mí? —insistió Edoz con voz temblorosa mientras luchaba por mantener la compostura.

—No quiero nada de ti, solo observo y escucho —respondió la voz, que tenía un acento extraño e indefinido—. El duelo es un camino doloroso, pero necesario para encontrar la paz. No temas enfrentarte a tus sentimientos, joven belurio.

Edoz se puso de pie con dificultad, tambaleándose.

—No temo a mi dolor, pero no sé cómo afrontarlo —confesó con la voz quebrada.

—Debes permitirte sentirlo y expresarlo —aconsejó la voz—. Solo así encontrarás el camino hacia la paz.

Edoz asintió, aceptando el mensaje de la misteriosa presencia. Aunque seguía sintiéndose inquieto.

—Gracias por tus palabras —dijo, con un tono más sereno.

El murmullo se desvaneció, dejando una calma inusual en el aire. Edoz se encontró solo de nuevo en los oscuros callejones de Alonia, pero esta vez sintió que una extraña presencia lo acompañaba, dándole la fuerza para enfrentarse a su duelo. Se dispuso a retomar el camino, decidido a sanar su dolor, cuando una luz repentina lo cegó.

Una lámpara iluminó su rostro y Edoz distinguió a una figura baja que la sostenía. Parpadeó para enfocar la vista y se encontró ante un niño de cabello largo y pelirrojo recogido en una coleta. Sus ojos castaños, llenos de vitalidad, lo observaban con curiosidad mientras extendía una mano hacia él.

Edoz, aún aturdido, aceptó la mano creyendo que el niño desaparecería al tocarlo, como una ilusión creada por su cabeza. Sin embargo, la realidad lo sorprendió: el niño lo sostuvo con fuerza.

Edoz sintió un atisbo de incredulidad, pero también una chispa de esperanza. En medio de la oscuridad, aquel gesto amable y la presencia inesperada lo hacían sentir que tal vez no estaba tan solo como creía.

El niño vestía de negro, con las ropas típicas de un aprendiz artesano. Su mandil y sus pequeñas manos estaban manchados de pintura de todos los colores, evidenciando su dedicación a algún oficio creativo.

—Ven, sígueme —dijo el niño con voz firme—. Mi maestro me envía a buscarte. Está aquí cerca, en su estudio.

Edoz lo miró, recordando su propia juventud, cuando también fue aprendiz de un artista. Se veía reflejado en ese niño sonriente que lo guiaba hacia una puerta abierta, de la cual emergía una intensa luz. Al cruzarla, Edoz se encontró ante un estudio vibrante y lleno de vida donde los ayudantes trabajaban afanosamente en diversas obras de arte.

El estudio era un hervidero de creatividad. Los ayudantes se desplazaban con agilidad entre lienzos y esculturas, inmersos en la pasión de dar forma a sus visiones. Edoz se quedó asombrado ante la variedad de piezas que decoraban las paredes y se alzaban en los caballetes, cada una conteniendo su propia historia.

El niño, con una sonrisa traviesa en el rostro, lo guio a través de un laberinto de pinceles, brochas y materiales hasta llegar al centro del estudio, donde el maestro trabajaba con total concentración.

Era un hombre de avanzada edad, con una larga barba blanca que le llegaba hasta el pecho y una mirada profunda, cargada de incontables historias en cada una de sus obras. Vestía una túnica salpicada de pintura y arcilla, y sus movimientos desprendían una serenidad que le hacía recordar a su difunto mentor, el maestro Anod.

—Edoz, bienvenido —lo saludó el maestro con una voz cálida y apacible—. He oído de tus pesares. El arte tiene una forma especial de sanar el alma y liberar las emociones que nos atormentan. ¿Te gustaría intentarlo?

Edoz asintió, y una paz que no experimentaba desde hacía mucho tiempo lo envolvió, el estudio y la presencia del maestro le ofrecían un refugio seguro.

—¿Le conozco? —preguntó, aún confundido.

—Tú no me conoces, pero yo a ti sí —respondió el maestro, acariciando su barba—. Te vi de niño, antes de que partieras de Alonia como aprendiz del gran maestro Anod.

El niño pelirrojo regresó con un vaso grande que contenía un líquido verdoso que despedía un olor fuerte y desagradable, y se lo ofreció a Edoz. Aunque sorprendido por la extraña bebida, decidió confiar en el niño y en el maestro. Se bebió de un trago el brebaje, pero de inmediato un sabor amargo llenó su boca y un ardor le recorrió la garganta. Apenas pudo controlar la náusea y, desesperado, corrió hacia una esquina del estudio para vomitar.

El acto, aunque desagradable, resultó liberador. Sentía como si cada emoción reprimida, cada fragmento de dolor y angustia, escaparan de su ser junto con el contenido de su estómago. Una inesperada ligereza lo invadió, parecía haber dejado atrás una carga pesada que lo había abrumado durante tanto tiempo.

El maestro y el niño pelirrojo se acercaron a Edoz con expresión comprensiva. El maestro le ofreció un paño húmedo para que se limpiara el rostro y las manos, mientras el niño le daba unas palmaditas reconfortantes en la espalda.

—Es normal que el brebaje cause esa reacción —explicó el maestro—. Ha sido una liberación física y emocional para ti.

Edoz asintió, todavía desconcertado, sin comprender del todo lo que acababa de suceder.

—Es cierto, me siento mejor —admitió, sorprendido por cómo un simple vómito había aligerado tanto su pesar.

—El cuerpo y la mente están conectados de maneras que a veces no entendemos —continuó el maestro—. En ocasiones, liberar nuestras emociones es el primer paso para sanar el alma.

Edoz, más lúcido y menos abrumado, pensó que quizá todo aquello no fuera más que un sueño. Pero, sonriendo por primera vez en mucho tiempo, decidió dejarse envolver por la calidez del ambiente y olvidar por un instante su dolor.

El niño pelirrojo se sentó junto a él y le ofreció pinceles y una paleta de colores. Con un suspiro profundo, Edoz tomó un pincel y comenzó a pintar en un lienzo. Con cada trazo sentía que se liberaba de un peso que había estado guardando en su interior. Las emociones encontraron una vía de escape a través de la pintura, y cada pincelada era un alivio para su corazón.

El maestro y los ayudantes lo observaban en silencio, reconociendo el poder curativo del arte. Edoz se sumergió en su proceso creativo, perdiéndose en un mundo de colores y formas que reflejaban su alma herida.

Las horas fueron pasando, y cuando por fin Edoz terminó su obra, sintió un profundo alivio y una paz inesperada. Las lágrimas que corrían por su rostro ya no eran de tristeza, sino de un entendimiento profundo de sí mismo.

—Gracias, maestro, por esta experiencia —dijo agradecido—. Ha sido una revelación para mí.

El maestro sonrió.

—El arte puede sanar de maneras que las palabras no alcanzan —le dijo—. Sigue explorando este camino, te ayudará a encontrar la paz en medio de la tormenta. Con el rey Sornabuk, Alonia se convertirá en el epicentro de las artes y la cultura —añadió, con una convicción firme.

Edoz asintió, sintiéndose fortalecido. Se tumbó en un viejo y desgastado camastro en un rincón del estudio, agotado, pero con una sensación de alivio. Había encontrado en el arte un aliado en su proceso de duelo, y aunque sabía que el dolor no desaparecería por completo, ahora comprendía cómo enfrentarlo.

Mientras se recostaba, las palabras del maestro resonaban en su cabeza.

—¿El rey Sornabuk? ¿No fue un rey de Alonia en el pasado? —se preguntó Edoz, confuso por la mención de un monarca que creía parte de la historia lejana.

El agotamiento se apoderó de él y, mientras cerraba los ojos, quiso admirar una vez más su obra, llevándola consigo al mundo de los sueños.

Lo que vio le provocó un terror paralizante y una extraña excitación al mismo tiempo. Donde antes reposaba su obra, ahora se encontraba el cuerpo mutilado de un hombre, tendido sobre un potro de tortura. Edoz parpadeó, creyendo que podría ser una ilusión, pero la visión persistía. Su cuadro, antes pintado con tanto esmero, había sido sustituido por un cadáver marcado por profundas heridas, quemaduras y signos evidentes de tortura. Las herramientas de pintura habían sido reemplazadas por instrumentos afilados y ensangrentados.

¿Qué había ocurrido? ¿Había sido él quien había torturado a aquel hombre? ¡No lo recordaba! Buscó una explicación. Mientras tanto, exhausto, se dejó llevar por el sueño, sumergiéndose en un mundo de visiones y recuerdos distorsionados. Antiguos palacios y magníficas ciudades se entrelazaban en su mente, junto a los rostros de monarcas que habían gobernado Alonia siglos atrás. Entre ellos, la figura del rey Sornabuk brillaba con una fuerza singular: un rey sabio y culto, cuya pasión por el arte y la cultura había dejado una huella imborrable en la historia.

En su sueño, Edoz se encontró en un deslumbrante teatro, donde los mejores artistas de todas las tierras exhibían su talento. La música, la danza y las obras de arte llenaban el lugar de una energía vibrante. En el centro del escenario, el enigmático rey Sornabuk se alzaba majestuoso, y el público lo aclamaba con devoción. La figura del monarca parecía irradiar una sabiduría ancestral, una pasión por la belleza que resonaba con fuerza en el alma de Edoz.

Fascinado por la presencia del rey, sintió que había un lazo inexplicable que los unía a través del tiempo. Mientras observaba el espectáculo, se preguntó qué significaba todo aquello y si acaso existía un vínculo entre el esplendor de Alonia y el presente en el que vivía.

Estas reflexiones lo arrullaron en un sueño más profundo, cargado de una extraña calma. Pero al despertar, toda la serenidad se desvaneció al contemplar el escenario que tenía frente a él. Edoz se frotó los ojos, tratando de entender la realidad que lo rodeaba. El lugar que la noche anterior estaba lleno de vida y creatividad, ahora era un estudio en ruinas, cubierto de polvo y telarañas, que parecía llevar décadas abandonado. Estaba iluminado por la luz de una enorme luna llena en el oscuro y estrellado cielo. La confusión se apoderó de él al intentar comprender cómo aquel lugar vibrante había caído en un estado tan desolador.

—¿Ha sido todo un delirio del alcohol? —se preguntó Edoz, buscando una explicación lógica a lo que había vivido. Sin embargo, en lo más profundo de su ser sabía que la experiencia de la noche anterior había sido demasiado vívida, demasiado intensa para ser solo una fantasía.

Perplejo, decidió explorar el estudio en ruinas. Entre los escombros encontró una antigua pintura en el suelo, desgastada por el tiempo pero aún visible. En ella reconoció las figuras del maestro y del joven aprendiz, junto a otras personas que nunca antes había visto. La escena reflejaba un momento de gloria, el arte en su máxima expresión.

Un escalofrío recorrió la espalda de Edoz mientras contemplaba la pintura, sus dedos rozando la superficie agrietada.

¿Qué había sucedido allí? ¿Cómo podía haber cambiado todo tan de repente? ¿Había sido testigo de un fenómeno mágico o de una ilusión? Las preguntas se agolpaban en sus pensamientos, pero las respuestas se le escapaban como sombras deslizándose entre los rincones oscuros de la habitación.

Una brisa fresca irrumpió por una ventana rota, trayendo consigo un aroma a perfumes y a madera. El olor lo envolvió, transportándolo de vuelta al sueño del rey Sornabuk y al majestuoso teatro lleno de vida. Un rayo de luz de la luna atravesó las nubes y se filtró en el estudio, iluminando la pintura y el polvo en suspensión. En ese instante, Edoz sintió una conexión profunda, había sido testigo de un fragmento perdido en el tiempo, un instante de esplendor atrapado para siempre en la memoria del espacio.

Con una energía renovada, comprendió que no importaba si lo que había vivido era real o una ilusión, si el rey Sornabuk era historia o mito. Lo que de verdad importaba era el mensaje que había recibido: la importancia del arte, su poder para sanar y la forma en que el pasado se entrelaza con el presente a través de la creatividad. Se dio cuenta de que, por mucho que intentara dejar atrás el pasado, siempre terminaría encontrando una forma de regresar.

Edoz salió del estudio en ruinas y emprendió el camino de regreso al Templo Belurio, decidido a honrar la lección que había aprendido y a enfrentarse a lo que el destino tuviera reservado para él.

—¿Se ha hecho ya de día? —se preguntó cuando vio tanta luz iluminado el cielo del horizonte.

21
El trono subterráneo

Los tres embajadores avanzaron por la estrecha gruta hasta llegar a una vasta sala subterránea rodeada por un agua negra que les llegaba hasta la cintura. Varias antorchas iluminaban el lugar. En el centro, una isla solitaria albergaba un trono hecho de huesos, piel y basura que se elevaba como un símbolo retorcido de poder. El aire era irrespirable, impregnado del hedor de cadáveres en descomposición que flotaban a la deriva.

Sobre el trono, un hombre encorvado se mantenía de pie, envuelto en ropajes desgastados. Una capucha sombría cubría su rostro, pero sus intensos ojos verdes brillaban desde las sombras, atravesando a quien se atreviera a mirarlos. Su piel, envuelta en vendajes, parecía frágil y marchita, y se apoyaba en un decrépito bastón de madera. A sus pies, un viejo mastín con el pelaje mojado y enfermo de sarna gruñía.

—Esto es tuyo —dijo Shuraz, arrojando la cabeza del caimán negro a los pies del Sin Cara.

—No —respondió con un eco que resonó en la cueva—. Me estaba usurpando territorio, íbamos a enfrentarnos pronto. Me has ahorrado el trabajo.

—Shuraz —se presentó con firmeza.

—Gracias, Shuraz —replicó el Sin Cara con una leve inclinación de cabeza—. ¿Qué os trae a mí?

—¿No me reconoces? Soy Zarhel, antes era carcelero de la Torre Roja.

El viejo reaccionó al instante, su tono se volvió más animado.

—¡Zarhel! Claro que sé quién eres. Agradezco lo que hiciste por mi hijastro. No merecía morir aquella noche.

—Lo sé, por eso lo liberé —respondió Zarhel pensativo.

—¿Vienes a saldar tu deuda? —preguntó, enderezándose levemente desde su peculiar trono.

—Necesitamos saber si hay traidores entre los belurios —dijo Zarhel.

El Sin Cara asintió. Parecía escudriñarlos con su mirada oculta bajo la sombra de la capucha.

—Los hilos del destino se entrelazan de maneras insospechadas. Los belurios guardáis muchos secretos, y algunos son oscuros.

Se acercó a una mesa desgastada a un lado de su trono, sacó un pergamino sellado de una caja de madera y lo sostuvo frente a ellos.

—Sabía que algún día vendríais a por esto —dijo con su voz grave.

Rayhem, a pesar del temor que le oprimía el pecho, dio un paso adelante, avanzando entre el agua sucia. Quería demostrar su valentía, y Shuraz lo miró con aprobación. A medida que Rayhem subía a la isla, sacudiéndose la mugre, sintió una extraña energía arcaica emanando del enigmático hombre.

—Sabemos que el sumo sacerdote belurio era uno de los traidores, y es probable que su nombre esté en ese documento —dijo Rayhem, tratando de mantener la calma mientras se acercaba para recogerlo—. Pero Bel-Hur se aseguró de que pagara con su vida. —Consciente de que sus nervios lo hacían hablar de más, Rayhem tomó el pergamino enrollado—. Los Ungidos de Kudram hirieron de muerte a uno de los nuestros, y no queremos que esa amenaza nos siga a Nela-Shur —prosiguió, con tono decidido—. Estamos construyendo un reino, y no podemos permitir que haya grietas en sus cimientos.

—Os adentráis en un peligro que os supera —advirtió Sin Cara—. Si seguís adelante, puede que también paguéis con vuestras vidas. Sé mucho sobre vosotros, los belurios —continuó mientras se dejaba caer de nuevo en su trono de desechos—. Viví en Nela-Shur hace muchos años.

—Entonces, bajo esa capucha debe estar el rostro de alguien lo bastante anciano como para haber conocido el esplendor de la capital beluria —replicó Rayhem, intentando mostrar valor.

—Me trataron bien en Nela-Shur —dijo con nostalgia—. He tenido que lidiar con los Ungidos de Kudram, los conozco a fondo —añadió, retomando la conversación—. Es necesario entenderlos para manejar el mercado negro en Baja Alonia. Los jersas, con sus políticas de tolerancia hacia las comunidades locales, han sido bien recibidos. Incorporan a las élites y reducen impuestos, lo que ha traído estabilidad donde antes solo había caos.

Zarhel, Shuraz y Rayhem escuchaban atentos, mientras las sombras de las antorchas danzaban en sus rostros.

—Vosotros, los belurios, habéis encontrado en los jersas un gobierno que respeta vuestra religión y os ofrece oportunidades de crecimiento. Pero esa tolerancia ha permitido el resurgir de órdenes religiosas antes prohibidas, como los Ungidos de Kudram. Ahora vuelven a tener influencia, y eso podría volverse contra los jersas. No han considerado el riesgo de dejar que grupos peligrosos recuperen su poder. Debéis ser prudentes para mantener el equilibrio.

—¿Cómo es que justo teníais el documento con los nombres de los traidores que buscábamos? —inquirió Shuraz con tono suspicaz.

—Ese documento llegó a mis manos porque hay quienes prefieren confiar en mí antes que en otros —respondió sin titubeos —. Mis fuentes tienen sus razones para permanecer ocultas, y yo tengo las mías para protegerlas. Pero si estáis aquí, es porque necesitáis respuestas, y yo las tengo. Digamos que me gusta ir un paso por delante, Shuraz —añadió, esbozando una sonrisa apenas

perceptible bajo la capucha—. Si tengo este documento, es porque hace tiempo que entendí cómo se mueven los hilos en este juego.

—¿De verdad crees que, si son lo bastante listos como para espiar sin ser descubiertos, serían tan estúpidos como para no cambiar de identidad? —preguntó Shuraz, enfadado.

—Esto es lo que puedo ofreceros —concluyó Sin Cara con tono tajante.

—Hemos notado que varios de nuestros enemigos llevaban un anillo de ocho puntas con una piedra negra en el centro. ¿Qué sabes sobre su significado? —preguntó Zarhel, cambiando de tema.

—Ese anillo es muy antiguo, una reliquia del milenario reino de Gigasul —respondió con una voz profunda que resonó en la caverna —. Es un símbolo poderoso, sagrado para quienes lo portan. Su verdadero significado se ha perdido en las brumas del tiempo.

—¿Y cómo podríamos descubrir más sobre él? —preguntó Shuraz con interés.

—Podéis buscar a los zíngaros dorados —indicó Sin Cara, tomándose su tiempo—. Ellos han protegido el conocimiento ancestral, pero no será fácil. Viven apartados de las ciudades y desconfían de los extraños.

—¿Dónde podemos encontrarlos? —preguntó Zarhel.

—Tenéis suerte. Se refugian en un asentamiento del oeste, a un par de jornadas de aquí —respondió.

—¿Por qué se mantienen aislados? —quiso saber Rayhem con inquietud.

—Eso es algo que solo ellos saben —respondió el extraño hombre —. Su historia está tejida de secretos. Pero si decidís ir en busca del significado del anillo, debo advertiros de que quizá no haya marcha atrás. Una vez que piséis su territorio, las decisiones que toméis allí tendrán consecuencias inesperadas.

Shuraz, agotado de los enigmas, apretó su mano herida, dejando caer una gota de sangre que se mezcló con el agua oscura del suelo.

Sin Cara observó cómo la gota se perdía entre la negrura y se inclinó hacia él.

—La sangre, Shuraz, es más valiosa de lo que imaginas. Cada gota es vida, y una herida que no se cuida puede volverse un problema mayor. Vigílala, antes de que la podredumbre se extienda más allá de tu piel.

El guerrero, irritado y sin ánimo para más acertijos, le lanzó una mirada de desprecio antes de darse la vuelta. Los tres comenzaron a alejarse, pero, antes de irse, Zarhel inclinó la cabeza en un gesto de despedida.

—Mi deuda está saldada, Zarhel —dijo Sin Cara mientras Shuraz hacía un gesto de sorpresa. A pesar de ello, Zarhel asintió.

Las palabras de Sin Cara reverberaron en la caverna mientras ellos desaparecían por el mismo camino por el que habían llegado.

22
La celebración

—Cuando regresemos a Nela-Shur y la ciudad sea reconstruida, quiero volver a ser sepulturero —anunció Jarben mientras tocaba el vendaje de su pierna—. Pero no un sepulturero común. Quiero que mi oficio sea algo más que enterrar muertos; quiero transformarlo en un arte, en una forma de honrar a los que se han ido, de recordar su legado. Que mi trabajo sea una celebración de la vida y un tributo a nuestros ancestros.

Jarben miró a Anara con sus ojos cansados y rosados. Se habían alejado de la multitud de la taberna hasta un rincón tranquilo junto al fuego donde podían hablar en privado.

—Con todo tu conocimiento y amor por los libros, deberías ser el bibliotecario del rey —sugirió Anara, clavando su mirada en la de Jarben—. ¿No te parece?

—Quizá… —dijo él, pensativo.

—El conocimiento es poder, y tú eres muy poderoso, Jarben —sonrió Anara, elogiándolo.

—Gracias, nunca lo había visto así —respondió él, algo sorprendido por sus palabras—. ¿Y tú? ¿Qué piensas hacer cuando regresemos a Nela-Shur?

Anara bajó la vista un momento antes de hablar.

—Siempre he sabido que no quería reclamar el trono por mi linaje. Pero con todo lo que ha pasado… ya no estoy tan segura. No me siento preparada —confesó, inquieta.

—Debes estar en paz con lo que decidas —dijo Jarben con suavidad—. Ahora eres cónsul, y nos guías. Además, tu primo es el heredero natural.

—¿Y si mi primo cae? —preguntó Anara con miedo en los ojos.

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos al río —respondió Jarben, tomando sus manos con una leve mueca.

—¿Te duele mucho? —preguntó ella preocupada.

—No tanto como pensar en mi biblioteca cubierta de sangre. Será un largo trabajo limpiarla —suspiró.

—No te preocupes, te ayudaré —le prometió Anara mientras acariciaba las blanquecinas manos de Jarben.

El ambiente en el Templo Belurio era festivo, lleno de música de flautas y tambores. Las mesas rebosaban de comida y bebida, y la gente reía y brindaba por la unidad y la fuerza del pueblo belurio. Los tíos de Anara habían organizado una danza tradicional y todos se unieron a la coreografía, llenando el lugar de alegría y celebración.

—¿Cómo va tu aprendizaje sobre el arte de la sanación? —preguntó Jarben mientras jugueteaba con su jarra—. He leído bastante sobre el tema, pero nunca he practicado nada de lo que aprendí. Es una habilidad que requiere mucho trabajo de campo, salir a recolectar ingredientes para ungüentos y pociones y, francamente, eso de aventurarme al aire libre no es lo mío.

Anara sonrió divertida por la confesión de su amigo.

—Mi tía es una verdadera maestra en la sanación —dijo con admiración—. Me está enseñando mucho, y aunque es un desafío, me apasiona. Es difícil recolectar los ingredientes en la naturaleza, pero cuando ves los resultados en las personas a las que ayudas, es gratificante.

Jarben asintió, aunque parecía distraído por algo que quería decir desde hacía rato.

—¿Y qué tal con Edoz? —preguntó al fin, sorprendiéndose a sí mismo por interesarse por los sentimientos de los demás.

El silencio de Anara lo incomodó.

—No quiero meterme donde no me llaman… —dijo, sintiéndose torpe.

—No, no es eso —respondió Anara, ruborizándose—. Simplemente… no me lo esperaba.

—Me refería a que en el pasado tuvisteis vuestras diferencias por su trabajo como verdugo —continuó Jarben, clavando la mirada en su jarra, pensando que sin la cerveza no habría tenido el valor para hacer esa pregunta.

—¡Ah! Te referías a eso —rio Anara.

—¿A qué más podría referirme? —preguntó Jarben, un tanto confuso.

—A nada, Jarben, a nada —respondió ella, sonriendo con dulzura —. Es cierto que tuvimos diferencias al principio. Yo rechacé su trabajo y su vida como verdugo nos separó. Pero con el tiempo he aprendido a respetar nuestras diferencias. Edoz ha cambiado mucho desde entonces, y yo también he crecido. Ahora confío en él.

—Me alegra oír eso —reconoció Jarben.

Hubo una breve pausa antes de que el joven albino entrecerrara los ojos y preguntara en tono más travieso:

—¿Y Shuraz? Siempre pensé que haríais buena pareja.

Anara rompió a reír.

—¡Jarben! No sabía que tenías esta faceta tan cotilla.

—¡Perdón! —exclamó él, llevándose la mano a la cara con una sonrisa avergonzada—. Creo que he bebido demasiado. Quizá las infusiones de tu tía me están afectando…

—No tienes nada de qué avergonzarte —respondió Anara, aún divertida—. Pero no te preocupes, entre Shuraz y yo nunca hubo nada más que amistad. Es como un hermano mayor para mí.

Jarben asintió, aunque no parecía del todo convencido. Algo en los ojos de Anara decía otra cosa.

Mientras tanto, el ambiente en la taberna se llenó de música y talento. Varios belurios habían subido a un escenario improvisado y mostraban sus habilidades. Uno recitaba poemas con una voz profunda mientras otro arrancaba melodías emotivas de una flauta, provocando aplausos de los presentes.

—¿Y tú, Jarben? —preguntó Anara, curiosa, mientras tomaba un largo trago de su cerveza—. ¿Hay alguien especial en tu vida, más allá de tus viejos libros?

Jarben sonrió con melancolía.

—No, no hay nadie especial en ese sentido —respondió, rascándose la barbilla—. Mi dedicación al trabajo y a la búsqueda del conocimiento ha ocupado todo mi tiempo. Y ser sepulturero no es una profesión que atraiga a mucha gente…

Anara soltó una risa sincera.

—¡Eso es verdad!

Jarben la miró con calidez y agregó:

—Pero eso no significa que no haya encontrado a personas especiales en mi vida. Tú y el resto de los embajadores sois más que amigos para mí. Somos una familia, unidos por una causa, y eso es algo que valoro de verdad.

Anara lo miró con afecto mientras Jarben continuaba:

—Rayhem es como mi hermano. Nos criamos juntos, y si no fuera por él, probablemente no estaría aquí ahora, hablando contigo.

—Es increíble tener a alguien tan cercano —dijo Anara, tocada por sus palabras—. Me alegra saber que tienes a Rayhem, y estoy segura de que él siente lo mismo por ti. —Se inclinó hacia él con una sonrisa pícara—. ¿Y qué me dices de cierta mercenaria pelirroja? —preguntó, guiñándole un ojo antes de tomar otro sorbo de su cerveza.

Jarben se ruborizó.

—No hay nada entre nosotros —dijo, incómodo.

Anara se rio.

—Será porque no quieres —bromeó—. Lyria parece una mujer intensa, de esas que buscan aventura.

—¿Has visto mi aspecto? —preguntó Jarben, trabándose al hablar.

Anara estalló en carcajadas.

—¡No tiene nada de malo! —exclamó, brindando con él entre risas.

Jarben, aún un poco ruborizado, aprovechó el momento para cambiar de tema:

—Tú tienes una familia muy especial aquí, en el Templo Belurio. Tus tíos son un tesoro.

Anara sonrió con ternura.

—Sí, ellos han sido como unos padres para mí desde que perdí a los verdaderos siendo niña —dijo con gratitud—. Me han enseñado mucho y siempre han estado ahí para mí. Les debo todo.

Jarben, ya más relajado, alzó su jarra con entusiasmo.

—Creo que estas cervezas nos están llevando al nivel de exaltación de la amistad —bromeó con una sonrisa.

—¡Tienes toda la razón! —coincidió Anara, riendo mientras levantaba su jarra para brindar de nuevo.

Jarben la imitó, y ambos alzaron sus jarras con alegría.

—¡Por la amistad! —brindó Anara con una amplia sonrisa.

—¡Salud! —respondió Jarben—. Y por los amigos que nos observan desde el más allá.

Ambos se miraron emocionados por el recuerdo de Mushan, pero antes de que la tristeza los envolviera, Anara fue rápida en traer otra ronda de cervezas.

La taberna vibraba con risas, música y el bullicio de la celebración. Anara y Jarben, sentados cerca del fuego, compartían anécdotas y recuerdos, disfrutando de la tranquila compañía mutua mientras el jolgorio continuaba a su alrededor.

—Gracias por estar aquí, Jarben —dijo Anara con sinceridad. Sus ojos brillaban, reflejando las llamas del hogar—. Gracias por ser mi amigo y compartir esta noche conmigo.

Jarben, con sus ojos rosados un poco más enrojecidos, sonrió.

—Gracias a ti, Anara. Eres una luz para todos nosotros —respondió con una sonrisa.

La muchacha se inclinó y le dio un beso suave en la mejilla. Jarben cerró los ojos, avergonzado, mientras una risa juguetona escapaba de los labios de ella.

En un rincón de la taberna, alguien comenzó a tocar una antigua lira. La melodía era hermosa, llenando el espacio de una energía cálida que envolvía a los presentes, creando un momento casi mágico en medio del bullicio.

—Es increíble pensar que por fin podremos regresar a Nela-Shur después de tantos años de exilio —suspiró Anara—. Nuestro pueblo ha sufrido mucho, pero ahora tenemos la oportunidad de volver a nuestra tierra y reclamar lo que es nuestro por derecho.

Jarben asintió, aunque su mirada reflejaba una preocupación latente.

—Es cierto. Se respira esperanza, pero también inquietud. Me preocupa el rey Rozar de Jersia —dijo con un tono más serio—. Su aparente buena voluntad al elevar a nuestros sacerdotes y ensalzar nuestra religión, me hace sospechar que podría haber algún interés oculto.

Anara frunció el ceño, sumida en sus pensamientos.

—Tienes razón. Rozar es ambicioso, y siempre ha deseado unificar todas las tierras bajo su dominio. Quizá esté usando la religión para ganarse el favor de nuestro pueblo y asegurarse un control más firme sobre nosotros.

Jarben asintió de nuevo.

—No podemos permitir que nuestra fe sea manipulada como un instrumento de poder —dijo con convicción—. La religión debe

permanecer como algo puro y ajeno a las ambiciones de los hombres.

—Estoy de acuerdo —respondió Anara con firmeza—. No dejaremos que eso ocurra.

Mientras sus palabras se desvanecían, ambos miraron a su alrededor. Los presentes continuaban bailando, cantando y disfrutando del momento, inmersos en la efervescencia de la celebración.

—Jarben, me preocupa la amenaza de los Ungidos de Kudram infiltrados entre nuestro pueblo —dijo Anara con seriedad, apartando su jarra y apoyándose en la mesa—. Sabemos de lo que son capaces, y no puedo evitar sentir miedo.

—Tienes toda la razón —respondió él—. Es una amenaza real. Su objetivo parece ser sembrar la discordia, debilitarnos desde dentro.

Anara frunció el ceño, su mirada perdida en los detalles de la taberna.

—¿Crees que hay más infiltrados entre nosotros? —preguntó con voz grave—. No sabemos en quién confiar, y eso me aterra.

Jarben se tomó un momento antes de contestar.

—Es difícil saberlo —dijo por fin—, pero debemos estar preparados para cualquier cosa. Los Ungidos son astutos, pueden esconderse a simple vista. Es probable que algunos se estén haciendo pasar por belurios.

La celebración en la taberna continuaba, vibrante y alegre. Las risas, los bailes y las canciones llenaban el aire, y aunque la amenaza que discutían pesaba sobre sus mentes, el espíritu de la comunidad beluria era contagioso, envolviéndolos a todos en una efímera sensación de unidad.

Anara observó con discreción a su alrededor y bajó la voz antes de hablar de nuevo:

—Tenemos que ser extremadamente cuidadosos con nuestra identidad como embajadores oficiales. La discreción es crucial. Si los Ungidos descubren nuestro papel en las negociaciones con el rey

Rozar, podrían frustrarlo todo y poner en riesgo lo que hemos logrado.

Jarben asintió, consciente de la gravedad de sus palabras.

—Tienes razón. Debemos proteger esa información a toda costa.

Anara fijó su mirada en un punto cercano y, con una sonrisa cómplice, señaló.

—Mira quién está ahí —susurró, tirando de su brazo con suavidad y llevándolo hacia Lyria, la mercenaria pelirroja, que estaba en medio de la multitud. Jarben aún cojeaba un poco, aunque apenas sentía dolor.

La noche continuó con música y bailes. Anara, Jarben y Lyria se unieron al flujo de la celebración, perdiéndose entre los rostros sonrientes de su pueblo. En el corazón de la fiesta, por un instante, dejaron de lado sus preocupaciones y se sumergieron en la alegría compartida.

Jarben había bebido más de lo habitual, y la combinación de la cerveza fuerte y la atmósfera festiva lo tenía algo atontado y un poco mareado. Lyria había estado coqueteando con él desde que se unieron a la multitud. Entre risas y comentarios pícaros, lo miraba de una manera que él no terminaba de comprender. Aunque Jarben era reservado, esa noche algo en la audacia de Lyria lo mantenía inquieto.

Anara se fue a la barra a por otra ronda de cervezas, dejando a Jarben solo con Lyria. En ese momento, la pelirroja se inclinó hacia él, rozando con la mano su brazo de manera provocativa. Jarben intentó seguir la conversación, pero el calor de la sala y los nervios lo sacaban por completo de su zona de confort.

Sin previo aviso, Lyria lo miró con una sonrisa traviesa, y antes de que él pudiera reaccionar, lo besó. El contacto de sus labios fue suave, pero para Jarben fue un golpe directo al estómago. Su corazón empezó a latir a mil por hora y un torrente de pánico lo inundó. Nunca antes había besado a nadie, y esa sensación lo desbordó por completo. El mundo parecía girar aún más rápido, y no supo cómo reaccionar.

Se quedó paralizado, con la mente en blanco, y el calor del beso lo dejó aturdido. Se dio cuenta en ese instante de lo ajeno que era a estas situaciones y sintió cómo el miedo lo consumía, mientras su respiración se entrecortaba. Lyria se apartó y sonrió divertida, pero Jarben estaba fuera de combate, todavía en shock por lo que acababa de suceder.

Cuando Anara regresó con las cervezas, notó la incomodidad entre los dos. Levantó una ceja, intuyendo que algo había pasado en su ausencia, pero no hizo preguntas. En su lugar, comenzó a cantar y bailar para intentar suavizar el ambiente con su habitual alegría. Nada que unas cervezas y un buen rato entre amigos no pudieran arreglar.

Conforme pasaron los minutos, la tensión se disolvió y Jarben, aunque aún nervioso, empezó a relajarse de nuevo, aunque la pierna comenzó a lanzar dolorosos pinchazos. Al día siguiente iba a dolerle de lo lindo, aunque en este momento no le importó demasiado.

El trío pasó el resto de la noche entre risas, música y bailes, disfrutando de la celebración. La incómoda sensación del beso se fue desvaneciendo en la alegría compartida, y, para cuando la fiesta llegó a su punto álgido, Jarben se había perdido de nuevo en el bullicio, sintiéndose parte de algo más grande que su propio miedo.

23
Los zíngaros dorados

Shuraz se lanzó hacia su oponente con furia, los dientes apretados y los puños firmemente alzados para protegerse el torso y la cara. La pelea sin armas había comenzado. Su primer ataque fue una patada frontal que el campeón zíngaro bloqueó con sorprendente destreza, contraatacando de inmediato con un puñetazo al costado que Shuraz no alcanzó a bloquear. El guerrero belurio sintió el dolor atravesarlo, pero se obligó a ignorarlo, tensando cada músculo.

Shuraz, casi sin aliento, contraatacó con una patada giratoria, pero el campeón, mostrando una sonrisa de dientes dorados, la esquivó con facilidad. El guerrero intentaba romper su guardia, pero cada golpe que lanzaba era desviado o esquivado con elegancia por el zíngaro. La frustración se apoderaba del belurio, que decidió cambiar de táctica. Se lanzó con todo su peso, cargando con el hombro y logrando derribar al campeón. Mientras su rival caía al suelo, Shuraz intentó patearlo para aprovechar la ventaja, pero el zíngaro, ágil, se levantó de inmediato, dispuesto a continuar.

—No te lo voy a poner tan fácil —dijo el campeón, mirándolo a los ojos con intensidad.

El zíngaro tenía una figura formidable. Su torso esbelto y musculoso parecía esculpido por los dioses. Llevaba el cabello moreno recogido en una coleta que se movía con él y sus ojos reflejaban una confianza innata, la de un hombre nacido para luchar y cuya mera presencia inspiraba respeto entre su pueblo.

—Eso esperaba —respondió Shuraz, apartándose el pelo rubio que caía sobre su rostro. La larga melena y las cicatrices que cruzaban su piel bronceada le daban un aire salvaje y atractivo, testigos mudos de su valentía en la batalla.

Alrededor de la improvisada arena de combate, un círculo de espectadores expectantes jaleaban a los luchadores. En el centro del asentamiento zíngaro, los dos guerreros intercambiaban golpes con asombrosa precisión. La multitud vibraba con cada impacto, los gritos de aliento y los aplausos se mezclaban con el eco de los cuerpos en movimiento.

Rayhem y Zarhel observaban desde el borde del círculo, mientras su amigo se enfrentaba a una prueba que podría sellar su destino. La presión en el ambiente se volvió más espesa, y el polvo levantado por los pies de los combatientes se arremolinaba en el aire.

En un movimiento audaz, Shuraz saltó, elevando ambos puños sobre su cabeza para lanzarlos como martillos hacia el campeón. El ataque fue inesperado; el zíngaro no logró esquivarlo, y los puños impactaron en su cabeza. Cayó con fuerza al suelo, aturdido.

Shuraz no dejó pasar la oportunidad. Con un golpe limpio, se lanzó hacia él y descargó un codazo brutal en la espalda de su oponente, que intentaba incorporarse. El zíngaro se desplomó por completo, rindiéndose ante la fuerza del guerrero belurio. Los espectadores contuvieron la respiración un instante antes de estallar en vítores. La victoria de Shuraz era clara, y en su mirada se leía el alivio.

Se apartó del cuerpo caído de su oponente, el combate había terminado, y se permitió tomar una bocanada de aire. El rugido de la multitud lo envolvía, y por un instante, sintió la descarga de adrenalina mezclarse con la euforia de la victoria. Sin embargo, apenas pudo notar que los vítores se apagaban, reemplazados por un murmullo de asombro.

El campeón zíngaro no estaba acabado.

Demostrando una resistencia feroz y con una agilidad inesperada, el zíngaro se levantó del suelo en un movimiento fluido. Su mirada

se había oscurecido por la humillación. Su cara ensangrentada por un corte en la frente le daba un aspecto bestial. Aprovechando la distracción de Shuraz, lanzó un golpe a traición con la dureza de un depredador herido. Su puño se estrelló contra las costillas del belurio desde detrás con tal fuerza que lo dejó sin aliento. Shuraz se dobló por el dolor y sintió el calor de la sangre subir a su boca.

Antes de que pudiera recuperarse, el campeón arremetió de nuevo, esta vez con una serie de golpes rápidos y certeros. Los puños volaban, y el choque de la carne contra la carne resonaba con un ritmo brutal. La sangre comenzó a correr por el rostro de Shuraz, sus labios partidos y su ceja abierta. La multitud observaba en un silencio tenso, sabiendo que la pelea había cruzado el umbral de lo salvaje.

Shuraz, cegado por su propia sangre, sintió que sus instintos de supervivencia tomaban el control. El sabor metálico en su boca y una rabia ardiente lo consumió, alimentada por el dolor. Rugió como una bestia herida y contraatacó, lanzándose sobre el zíngaro en un torbellino de golpes. Ya no había táctica ni técnica, solo una lucha salvaje por sobrevivir.

Los dos guerreros, con la cara ensangrentada, se entrelazaron en un remolino de violencia desatada, golpeándose sin misericordia. Shuraz derribó al campeón de nuevo, esta vez arrojándose sobre él para asegurar su ventaja. La arena de combate se había transformado en un caos de polvo y sangre, y los espectadores ahora observaban en un tenso silencio.

En medio de la furia, el campeón logró liberar un brazo y desenvainó una daga oculta entre sus ropas. Con un destello letal, la hoja se dirigió hacia el costado de Shuraz. El belurio apenas alcanzó a verlo, desviando el ataque lo suficiente para evitar una herida mortal, pero no el dolor agudo de la hoja que se hundió en su carne.

El rostro de Shuraz se contrajo por la agonía, y por un segundo pareció que caería. Sin embargo, el guerrero belurio reunió todas sus fuerzas, con la respiración agitada y la sangre empapando sus

pantalones. Con un grito que resonó como un trueno, atrapó el brazo del campeón, torciéndolo con una fuerza implacable

—Era un combate sin armas, maldito tramposo —dijo con rabia al oído de su contrincante.

Torció su brazo hasta escuchar el crujido de huesos quebrándose. La daga cayó al suelo y el zíngaro soltó un grito de dolor desgarrador.

Shuraz no se detuvo. Con el brazo del campeón aún atrapado, lo arrojó contra el suelo con una furia imparable. La fuerza del impacto hizo temblar el suelo y dejó al zíngaro indefenso. Shuraz se levantó, tambaleante y jadeando, con la mirada enrojecida por el dolor y la ira, y levantó su puño ensangrentado, dispuesto a acabar con la pelea de una vez por todas.

El campeón yacía en el suelo, derrotado y roto, respirando de manera entrecortada y con la mirada perdida. La multitud había quedado en completo silencio.

Shuraz recobró el aliento y bajó lentamente el puño. Luego dio un paso atrás, tratando de calmarse y dominar la ola de rabia que todavía lo consumía. Desde el suelo, el campeón zíngaro permanecía inmóvil, agotado y quebrado por la furia del belurio. Antes de que nadie pudiera reaccionar, se lanzó con una última explosión de energía, abalanzándose sobre Shuraz como un lobo herido en su último ataque.

El impacto pilló al guerrero con la guardia baja y ambos rodaron por la arena, entrelazados en un desesperado forcejeo. El zíngaro había envuelto su brazo sano alrededor del cuello de Shuraz, intentando someterlo con una llave mortal. Los músculos de ambos guerreros estaban tensos hasta el punto de la ruptura, cada fibra de sus cuerpos luchaba por imponer su voluntad sobre el otro.

La arena estaba cubierta de sangre, polvo y sudor. Los gruñidos de los luchadores se mezclaban con el sonido de la multitud, que comenzaba a reaccionar con asombro. El campeón apretó con toda su fuerza, tratando de asfixiar a Shuraz, mientras la vista del belurio se volvía borrosa por la presión y la falta de aire.

Con un giro brusco, Shuraz consiguió romper la llave y liberar su cuello. Sujetó con ambas manos la cabeza del zíngaro, inmovilizándola con una brutalidad que reflejaba el instinto más primitivo de supervivencia. La mirada de Shuraz estaba enrojecida por la furia y el dolor.

El campeón forcejeaba con todas sus fuerzas, pero Shuraz estaba decidido a terminar la lucha de una vez por todas. Fue entonces cuando, en un movimiento desesperado, Shuraz abrió la boca y hundió los dientes en la oreja del zíngaro con todas sus fuerzas. La carne se rasgó con un sonido repulsivo, y el sabor de la sangre llenó la boca del belurio. El zíngaro soltó un alarido de dolor desgarrador, la primera señal de debilidad que había mostrado en todo el combate.

El campeón se apartó, con las manos temblorosas cubriendo el lado de su cabeza donde antes estaba su oreja, mientras la sangre brotaba a raudales. Por un momento, el guerrero zíngaro quedó de rodillas, conmocionado. La multitud, horrorizada y fascinada al mismo tiempo, observaba en silencio absoluto.

Pero algo cambió en el rostro del campeón. A pesar del dolor y la derrota, una extraña sonrisa se dibujó en sus labios ensangrentados. Luchando por ponerse en pie y con el brazo roto colgando, el zíngaro se inclinó, recogió su oreja cercenada del suelo, se la lanzó a los perros que dieron buena cuenta de ella y, con un gesto lento pero solemne, con su brazo sano cogió el antebrazo de Shuraz y lo elevó en señal de victoria.

La multitud estalló en vítores, ovacionando al guerrero belurio por su brutal triunfo. El zíngaro se tambaleó hacia atrás, su sonrisa aún fija en el rostro, con una expresión de respeto hacia el enemigo que lo había superado.

Shuraz, jadeando y empapado en sudor y sangre, apenas podía procesar lo que acababa de suceder. Su visión era un torbellino de figuras y luces, pero aún sentía el peso del brazo del campeón alzando el suyo. Con la respiración entrecortada, Shuraz levantó la

mirada hacia el cielo y dejó que la ovación de la multitud lo envolviera.

Rayhem y Zarhel corrieron hacia él y lo cogieron por los hombros para ayudarlo a mantenerse en pie mientras el campeón se retiraba, apoyado por su gente.

Shuraz detuvo a sus compañeros y, con un movimiento deliberado, escupió al suelo un pendiente de plata envuelto en sangre. Rayhem apartó la mirada, horrorizado. Zarhel, sin embargo, lo miró impasible. Había visto cosas peores. Sonrió ante la brutalidad, mientras el guerrero belurio comenzó a reír. La risa se convirtió en una carcajada profunda que resonó en todo el campamento, liberando la hostilidad acumulada del combate.

Después, el silencio cayó sobre el asentamiento zíngaro. Shuraz, de pie frente a su adversario vencido, miró hacia las Matriarcas, quienes sonreían complacidas con el espectáculo.

—Eres un gran luchador. Has demostrado ser digno de nuestra atención —dijo una de ellas con una voz melodiosa que cautivó a los presentes, mientras la otra lo observaba.

El asentamiento zíngaro estalló en vítores y aplausos, celebrando la victoria del guerrero belurio.

—Magnífico combate, Shuraz —le dijo Zarhel con una sonrisa mientras estrechaba la mano de su compañero.

—Gracias —respondió él, devolviéndole la sonrisa, aún ensangrentada—. Quizá algún día nos batamos en duelo para ver si eres digno…

—No me durarías ni un suspiro, grandullón —bromeó Zarhel.

—Habría que verlo —replicó Shuraz, siguiéndole el juego.

Mientras tanto, Rayhem descubrió una zona donde varias criaturas púrpuras se movían dentro de una jaula. Recordó la descripción de Jarben y lo recorrió una sensación de inquietud.

—Mirad esos lobos violetas —dijo con discreción—. Uno de esos mordió a Jarben. No digo que sea exactamente el mismo, pero parecen de la misma raza.

—¿Por qué crees que los crían? —preguntó Zarhel, intrigado.

—Tal vez sea una tradición, o una costumbre cultural —respondió Rayhem, observando con cautela las jaulas.

Los zíngaros, entre risas y cánticos, guiaron a los embajadores hacia el carromato de las Matriarcas. Los tres belurios subieron tras las dos enigmáticas mujeres.

Las Matriarcas eran gemelas jóvenes de belleza hipnótica, con largos cabellos oscuros y ojos que reflejaban misterios. Una de ellas, ciega, tenía unas pupilas blancas que parecían ver más allá del velo del mundo; la otra, atenta, le susurraba de vez en cuando para mantenerla informada.

Ambas vestían trajes bordados y joyas brillantes, y su presencia emanaba un aura de poder. Al entrar al carromato, los belurios fueron recibidos por una mezcla embriagadora de aromas de incienso, hierbas y especias que llenaban el aire. El interior parecía mucho más amplio de lo que sugería su exterior, creando un ambiente casi mágico.

La luz del sol de la tarde se filtraba por las ventanas tintadas, proyectando sombras danzantes que parecían cobrar vida. Cortinas de terciopelo y telas bordadas colgaban de las paredes, sus colores vibrantes y enmarañados patrones reflejaban la riqueza y el exotismo de la cultura zíngara.

El suelo estaba cubierto de alfombras tejidas a mano, y había estanterías y mesas adornadas con objetos de arte y amuletos que revelaban la profunda conexión espiritual de las Matriarcas. En el centro, un gran candelabro colgaba del techo, arrojando destellos de luz parpadeante que le otorgaban al ambiente un toque etéreo. Los espejos en las paredes reflejaban las velas, consiguiendo una sensación de amplitud.

—¿Estáis bien? ¿Necesitáis algo? ¿Tenéis sed, hambre? —preguntó una de las Matriarcas.

—Estamos bien —contestó Shuraz, atándose el cabello y limpiándose la boca con el brazo—. Sois muy amables.

—¿Qué os trae a nuestro campamento? —inquirió la matriarca ciega, cerrando los ojos.

—El Sin Cara nos aconsejó venir a vosotras —agregó Zarhel, señalándose el dedo—. Dijo que protegéis conocimientos ancestrales y que sabríais el significado de ciertos anillos de plata con una estrella de ocho puntas y una piedra negra en el centro.

Las dos mujeres asintieron con serenidad, escuchando con atención.

—Sí, esos anillos son símbolos sagrados para nuestro pueblo, transmitidos desde tiempos antiguos —dijo la matriarca ciega con una voz suave.

—Representan la conexión entre el cielo y la tierra, la unión de lo divino y lo humano —añadió la otra con un tono enigmático.

—Portan una energía ancestral y guían a quienes son dignos hacia la sabiduría y la verdad —continuó la matriarca ciega mientras sus manos acariciaban el aire, trazando en él los contornos de energías invisibles.

Los embajadores escuchaban con atención.

—Si buscáis la verdad, seguid el camino trazado por los anillos —dijo la joven ciega—. Pero debéis estar preparados para enfrentaros a algo más peligroso que todos vosotros juntos.

—Esos anillos los llevan personas que quieren hacernos daño —protestó Rayhem, molesto.

La matriarca asintió, mientras su hermana permanecía inmóvil, transmitiendo una sensación inquietante.

—Los anillos son símbolos poderosos, y su energía ancestral puede ser manipulada tanto para el bien como para el mal —explicó —. Aquellos cuyos corazones están llenos de oscuridad, los usan para sus propios fines.

—Tal vez quienes portan esos anillos han perdido el camino de la verdad y los utilizan para satisfacer su ambición —añadió la matriarca ciega, clavando su mirada vacía en Rayhem, quien se sintió inquieto.

—O quizá no tengan poder y solo sean una marca de alguien, de quien los controla —sugirió su hermana.

—Es posible —concedió Rayhem, intrigado—. Tal vez son un símbolo de pertenencia a algún grupo secreto.

—El conocimiento es una llave que abre puertas misteriosas —añadió la matriarca con un tono enigmático—. Si queréis respuestas, debéis desentrañar los secretos que rodean a esos anillos y descubrir quién los marca y con qué propósito.

—i¿Y para qué estamos aquí?! —exclamó Shuraz, exasperado—. ¿No se supone que vosotras tenéis todas las respuestas? Y nos decís que busquemos significados… ¿Por eso ha perdido vuestro campeón una oreja? ¡Vamos!

De inmediato, la puerta del carromato se abrió y un guardián apareció con un hacha en las manos. La matriarca ciega se giró rápidamente, haciéndole un gesto para que se retirara, asegurándole que no había peligro.

—Shuraz, estás en nuestra casa y aquí debes mostrar respeto —dijo la hermana con voz firme.

El guerrero bajó la cabeza, avergonzado, y guardó silencio.

—¿Qué podéis decirnos sobre esas criaturas púrpuras que criais enjauladas? —preguntó Rayhem, recordando con preocupación el incidente con su amigo.

—Son seres místicos y sagrados para nuestro pueblo —respondió una de las matriarcas con reverencia—. Los llamamos Aurimath, que significa «dorado místico». Son guardianes espirituales conectados con el mundo divino, y son parte de nuestra mitología ancestral.

—Su nombre une *Auri*, por nuestro color dorado distintivo, y *math*, por su naturaleza mística y espiritual —explicó la otra matriarca con orgullo—. Son fundamentales en nuestras ceremonias y su presencia trae bendiciones y protección.

—Pero… no son dorados —apuntó Zarhel, confuso.

—Por dentro sí lo son —respondió la matriarca ciega, mientras su hermana sonreía de manera sutil.

—¿Por qué las tenéis enjauladas? —preguntó Rayhem.

—Las Aurimath son poderosas, pero deben ser tratadas con precaución —dijo una de ellas muy seria—. Mantenerlas enjauladas evita accidentes con aquellos que no entienden su naturaleza.

—Y las protege de quienes quieran robarlas —añadió la otra con compasión—. Aunque preferiríamos verlas libres, es una medida necesaria para su seguridad y la nuestra.

—Es raro que alguien sea atacado por un Aurimath —intervino la matriarca ciega, pensativa—. Solo se vuelven agresivas si sienten que su pueblo está en peligro.

—Pues no es tan raro —replicó Shuraz, molesto—. Un amigo nuestro ha sido atacado hace poco y ahora mismo está luchando por su vida.

—¿Es posible que alguien malintencionado haya utilizado un Aurimath para hacer daño? —preguntó Rayhem, suavizando las palabras de Shuraz.

Las matriarcas fruncieron el ceño a la vez.

—Es posible —respondió una de ellas, con cautela—. Hay quienes podrían aprovecharse de su poder para fines oscuros.

—Apreciamos vuestra franqueza —agradeció Rayhem—. Entendemos la importancia de proteger a las Aurimath y respetar su naturaleza mística.

—Vuestro compañero, ese que ha sido atacado por un Auri… no volverá a ser el mismo, os lo aseguro —añadió la zíngara ciega muy seria.

—¿Qué sabéis de los odiosos Ungidos de Kudram? —preguntó Shuraz con evidente desprecio.

Las matriarcas captaron la ansiedad en su voz y suspiraron con pesar.

—Los Ungidos de Kudram son un grupo que ha resurgido de las sombras del pasado —respondió una de ellas—. Son seguidores de una antigua y prohibida orden religiosa que alguna vez fue considerada peligrosa y corrosiva.

—Durante siglos, los alonios lograron mantenerlos a raya, impidiendo su expansión —añadió la otra matriarca con una mirada sombría—. Pero tras la conquista de los jersas, los Ungidos han vuelto a renacer.

—Son devotos de prácticas oscuras y creen en la supremacía absoluta de su religión sobre todas las demás —continuó la matriarca ciega, con tristeza en la voz—. Su fanatismo y crueldad les han llevado a cometer actos atroces contra quienes no comparten sus creencias.

—Cuidaos de ellos —advirtió la segunda matriarca con severidad —, pues son astutos y emplearán cualquier medio para alcanzar sus fines. Las sombras acechan vuestro camino.

—Gracias por la advertencia —dijo Rayhem con gratitud—. Tendremos en cuenta vuestras palabras.

Las matriarcas compartían una conexión profunda, un vínculo espiritual que trascendía lo físico. Juntas, formaban una presencia deslumbrante, cuya armonía cautivaba a quienes las rodeaban.

—¿Qué intenciones tienen los Ungidos de Kudram con los belurios? —preguntó Zarhel, fascinado por el magnetismo de las mujeres.

Las gemelas intercambiaron miradas sombrías antes de responder al rudo carcelero.

—Los Ungidos ven a los belurios como una amenaza para su creencia y su dominio —respondió una de ellas con seriedad—. Su fanatismo les hace considerar enemigos y herejes a todos los que no sigan sus enseñanzas, y por eso desean someteros a su voluntad.

—Se han infiltrado entre vosotros para sembrar la discordia y manipular la fe de vuestro pueblo —añadió la otra, con tristeza—. Buscan debilitaros desde dentro, creando fracturas que luego puedan explotar para su propio beneficio.

—Usan el miedo y la desconfianza para ganar seguidores, prometiendo poder y salvación a quienes se sometan a su ideología

—explicó la matriarca ciega—. Su influencia es peligrosa, y saben aprovecharse de las debilidades humanas para extender su alcance.

Los embajadores escucharon con inquietud.

—Debéis estar alerta y mantener vuestra unidad frente a esta amenaza —advirtió la segunda matriarca, con un tono firme—. No os dejéis seducir por sus palabras y permaneced firmes en vuestras convicciones.

—De todos modos… tú no eres del todo belurio —susurró la matriarca ciega, dirigiéndose a Zarhel.

—No del todo —confirmó él—, pero llevo sangre beluria en mis venas, y así me siento.

—¿Y qué opinan los zíngaros dorados de nosotros, los recién liberados belurios? —preguntó Shuraz, más calmado al notar la disposición de las matriarcas para ayudar.

Las gemelas sonrieron al unísono ante la pregunta del guerrero y se contonearon con gracia.

—Valoramos la diversidad y la riqueza que cada pueblo aporta al Mundo Antiguo —respondió una de las matriarcas con calidez—. Para nosotros, vuestra liberación es motivo de esperanza; simboliza un paso hacia la igualdad.

—Nos alegra ver cómo un pueblo oprimido encuentra su libertad y puede vivir su fe y su cultura sin miedo —añadió la otra con entusiasmo—. Vuestra liberación es un triunfo para todos aquellos que luchan por la dignidad.

—Nuestro pueblo nómada siempre ha enfrentado su propia lucha por la libertad —continuó la matriarca ciega con una mirada profunda—. Sabemos bien lo que significa mantener nuestras tradiciones y valores, y cómo la opresión puede amenazar nuestra identidad.

—Vuestra libertad es un testimonio de la fortaleza del espíritu humano —afirmó Rayhem con admiración—. Esperamos que nuestras culturas puedan enriquecerse mutuamente y que este nuevo camino nos acerque.

—Así es —respondió una de las matriarcas con una sonrisa—. El intercambio cultural es la clave para un mundo más armonioso. Estamos dispuestas a compartir nuestra sabiduría y esperamos que, cuando os asentéis, nos brindéis la oportunidad de conocer y comprender vuestro reino belurio.

—Agradecemos vuestras palabras y la promesa de una posible alianza —dijo Zarhel con respeto—. Nos adentraremos en este enigma con la esperanza de contar con vuestras bendiciones.

—Que la sabiduría de nuestros ancestros os guíe en vuestra búsqueda —respondió la matriarca ciega.

—Gracias por vuestra hospitalidad —dijo Rayhem, inclinándose ante las misteriosas mujeres.

Los embajadores belurios se despidieron de las matriarcas con respeto y gratitud.

—Zarhel —susurró la matriarca ciega al oído del carcelero—, ¿puedes quedarte un momento?

Zarhel arqueó las cejas y miró a sus compañeros antes de girarse y dejarse guiar por la mano de la matriarca ciega hacia un rincón del carromato, oculto tras cortinas de colores. Shuraz y Rayhem se miraron y, sin decir nada, salieron del vehículo. La otra matriarca les acompañó sonriente hasta la puerta.

Fuera, los zíngaros los invitaron a cenar alrededor de la hoguera, ofreciéndoles un asado preparado con esa habilidad única de las mujeres de la comunidad. Aceptaron y disfrutaron del ambiente acogedor mientras el sol se ponía, tiñendo el cielo de tonos naranjas. La brisa jugaba con las hojas de los árboles cercanos, llenando el aire con un susurro suave y relajante.

Zarhel salió del carromato con un hambre voraz y se unió a sus compañeros, quienes le recibieron con bebida y comida.

—¡Vaya, parece que has triunfado! —exclamó Shuraz, a lo que Zarhel respondió con una sonrisa enigmática y un largo trago, sin decir nada.

—Por cierto, Rayhem, ¿me prestas la lista que nos dio Sin Cara? —preguntó Zarhel mientras se dejaba caer al lado del sacerdote, sacudiéndose el polvo de su capa con un gesto distraído—. Tengo gente en la calle que podría empezar a husmear, a ver si encuentran a alguna de esas ratas.

Rayhem levantó la mirada con el ceño fruncido.

—¿Crees que tus espías podrán sacar algo útil? —preguntó mientras rebuscaba en su zurrón.

—Siempre sacan algo —Zarhel sonrió de medio lado y cruzó los brazos—. Aunque solo sea un rumor o una pista, ya es más de lo que tenemos ahora.

El sacerdote asintió con un leve suspiro y al fin sacó el pergamino.

—Aquí está —dijo cuando se lo entregó—. Pero ten cuidado, Zarhel. Esa lista es peligrosa. Si alguno de ellos se entera de que estamos tras su rastro, no se quedará de brazos cruzados.

Zarhel tomó el pergamino con una sonrisa confiada.

—No te preocupes por mí, Rayhem. Estas ratas no saben quién les pisa los talones… todavía.

Mientras bebían, Rayhem descubrió a lo lejos a una anciana de pelo plateado, chal rojo, figura elegante e intensa mirada que los observaba en silencio.

—¿Habéis visto a esa anciana? No nos quita ojo —dijo, inquieto.

—¿Qué anciana? —preguntó Zarhel, frunciendo el ceño.

—Esa… —respondió Rayhem, señalando un lugar vacío.

—¡Has bebido demasiado! —bromeó Shuraz, rodeando con su musculoso brazo la cabeza del sacerdote y atrayéndolo a su lado.

La noche cayó, y los embajadores, bien comidos y bebidos, se despidieron del hospitalario pueblo de los zíngaros para cabalgar de regreso a Alonia bajo el cielo estrellado.

24
La cueva

—Parecen contar una historia antigua, ¿no crees? —dijo el lobo de mar mientras sus dedos ásperos trazaban los contornos de las pinturas en la pared de la cueva.

—Representan a un pueblo que llegó a la isla en busca de refugio, pero encontraron algo mucho más peligroso —matizó la guardiana, acercando la antorcha para iluminar mejor el prehistórico mural sobre la rugosa piedra—. ¿Es posible que estemos en una isla? —preguntó a continuación.

—Es muy posible, sí —respondió el viejo, perplejo, señalando un dibujo de lo que parecía una isla en el mar.

—Las criaturas estaban hambrientas —observó la guardiana, examinando los detalles de las pinturas—. Estas deben de ser las aves que nos atacaron, ¿y esas? ¿Son ratas gigantes?

—Eran las familias que habitaban aquí —explicó, interpretando la siguiente parte del mural—. Había dos clanes en conflicto: uno vivía en las montañas, cerca del cielo, y otro en la tierra, junto al mar. Tal vez la isla era demasiado pequeña para compartirla. Y nosotros hemos caído justo en medio. ¡Qué suerte la nuestra! —ironizó el lobo de mar, elevando la voz.

—No hemos visto a esas ratas gigantes —reflexionó la guardiana mientras el eco de su compañero se apagaba en la cueva—. Quizá perdieron la guerra.

—No pienso quedarme para averiguarlo —masculló el lobo de mar, frunciendo el ceño—. ¡Tenemos que salir de esta maldita isla!

—Parece que esa especie de ratas vivía en… cuevas —dijo la guardiana, señalando un dibujo con seriedad.

—¡Mierda, tenemos que salir de aquí! —exclamó el viejo, llevándose las manos a la cabeza.

Algo se movió en la oscuridad. En un parpadeo, una enorme criatura peluda surgió detrás del lobo de mar y se abalanzó sobre él con ojos brillantes y dientes afilados. Parecía una extraña mezcla entre rata y mono, del tamaño de un hombre, con un pelaje oscuro y enmarañado que se erizaba mientras mostraba sus colmillos. Con un rugido gutural, embistió al lobo de mar, derribándolo al suelo de un potente cabezazo.

El hombre forcejeó, intentando zafarse del feroz agarre de la criatura, mientras los gruñidos resonaban en la cueva. La bestia era ágil y esquivaba sus golpes con destreza. La guardiana, blandiendo la antorcha, lanzó un grito y golpeó a la criatura en la espalda, provocando que soltara un gruñido de dolor, lo que permitió que el viejo se liberara.

El hombre se incorporó y, en lugar de huir, arremetió contra la criatura soltando un rugido, tratando de derribarla de un golpe de hombro. Ambos chocaron entre un crujido de huesos, pero fue la criatura la que cedió, cayendo al suelo con el miedo reflejado en los ojos, transformada de cazador en presa.

La guardiana aprovechó la oportunidad y golpeó el hocico de la criatura con la antorcha para intentar cegarlo. El golpe fue efectivo, pero hizo que la antorcha cayera al suelo y se apagara casi por completo.

En lugar de huir, la criatura, enfurecida, lanzó un rápido zarpazo que rasgó la ropa del lobo de mar y dejó una herida sangrante en su pecho.

La guardiana agarró una roca cercana y la lanzó con precisión, golpeando la cabeza de la criatura. El impacto abrió una herida y la sangre salpicó las antiguas pinturas de las paredes de la cueva.

Aprovechando la distracción, el lobo de mar se lanzó sobre la bestia, inmovilizándola desde atrás.

—¡Ahora! ¡Dale con la antorcha! —gritó, tirando de la criatura con todas sus fuerzas.

Mientras la guardiana recogía la antorcha caída, la criatura luchaba con una furia salvaje, emitiendo gruñidos que reverberaban por la cueva. La guardiana se abalanzó con rapidez y, cuidando de no herir a su compañero, hundió la antorcha ardiente en el costado de la bestia. Un alarido desgarrador salió de su boca, resonando en la cueva como un lamento espectral.

El lobo de mar aprovechó la oportunidad para asestar un golpe brutal al abdomen de la criatura, derribándola. Tambaleante y sin aire, la bestia cayó, mientras su pelaje comenzaba a arder rápidamente.

La guardiana ayudó a su compañero a incorporarse, manteniendo la antorcha alzada, lista para cualquier otro ataque. El fuego envolvió a la criatura, extendiéndose con rapidez por su cuerpo. Pronto, las llamas la consumieron, transformándola en un torbellino de luz naranja y roja. Se retorcía en el suelo, emitiendo aullidos de agonía mientras las llamas devoraban su cuerpo.

El aire de la cueva se llenó del nauseabundo olor a carne quemada, mezclado con el humo que subía en espirales hacia el techo rocoso. La guardiana y el lobo de mar retrocedieron, sintiendo el calor abrasador en sus rostros y observando con espanto cómo la criatura se consumía.

Al fin, el fuego menguó, dejando tras de sí solo un montón de cenizas y huesos carbonizados. Un pesado silencio envolvió la cueva, roto apenas por el crujir de las brasas.

La guardiana y el marino se miraron y se comprendieron sin necesidad de palabras. El lobo de mar, abatido y con el pecho herido por el zarpazo, se dejó caer al suelo, respirando con dificultad mientras ella permanecía a su lado, alerta y lista para cualquier nueva amenaza.

Observando el estado de su compañero, la mujer notó el sufrimiento que se reflejaba en su rostro. Su respiración era agitada, y cada inhalación le arrancaba una mueca de dolor. Sin perder tiempo, comenzó a buscar algo que pudiera servir para tratar la herida. La guardiana había aprendido los secretos de la herbolaria gracias a Elysia, la tía de Anara, una maestra curandera de su tierra natal, Nela-Shur. Rememorando las enseñanzas de su mentora, se dirigió a la entrada de la cueva, donde la humedad de la cascada favorecía el crecimiento de plantas.

Allí, entre las piedras húmedas, encontró unas hojas gruesas y de un verde oscuro que reconoció al instante: Consuelda, una planta conocida por sus propiedades cicatrizantes. Con cuidado, arrancó algunas de las hojas y las trituró entre sus dedos, extrayendo su savia viscosa y transparente.

Utilizó su chaleco de cuero para recoger agua fresca y regresó junto a su compañero. Con cuidado, descubrió la camisa hecha girones y limpió la herida del lobo de mar, eliminando los restos de suciedad y sangre que cubrían el profundo zarpazo. Después, aplicó el ungüento improvisado, mezclando la savia de la planta con un poco de saliva para potenciar sus efectos, y lo esparció con suavidad sobre la piel desgarrada. Con tiras de tela rasgadas de su propia ropa, confeccionó un vendaje apretado para cubrir la zona y detener cualquier sangrado adicional. El marino apenas reaccionó, tenía la mirada perdida en la penumbra de la cueva.

—Gracias —murmuró por fin, palpando el vendaje con una expresión agradecida. Luego, sus ojos se posaron en el hombro de la mujer, empapado de sangre—. Tú también estás herida.

—Me había olvidado de esto —admitió, alzando la manga para revelar una fea herida provocada por el picotazo de una de las aves que los había atacado en la playa. Apenas le había prestado atención antes, concentrada en la lucha por sobrevivir.

Aprovechó el momento para lavar su herida con agua fresca y aplicarse los restos del ungüento que había utilizado antes en la de

su compañero. Aunque la suya era solo una magulladura superficial, la molestia era constante, y lo último que deseaba era una infección.

La guardiana se dejó caer junto al lobo de mar, aliviada. Ambos permanecieron en silencio durante un rato, dejando que el sonido del viento y el crepitar de la hoguera llenaran el espacio entre ellos.

—No es la primera vez que haces esto, ¿verdad? —preguntó él, señalando el vendaje firme que cubría la herida.

—Me ha tocado aprender a cuidarme sola —respondió la guardiana, con su mirada perdida en las sombras de la cueva.

—Me llamo Gorham —dijo el lobo de mar.

Ella lo miró en silencio durante unos segundos.

—Yo soy… Valcara —dijo, dándose cuenta de que hacía mucho que no compartía su nombre con nadie—. Es un placer conocerte, Gorham —respondió, esbozando una cálida sonrisa.

Gorham asintió, devolviéndosela con un brillo de complicidad en los ojos.

—Supongo que estamos juntos en esto, ¿no, Valcara?

—Así es —confirmó ella.

Ambos se quedaron callados, sumidos en pensamientos que no compartían.

—¿Algún plan para salir de aquí? —preguntó la guardiana, rompiendo el silencio y mirando a su alrededor con la vista fija en la oscuridad que los rodeaba.

—Tendremos que explorar la isla y buscar recursos —respondió Gorham con los ojos fijos en las brasas que aún ardían.

—Tienes razón —asintió Valcara con un hilo de voz—. Pero primero, necesitamos algo que comer.

—Buena idea —Gorham intentó ponerse de pie, pero el dolor lo hizo desistir.

—No, descansa. Yo me encargo —dijo Valcara, posando una mano en su hombro. El lobo de mar se dejó caer de nuevo, aliviado.

La mujer se levantó y, al mirar los restos humeantes de la criatura carbonizada, descartó la idea de aprovechar su carne con un gesto de repulsión. Se dirigió hacia la entrada de la cueva, decidida a encontrar algo más apto para comer. Mientras avanzaba, echó un vistazo atrás y vio a Gorham, que ya cerraba los ojos, dejándose arrastrar por el agotamiento.

Con una última mirada, Valcara se adentró en la cascada, consciente de que aquella alianza inesperada era su mejor esperanza de sobrevivir.

25
La red de Zarhel

En los callejones sombríos y oscuros de la ciudad, Zarhel era un nombre susurrado con respeto. Entre los niños de la calle, delincuentes de poca monta y criminales de baja estofa, se le conocía como un hombre que pagaba bien por la información valiosa. Por unas pocas monedas, estos marginales se convertían en sus ojos y oídos, vigilando los rincones más oscuros y peligrosos de la urbe. La líder de estos niños era conocida como la Rata Rubia.

En Baja Alonia, las historias decían que Zarhel había crecido en esas mismas calles y por eso sabía muy bien qué se cocía en ellas.

De entre las sombras surgió una figura pequeña, envuelta en una capa con capucha oscura. Sus ropas raídas y pies descalzos, ennegrecidos y llenos de barro, la hacían inconfundible. Pero lo más distintivo era el arma que colgaba de un cinto cruzado sobre su pecho: unas enormes tijeras de podar, oxidadas y melladas, casi tan grandes como ella. Al llegar junto a Zarhel, la figura se retiró la capucha, revelando un cabello rubio cortado a trasquilones, parecía habérselo hecho ella misma. Sus brillantes ojos verdes eran lo único bello en su ruda apariencia.

La niña se movía entre las sombras como un espectro, y detrás de ella, escondidos en alcantarillas, tejados y esquinas, había un puñado de niños callejeros, ladronzuelos de mirada astuta que solo respondían a sus órdenes.

—¿Tienes algo para mí, Karela? —susurró Zarhel, dirigiéndose a la joven desaliñada.

—He escuchado que los mercenarios de Kharis están planeando una emboscada en el mercado esta noche —dijo ella, observando con cautela el callejón antes de continuar—. Parece que buscan capturar a un importante comerciante de seda.

—¿Por qué debería interesarme? —preguntó Zarhel, deslizando su mano hacia su bolsa de dinero.

—Porque su nombre está en la lista que me diste la otra noche.— aseguró Karela, clavando su mirada en él—. Ese papel en el que hay demasiadas palabras y pocos nombres.

Zarhel sonrió, arqueando una ceja.

—¿Ya has aprendido a leer?

—No necesito leer —respondió ella, bufando—. Solo necesito que me pagues.

—Bien, te lo has ganado —admitió Zarhel, entregándole unas monedas—. Quiero saber si Kharis lleva un anillo de plata con una estrella de ocho puntas grabada y una piedra negra en el centro —siguió después, con un tono más grave.

Karela lo miró de reojo, calibrando la propuesta.

—Págame por adelantado y hoy mismo te lo averiguo —negoció ella, alzando la mano.

—Eres buena, Rata —sonrió Zarhel, arrojándole una moneda al aire. La niña la atrapó en un abrir y cerrar de ojos—. Devuélveme el pergamino —exigió con voz firme y mirada penetrante.

Ella, sin responder, metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un documento doblado varias veces. Se lo entregó con cierta desgana al carcelero, que lo tomó de inmediato.

Zarhel desplegó el pergamino con cuidado, inspeccionándolo con atención. Sus ojos recorrieron el texto, asegurándose de que era el mismo que le había dejado. Una vez satisfecho, lo guardó con esmero, asegurándose de que estuviera bien protegido.

Cuando levantó la mirada, Karela y su pandilla ya no estaban. Habían desaparecido en el silencio y las sombras, como si la penumbra misma se los hubiera tragado.

Zarhel se quedó un instante en silencio, reflexionando. Sabía muy bien a quién debía visitar ahora.

—Necesito que vigiles a alguien. Su nombre es Kharis, un esclavista belurio que siempre está rodeado de mercenarios —dijo Zarhel, observando al robusto contrabandista mientras este vaciaba su jarra de cerveza de un solo trago. Al turbio hombre le faltaba una oreja, y en su lugar se extendía una fea cicatriz que dejaba al descubierto un agujero donde antes estaba su oído.

Se encontraban en la taberna más oscura de Alonia, un lugar tan siniestro que la mayoría de sus clientes ni siquiera conocían su nombre, pues ningún cartel lo indicaba en la entrada.

—Ese trabajo no es barato, Zarhel —respondió el contrabandista, sopesando las palabras con una mirada suspicaz.

Zarhel deslizó una bolsa de monedas sobre la mesa de madera astillada y acompañó el gesto con una leve sonrisa.

—Es suficiente para que te olvides de tus problemas con la guardia por un tiempo —dijo Zarhel confiado.

El contrabandista tomó la bolsa, abriéndola apenas para confirmar su contenido. Sonrió, revelando una dentadura llena de piezas doradas, y asintió con aprobación.

Zarhel no esperó más. Había activado la maquinaria de su red de espionaje y sabía que la información que necesitaba pronto llegaría a sus oídos. Salió de la taberna, dejando tras de sí el murmullo de tratos y secretos en la penumbra.

26
Traición

En el tranquilo y sombrío patio trasero del Templo Belurio, Shuraz intentaba en vano concentrarse en afilar su espada, mientras el sonido de las hojas de los árboles movidas por el viento llenaba el ambiente. A pesar de estar rodeado por la paz del lugar, estaba inquieto por los rumores que había escuchado por la mañana en la taberna.

—No puedo creerlo… ¿Edoz y Anara? —murmuró para sí mismo.

A pesar de que intentaba negarlo, las imágenes de Edoz y Anara juntos se repetían en su cabeza. Había notado un cambio en la dinámica entre ellos últimamente, pero nunca pensó que llegarían a nada. Anara siempre había odiado a Edoz.

Shuraz se dirigió hacia los dormitorios, donde sabía que encontraría a Edoz. Al entrar, vio al verdugo sentado en el borde de su cama, calzándose las botas.

—¡Shuraz! —exclamó antes de ver cómo el enorme guerrero se abalanzaba sobre él.

Shuraz lo agarró por la pechera y lo puso contra la pared, elevándolo un par de palmos del suelo.

—¿Es verdad lo que he oído? —preguntó Shuraz entre dientes.

—¿Qué has oído? —preguntó Edoz, aterrado.

—Tu… y Anara… —murmuró Shuraz.

—¿Yo y Anara? —respondió Edoz con cara de sorpresa—¿Piensas que estoy loco?

Edoz, le dio una patada con todas sus fuerzas en la entrepierna a Shuraz y consiguió que lo soltara, tirándolo al suelo doblado de dolor mientras se agarraba las pelotas.

—No fue nada, de verdad —dijo Edoz corriendo hacia la puerta.

Shuraz se levantó cojeando y rugiendo y se lanzó hacia Edoz volando por la habitación hasta caer a sus pies.

Edoz intentó darle una patada a Shuraz en la cara y este le cogió el pie y tiró de él para derribarlo a su lado. Acto seguido le lanzó un tortazo con el dorso de su mano izquierda que lo dejó noqueado.

Edoz se despertó cuando el agua helada salpicó su cara. Shuraz había vaciado una jarra sobre su hasta ahora compañero.

Edoz levantó la mirada y notó de inmediato el peso de Shuraz sobre él. Se encontraba tumbado en el suelo, inmovilizado por el guerrero que lo miraba con ira.

Shuraz guardó silencio por un momento.

—¿Es cierto? —preguntó, cerrando los puños a la altura de su cara.

Edoz, empapado de agua, suspiró. Sabía que, tarde o temprano, este momento llegaría. Se revolvió para intentar zafarse de Shuraz y este aflojó la presa. Edoz se puso de pie y ambos se colocaron frente a frente, preparados para la confrontación.

—Sí, es cierto. Anara estaba dolida y yo estaba ahí para secar sus lágrimas —dijo Edoz muy serio—. La cagaste pero bien. Se supone que erais algo, ¿no?

—¡Y no tuviste los cojones de decírmelo! —bufó Shuraz furioso, bajando los puños.

—¿Piensas que estoy loco? Sabía cómo te pondrías. Simplemente, sucedió. No queríamos hacerte daño, no pensamos demasiado… —se excusó Edoz, bajando la guardia al ver que Shuraz ya no tenía intención de pegarle.

—¿Cómo pudisteis traicionarme de esta manera? —preguntó Shuraz, abriendo las palmas de las manos ante Edoz.

—¿Quién empezó traicionando a quién? —le devolvió Edoz—. Lo siento. Si te hace sentir mejor, no siento nada por Anara.

Antes de que el guerrero pudiera responder, Anara entró en la habitación. Sus ojos se encontraron con los de Shuraz, quien la miró sorprendido. La joven había escuchado las últimas palabras de Edoz, que se llevó las manos a la cara avergonzado.

Anara se acercó a Shuraz con lágrimas en los ojos, pero él la apartó con brusquedad. El ambiente se volvió tenso, con las emociones a flor de piel, y el silencio se hizo ensordecedor.

—¡Basta! No vamos a resolver nada peleando entre nosotros —dijo Edoz interponiéndose entre ellos.

Shuraz negó con la cabeza, respirando con dificultad. Luego lanzó una última mirada de odio compartida para ambos y salió de la habitación, dejando a Edoz y Anara en un incómodo silencio.

Ambos se miraron avergonzados. Sobraban las palabras.

Dolido por la traición de Edoz y Anara, Shuraz decidió desviar toda su energía y concentración hacia un único objetivo: crear su ejército.

En las semanas siguientes comenzó a reclutar hombres entre los suyos, buscando a guerreros descontentos, jóvenes ansiosos por probar su valía y veteranos cansados de la inacción. Los elegía por su destreza, su lealtad o su espíritu indomable, y poco a poco su ejército empezó a tomar forma. No era un gran número al principio, apenas unas docenas de hombres, pero cada uno poseía un potencial que Shuraz sabía que podía afilar.

El lugar que eligió para entrenarlos era un claro escondido a las afueras de la ciudad, protegido por la espesura de un bosque denso y rodeado de colinas rocosas que lo mantenían oculto de las miradas indiscretas. El emplazamiento era perfecto para sus propósitos; la vegetación era lo bastante espesa para esconder cualquier

campamento y lo suficientemente abierta para realizar entrenamientos de combate. Nadie llegaba hasta allí sin ser visto.

Shuraz se entregó por completo al entrenamiento, unas veces como instructor y otras como soldado. Lideraba las prácticas con una disciplina férrea, exigiendo a sus hombres la misma intensidad que él se imponía. Amanecían antes que la luz iluminara el cielo y no dejaban de entrenar hasta que las estrellas colgaban en el firmamento. Aumentaban su resistencia física, perfeccionaban la precisión con las armas y desarrollaban tácticas para un combate más inteligente y letal.

No pasó mucho tiempo antes de que Shuraz distinguiera a aquellos que destacaban. Algunos tenían habilidades naturales para el liderazgo; otros poseían una aguda inteligencia para las estrategias de combate, y había quienes mantenían una calma envidiable incluso bajo presión. Entre ellos, Shuraz vio la oportunidad de formar a los primeros oficiales de su ejército.

Convocó una reunión en el centro del claro, donde los hombres se sentaron alrededor de una hoguera encendida para la ocasión. Los que destacaban se situaron al frente, esperando nerviosos. Shuraz los observó con detenimiento, consciente de que no se trataba solo de otorgar títulos, sino de asegurar una estructura de lealtad y disciplina.

Con voz firme y mirada severa, anunció los nombres de aquellos a quienes consideraba dignos de liderar junto a él. Les entregó unos emblemas tallados a mano, insignias simples pero significativas que representaban su posición y su responsabilidad en esta incipiente fuerza. Cada uno de los seleccionados recibió su nombramiento con orgullo, conscientes de la gran responsabilidad que ahora pesaba sobre sus hombros.

—No se trata de un título —les dijo Shuraz mientras miraba a cada uno de los nuevos oficiales—. Es una promesa. No solo a mí, sino a todos los que os seguirán. Cualquiera puede blandir una espada, pero pocos saben lo que significa guiar a otros hacia la victoria… o hacia la muerte.

Las palabras de Shuraz resonaron en la oscuridad del bosque y calaron en los hombres que lo rodeaban. Esa noche, la decisión de Shuraz de enfocar su dolor en la creación de un ejército se hizo real, tangible.

Cada día, el ejército crecía un poco más. Aunque sus heridas seguían abiertas, cada nuevo recluta, cada hora de entrenamiento y cada promesa hecha a sus hombres servía para enterrar un poco más el dolor y dar forma a un ejército que, en algún momento, sería de vital importancia en su reino.

27
Confidencias y sueños

La luz de la chimenea proyectaba inquietas sombras sobre las paredes de la taberna, casi vacía a esa hora de la noche. Solo dos figuras permanecían en su interior: Lyria, la mercenaria de cabellos rojos como el fuego, y Anara, quien recogía las últimas jarras antes de cerrar. Solo el crujir de la madera ardiendo y el suave tintineo de las jarras que Anara apilaba en la barra rompían el silencio.

Anara seguía preocupada por el enfrentamiento entre Edoz y Shuraz, pero no tenía la confianza suficiente para hablarlo con Lyria y prefirió no contarle nada.

La mercenaria tomó un sorbo de su jarra y dejó escapar un suspiro. Luego, apoyó el codo en la mesa y sonrió, observando a Anara con un brillo en los ojos.

—¿Sabes? Hay algo que todavía no te he dicho —dijo mientras se recogía el cabello en una trenza improvisada y la ataba con una cuerda gastada—. Siempre he admirado cómo manejas este lugar. No es fácil, y menos cuando estás prácticamente sola.

Anara se giró con una sonrisa modesta asomando en su rostro.

—Gracias, Lyria. Pero no lo hago sola. Ayudo a mis tíos, aunque… bueno, sí puede ser difícil a veces. —Dejó un par de jarras vacías sobre la barra y acarició distraída una de ellas—. Me gusta pensar que esta taberna es un hogar para quienes pasan por aquí. Al menos, por un rato.

Lyria asintió, apoyándose en el respaldo de su silla con aire pensativo.

—¿Y el hogar de antes? —preguntó con curiosidad—. ¿Piensas en cómo era antes de que… todo cambiara?

Anara se detuvo un instante. El brillo de la nostalgia iluminó su mirada antes de que apartara los ojos y continuara recogiendo con aparente despreocupación.

—A decir verdad, apenas lo recuerdo —respondió con un suspiro, pasando las jarras a la cocina y dejándolas con más fuerza de la que pretendía—. Mis padres murieron cuando los alonios destruyeron Nela-Shur. Yo era solo una niña. Después de eso, mis tíos me criaron, y… bueno, ellos se convirtieron en mi familia.

Lyria la observó en silencio.

—Debe de haber sido difícil perderlos tan joven —dijo, con una nota de empatía que sorprendió a Anara—. Yo también perdí a mi familia no hace mucho.

La mercenaria bajó la vista hacia la jarra vacía y sus dedos tamborilearon sobre el borde.

—Lo siento —repuso Anara, acercándose con pasos lentos y apoyando una mano en el hombro de la joven. Sus ojos se suavizaron y su voz bajó hasta convertirse casi en un susurro—. Es duro, ¿verdad? Al principio parece que el vacío te va a tragar. Pero… con el tiempo, aprendes a vivir con él.

Lyria dejó que el silencio llenara el espacio entre ellas antes de hablar de nuevo.

—Yo aún tengo ese vacío dentro —dijo con la mirada perdida—. ¿Nunca has sentido ganas de vengarte? —preguntó, mientras un brillo húmedo empezaba a empañar sus ojos.

Anara retrocedió un paso, sorprendida por la pregunta.

—¿Venganza? —repitió, más para sí misma que para Lyria—. ¿Contra quién? ¿Contra todos los alonios? ¿Contra el rey Odimovar? Pasó hace tanto tiempo, y yo era tan pequeña… Ya no tiene sentido.

Lyria no apartó la mirada e insistió con delicadeza.

—¿Y entonces? ¿Nunca lo deseaste?

Anara dudó, sus labios apretados reflejaban su incomodidad.

—Supongo que sí, alguna vez lo pensé —admitió por fin—. Pero la violencia solo trae más violencia. Y si hubiese seguido ese camino, no creo que hubiera sido lo mejor.

La mercenaria la miró en silencio.

El crujir de la chimenea llenó el vacío que dejó la conversación. Lyria levantó la jarra, aunque ya estaba vacía, y la giró entre sus manos en busca de una respuesta en el fondo.

—Eres más fuerte de lo que crees, Anara —dijo al fin, con una sonrisa débil—. Yo no sé si podría haber elegido tu camino.

Anara no respondió. Dejó caer un paño sobre la barra y miró hacia la ventana, donde las sombras de la noche se arremolinaban cargadas de secretos.

—¿Tienes más familia? —preguntó Lyria, cambiando de tema.

Anara se detuvo en seco, su mirada oscilaba entre la barra que limpiaba y los ojos curiosos de la mercenaria.

—¿Además de mis tíos, que son como mis padres? —dijo con cautela.

—Sí, a eso me refería —aclaró Lyria, inclinándose hacia ella.

Un destello de melancolía cruzó el rostro de Anara antes de que una leve sonrisa lo suavizara.

—Sí… tengo a alguien. Aunque hace mucho que no sé de ella. Yo la llamo La guardiana.

Lyria ladeó la cabeza, intrigada.

—La guardiana… Suena misterioso. ¿Quién es?

Anara se mordió el labio, dudando antes de responder. Miró por la ventana, donde la oscuridad de la noche cubría la ciudad con su manto impenetrable.

—Es difícil de explicar —dijo con un susurro, pensando en voz alta—. Es una guerrera, alguien fuerte a quien, si ves, no olvidas. Alguien con tanta energía que tienes claro que no quieres

enfrentarte a ella. Siempre estuvo allí cuando más la necesitaba. Pero hace mucho que no tengo noticias suyas. Es como si… —hizo una pausa, buscando las palabras—, como si cuidara de mí desde la distancia, la viera yo o no.

Lyria asintió, con su mirada fija en Anara.

—A veces, hay personas así —dijo, reflexiva—. Guardianes invisibles que nos protegen sin que los veamos. Ojalá todos tuviéramos a alguien así en nuestras vidas. Alguien que no dudara en acabar con tus posibles enemigos si llegara el caso.

—Sí, aunque no es necesario llegar tan lejos —respondió Anara con un murmullo, desviando la mirada hacia la barra. Su mano temblorosa continuó limpiando con el paño, aunque ya estaba impecable—. Pero a veces, esos lazos se rompen, y lo único que queda es seguir adelante, aunque no sea fácil.

Lyria observó los ojos brillantes de Anara, pero no dijo nada.

—¿No sabes dónde está? —preguntó la mercenaria con un tono más suave que antes, temiendo la respuesta.

Anara dejó el paño sobre la barra y cruzó los brazos, abrazándose a sí misma.

—Nos vigiló durante nuestro primer viaje como embajadores, cuando fuimos a Jersia. Fue antes de la toma de Alonia, y después, cuando los jersas invadieron la ciudad, perdimos el contacto. —Su voz tembló—. Lo último que supe es que la habían vendido como esclava, enviada a algún lugar lejos de aquí…

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, llenas de un dolor que parecía haberse acumulado durante el tiempo. Anara bajó la mirada, y un torrente de culpa se reflejó en su rostro.

—No hice nada para recuperarla —susurró, su voz quebrándose al final. Una lágrima escapó de sus ojos, seguida por otras que rodaron silenciosas por sus mejillas.

Lyria se levantó de su asiento sin pensarlo dos veces y rodeó a Anara con un abrazo cálido.

—Tranquila —murmuró, acariciando con ternura el cabello castaño de la joven—. Estoy segura de que está bien. Las personas como ella siempre encuentran la forma de salir adelante. Y si está destinada a volver a tu lado, lo hará.

Anara hundió el rostro en el hombro de Lyria y dejó que las lágrimas fluyeran mientras sus dedos se aferraban a la tela de la oscura capa de la mercenaria.

—Eso espero —pensó Lyria para sí misma, cerrando los ojos por un instante y conteniendo su propia emoción—. Por tu bien, ojalá así sea.

El silencio volvió a adueñarse de la taberna, pero esta vez no era un vacío incómodo, sino el peso compartido de un dolor que, por un momento, ya no se sentía tan solitario. Aunque Lyria no podía compartir su peso con Anara.

Anara despertó bruscamente, con la respiración agitada y el cuerpo cubierto por un sudor frío. La luz tenue de la biblioteca del cementerio apenas iluminaba las sombras de los libros y los muebles antiguos. A su lado, Jarben seguía durmiendo, con el rostro en calma y la respiración profunda, ajeno por completo al torbellino emocional que acababa de experimentar. La confusión se apoderó de ella al recordar el extraño sueño que había tenido, lleno de metáforas y figuras animales que se entremezclaban con los recuerdos de sus propias vivencias. Anara se llevó una mano al rostro, tratando de calmarse.

En su sueño, ella no era ella misma, sino una figura simbólica, una mujer atrapada entre un grupo de esclavos y condenada a un destino incierto. Cada elemento del sueño tenía un eco extraño pero reconocible. Recordó a la niña y la madre, el trozo de pan que había protegido, la tormenta en el mar, la lucha desesperada por sobrevivir, el misterioso lobo de mar y las criaturas que los acechaban. Y, al final, la cueva, el fuego, y esa reveladora sensación de que el destino los había conducido allí por un propósito mayor.

Sin embargo, lo que más la perturbaba no era la situación de la guardiana en su sueño, sino el fuerte simbolismo de las criaturas a las que se enfrentaban, las extrañas aves y el pequeño chamán alado. El sentimiento de protección, la responsabilidad de la guardiana y el despertar de una conexión con alguien a través del conflicto… Todo eso le resultaba familiar de una forma que no sabía explicar. ¿Era un aviso? ¿O solo era su mente procesando sus propios temores y traiciones?

Anara giró la cabeza hacia Jarben, que se movió en sueños y murmuró algo ininteligible. La visión del sepulturero, vulnerable y herido, le provocó un nudo en la garganta. El hombre había cargado con la muerte, las pérdidas y las sombras durante tanto tiempo y, aun así, seguía dispuesto a cuidar de ella y a apoyarla.

Se levantó con cuidado, moviéndose en silencio para no despertarlo, y caminó hacia la pequeña ventana de la biblioteca para observar el cielo gris del amanecer. La noche anterior, después de limpiar el desastre en el cementerio, ambos se habían desplomado por el agotamiento, y el vino no había ayudado a aliviar la pesadez de sus cuerpos y sus almas.

Anara recordó los momentos recientes: cómo estaba aprendiendo a sanar bajo la guía estricta de su tía, y cómo había intentado salvar al niño que murió en sus manos. Aún podía sentir la impotencia de aquel momento, la desesperación de ver cómo la vida se escapaba y sus manos eran incapaces de retenerla. Y ahora, aquí estaba, enterrando cuerpos con Jarben y enfrentándose a la realidad de la muerte de una manera cruda y física.

Cerró los ojos un momento, recordando el apoyo silencioso del sepulturero. Cuando Jarben le había agradecido por su ayuda, ella lo había notado cansado, y cojeaba por su reciente herida, por lo que se sintió impulsada a seguir ayudándolo. No era solo una cuestión de gratitud; era la sensación de que ambos estaban compartiendo una carga más allá de los cadáveres o la limpieza de la sangre. Eran dos personas heridas intentando sobrevivir en un mundo que los había empujado al borde de lo soportable.

En medio del silencio, Anara no pudo evitar recordar a Jarben y a Lyria. Fue directa en su pregunta, y la respuesta de Jarben la dejó pensativa. Tenía curiosidad por saber si se habían besado. Jarben no parecía un hombre experto en relaciones, y por lo que había hablado con él, la complejidad de los sentimientos de los vivos contrastaban con la serenidad de los muertos que él solía enterrar.

Anara volvió a mirar a Jarben, que había despertado y la observaba desde el suelo. Sus ojos revelaban una comprensión silenciosa; sabía que algo la perturbaba, pero no la presionó. La confianza y el respeto mutuos se habían consolidado en aquellos días difíciles.

—¿Estás bien? —preguntó él, con la voz ronca por el sueño y la fatiga. No esperó respuesta, y en lugar de insistir, se limitó a ofrecerle una media sonrisa que parecía decir: «Estoy aquí para cuando quieras hablar».

Anara asintió, agradecida, y caminó hacia él para tomar asiento junto a la pila de libros desordenados. Ambos se quedaron en silencio en la biblioteca envuelta en una calma momentánea. Por alguna razón, la presencia de Jarben le daba fuerzas para enfrentarse a los fantasmas de su cabeza y seguir adelante. No era un consuelo inmediato ni una solución mágica, pero era algo firme y real, como la tierra misma.

Decidió que, por ahora, la mejor manera de curar sus propias heridas era ayudar a los demás. Había cometido errores y había fracasado cuando intentaba salvar a alguien, pero eso solo significaba que tenía que mejorar, aprender más y encontrar una manera de ser útil. Observó a Jarben y supo que, como él, aún quedaba mucho por enterrar, y muchos secretos por desvelar en ese cementerio y en sus propias vidas.

El pasado los perseguía, pero al menos, por ahora, no estaban enfrentándolo solos.

28
Voraces llamas

El calor del fuego era tan intenso que el aire quemaba los pulmones al inhalarlo. Las llamas lo devoraban todo y teñían la habitación de un naranja abrasador. El humo cubría la parte superior de la estancia, y Jarben, débil por la mordedura de la criatura, apenas podía respirar, le picaban los ojos y cayó de rodillas, buscando una salida.

Con un tirón, arrancó la sábana de la cama y encontró la jarra de agua sobre la mesilla. Vertió el contenido sobre la tela antes de cubrirse la boca y gatear hasta la puerta. Al tocarla, sintió el calor abrasador, pero sabía que era su única salida. Reunió el valor, empujó y la abrió, desatando una explosión de calor que lo lanzó al suelo.

Casi sin fuerzas, recordó a su amigo Rayhem y los momentos compartidos en el cementerio antes de que la oscuridad lo envolviera.

—¡Jarben! ¡Jarben! —Una voz femenina lo llamó, arrastrándolo entre las llamas. Era Anara, que lo sostenía con todas sus fuerzas mientras avanzaban hacia las escaleras. El Templo Belurio se consumía cada vez más rápido.

—¡Despierta! No puedo cargar contigo sola —gritó ella—. Tienes que ayudarme.

Jarben, con sus últimas energías, se incorporó y se aferró a Anara mientras descendían a duras penas, esquivando vigas

ardientes y trozos de techo que se desplomaban. Una viga enorme estuvo a punto de caer sobre ellos, pero Anara, rápida, los frenó justo a tiempo.

Cuando por fin escaparon, el Templo Belurio colapsó tras ellos en un infierno de llamas. Exhaustos y cubiertos de cenizas, observaron en silencio cómo el lugar que había sido su refugio se desvanecía ante sus ojos.

—No puedo creer que esto esté pasando —murmuró Anara, con voz temblorosa.

Jarben, aún aturdido, se aferró a ella mientras ambos se alejaban del lugar. A lo lejos, otros belurios intentaban contener las llamas con cubos de agua, aunque el fuego parecía insaciable, evaporando sus esfuerzos al instante.

La taberna, antes el alma de un pueblo, era ahora un infierno de destrucción. Anara y Jarben se unieron a un grupo de belurios refugiados de las llamas. Entre ellos estaba Elysia, la tía de Anara, con el rostro cubierto de hollín y una profunda herida en la mano de la que brotaba sangre. Elysia, con la mirada perdida en el fuego, observaba las llamas en estado de shock.

—¡Madre…! ¡Madre! —gritó Anara mientras sacudía a su tía, que seguía sin reaccionar—. ¿Dónde está el tío? —preguntó, desesperada. Al no recibir respuesta, Anara comenzó a hiperventilar, llevándose las manos a la boca mientras las lágrimas se mezclaban con el polvo de su rostro. Miraba a la taberna, ahora consumida por el fuego.

—No, no… ¡no! —exclamó la tía, mientras Jarben se acercaba, abatido.

—¡Tío! ¡Tío! —gritó Anara, quien, presa del tormento, corrió hacia el fuego.

Jarben la detuvo, agarrándola por detrás antes de que alcanzara las llamas.

—¡Anara, no! ¡No podemos entrar ahí! —le gritó, señalando el infierno ardiente.

El calor abrasador comenzó a quemar sus rostros, y Anara, sin fuerzas, cayó al suelo entre sollozos, murmurando el nombre de su tío, Eldrin. Jarben la sostuvo, temiendo que intentara escapar de nuevo. En ese momento, Elysia, que parecía en trance, se llevó una mano al pecho, y pareció recuperar la conciencia.

Alguien pasó corriendo hacia las llamas. Jarben y Anara lo observaron, incrédulos, hasta que los gritos desgarradores de Elysia resonaron en el interior de la taberna en llamas, trayéndolos de vuelta a la realidad. Su tía se había lanzado al fuego, y desde dentro se la escuchaba gritar.

Anara se levantó y caminó en silencio hacia las llamas. Algo la llamaba desde el interior. Jarben tiró de ella con fuerza mientras el calor extremo les enrojecía la piel.

—¡Anara, no! —gritó, intentando hacerla entrar en razón.

Los gritos de Elysia cesaron tras el ruido de un desprendimiento en el interior de la taberna.

—Pero ellos… —susurró Anara entre sollozos. Jarben la abrazó con firmeza, deteniéndola.

—Anara, escúchame. Tenemos que alejarnos de aquí —le murmuró, sin soltarla, mientras la taberna ardía a sus espaldas.

Los presentes se acercaron rápidamente ante los gestos urgentes de Jarben, quien pedía ayuda para llevarlos a un lugar seguro. El olor a carne quemada era nauseabundo, y Anara ofrecía resistencia, gritando al viento con una rabia desesperada mientras la sacaban.

A medida que avanzaban hacia un sitio donde estar protegidos, Jarben no podía dejar de pensar en el horror que estaban viviendo.

—¿Esto está pasando, Jarben? —preguntó Anara con su voz rota. Anhelaba que el sepulturero le dijera que era un sueño.

Jarben la miró con pesar.

—Lo siento mucho —respondió con los ojos llenos de dolor.

Mientras se alejaban, Jarben observó el incendio con la remota esperanza de ver a alguien salir vivo de las llamas, pero no ocurrió. Ya en un rincón apartado, Anara rompió a llorar desconsolada, y

Jarben la abrazó con fuerza, temblando con ella mientras trataba de consolarla.

A unas calles de distancia, Edoz caminaba sin rumbo, aún absorto en su extraordinaria experiencia. No se percató de la intensidad de la luz hasta que alzó la vista y comprendió que un monumental incendio iluminaba el cielo. No era el sol quien brillaba, sino el Templo Belurio, envuelto en llamas. La nieve sucia de cenizas caía del cielo, y al reconocer el lugar, el pánico lo invadió.

Edoz echó a correr hacia la taberna, temiendo por la vida de sus amigos. Anara y Jarben eran los que más tiempo solían pasar allí. A medida que se acercaba, el humo se volvía más denso y sofocante, y la angustia le hacía gritar sus nombres, con lágrimas de impotencia en los ojos.

—¡Anara! ¡Jarben! —su voz se desvanecía en medio del rugir de las llamas y el humo espeso. A cada paso, el calor se hacía más intenso, y el miedo a perderlos apenas le dejaba respirar.

De pronto, entre el fuego y la multitud que se protegía del desastre, divisó dos figuras conocidas. Anara y Jarben, abrazados entre la gente, estaban a salvo, y una ola de alivio lo inundó.

—¡Estáis bien! —exclamó, corriendo hacia ellos. Pero al acercarse, notó la expresión vacía en los ojos de Anara, que no alzaba la mirada, y el dolor mudo en el rostro de Jarben.

Edoz se detuvo, comprendiendo al instante que algo terrible había ocurrido. Sin palabras, se quedó a su lado.

—¿Los demás están bien? —susurró Edoz por fin.

—Mis tíos… —apenas logró balbucear entre sollozos Anara, quebrándose por las lágrimas, refugiándose en el abrazo de Jarben.

Edoz la consoló en silencio, posando una mano en su hombro mientras observaba el edificio devorado por las llamas. Todo quedó reducido a cenizas en cuestión de horas. El esfuerzo de la comunidad logró contener el fuego y evitar que se extendiera a las casas contiguas.

Cuando Shuraz, Rayhem y Zarhel llegaron, solo encontraron ascuas aún ardientes y un vacío donde había estado su amada guarida. Las llamas ya habían consumido hasta el último rincón. Miraron entre la multitud, buscando a sus amigos con el pulso acelerado. El miedo era evidente en sus rostros mientras escrutaban las sombras humeantes.

Por fin divisaron a Edoz, de pie en medio del desastre, observando en silencio las ruinas de la taberna que había sido su refugio. Sus miradas se cruzaron, y en ese instante sobraron las palabras.

—Hemos perdido nuestro lugar de reuniones clandestinas —susurró Rayhem, con la voz rota.

—No es lo único que hemos perdido —respondió Edoz con firmeza—. El incendio ha engullido a los tíos de Anara.

La noticia cayó sobre ellos como un balde de agua helada.

—¿Y Anara? —preguntó Shuraz, angustiado.

—Está allí, con Jarben… Te puedes imaginar cómo está —contestó Edoz, afectado.

Ese día pasó velozmente. Encontraron un refugio improvisado gracias a un sacerdote de Bel-Hur, compañero de Rayhem. Anara descansaba tras tomar un calmante natural, mientras Rayhem velaba a su lado.

En el esqueleto achicharrado del Templo Belurio, Shuraz, Zarhel y Edoz recorrían el lugar con una profunda melancolía. Entre los escombros ya habían recuperado los restos calcinados de los tíos de Anara, y Jarben se ocupaba de los trámites para darles sepultura.

Entre la ceniza y los restos carbonizados, Shuraz divisó algo brillante en lo que había sido el salón principal. Se trataba de un colgante de plata medio derretido, con una estrella de ocho puntas. Aunque su piedra negra había desaparecido, reconoció el símbolo que habían visto en los anillos malditos.

—Esto no puede ser una coincidencia —dijo Shuraz, mostrando el colgante a los demás.

El grupo guardó silencio.

—No es una coincidencia —afirmó Edoz muy serio.

—Esto confirma nuestras sospechas —dijo Zarhel, observando el colgante con dureza—. Alguien está detrás de esto, alguien que nos quiere hacer daño.

—¿Quién podría ser? —preguntó Edoz preocupado.

—Los Ungidos de Kudram —respondió Zarhel—. Han recuperado influencia en Alonia y perdieron a dos de sus efectivos cuando intentaron atacar a Jarben. No hay duda de que están infiltrados en nuestras filas.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados —gruñó Shuraz con la mandíbula apretada—. Es hora de contraatacar.

Zarhel, en silencio, apretaba los puños mientras pateaba los restos ennegrecidos, quebrándolos bajo su frustración.

29
La despedida

—Gracias por todo, tía Elysia —susurró Anara con la voz entrecortada por la emoción—. Si no hubiera sido por ti y por el tío Eldrin, no sé qué habría sido de nosotros.

El abrazo entre Anara y su tía fue cálido y lleno de cariño, ambas conscientes de lo agridulce del momento. Regresar a Nela-Shur representaba una nueva oportunidad para su pueblo, pero también significaba despedirse de aquellos belurios que les habían proporcionado un hogar temporal en Alonia.

—No tienes que agradecer nada, querida —respondió Elysia, acariciando el cabello de su sobrina con ternura—. Ha sido un honor formar parte de la historia de nuestro pueblo. Sé que, al volver, haréis de Nela-Shur un lugar próspero y hermoso. Nosotros ya estamos mayores para viajar; el destino nos ha dejado aquí, en la Alonia a la que una vez fuimos traídos como esclavos.

Anara asintió, incapaz de contener las lágrimas que se acumulaban en sus ojos.

—Tía Elysia, tu sabiduría y tu generosidad han dejado una huella imborrable en nuestras vidas y en todo el pueblo belurio —siguió Anara, tomando con fuerza las manos de su tía—. Has sido una madre para mí, y siempre te llevaré en el corazón.

Elysia sonrió con ternura, acariciando el rostro de la joven.

—Y tú siempre serás mi hija, querida Anara —dijo la anciana con emoción en su voz—. Me siento bendecida de haberte tenido en

nuestra vida.

Eldrin se acercó y colocó una mano en el hombro de Anara con cariño.

—Estamos juntos en esto, y siempre podrás contar con nuestro apoyo —dijo el anciano—. Nuestros caminos quizá se separen, pero seguimos unidos en esta lucha por la libertad. Sé que haréis cosas maravillosas en Nela-Shur —añadió Eldrin—. Sois un grupo valiente y llevareis a nuestro pueblo hasta una nueva era de esperanza.

Anara asintió con melancolía.

—Me llevo parte de tu conocimiento, tía Elysia, aunque me hubiera gustado tener más tiempo para aprender todo lo que sabes de sanación —dijo, con un nudo en la garganta.

—Es un honor haber compartido mi experiencia contigo, hija — respondió Elysia, con voz suave—. Tienes un don especial para la sanación, y sé que lo usarás para ayudar a muchos.

Anara le dedicó una mirada agradecida.

—Gracias, tía Elysia —se despidió emocionada—. Prometo seguir tus enseñanzas y ayudar a hacer del mundo un lugar mejor.

—Es hora de partir, querida. —Elysia tomó aire—. Nela-Shur os necesita, sois el futuro de nuestro pueblo.

Anara abrazó a sus tíos una última vez, llorando con la certeza de que ya no los volvería a ver.

—Estoy lista —dijo Anara con miedo, uniéndose a los demás en la puerta de la taberna—. Es hora de regresar a casa y reconstruir nuestro reino.

Los embajadores montaron en sus caballos y se dispusieron a iniciar el regreso a Nela-Shur. Antes de partir, miraron una última vez a su querida Alonia, la tierra que había sido su hogar en sus momentos más oscuros. Llevaban consigo la esperanza de un futuro mejor y el compromiso de desentrañar los misterios que les esperaban en su tierra natal.

Los seis cabalgaban en silencio, avanzando juntos por el sendero que los guiaba de vuelta a Nela-Shur. El aire estaba impregnado de

una mezcla de emociones; sin embargo, nadie rompió el silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos y reflexiones.

Rayhem permanecía sentado al borde de la cama de Anara, quien dormía profundamente a su lado. Concentrado, el sacerdote canalizaba su don de conexión con los muertos, permitiendo a Anara despedirse de sus tíos fallecidos. Nunca antes había intentado algo semejante, pero el sueño profundo de la chica facilitaba aquel encuentro, permitiéndoles reunirse en un espacio etéreo, entre el mundo de los vivos y el reino de los sueños.

Al despertar, Anara se sintió ligera y aliviada. Rayhem, aún a los pies de su cama, sostenía su mano con los ojos muy abiertos y le sonreía con la frente perlada de sudor.

—Gracias —murmuró Anara, incapaz de contener las lágrimas.

—No tienes nada que agradecerme, amiga —respondió él, soltando su mano y secándose el sudor.

Jarben, que observaba en silencio desde el umbral, se acercó a ella con una sonrisa cálida.

—Anara, nunca te di las gracias por salvarme la vida —dijo Jarben, acercándose más a ella.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí —contestó Anara mientras él la abrazaba con los ojos humedecidos.

—He dado a tus tíos una sepultura digna —agregó Jarben, mirándola a los ojos—. Cuando lo desees, Rayhem oficiará la ceremonia.

Anara asintió, y una lágrima solitaria rodó por su mejilla.

Rayhem se levantó, dispuesto a dejarla descansar, y desde el quicio de la puerta dirigió una mirada a Jarben. El sepulturero se acercó al sacerdote.

—Quédate con ella. Los demás y yo iremos a la Gran Torre de Alonia —le susurró Rayhem al oído.

—¿A la Gran Torre? —preguntó Jarben, sorprendido.

—Necesitamos respuestas —respondió Rayhem con seriedad.

—Cuidaos —intervino Anara desde la cama, sorprendiendo a sus amigos, que pensaban que no los estaba escuchando.

—No te preocupes, lo haremos —prometió antes de salir.

30
Calor humano

Entre las rocas y la arena acumulada en el pequeño lago bajo la cascada, Valcara descubrió un molusco de aspecto inusual y de gran tamaño. Lo llevó hasta donde su compañero.

—¿Sabes si esto se puede comer? —preguntó, acercando el molusco a Gorham, que con dificultad levantó la vista para examinarlo.

—Sí, es un umbrío —respondió el marino, reconociendo a la criatura—. Lo he comido muchas veces en mis viajes por estas aguas. Déjame prepararlo, no quiero sentirme inútil.

Valcara le entregó el molusco y Gorham, con la destreza acumulada a lo largo de sus años de aventuras, se dispuso a prepararlo, eliminando con cuidado todas las partes venenosas. Lo cocinó sobre las brasas y pronto el aire se llenó de un aroma tentador.

Con el estómago rugiendo de hambre, devoraron el molusco con avidez, sorprendidos por lo sabroso que resultaba. Era lo suficientemente grande para alimentar a los dos y, en esas circunstancias, era un auténtico festín. Tras saciarse y beber agua fresca de la cascada, Valcara comenzó a buscar algo con lo que pudieran defenderse. Encontró un largo palo y, con paciencia, lo afiló contra las rocas hasta fabricar una lanza improvisada.

—No podemos bajar la guardia —advirtió Valcara, con la vista fija en los restos humeantes de la rata gigante que habían derrotado.

—Haremos turnos de vigilancia —sugirió Gorham.

—¿Seguro que puedes? —preguntó Valcara.

—He tenido heridas peores, esto no es más que un rasguño —respondió él.

—Yo haré el primer turno —decidió Valcara, mientras Gorham se recostaba junto al fuego para intentar dormir un poco.

La cueva permanecía en un silencio inquietante, solo roto por el murmullo del viento que se colaba entre las rocas. Valcara, con la lanza improvisada en su mano derecha, permanecía atenta, con sus sentidos agudizados por la adrenalina y la constante necesidad de mantenerse alerta. Aunque su mente vagaba, siempre volvía a la realidad de la cueva y al fuego, que mantenía a raya la oscuridad.

A medida que el sol desaparecía y la temperatura caía, el frío se volvió más intenso. Aunque el fuego proporcionaba algo de calor, el aire gélido de la noche se filtraba sin piedad, envolviéndolos en un abrazo helado.

Gorham se despertó sobresaltado, un escalofrío le recorrió la espalda. Se levantó con rapidez para avivar el fuego, pero sabía que las llamas no bastarían para mantener a raya el frío implacable de la noche. Desde las sombras de su puesto de vigilancia, Valcara lo observaba con atención. Había algo en el viejo que le resultaba atractivo, una energía primitiva y salvaje que antes no había notado.

Ambos sabían que solo había una forma de mantenerse con vida en medio del frío implacable de la noche: compartir el calor de sus cuerpos. Se miraron, tiritando.

—Parece que al final vas a tener suerte —dijo Valcara, con una mueca irónica, mientras se acercaba al viejo lobo de mar.

—¿O prefieres morir congelada? —replicó Gorham, extendiendo los brazos y esbozando una sonrisa socarrona.

Valcara soltó una risa breve y seca antes de ceder. Se acercó a él y ambos se abrazaron, dejando de lado la incomodidad para compartir su calor. Ella se sorprendió por su agradable olor, intenso

pero atractivo. Mientras el frío los envolvía, aguardaban a que el amanecer les trajera algo de alivio.

El silencio solo era interrumpido por el crepitar de las brasas. Fue Gorham quien lo rompió, hablando con una voz más suave de lo que Valcara le había escuchado hasta entonces.

—¿Cuánto tiempo llevas sola, Valcara? —murmuró.

—¿Por qué piensas que estoy sola? —replicó ella, volviéndose para mirarlo a los ojos. Luego suspiró; los recuerdos pesaban demasiado—. Desde hace mucho tiempo —admitió al fin, dejando caer su cabeza en el hombro de Gorham—. Llega un punto en el que perder la cuenta es fácil, cuando cada día es solo una batalla más por seguir adelante.

Gorham asintió despacio, reconociendo ese sentimiento.

—Yo también he estado solo mucho tiempo, vagando de puerto en puerto, sin un lugar al que pertenecer.

—¿Nunca encontraste un hogar? —preguntó Valcara.

—El mar es lo más cercano a mi hogar —respondió Gorham con tono melancólico—. Pero hasta el mar puede dejarte vacío, como un cascarón muerto.

—A veces, incluso los lugares que una vez llamaste hogar pueden hacerte sentir vacía —coincidió Valcara, con la mirada perdida en las brasas.

Gorham la observó en silencio, reconociendo en sus palabras un eco de su propia soledad.

—Quizá tengas razón —murmuró, y por un momento compartieron una conexión que iba más allá de las palabras.

El silencio regresó, pero ahora era más cálido, más cómodo. Afuera, el viento seguía susurrando entre las rocas, mientras el fuego proyectaba sombras danzantes en las paredes de la cueva. Movido por una mezcla de emociones que le resultaban extrañas después de tanto tiempo, Gorham se inclinó hacia Valcara y, con un ímpetu súbito, la besó, vertiendo en ese gesto una pasión que creía olvidada.

Valcara, sorprendida al principio, respondió al beso, dejándose envolver por el calor del momento. Aquel gesto era un respiro de humanidad en medio de la adversidad, un recordatorio de que, a pesar de todo, no estaban tan solos como creían. Al final se separaron, ambos respirando con dificultad, pero con una nueva conexión entre ellos. Permanecieron en silencio, abrazados, sintiendo que en esa cueva fría habían encontrado algo más que simple compañía.

—Gracias —murmuró Valcara, apoyando su frente en la de Gorham.

—No, gracias a ti —respondió él con una sonrisa suave—. Me has recordado que aún queda algo por lo que vale la pena luchar.

La noche avanzaba, pero ya no parecía tan fría ni tan oscura. Sus miradas se encontraron, encendiendo una chispa de deseo entre ambos. Ella lo miraba con una intensidad que llevaba mucho tiempo contenida, mientras él sentía la urgencia de sentirse vivo de nuevo.

Valcara deslizó sus manos por el cuello de Gorham, rozando su piel cálida con los dedos. Él respondió acariciando su espalda con una suavidad que contrastaba con la firmeza de sus manos. El sonido del viento y el crepitar del fuego eran los únicos testigos de su pasión, mientras sus cuerpos se buscaban mutuamente.

Despojándose de la ropa con rapidez y algo de torpeza, sus cuerpos se encontraron, ansiosos por el calor del otro. Gorham besó el cuello de Valcara hasta llegar al lóbulo de su oreja, donde sus labios juguetearon, provocándole un temblor. Ella cerró los ojos, entregándose al placer que la recorría.

El suelo de la cueva, frío y duro, no fue impedimento para que se perdieran en el contacto de sus cuerpos. Valcara se tumbó, atrayendo a Gorham hacia ella, y sus manos recorrieron la espalda marcada del viejo lobo de mar, acariciando las cicatrices que contaban historias de su pasado. Suspiros y gemidos suaves llenaron la cueva, como una melodía de pasión que resonaba en la oscuridad. Sus cuerpos se contonearon juntos, encontrando un ritmo natural, hasta que Valcara tomó el control, girando sobre él con un

movimiento decidido. Agarró sus muñecas y lo cabalgó con suavidad. Ambos se dejaron llevar hasta alcanzar el clímax juntos, cuando sus cuerpos se tensaron, temblando en una explosión de placer compartido.

Exhaustos, se quedaron abrazados, con sus respiraciones entrelazadas, mientras el fuego proyectaba sombras danzantes en las paredes de la cueva. Gorham acariciaba el cabello de Valcara mientras ella se acurrucaba contra su pecho peludo, buscando su calor.

—No importa lo que venga —susurró Gorham, con voz ronca—. Lo superaremos juntos.

Valcara esbozó una sonrisa, sintiendo una paz profunda que hacía mucho que no experimentaba. No respondió, solo cerró los ojos y se dejó llevar por el sueño, envuelta en el abrazo protector de Gorham, deseando que el tiempo se detuviera.

Por desgracia, la noche siguió su curso, y seguro que la isla, con todos sus peligros, por la mañana parecería menos hostil. Gorham se despertó, se había quedado traspuesto durante su guardia y ella aún permanecía dormida sobre su pecho, la observó sin poder apartar la mirada de su rostro, consciente de que había encontrado una nueva razón para seguir adelante, una que no le dejaba cerrar los ojos.

31
Venganza

—Debemos tener mucho cuidado —advirtió Rayhem en voz baja —. Los Ungidos son peligrosos.

Al acercarse a la monumental Gran Torre de Alonia, una atmósfera opresiva los envolvía, como un recordatorio de los secretos oscuros que se escondían allí. Durante años, ese lugar había sido un refugio prohibido donde los Ungidos de Kudram escondían sus pecados inconfesables.

Zarhel miró a su alrededor mientras Shuraz avanzaba al frente, con Edoz siguiéndole, compartiendo su indignación. Rayhem, un poco más atrás, notaba una incomodidad creciente en el grupo.

—Cuidado tendrán que tener ellos… —masculló Shuraz sin detenerse ni mirar a Rayhem.

—Por cierto, ¿alguien se ha preguntado qué pensará de todo esto el rey Rozar? —lanzó Zarhel—. ¿Nos importan las posibles represalias?

—¿Represalias? —Shuraz giró la cabeza hacia Zarhel, con una chispa de desafío en sus ojos—. Las represalias las tomaremos nosotros. Este ataque no quedará impune.

—No sabemos con certeza si han sido ellos, Shuraz —puntualizó Rayhem, intentando calmar los ánimos.

—No seas ingenuo —soltó Edoz con una risa amarga—. Los Ungidos son los sospechosos más obvios. Son los chicos malos.

—Tú lo has dicho Edoz: sospechosos, no culpables. Necesitamos pruebas antes de actuar basándonos solo en intuiciones.

—Mira, lo único claro es que el nuevo gobierno está aún ocupándose de tomar el control de la ciudad —dijo Shuraz con rabia contenida—. No creo que se metan en esto si les damos su merecido a esos bastardos.

Rayhem observó a su amigo con preocupación y le puso una mano en el hombro.

—Shuraz, prométeme que no actuarás sin pensar.

El guerrero belurio lo miró de reojo, con una chispa de emoción en su mirada.

—Si alguien prefiere quedarse fuera, adelante —dijo Shuraz, endureciendo la voz—. Pero si venís más vale que sepáis que esta no será una misión diplomática.

—Shuraz… —insistió Rayhem.

—¿No soy acaso tu agregado de seguridad? —exclamó Shuraz—. Pues la seguridad del futuro reino de Beluria depende de que todos sepan que no vamos a permitir que nos pisoteen.

—Las vidas humanas no pueden ser desechadas con tanta ligereza —insistió Rayhem.

—Díselo a los tíos de Anara —respondió Shuraz con una frialdad que dejó a Rayhem en silencio.

Con paso firme, los cuatro embajadores avanzaron hacia la Gran Torre de Alonia, que se erigía majestuosa en el horizonte dominando el paisaje.. Esta estructura colosal de piedra grisácea parecía absorber la luz, envolviéndola en una penumbra siniestra. Las paredes de la torre estaban cubiertas de misteriosos símbolos de la antigua religión de los Ungidos de Kudram, figuras arcanas que parecían observarlos en silencio.

A medida que se acercaban, los belurios sintieron una opresión en el aire, como si fuerzas invisibles los acecharan.

—Rayhem, aún estás a tiempo de volver —murmuró Shuraz, deteniéndose para mirar a sus compañeros—. Todos lo estáis.

—Cuenta con mis dagas —respondió Edoz, esbozando una sonrisa maquiavélica.

Zarhel asintió en silencio, inclinando la cabeza en señal de aceptación, mientras Rayhem, aunque cohibido, guardó silencio. Así, los cuatro continuaron hasta llegar a la entrada de la torre. Era paradójico que él fuera el embajador, supuestamente al mando del grupo, pero eso solo era sobre el papel. A la hora de la verdad, todos eran compañeros de igual posición.

Frente a ellos se alzaban dos grandes portones de madera oscura tallados con figuras grotescas y criaturas aladas, flanqueados por enormes estatuas de piedra que representaban a los Ungidos en posturas amenazantes. El viento murmuraba entre las estatuas, y el eco de sus pasos resonaba en el aire, aumentando la sensación de inquietud.

Sin pensarlo dos veces, Shuraz dio un paso atrás y con varias potentes patadas, desencajó uno de los portones, sorprendiendo a los dos guardias que dormitaban dentro, a ambos lados de la entrada. Desenvainando su espada, avanzó hacia uno de ellos y miró a Edoz, quien ya sacaba sus dagas con celeridad.

Shuraz, ágil y preciso, giró sobre sí mismo y lanzó un corte diagonal que atravesó el escudo del guardia, partiéndolo en dos y dejándolo indefenso. A su vez, Edoz se lanzó sobre el segundo guardia; desvió su lanza con una rápida maniobra de su brazo izquierdo y con la daga derecha asestó un golpe letal en el costado del enemigo, seguido de un corte en su garganta, ahogándolo en su propia sangre.

Mientras tanto, Zarhel se arrodilló y, con un hábil giro de muñeca, lanzó su látigo de cuero jersa y lo enredó en el tobillo del guardia que aún estaba en pie. El hombre cayó al suelo frente a Shuraz, quien aprovechó para levantar su espada, empuñándola con ambas manos, y la hundió en el corazón del guardia, matándolo de inmediato.

En apenas unos segundos, los tres embajadores belurios habían neutralizado a los dos guardias de la Gran Torre de Alonia, dejando

la entrada despejada.

Shuraz, Edoz y Zarhel intercambiaron miradas de satisfacción, complacidos por su destreza en combate, y luego observaron a Rayhem, quien miraba en silencio los cadáveres de los guardias con una expresión de desconcierto.

—Bien, ya veo cuál es vuestra idea de «negociar» —dijo Rayhem, rindiéndose a la evidencia mientras los cuatro avanzaban entre risas por la puerta principal—. Una cosa —agregó de pronto—, ¿y si nuestro príncipe está aquí? La última vez que hablamos, estaba con ellos y nos dijo que los Ungidos lo habían criado…

—Pues espero que sea lo bastante sabio como para saber de qué lado ponerse —respondió Shuraz—. No es momento para dudar.

—Bien dicho, Shuraz —asintió Edoz, disfrutando el momento. Zarhel, en cambio, se mantenía en guardia. Su atención estaba puesta en cualquier posible contraataque inesperado.

La calma se rompió en el interior de la torre cuando los embajadores belurios se abrieron paso con decisión entre los Ungidos de Kudram que intentaban, sin éxito, defender el lugar. Shuraz, con la fuerza de diez bueyes blancos, derribaba a los monjes corruptos que se interponían en su camino, apartándolos de un golpe tras otro.

Edoz, tan ágil como un tigre celeste, esquivaba los ataques y danzaba entre los enemigos, atacando con sus dagas. Con movimientos letales, enviaba a sus adversarios a las aspilleras, arrojándolos al vacío sin darles tiempo para defenderse. Sus gritos al caer envolvían el lugar, asustando a las aves que por allí revoloteaban.

Por su parte, Zarhel apoyaba a sus compañeros moviéndose con su látigo en la mano. En una maniobra impresionante, enredó su látigo en el cuello de un mercenario que intentaba atacar a Shuraz, derribándolo en un solo movimiento. Uno tras otro, los enemigos caían aplastados contra las paredes, rodando por las escaleras o siendo lanzados a través de los estrechos ventanales. La protección de la torre era débil, y los Ungidos no estaban preparados para un

ataque sorpresa, seguramente nadie se había atrevido jamás a nada semejante.

Los tres avanzaban con una sincronía impecable, una fuerza invisible parecía guiarlos. Cada movimiento era preciso, dejando una estela de muerte a su paso. Rayhem, desarmado, se protegía detrás de sus compañeros, y Zarhel, como su guardián, mantenía un ojo atento en él en todo momento, guardando también la retaguardia.

Con la Gran Torre bajo su control, los belurios se adentraron en sus profundidades. Tras la batalla, Shuraz tenía un corte profundo en el brazo, y Edoz una herida en la pierna que le dificultaba el movimiento. Sin embargo, nada los detuvo. Sedientos de venganza, subieron las escaleras sin mirar atrás, mientras sus pasos resonaban en los estrechos pasillos y sus respiraciones agitadas llenaban el aire pesado de la torre.

Durante el ascenso se encontraron con más enemigos que intentaban bloquear su avance. Los belurios no titubearon. Shuraz blandió su espada con furia, cortando el aire y a sus oponentes con precisión devastadora, mientras Edoz, ágil como un felino, se escabullía entre ellos, atacando con sus dagas en rápidas estocadas. Zarhel, con su látigo, mantenía a los enemigos a raya, protegiendo a Rayhem y permitiendo que sus compañeros combatieran sin distracciones. Al final, llegaron al sombrío salón de los espejos.

La atmósfera era opresiva. El príncipe Belbarozh no estaba allí. Las circunstancias en la que los embajadores se encontraban allí eran inquietantemente diferentes. El salón, que antaño brillaba con vida y poder, estaba sumido en un silencio perturbador.

Ante ellos, el mecanismo mágico que solía girar y latir con la fuerza de un orbe pulsante de luz mágica permanecía inerte, apagado y frío. Los espejos mágicos, que antes conectaban los niveles de la torre y permitían el transporte, se encontraban ahora oscurecidos, incapaces de reflejar ni siquiera la débil luz de la sala. El ambiente era lúgubre; un vestigio de lo que alguna vez fue, ahora sepultado en sombras.

Los embajadores avanzaron con cautela, sintiendo la presencia de algo ominoso en el aire. Todos parecían contener el aliento, a la espera del próximo movimiento.

—No sé si debería estar aquí… Siento que esto sobrepasa nuestra labor como embajadores —murmuró Rayhem, abatido.

—¡Rayhem! No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras estos malditos siguen amenazando a nuestro pueblo —replicó Shuraz, con ira y frustración a punto de estallar.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Los eliminamos a todos? —siguió Rayhem, enfrentándose a Shuraz con desconsuelo.

—Sabías a qué veníamos. Todos lo sabíamos —le reprochó el guerrero, sin ocultar su desprecio por la duda del sacerdote.

—¿Y si nuestro príncipe Belbarozh apareciera? ¿Qué se supone que haríamos? —preguntó Rayhem.

—¡Eso es! ¡Tienes miedo de verlo aquí, defendiendo a los Ungidos! Pues, ¿sabes qué? Solo tiene que aparecer —gritó Shuraz con un eco que resonó por la torre entera.

Rayhem desvió la mirada, abrumado por la agresividad de Shuraz.

—Necesito un momento… No puedo pensar con claridad —murmuró el sacerdote, aturdido.

Edoz, cubierto de manchas de sangre y con una sonrisa tranquila, parecía disfrutar de la violencia a su alrededor.

—Amigos, sabíamos que esto no sería fácil —intervino Zarhel con tono conciliador—. Estamos hasta el cuello en esto, no perdamos el norte ahora. Lo último que necesitamos es una muerte más entre nosotros.

Los cuatro se quedaron en silencio, conscientes del ambiente tan denso.

Zarhel analizaba detenidamente la situación, evaluando el mejor modo de proceder.

—Necesitamos más información —dijo pensativo, acariciándose las trenzas de su barba rojiza—. Este mecanismo mágico está

inactivo.

—¡Malditos sean los Ungidos! —rugió Shuraz, y de una patada hizo añicos uno de los espejos del salón.

Edoz siguió su ejemplo, destrozando otro con la ayuda de sus dagas, y Zarhel, sin dudarlo, se unió a sus compañeros hasta reducir a fragmentos todos los espejos de la estancia. Rayhem, incrédulo, se cubrió la cara mientras observaba la rabia casi infantil de sus compañeros.

Tras el escándalo de cristales rotos, el silencio volvió a reinar en la torre. Fue Edoz quien rompió la calma.

—Bueno, algo sí ha quedado claro… —comentó burlón—. ¡Los Ungidos van a tener que desplazarse como el resto de los mortales! Ni un solo espejito les queda para sus malvadas hechicerías.

La declaración desató carcajadas entre los embajadores, menos en Zarhel, que se mantenía en guardia con gesto serio.

—¡Malditos sean los Ungidos! —exclamó Shuraz entre risas en tono de burla mientras lanzaba una patada al aire.

—¡Exacto! —exclamó Edoz, limpiándose la sangre de la cara con la manga de su chaqueta y riendo a carcajadas—. Adiós a sus viajecitos mágicos. Que quede claro que a los embajadores belurios no se los subestima —añadió entre risas al ver a Shuraz llorar de tanto reír.

Zarhel se permitió una sonrisa, y hasta Rayhem acabó riéndose de la situación tan absurda.

—Parece que ahora el campo de juego está más equilibrado —dijo Rayhem entre carcajadas—. ¡No volverán a tener ventaja!

—Así será más emocionante, ¿no? —añadió Shuraz, disfrutando de la extraña alegría del momento.

Las risas resonaron en la Gran Torre, un sonido que jamás había llenado sus muros. Recuperado el aliento, los embajadores, caminando con cuidado para no cortarse con los cristales del suelo, emprendieron el descenso por las escaleras, dejando tras de sí los espejos destrozados. Mientras bajaban, observaban los cuerpos de

los Ungidos y sus mercenarios entre charcos de sangre, esparcidos por el suelo y las escalones.

—¿Era todo esto necesario? —preguntó Rayhem con tono incierto —. Aún no estamos seguros de que fueran ellos los responsables.

—Era necesario, Rayhem —afirmó Shuraz con voz firme—. Los Ungidos no se habrían detenido, así que debíamos tomar la iniciativa. No podemos permitir que sigan dañando a nuestro pueblo.

—Tienes razón, Shuraz —asintió Edoz, lanzando una última mirada fría a un Ungido herido que se arrastraba en un intento de escapar. Sin piedad, le asestó una puñalada en el corazón, y luego otra, y otra más por la espalda, hasta que el cuerpo quedó inmóvil.

Sus compañeros lo miraron con sorpresa y cierta inquietud ante su ensañamiento. Edoz limpió sus dagas con cuidado, saboreando con la lengua la sangre de su enemigo con un gusto perturbador y una expresión de éxtasis en su rostro.

Los embajadores continuaron descendiendo por la torre. Al llegar a la planta baja, Zarhel sintió un sobresalto cuando pisó en falso y escuchó un extraño eco bajo sus pies. Alerta, sus sentidos se agudizaron, y miró a sus compañeros, haciéndoles una señal para que se acercaran en silencio.

—Hay algo debajo de nosotros… una planta oculta —susurró Zarhel, con voz casi inaudible.

Rayhem, Shuraz y Edoz intercambiaron miradas de sorpresa y se acercaron con cautela al punto señalado.

—¿Qué crees que hay? —murmuró Shuraz, intrigado.

—No estoy seguro, pero está claro que querían ocultarlo —respondió Zarhel, estudiando el suelo con atención.

Con la punta de su espada, Shuraz golpeó el suelo en busca de alguna trampilla o acceso oculto, y pronto los demás se unieron a él, inspeccionando cada rincón.

—Hay algo aquí —afirmó Shuraz, notando la sutil diferencia en el sonido bajo sus pies.

—Es una trampilla, seguro —dijo Edoz, encontrando una rendija con sus manos.

Los cuatro embajadores unieron sus fuerzas para abrirla hasta que, con gran esfuerzo, lograron levantarla. Bajo ella se reveló una escalera que descendía hacia una cámara oculta en la planta baja.

—Esperad, ¿vamos a bajar? No sabemos lo que podríamos encontrar ahí —advirtió Rayhem con preocupación.

—Claro que vamos a bajar —replicó Shuraz, lanzándole una mirada burlona y cogiendo una de las antorchas de la pared.

—Los Ungidos de Kudram han estado operando desde las sombras. Tal vez encontremos pistas importantes sobre sus planes —añadió Edoz, mirando a Rayhem muy emocionado.

Zarhel asintió, miró al sacerdote y cogió otra antorcha. No había vuelta atrás.

—De acuerdo… ya que hemos llegado hasta aquí —cedió Rayhem, viendo a sus compañeros aferrar sus armas y prepararse para lo que les aguardaba en las profundidades.

32
El ejército de la muerte

La oscuridad que los envolvía era opresiva, casi tangible. Las antorchas parpadeaban a cada paso, proyectando destellos de luz que apenas lograban disipar la penumbra. Shuraz avanzaba con cautela, la antorcha en una mano, la espada firme en la otra. A su lado, Rayhem caminaba inseguro, siguiendo la débil luz para evitar tropiezos. Detrás de ellos, Edoz, con los sentidos agudizados, jugueteaba nervioso con sus dagas, mientras que Zarhel cerraba la marcha, sosteniendo su antorcha con firmeza y mirando atento a su alrededor.

A medida que descendían, el silencio se volvía abrumador, interrumpido solo por el eco de sus pasos y el suave crepitar de las antorchas. La atmósfera era sofocante, cargada de un olor a rancio.

Cuando por fin llegaron al pie de la escalera, se encontraron en una amplia sala subterránea. El lugar estaba desolado, a excepción de montones de escombros y polvo que cubrían el suelo de piedra desnuda.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Rayhem, inquieto.

—No lo sé, pero parece llevar mucho tiempo olvidado —respondió Zarhel, examinando con cuidado las paredes y los rincones oscuros.

Los cuatro avanzaron con cautela, explorando cada rincón. Pero el silencio y la oscuridad seguían siendo sus únicos compañeros. Algo invisible los acechaba.

—¿Qué son esos agujeros en el suelo? —preguntó Shuraz, con la mirada fija en ellos.

—Parecen tumbas —murmuró Rayhem.

Ante ellos se extendía un cementerio subterráneo con decenas de tumbas abiertas.

—¿Hay… cuerpos ahí dentro? —preguntó Zarhel.

Shuraz y Zarhel iluminaron las tumbas más cercanas. Dentro de ellas yacían cuerpos arrasados por los años. El polvo los cubría, las telarañas se enredaban entre los huesos y un hedor rancio impregnaba el aire. La piel, marchita y tirante sobre los huesos, mostraba un tono verdoso y grisáceo. Algunos restos de carne colgaban de sus huesos, endurecidos y secos como la corteza de un árbol muerto, mientras que los ojos, vacíos y huecos, parecían mirar hacia un abismo insondable.

Vestían jirones de ropajes antiguos, deshilachados y corrompidos por la humedad. Había algo macabro en esos cuerpos abandonados, su descanso eterno había sido interrumpido, atrapándolos en una vigilia perpetua.

Rayhem se desplomó de rodillas, abrumado, sus manos temblaban.

—Escucho… cientos de voces… —balbuceó, jadeando, mientras Zarhel se apresuraba a sostenerlo.

El sacerdote hizo un esfuerzo consciente para no sintonizar la conexión con el más allá; por lo que percibía, ese reino no parecía ser nada amistoso. Hasta donde les alcanzaba la vista, todas las tumbas parecían estar ocupadas. La terrorífica visión los paralizó por un momento. El olor a descomposición era insoportable, llenando el aire con una pesadez asfixiante. Rayhem apartó la mirada; sentía náuseas.

—Tienen su propio ejército de muertos —murmuró Edoz con un susurro sombrío—. Solo necesitan traerlos de vuelta…

La idea los llenó de terror. Zarhel miró a Rayhem en busca de una explicación. El sacerdote recuperó la compostura y asintió,

llevándose las manos a la cabeza, que empezaba a dolerle mucho.

—Así es… —dijo con voz baja—.¿Habéis oído hablar de la nigromancia? Es una forma de magia oscura que permite manipular y revivir a los muertos.

—Ya sabemos cuál era el secreto de los Ungidos de Kudram —murmuró Shuraz.

—Debe de ser la razón de su destierro —añadió Zarhel, casi en un susurro—. Estas prácticas oscuras y prohibidas eran demasiado peligrosas para ser toleradas.

La oscuridad en aquel lugar parecía cobrar vida, rodeándolos como una sombra palpable que amenazaba con tragarlos. Edoz, con cautela, se acercó a uno de los cadáveres y lo examinó, girándolo ligeramente con sus dagas.

—Lástima que Jarben no esté aquí —dijo con una media sonrisa —. Nos diría algo interesante sobre estos muertos.

—Como que tienen restos de tierra de otro lugar —interrumpió Zarhel, agachándose junto a una tumba.

—¿Los han traído de otras tumbas? —preguntó Rayhem, sorprendido.

—Eso parece —confirmó Edoz mientras miraba el entorno.

Shuraz, con voz firme, tomó la palabra.

—Sigamos adelante. Tenemos que detener a los Ungidos y poner fin a estas atrocidades.

—¿Adelante? —dijo Edoz, arqueando una ceja—. ¿Ves algún sitio al que ir más allá de esta necrópolis secreta?

—No podemos dejar esto aquí —replicó Zarhel, enfadado, mirando a Shuraz—. Si no hacemos nada, lo usarán contra nosotros.

—Tienes razón —admitió Shuraz, echando un vistazo a sus compañeros en busca de su aprobación.

—Pero ¿cómo? —preguntó Rayhem con un matiz de desolación en su voz—. No somos expertos en magia oscura ni en nigromancia. ¿Qué podemos hacer?

De pronto, un olor a quemado invadió el aire. Se giraron y vieron cómo las llamas comenzaban a devorar uno de los cadáveres. Shuraz, sin decir una palabra, había prendido fuego a uno de los muertos. El cadáver ardía como la paja seca. Con movimientos rápidos, Shuraz había derramado el contenido de una botella de aguardiente que había encontrado junto a una lápida sobre varios cuerpos cercanos, extendiendo el fuego que comenzaba a saltar de tumba en tumba, devorando los cuerpos putrefactos.

El resplandor de las llamas iluminó sus rostros mientras el fuego danzaba en el oscuro cementerio subterráneo, desatando una destrucción purificadora.

—¡No vamos a esperar a que esos malditos Ungidos nos ataquen con un ejército de zombis! —gruñó Shuraz, concentrado en rociar de aguardiente a cuantos cadáveres podía.

Las llamas se extendieron con rapidez, trepando por las paredes del cementerio subterráneo y devorando los cuerpos putrefactos. El calor abrasador se mezcló con el nauseabundo hedor de carne quemada, creando una atmósfera sofocante.

—¡Shuraz, estás loco! —exclamó Rayhem, alarmado—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Esta es la única forma de asegurarnos de que estos muertos no vuelvan a levantarse —respondió el guerrero sin detenerse mientras avivaba las llamas con las últimas gotas de la botella.

Viendo el voraz avance del fuego, Zarhel se unió a Shuraz y usó su antorcha para extender el incendio. Edoz, mientras tanto, vigilaba atento la entrada.

La oscuridad se llenó de un brillo siniestro mientras las llamas devoraban la necrópolis subterránea. Sin embargo, los embajadores se detuvieron de golpe, paralizados, al ver cómo los cadáveres en llamas comenzaban a animarse. Los muertos, envueltos en fuego, se levantaron de sus tumbas. Era una visión surrealista, la muerte misma parecía haber cobrado vida para ajustar cuentas. Con movimientos torpes y grotescos, los cadáveres ardientes se

arrastraban hacia ellos, extendiendo sus manos carbonizadas y emitiendo gemidos guturales.

—¡Maldita sea, Shuraz! ¿Qué hacemos ahora? —gritó Edoz, alzando sus dagas mientras uno de los zombis en llamas se acercaba a él.

Con un rápido movimiento, Shuraz empuñó su espada y decapitó al muerto en llamas de un golpe certero, arrojando su cuerpo a una tumba abierta de una patada.

—¿En serio tengo que explicártelo? —replicó, mientras apartaba a otro zombi con un empujón.

El grotesco ejército de muertos vivientes en llamas avanzaba hacia ellos, lanzando alaridos de ultratumba. Los embajadores retrocedieron, y Shuraz blandió su espada con fuerza, cercenando cabezas mientras Edoz se lanzaba a los tobillos de los cadáveres para derribarlos y cortar su avance. Zarhel los golpeaba a diestro y siniestro con su antorcha, apartando a los que se le acercaban.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Rayhem, mirando hacia la salida.

Edoz se movía con agilidad, esquivando las torpes embestidas de los zombis y asestando puñaladas certeras. Pero por cada cadáver que caía, dos más parecían surgir de las llamas.

Zarhel, al ver a uno de los muertos abalanzarse sobre él, le dio una patada en el pecho, haciendo que el cadáver cayera al suelo con un estrépito de huesos rotos.

La lucha en el cementerio subterráneo se intensificaba mientras los embajadores, rodeados por las llamas y los gritos de los muertos, intentaban abrirse paso entre el grotesco ejército ardiente. Parecía una batalla perdida… y aun así, la esperanza de escapar no se apagaba en sus miradas.

Zarhel había desenfundado su látigo y golpeaba a los cadáveres en llamas para intentar mantenerlos a distancia y contener su avance. Sin embargo, la situación se volvía cada vez más desesperada; los muertos los superaban en número y parecían surgir

de las sombras sin cesar. El fuego se propagaba con rapidez, consumiendo cada rincón del cementerio subterráneo y llenando el aire de un humo espeso y asfixiante.

—¡Rápido, a las escaleras! —gritó Rayhem, emprendiendo la carrera. Los embajadores lo siguieron, apartando a los muertos vivientes que los acosaban de cerca.

La capa de Edoz se prendió en llamas y el pánico lo invadió. Sentía el calor abrasador en su espalda. Corrió hacia las escaleras junto a sus compañeros, pero el miedo lo paralizaba, impidiéndole pensar con claridad.

—¡Edoz, el fuego! ¡Apaga tu capa! —gritó Shuraz al percatarse.

Edoz se detuvo, incapaz de reaccionar mientras las llamas se extendían por su espalda. Cayó al suelo, atrapado en un torbellino de terror.

—¡Ayuda! —gritó desesperado, tratando de sofocar el fuego con las manos.

Zarhel, que venía justo detrás, reaccionó sin dudarlo. Saltó hacia Edoz y le arrancó la capa en llamas de un tirón. Este, aún aturdido, lo miró mientras Zarhel le tendía la mano para ayudarlo a ponerse de pie. El antiguo verdugo se aferró a su mano y se levantó con rapidez.

—Gracias, Zarhel —dijo, respirando mientras se tocaba el cuello, dolorido pero a salvo.

—¿Estás bien? —preguntó el carcelero, lanzando una patada a otro muerto viviente que se arrastraba hacia ellos.

—Sí… —respondió Edoz con voz temblorosa, y sin dudar lanzó uno de sus puñales, clavándolo en la cabeza de un zombi que avanzaba peligrosamente. El cadáver cayó al suelo, inerte.

Mientras tanto, Shuraz mantenía a raya a los cadáveres con su espada, asestando golpes rápidos para impedir que se acercaran demasiado. Los embajadores corrían hacia las escaleras envueltas en llamas, sintiendo el calor sofocante alrededor. Detrás, la horda de muertos vivientes los perseguía.

El rugido del fuego se volvía ensordecedor, y las escaleras crujían y temblaban bajo sus pies. Los embajadores corrían en busca de una salida, cada escalón volviéndose cada vez más inestable. Shuraz, que iba al frente, distinguió la trampilla a lo lejos, aún abierta, y el alivio lo impulsó a acelerar.

Justo cuando estaban a punto de alcanzarla, la estructura de la escalera comenzó a estremecerse, amenazando con derrumbarse bajo el peso de la horda que les pisaba los talones. Los embajadores redoblaron sus fuerzas, luchando contra el calor, el humo y el terror, determinados a escapar antes de que todo se derrumbara en un infierno de llamas.

Con un estruendo ensordecedor, la escalera se desplomó bajo ellos, sepultando a la horda de muertos vivientes justo en el último momento. Los embajadores se lanzaron por la trampilla de entrada, cayendo al suelo del exterior justo a tiempo.

Estaban a salvo. Se incorporaron, mirándose los unos a los otros antes de volver la vista atrás, donde la escalera y la masa de cadáveres habían quedado enterrados bajo una montaña de escombros.

—De milagro… —murmuró Edoz entre el humo mientras recobraba el aliento.

Sin perder tiempo, corrieron hacia el exterior de la torre, apartándose mientras las llamas continuaban propagándose sin control. Al salir, la escena que les aguardaba era desoladora: la Gran Torre de Alonia se tambaleaba peligrosamente, y el humo negro que escapaba de su puerta oscurecía el cielo.

—Les hemos devuelto el golpe a los Ungidos, ¿eh? —comentó Edoz, dejándose caer en el suelo, mientras aspiraba el aire fresco de la noche.

Los embajadores se apartaron unos metros más, manteniéndose a una distancia segura mientras observaban cómo la torre ardía con furia. Las llamas danzaban hacia el cielo, iluminando la oscuridad con su resplandor infernal. El crujir de la madera y el estallido de la piedra se entremezclaban con el crepitar implacable del fuego.

—¡Volved a por más! —exclamó Edoz, riendo mientras chocaba su mano con la de Shuraz, quien se había dejado caer a su lado, guardando su espada. Shuraz soltó una risa ronca y tosió por el humo.

Pero de pronto, Zarhel se enderezó, con un destello de inquietud en su rostro.

—¡Esperad! ¿Dónde está Rayhem? —preguntó, mirando a su alrededor entre las columnas de humo.

Las risas se apagaron de inmediato.

—¡Rayhem! —gritó Shuraz acelerado.

Sin obtener respuesta, con una opresión asfixiante, los tres se giraron hacia la torre en llamas. El cielo se teñía de un intenso rojo bajo el fuego que consumía la Gran Torre de Alonia, y la desesperación empezó a tomar el control. Incapaces de acercarse a la torre, los embajadores se quedaron impotentes, sintiendo el calor abrasador que les impedía siquiera considerar volver a entrar. Sabían que un paso en falso en ese infierno sería letal, pero la ausencia de Rayhem se les clavaba en el alma.

33
Entre libros

Jarben estaba inmerso en su biblioteca, rodeado de estanterías repletas de libros y de antiguos rollos de pergamino que desprendían el aroma del tiempo. Había logrado convencer a Anara para que lo acompañara, esperando que aquel lugar le hiciera pensar en otra cosa y aliviara un poco el peso de la reciente tragedia.

—¿Por qué, Jarben? —preguntó Anara con voz temblorosa—. ¿Por qué Bel-Hur ha permitido esto? Mis tíos… mis padres. ¡Eran todo lo que tenía! ¿Dónde estaba nuestro magnánimo dios mientras morían entre llamas?

Jarben la observó en silencio.

—Anara, la muerte siempre parece cruel cuando se lleva a quienes amamos —dijo con voz grave—. Pero no olvides que el abrazo de Bel-Hur espera a todos, y tus tíos… ellos ya no sienten el dolor de este mundo. Ahora descansan en paz, libres de toda miseria.

—¿Paz? —replicó ella, con el dolor transformado en rabia—. ¿Cómo puedes hablarme de paz, Jarben? ¿Cómo puede haber paz en una muerte tan injusta? ¿Qué clase de dios los deja morir de esa forma?

—La muerte nos llega a todos, de muchas maneras —suspiró él, poniéndole una mano en el hombro—. A veces es inesperada, otras veces es lenta, pero siempre es una transición. Bel-Hur no nos quita

a quienes amamos; nos recuerda que la vida en este mundo es solo una parte del viaje.

—¡No lo entiendo! Si él es tan poderoso, ¿por qué no los protegió? ¿Por qué no intervino para salvarlos?

Jarben apretó su hombro con suavidad.

—Es difícil verlo ahora, en medio del dolor —respondió—, pero Bel-Hur nos da libertad en este mundo. Libertad para amar y para odiar, para crear y también para destruir. Tus tíos eligieron una vida de bondad, y ahora están en un lugar donde ese bien será recompensado.

—¿Y qué me queda a mí? —preguntó la joven, con lágrimas en los ojos—. ¿Qué me queda en este mundo que ahora parece vacío?

—Te quedan sus recuerdos —respondió Jarben—. Y el propósito que te dieron. Vivieron amándote y cuidándote, y en ese amor dejaron una parte de ellos aquí contigo. Tu fe en Bel-Hur puede tambalearse, y eso es natural, pero la fe no es ciega, Anara, es un acto de comprensión.

—No sé si puedo perdonar a Bel-Hur —murmuró la joven, tratando de contener la rabia—. No sé si puedo volver a confiar en él.

Jarben asintió.

—La fe no significa no cuestionarse nada —dijo—. Al contrario, significa enfrentarse a esas dudas y encontrar respuestas. Hoy, tu dolor te ciega, y eso también es parte de la vida. No temas la tristeza o la cólera; son tan humanas como el amor. Pero con el tiempo, esa cólera se apaciguará, y verás el legado de tus tíos de otro modo.

—¿Crees… crees que ellos me ven desde ese otro lugar? —preguntó ella en voz baja, temiendo la respuesta.

—No tengo duda —dijo Jarben con una leve sonrisa—. Y están orgullosos de ti, de la fortaleza que aún no sabes que tienes. En el más allá, se reúnen en la luz de Bel-Hur, sin sufrimiento, y te acompañarán de un modo que solo entenderás con el tiempo.

—No sé cómo seguir adelante, Jarben —suspiró Anara con un dolor en el pecho difícil de apaciguar.

—Nadie lo sabe al principio —respondió él con ternura—. Pero estaré aquí mientras encuentras el camino. La muerte puede arrebatar cuerpos, pero no borra lo que somos. Recuerda siempre eso, Anara. Y recuerda que tus tíos no querrían verte así, ellos querrían verte levantarte y seguir viviendo, aunque te duela.

Anara asintió con suavidad, limpiándose las lágrimas.

—Gracias, Jarben.

—Anara, ¿estás bien? —preguntó el sepulturero al ver cómo su rostro se retorcía de dolor.

—No… sé… —balbuceó ella, llevándose una mano al pecho, algo le ardía desde dentro. Sentía un calor creciente que la envolvía, una presión intensa que le cortaba el aliento. Con un jadeo ahogado, cayó al suelo, incapaz de sostenerse.

—¡Anara! —Jarben se arrodilló a su lado, tratando de ayudarla mientras su cuerpo temblaba. Pero entonces ocurrió algo extraordinario: desde el interior de su pecho comenzó a emanar una luz brillante y dorada que atravesaba su piel y dejaba ver la silueta de sus costillas, sus pulmones y su corazón latiendo con fuerza. Su cuerpo se había convertido en un faro.

La luz palpitaba con vida propia. Jarben, boquiabierto, retrocedió un paso sin dejar de mirarla, sin saber si esto era obra de algún hechizo o si, de alguna forma, el poder de Bel-Hur se manifestaba en ella. La luz comenzó a apagarse, sus destellos se desvanecieron y el cuerpo de Anara cayó inerte en los brazos de Jarben.

Pasaron unos segundos que parecieron eternos, hasta que ella comenzó a parpadear, volviendo en sí.

—¿Jarben? —preguntó con apenas un susurro.

—Anara, tranquila. —Jarben la ayudó a sentarse y le sostuvo la mano—. Acaba de suceder algo… que no sé cómo explicar. Una luz salía de tu pecho… de algún modo, parecía el toque de Bel-Hur mismo.

—¿Bel-Hur… dentro de mí? —Anara miró sus manos, tratando de recordar esa sensación, pero solo sentía el eco de un calor que se disipaba.

—Puede ser —dijo Jarben, aún impresionado—. Desde lo ocurrido con el sumo sacerdote… tal vez Bel-Hur te ha otorgado una porción de su esencia. Quizá ahora seas su receptáculo.

—¿Como puede ser, si estoy perdiendo la fe en él? —preguntó ella, incapaz de asimilar lo que él decía.

—En este mundo —respondió Jarben, con una calma solemne—, las cosas más profundas e incomprensibles suelen darse cuando el alma está en su momento de mayor necesidad. Tal vez, Bel-Hur ha respondido a tu dolor de una forma que ni siquiera los vivos podemos comprender.

Ella respiró hondo, sintiendo aún un ligero hormigueo en el pecho y un ardor que parecía consumirla desde dentro.

—Si Bel-Hur se ha manifestado en mí —dijo, llorando y apretando los dientes—, y realmente me está indicando que sí existe, eso significa que es un dios cruel y que ha permitido lo que les ha ocurrido a mis tíos.

Jarben asintió, sin apartar su mirada de ella.

—Sea lo que sea, Anara, creo que tu fe ha encontrado una nueva fuerza.

La joven subió a descansar a una de las habitaciones junto a la capilla. Jarben la había acogido después de que perdiera su hogar en el incendio del Templo Belurio, ofreciéndole refugio y consuelo en su propia casa.

Mientras Anara descansaba, Jarben permaneció en la biblioteca, rodeado de las altas estanterías llenas de libros y pergaminos antiguos que contenían siglos de conocimiento acumulado. La luz tenue de las velas proyectaba sombras danzantes en las paredes, mientras Jarben, sentado en una robusta silla de madera tallada, se sumergía en la atmósfera silenciosa de aquel lugar. Sabía que entre esas páginas podía hallar pistas cruciales sobre el paradero de los

Ungidos de Kudram, a quienes creía responsables de la tragedia que había devastado el Templo Belurio.

Los estantes estaban organizados con esmero, y los libros, ordenados según temas y épocas. Jarben hojeaba volúmenes de religión, historia y magia con la esperanza de encontrar algo valioso. Aún quedaban montones de libros apilados en antiguos ataúdes dispersos por el suelo, un recordatorio de que había comenzado la mudanza para trasladar lo mejor de su biblioteca a Nela-Shur. Sin embargo, las circunstancias habían pospuesto ese plan, y ahora la partida de su pueblo a la amada tierra natal de los belurios parecía un sueño distante.

El tiempo pasaba sin que Jarben lo notara. Cada tanto, hacía una pausa para anotar sus descubrimientos en un cuaderno o tomar un sorbo de té de una taza que reposaba junto a él. Zobu, su fiel gato, lo observaba con ojos curiosos desde una esquina, parecía comprender la importancia de la tarea de su dueño. La noche avanzaba, las velas se consumían y proyectaban sombras alargadas por toda la habitación.

Jarben era consciente de que estaba ante una tarea monumental, pero aun así, estaba decidido a hallar algo sobre los Ungidos. Estaba seguro de que ellos eran los culpables del incendio. En ese instante, Anara entró en la biblioteca con una bandeja en las manos cargada de comida recién preparada y una jarra de agua fresca. Sus pasos eran suaves, casi silenciosos, para no perturbar la concentración de Jarben.

—Te he traído algo de comer —dijo en voz baja, acercándose con la bandeja.

Jarben levantó la vista de sus libros y la miró con gratitud. Tenía los ojos cansados de tanto leer, le ardían, y se los frotó con ambas manos.

—Gracias —dijo él, esbozando una sonrisa exhausta—. Ni siquiera me he dado cuenta de cuánto tiempo ha pasado.

Anara colocó la bandeja en una mesa cercana y llenó el vaso de agua, ofreciéndoselo a Jarben. Este lo tomó y bebió con avidez,

sintiendo cómo el agua le refrescaba y le devolvía el aliento. Zobu saltó a la mesa y, con un largo maullido, reclamó también su parte.

—¿Qué quieres tú? —dijo Anara, acariciando al gato negro, que arqueó el lomo bajo la mano de la joven y lanzó otro maullido en respuesta—. Toma, te he traído esto.

Le puso delante un cuenco con despojos de pescado y Zobu se lanzó sobre él y devoró el contenido sin pensarlo dos veces.

—Tenías hambre, ¿eh? —sonrió Anara mientras el felino la ignoraba, satisfecho—. ¿Y tú, Jarben? Recuerda que también necesitas descansar. No encontrarás respuestas si estás agotado.

Jarben asintió, se levantó y se estiró, sintiendo cómo sus músculos protestaban por la pesadez en el aire.

—Te he preparado un camastro en esa esquina —indicó Anara, señalando un rincón de la biblioteca—. Descansa un poco. Las respuestas seguirán aquí y las verás más claras después de dormir.

Jarben le dedicó una mirada agradecida y caminó hacia el camastro improvisado como alma en pena. Se recostó con un suspiro de alivio, notando cómo la fatiga lo vencía al instante. Zobu, ya satisfecho con su cena, se acurrucó entre sus piernas, ronroneando de placer.

—¿No quieres comer algo antes? —preguntó Anara mientras lo ayudaba a taparse.

—No tengo hambre. Comeré luego… gracias —murmuró Jarben, cerrando los ojos y apoyando la cabeza en su brazo.

—Descansa —respondió Anara, acariciando a Zobu, que cerró los ojos ante la caricia.

La joven permaneció en la biblioteca mientras Jarben dormía, explorando en silencio los libros que él había dejado a un lado, mientras Zobu levantaba la cabeza ocasionalmente para mirarla, solo para volver a dormirse enseguida. Anara tapó la bandeja de comida para evitar que el gato metiera el hocico en ella, asegurándose de que todo estuviera listo para cuando Jarben despertara.

Su curiosidad la llevó a ojear los tomos que él había estado revisando, estaban sobre las mesas, y pronto se encontró absorbida por las historias de aquellos pergaminos. Cuando Jarben abrió los ojos, se sorprendió al ver a Anara inmersa en uno de los manuscritos que había seleccionado para su investigación.

—Es interesante… Los Ungidos se escondieron en Alonia durante el exilio impuesto por el rey —comentó Anara sin levantar la vista, dejando a Jarben perplejo.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó él, estirándose.

—Ni idea —respondió ella sin mirarle.

—¿Y has encontrado alguna pista sobre esos escondites? —preguntó Jarben, incorporándose mientras acariciaba a Zobu, y bostezaba a sus pies.

—Aún no, pero estamos cerca —Anara sonrió y le ofreció una taza de té caliente.

Ahora, más que la guardiana de Jarben se había convertido en su ayudante en la biblioteca. La joven sabía leer y escribir, una habilidad poco común en una mujer de su época; sin embargo, no resultaba sorprendente en alguien que, de no ser por las vueltas del destino, habría sido princesa del reino belurio.

—Esto se te da bien, ¿quieres ayudarme? —preguntó Jarben, con una sonrisa de aprobación.

—Pensé que nunca me lo pedirías —respondió Anara, contenta—. Aunque… ya estoy en ello. Creo que me está haciendo bien.

Jarben la miró pensativo.

Anara se volcó por completo en su nuevo papel, colaborando con Jarben en la investigación. Aunque sus habilidades no eran tan avanzadas como las del sepulturero, su capacidad para entender y analizar documentos antiguos fue de gran ayuda. Anara trabajaba codo a codo con Jarben en la amplia mesa de madera, entre montones de libros y pergaminos, compartiendo ideas y debatiendo las posibles interpretaciones de los textos. No solo aportaba sus

conocimientos, sino también su intuición, enriqueciendo la investigación de maneras que Jarben no había anticipado.

Para él, contar con la compañía y el intelecto de Anara hacía la labor mucho más gratificante, algo que jamás había sentido en sus solitarias lecturas.

—Mira este pasaje, Anara —dijo Jarben, señalando un fragmento en uno de los documentos—. Creo que podría estar relacionado con un lugar llamado el Tabernáculo de las Estrellas Olvidadas.

Anara repasó el texto en silencio, deteniéndose en cada palabra y analizando el contexto.

—Creo que tienes razón —contestó con una sonrisa de satisfacción—. Este fragmento parece hablar de un sitio sagrado donde realizaban rituales en honor a Kudram. Quizá esté cerca de Alonia. Debemos encontrar ese tabernáculo —concluyó con el rostro iluminado.

Jarben, por su parte, intentó imaginar qué encontrarían allí, pero se quedó en blanco. Nunca había sido alguien con mucha imaginación.

Zarhel apareció en la puerta con el rostro demacrado y la piel cubierta de ceniza. Sus ropajes, desgarrados y manchados de tizón negro, revelaban el caos que había dejado atrás. Su respiración era pesada, cada aliento le costaba un mundo. Alzó la mirada hacia Jarben. En sus ojos se reflejaba el dolor. Solo dijo una palabra:

—Rayhem.

34
El despertar

—Jarben, llevamos horas buscando y no encontramos nada —dijo Edoz, agotado y cubierto de ceniza—. Creo que deberíamos…

—¿Qué? —interrumpió Jarben, girándose hacia él con los ojos encendidos de rabia—. ¿Darnos por vencidos? ¿Asumir que Rayhem ha muerto?

Edoz bajó la mirada, incapaz de sostener la intensidad del dolor de Jarben. Sus palabras quedaron atrapadas en su garganta.

—Edoz tiene razón, Jarben —intervino Anara, con la voz quebrada por las lágrimas que comenzaban a rodar por sus mejillas —. Han pasado dos días desde que la torre se desplomó. Rayhem estaba ahí dentro.

—¡Ya perdimos a un amigo, y no pienso perder a otro! —gritó Jarben, descargando su frustración con una patada a una viga carbonizada que crujió con su golpe.

Los embajadores se encontraban entre los restos del incendio que había reducido a cenizas la Gran Torre de Alonia y sus aterradores sótanos infestados de zombis. El aire aún olía a humo y ceniza, y cada paso removía los escombros ennegrecidos.

—Puede que esté vivo, Jarben —dijo Zarhel con cautela—. Pero lo que está claro es que no está aquí. Deberíamos haber encontrado… algo.

Jarben alzó la vista, aferrándose a las palabras de Zarhel y una chispa de esperanza iluminó su mirada.

—¿Por qué le das esperanzas, Zarhel? —reprochó Shuraz, frunciendo el ceño y cruzando los brazos—. Sabes tan bien como yo que es probable que las llamas lo hayan consumido por completo, aunque nos duela admitirlo.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Jarben se lanzó contra Shuraz y le propinó un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas. Su mano se resintió al instante, pero Shuraz apenas giró la cabeza ante el impacto.

El guerrero, mucho más corpulento que el delgado sepulturero, lo miró con calma, sin enfado. Comprendía el dolor que lo había llevado a golpearle.

—¿Eso es todo, Jarben? —preguntó Shuraz en tono sereno, sin un ápice de burla.

—¡Basta ya! —exclamó Anara, poniéndose entre ambos con los ojos llenos de lágrimas y su voz firme—. ¡Esto no ayuda a nadie! Rayhem merece algo mejor que vernos enfrentados. ¡Todos estamos sufriendo! Pero pelear no lo traerá de vuelta, ni vivo ni muerto.

Zarhel y Edoz sujetaron a Jarben mientras este forcejeaba, enfurecido. Su respiración era agitada, y sus palabras salieron en un grito desgarrador:

—¡Soltadme! ¡Rayhem podría estar vivo y vosotros ya lo dais por perdido!

Shuraz dio un paso al frente, alzando una mano en señal de calma.

—Jarben —dijo con voz baja pero firme—, entiendo tu dolor. Todos lo sentimos. Rayhem era nuestro hermano… Pero Anara tiene razón. Pelear no cambiará la realidad. Necesitamos estar unidos y aceptarlo.

—¡No, Shuraz! —murmuró Jarben, bajando la cabeza pero con el cuerpo aún tenso—. No puedo aceptarlo. No voy a rendirme. ¡Voy a seguir buscando!

Cuando lo soltaron, Jarben volvió a hundirse en los escombros, removiendo madera quemada, apartando piedras ennegrecidas,

arañando cenizas como si su obstinación pudiera devolver a su amigo a la vida. Los demás lo observaron en silencio.

—Puede ser que los Ungidos lo hayan retenido —murmuró Zarhel, aferrándose a la mínima esperanza—. Los sótanos de la torre eran un auténtico laberinto. Había puertas y pasadizos por todas partes. Quizá, mientras nosotros escapábamos, lo atraparon.

—Lo más probable es que, de haberlo capturado, ya lo hayan matado —replicó Shuraz con frialdad.

—No necesariamente —intervino Anara, encendida, con los ojos brillantes por las lágrimas—. Si fuera yo, lo mantendría con vida. Rayhem podría ser su herramienta de chantaje. Estamos haciéndoles mucho daño… —hizo un gesto hacia las ruinas humeantes—. Esto es la guerra, Shuraz, y en la guerra, a veces, la estrategia prima sobre la fuerza bruta.

Shuraz frunció el ceño, dirigiendo una mirada penetrante a Anara.

—¿Me vas a enseñar tú lo que es la guerra? —preguntó con voz baja, dejando la pregunta en el aire.

Anara no respondió. Se limitaron a mirarse en un duelo de voluntades cargado de rabia. El grupo cayó en un incómodo silencio, roto finalmente por Edoz, que trató de mediar.

—Tiene sentido —dijo con cautela—. Si quieren herirnos de verdad, Rayhem podría ser la carta que guarden en la manga. Un rehén vale más que un cadáver cuando se trata de joder a un enemigo.

Shuraz bufó, incrédulo, viendo cómo aquella idea, que le parecía disparatada, se extendía entre sus compañeros como una fiebre.

—Edoz —dijo Shuraz con voz grave, clavando sus ojos en el hombre—. Debemos afrontar la realidad de lo que hemos visto, y no es más que la destrucción de la torre con nuestros propios ojos. Las llamas eran inmensas, y no hay posibilidad de nadie sobreviva a eso. Por no hablar de los zombis de sus sótanos…

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Jarben, soltando un suspiro cargado de frustración—. No podemos quedarnos aquí,

entre cenizas y recuerdos. Si Rayhem está en manos de los Ungidos, podrían usarlo para ganar ventaja sobre nosotros.

—¡Pero en qué momento habéis decidido que está vivo! —exclamó Shuraz, alzando la voz por primera vez—. ¿No será que estáis tan desesperados que os agarráis a un clavo ardiendo?

Anara respiró hondo y recuperó la calma antes de responder.

—Quizá sea así —concedió la joven—, pero no puedo quedarme de brazos cruzados si existe una mínima posibilidad de rescatarlo. Tú mismo nos enseñaste que la esperanza es un arma en esta guerra.

Shuraz ladeó la cabeza, evaluando las palabras de Anara.

—¿Y tú, Edoz? —preguntó, dirigiendo su atención al mediador—. ¿No será esta otra de tus ideas descabelladas?

Edoz sonrió y negó con la cabeza.

—No me ofende que lo pienses —dijo con serenidad—, pero esta vez, Shuraz, creo que vale la pena intentarlo. No hemos llegado hasta aquí para rendirnos sin más.

Zarhel se adelantó y se plantó frente a Shuraz.

—Te seguimos sin cuestionarte cuando quisiste arrasar a los Ungidos —dijo con voz firme—. Lo logramos casi por completo. Ahora necesitamos que nos sigas tú a nosotros, aunque sea en esta locura.

Extendió su brazo, ofreciendo su mano a Shuraz. El guerrero lo miró durante un largo momento antes de aceptarla con un apretón firme.

—Si está vivo —dijo Shuraz con determinación—, lo encontraremos.

Los cinco, unidos por la esperanza, se adentraron de nuevo entre las ruinas en busca de un hilo del que tirar, una señal que los guiara hacia su compañero perdido.

De entre los escombros humeantes, un extraño sonido comenzó a latir en el aire como el tambor de un gigante. La vibración creció hasta convertirse en un rugido aterrador, y ante los atónitos ojos de los embajadores, los restos calcinados de la Gran Torre Alonia

comenzaron a moverse. Maderas quemadas, piedras ennegrecidas y metal retorcido se ensamblaron en una criatura descomunal, un monstruo grotesco que exhalaba calor abrasador y despedía un aura opresiva de odio.

—¡¿Qué demonios es eso?! —exclamó Zarhel, agarrando un palo carbonizado en forma de maza improvisada.

La criatura rugió, un bramido que hizo vibrar el suelo, y cargó con una torpeza engañosa pero una fuerza devastadora. Jarben, incapaz de reaccionar, se escondió tras un muro derruido mientras Zarhel, Shuraz y Edoz se lanzaban al combate.

Zarhel corrió hacia el gólem con su arma improvisada levantada en un intento desesperado de detenerlo. Golpeó con fuerza una de las piernas de la criatura, astillando parte de la madera quemada. El impacto parecía haber hecho algo, pero el monstruo levantó un brazo colosal y lo dejó caer con violencia. Zarhel rodó por el suelo justo a tiempo, pero el golpe destrozó el terreno, abriendo un agujero entre los escombros que lo engulló.

—¡Zarhel! —gritó Shuraz al verlo desaparecer.

Desde el interior del agujero se escuchó un gruñido seguido de un quejido de dolor. Zarhel seguía vivo.

Shuraz no se detuvo. Con su espada en alto, cargó directamente hacia el torso del monstruo, lanzando un tajo que resonó como un gong. La criatura apenas titubeó. En respuesta, levantó un puño descomunal y lo dejó caer sobre el guerrero. Shuraz logró alzar su espada a tiempo, pero el impacto la rompió en dos, lanzándolo por los aires y dejando al guerrero sin aliento.

—¡Maldito engendro! —gruñó, levantándose con dificultad y mirando los restos de su espada.

Edoz se unió al ataque, desenvainando sus dagas y lanzándolas con precisión hacia lo que parecían ser los ojos del gólem, dos orbes de un brillo sobrenatural. Ambas dagas impactaron y, por un instante, su luz se apagó. El monstruo rugió con furia y se arrancó las dagas como si fueran unas simples astillas. Luego, sus ojos brillaron con una intensidad aún mayor.

—¡No hay forma de pararlo! —gritó Edoz, retrocediendo.

Mientras tanto, Jarben, refugiado tras el muro, observaba la escena perplejo. Algo llamó su atención: una figura encapuchada que se movía en un tejado cercano y describía con sus manos patrones complejos en el aire.

—¡Hay alguien controlándolo! —exclamó, señalando hacia el tejado. Pero nadie le escuchó.

El gólem cambió su atención hacia Anara, que permanecía inmóvil, paralizada por la tensión. Sus ojos estaban fijos en el monstruo, que avanzaba hacia ella con pasos que agrietaban las ruinas bajo su peso. Edoz intentó interceptarlo con un palo, pero fue repelido con un golpe que lo dejó jadeando en el suelo.

—¡Anara, muévete! ¡Corre! —gritó Jarben, desesperado.

Shuraz, arrojando la empuñadura rota de su espada, saltó y logró colocarse sobre los hombros del monstruo, intentando estrangularlo con sus propios brazos. El esfuerzo fue inútil; el gólem ni siquiera pareció notarlo.

El brazo del gólem se alzó para aplastar a Anara. Pero antes de que pudiera golpearla, una luz cegadora surgió de la nada. Un escudo radiante apareció frente a la joven, deteniendo el golpe con un sonido ensordecedor. La criatura retrocedió tambaleándose, desorientada.

Anara miró sus manos, sorprendida al verlas envueltas en un resplandor blanco. En sus ojos ardía la rabia por la pérdida de sus tíos, consumidos por las llamas días atrás. Avanzó hacia el gólem, desarmada, como movida por una fuerza que no entendía.

Una luz intensa envolvió su mano derecha y de ella emergió una espada de energía pura, tan brillante como el sol naciente.

—¡Por todos los que hemos perdido! —gritó con una voz que parecía resonar más allá de ella misma.

Con un golpe certero, la espada atravesó el torso del gólem, que se desmoronó en una explosión de cenizas y escombros. La onda

expansiva lanzó a Shuraz a un lado, haciéndolo rodar hasta quedar tirado en el suelo, dolorido pero ileso.

Anara cayó de rodillas entre las ruinas, jadeando. La espada había desaparecido de su mano, pero en su lugar sentía un calor abrasador, como si hubiera sujetado algo al rojo vivo. Su cuerpo temblaba por el esfuerzo, y sus lágrimas se mezclaban con el hollín en su rostro.

Edoz ayudó a Zarhel a salir del agujero; estaba magullado, pero consciente.

—¿Anara? —preguntó Jarben, acercándose con cautela—. ¿Qué… qué ha pasado?

—No lo sé… —susurró ella, mirando sus manos vacías con incredulidad—. Sentí algo… Bel-Hur me guiaba.

Zarhel la ayudó a ponerse en pie mientras los demás se acercaban.

—¿Obra de Bel-Hur? —murmuró Shuraz, recogiendo los pedazos de su espada rota.

Edoz miró los restos del gólem desintegrado y luego a Anara y esbozó una sonrisa débil.

—Sea lo que sea, nos ha salvado.

Jarben señaló hacia el tejado. Donde antes había visto a la figura encapuchada, ahora no había nadie.

Jarben cayó de rodillas sobre los escombros ennegrecidos; sus manos huesudas se aferraban a la tierra calcinada, empeñado en encontrar allí alguna respuesta. Su cuerpo, normalmente rígido y sereno, temblaba mientras la realidad lo golpeaba con fuerza. Sus hombros subían y bajaban con respiraciones erráticas, y sus ojos, enrojecidos, se alzaron al cielo cubierto de ceniza.

—No puede estar muerto… —susurró con apenas un hilo de voz, roto por la congoja—. Rayhem no. Él… él habría encontrado la manera de sobrevivir.

Anara se acercó con pasos cautelosos, se arrodilló junto a Jarben y cogió con cariño sus manos blancas.

—Jarben… —murmuró, su voz cargada de compasión—. No hemos encontrado su cuerpo. Eso significa que hay esperanza. Los Ungidos podrían habérselo llevado.

El albino negó con la cabeza, apretando los dientes.

—¿Y si no? —respondió con un tono más agudo—. ¿Y si quedó atrapado aquí, bajo toda esta maldita torre quemada?

Shuraz, de pie a unos pasos, observaba la escena en silencio. Sus ojos, normalmente llenos de resolución, estaban cargados de culpa. Dio un paso adelante, temiéndose lo peor.

—Si Rayhem murió aquí, lo sabríamos —aseguró Zarhel con una voz profunda que resonó entre las ruinas—. Era un hombre demasiado grande como para dejar este mundo sin que el cielo y la tierra lo anunciaran. No siento su ausencia, Jarben. No todavía.

Edoz se adelantó y se agachó al otro lado del sepulturero.

—Oye, albino, sé que esto es una mierda, pero Anara tiene razón. Si alguien podía enfrentarse a los Ungidos y sobrevivir, ese era Rayhem. Además, ¿quién más podría soportar tus interminables historias sobre lápidas antiguas? —Intentó inyectar un toque de humor en su voz, pero su expresión lo traicionó.

Jarben alzó la vista hacia Edoz, con sus ojos rosados llenos de lágrimas. De pronto, un sollozo desgarrador rompió el silencio. Antes de que pudiera resistirse, Anara lo rodeó con sus brazos, apretándolo con fuerza. Shuraz y Edoz intercambiaron una mirada antes de acercarse también, formando un abrazo grupal alrededor de Jarben. Incluso Zarhel, el más distante del grupo, dio un paso vacilante y colocó una mano en el hombro de Jarben.

—Si está vivo —dijo Zarhel, en voz baja—, lo encontraremos. Y si no… —hizo una pausa, dejando que sus palabras calaran en todos—, honraremos su memoria como se merece.

El grupo permaneció así un largo instante, encontrando consuelo en su unidad.

La aventura continua en:

Caminos de Sangre y Fuego (Retorno a Nela-Shur, Libro 3)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!


DAVID MONJE GALISTEO
CAMINOS DE SANGRE
Y FUEGO
RETORNO A NELA-SHUR LIBRO 3

Nota del autor :

Gracias por acompañarme hasta la última página.

Si has disfrutado de la lectura, te agradezco que dejes una reseña en Amazon. Para un autor autopublicado como yo, cada opinión cuenta: ayuda a que otros lectores descubran el libro y se animen a leerlo.

Puedes hacerlo desde la página del libro en Amazon o a través de este enlace:

Escribir mi opinión

De corazón, gracias por tu apoyo,

David Monje Galisteo

Agradecimientos

Este libro no ha nacido solo de palabras, sino del tiempo, la generosidad y el cariño de muchas personas que me han acompañado a lo largo del camino. Intentaré, aunque sé que me quedaré corto, daros las gracias como merecéis.

A Pedro Urvi, que no solo me inspiró a dar el primer paso, sino que caminó a mi lado cuando más lo necesitaba. Me enseñaste que los sueños se construyen palabra a palabra. Gracias, maestro.

A mis jugadores de rol de toda la vida: Erlantz, Cris, Jon, Gaizka, Endika, Zuri, Iñaki y Niko. De nuestras partidas surgieron los cimientos de este mundo, y muchas de las emociones que habitan estas páginas nacieron en nuestra mesa de juego. Sin vosotros, nada de esto existiría. Gracias por crear conmigo.

A Fran, por empujarme a esta locura. Tu fe en mí fue la chispa que encendió la historia. Estoy seguro que seguiremos recorriendo este sendero juntos.

A Susana R. L., por cada consejo, cada corrección y cada empujón. Has sido una guía generosa y paciente. Me has enseñado más de lo que imaginas. Espero seguir aprendiendo de ti.

A Tanya, por ser guardiana incansable del detalle, del ritmo y del lenguaje. Tu mirada crítica y tu exigencia han hecho que todo esto brille mucho más. Gracias por cuidar cada página como si fuera tuya.

Gracias a Ljiljana Romanovic por convertir en imágenes lo que solo existía en mi imaginación. Tus portadas han hecho realidad mis sueños y han dado alma visual a este mundo.

A Pilu, gracias por tu tiempo, tu buen hacer y tu dedicación. Tú también formas parte de esta historia.

A mi familia, que ha estado ahí desde el principio. Sois la raíz de todo lo que soy. Gracias por vuestro amor y vuestra paciencia. A mis hermanos, por estar siempre a mi lado, sin importar la distancia o el momento. Gracias por ser mi hogar.

A todos mis amigos, que habéis apoyado esta aventura incluso cuando no entendíais del todo de qué iba. Este libro también es vuestro.

A ti, lector, que has llegado hasta aquí. Gracias por regalarme tu tiempo y tu imaginación. Si esta historia te ha hecho soñar, emocionarte o simplemente pasar un buen rato, ya ha valido la pena.

Y, por encima de todo, a mis dos grandes faros: mi mujer y mi hija. Sin vosotras, nada de esto tendría sentido. Todo lo que soy y todo lo que escribo, nace y vuelve a vosotras. Gracias por sostenerme incluso cuando me pierdo entre mapas y criaturas imposibles.

Con todo mi cariño,

David Monje Galisteo.

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: **David Monje Galisteo**

X: **@dmgalisteo**

Facebook: **davidmonjegalisteo**

Threads: **@davidmonjegalisteo**

Instagram: **@davidmonjegalisteo**

TikTok: **@david.mg70**

Bluesky: **@dmgalisteo.bsky.social**

Mail: **davidmonjegalisteo@gmail.com**



Copyright © 2025 David Monje Galisteo
Todos los derechos reservados

Caminos de Sangre y Fuego (Retorno a Nela-Shur, Libro 3)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!


DAVID MONJE GALISTEO
CAMINOS DE SANGRE
Y FUEGO
RETORNO A NELA-SHUR LIBRO 3